

DAD A
CIÓN G



CONSULADO

IMPERIO



DC201

T5

1846

V.1

C.1

LIBRERIA GENERAL
DE
EUG. MAILLEFERT Y C.^{IA}
MEXICO.
N.^o P.^o 177


1080045746

VALERE FLA
VERITATIS

9(44)

6#7 6#161



HISTORIA

DEL CONSULADO Y DEL IMPERIO.

U A N L

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Biblioteca popular

T. I. 806



HISTORIA

DEL CONSULADO Y DEL IMPERIO,

CONTINUACION

DE LA HISTORIA DE LA REVOLUCION FRANCESA.

POR M. A. THIERS:

Traducida al castellano

POR DON JOAQUIN PEREZ COMOTO.

TOMO I.



MADRID 1846:

Capilla Alfonso
Biblioteca Universitaria

ESTABLECIMIENTO TIPOGRÁFICO.

DE D. F. DE P. MELLADO.—Editor.



54676

10002
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
DEL ESTADO DE NUEVO LEÓN

DC201

75

184

V-1

DEL CONSULADO Y DEL MINISTERIO



FONDO BIBLIOTECA PÚBLICA DEL ESTADO DE NUEVO LEÓN

LIBRO PRIMERO.

Constitucion del año VIII.

Los cónsules provisionales entran á ejercer sus funciones.—
 Division de atribuciones entre Mr. Sieyes y el general Bonaparte.—El general se apropia la administracion de los negocios, y deja á Mr. Sieyes el cuidado de redactar la nueva constitucion.—Estado de la Francia en brumario del año VIII.—Desórden en la administracion y en la hacienda.—Estremada miseria de los ejércitos.—Alborotos en Vendée.—Agitacion del partido revolucionario en varios pueblos del mediodía.—Primeros esfuerzos de los consules provisionales para poner orden en los diferentes ramos del gobierno.—Nombramiento de Cambaceres para el ministerio de justicia; de Laplace, para el de lo interior; de Fouché, para el de la policia; de Talleyrand, para el de negocios estrangeros; de Berthier, para el de guerra; de Forfait, para el de marina y de Gaudin, para el de hacienda.—Primeras medidas rentísticas.—Supresion del empréstito forzoso progresivo.—Creacion de la agencia de las contribuciones directas, y formacion inmediata de las listas de las contribuciones atrasadas de muchos años.—Creacion de las obligaciones de los recaudadores generales.—Principia á restablecerse la confianza, y los banqueros de Paris prestan al gobierno los primeros fondos que necesita.—Envío de un socorro á los ejércitos.—Actos políticos de los cónsules provisionales.—Revocacion de la ley de rehenes, dáse libertad á los clérigos detenidos y á los naufragos de Calés.—Conferencias con los gefes del partido realista.—Suspension de armas en Vendée, concluida con MMres. de Bourmont, Autichamp y Cbatillon.—Principio de relaciones con los gabinetes estrangeros.—Estado de la Europa.—Inglaterra y Austria resueltas á continuar la guerra.—Pablo I irritado contra sus aliados, está dispuesto á separarse de la coalicion, y adherirse al sistema de neutralidad, adoptado por la Prusia.—Importancia de Prusia en este momento.—El

DC201

75

184

V-1

DEL CONSULADO Y DEL MINISTERIO



FONDO BIBLIOTECA PÚBLICA DEL ESTADO DE NUEVO LEÓN

LIBRO PRIMERO.

Constitucion del año VIII.

Los cónsules provisionales entran á ejercer sus funciones.—
 Division de atribuciones entre Mr. Sieyes y el general Bonaparte.—El general se apropia la administracion de los negocios, y deja á Mr. Sieyes el cuidado de redactar la nueva constitucion.—Estado de la Francia en brumario del año VIII.—Desorden en la administracion y en la hacienda.—Estremada miseria de los ejércitos.—Alborotos en Vendée.—Agitacion del partido revolucionario en varios pueblos del mediodia.—Primeros esfuerzos de los consules provisionales para poner orden en los diferentes ramos del gobierno.—Nombramiento de Cambaceres para el ministerio de justicia; de Laplace, para el de lo interior; de Fouché, para el de la policia; de Talleyrand, para el de negocios estrangeros; de Berthier, para el de guerra; de Forfait, para el de marina y de Gaudin, para el de hacienda.—Primeras medidas rentísticas.—Supresion del empréstito forzoso progresivo.—Creacion de la agencia de las contribuciones directas, y formacion inmediata de las listas de las contribuciones atrasadas de muchos años.—Creacion de las obligaciones de los recaudadores generales.—Principia á restablecerse la confianza, y los banqueros de Paris prestan al gobierno los primeros fondos que necesita.—Envío de un socorro á los ejércitos.—Actos políticos de los cónsules provisionales.—Revocacion de la ley de rehenes, dáse libertad á los clérigos detenidos y á los naufragos de Calés.—Conferencias con los gefes del partido realista.—Suspension de armas en Vendée, concluida con MMres. de Bourmont, Autichamp y Cbatillon.—Principio de relaciones con los gabinetes estrangeros.—Estado de la Europa.—Inglaterra y Austria resueltas á continuar la guerra.—Pablo I irritado contra sus aliados, está dispuesto á separarse de la coalicion, y adherirse al sistema de neutralidad, adoptado por la Prusia.—Importancia de Prusia en este momento.—El

general Bonaparte envia á Berlin su ayudante de campo, Ducroc.—Rumores de paz.—Palpables mejoras en el estado material y moral de la Francia, debidas á los primeros actos de los consules provisionales.—Principian á ocuparse en redactar la constitucion.—Proyecto de Mr. Sieyes, concebido y meditado hacia mucho tiempo.—Listas de notabilidad, Senado conservador, Cuerpo legislativo, Tribunado, Gran elector.—Desacuerdo entre Mr. Sieyes y el general Bonaparte, relativamente á la organizacion del poder ejecutivo.—Peligro de un rompimiento entre estos dos personajes.—Intervienen varias personas y logran avenirlos.—El Gran elector queda reemplazado por tres consules.—Adopcion de la constitucion del año VIII, y se fija el 4 de nivoso del mismo año para ser puesta en vigor.

La jornada del 18 de brumario acababa de poner término á la existencia del Directorio.

Los hombres que, despues de las tempestades de la Convencion, habian imaginado esta especie de república, no estaban muy convencidos de la escelencia y solidez de su obra; pero al salir del régimen sanguinario porque habian atravesado, les era difícil obrar mejor ni de otra manera. Imposible era en efecto pensar en los Borbones, á quienes la opinion pública rechazaba; éralo igualmente arrojarse en brazos de un general ilustre, porque en aquella época, ninguno de nuestros militares habian adquirido bastante gloria para subyugar los ánimos. Por otra parte, no todas las ilusiones se habian desvanecido con la experiencia. El pueblo francés acababa de verse libre de las manos del comité de salvacion pública, no se habia ensayado mas la república sanguinaria de 93, que consistia en una asamblea única, la cual egercia todos los poderes á la vez; quedaba que hacer el último ensayo, el de una república moderada, en la cual estuviesen sabiamente divididos los poderes, y cuya adminis-

tracion se confiase á hombres nuevos, estraños á todos los escesos que habian aterrado á la Francia. Pensóse, pues, en el Directorio.

Este nuevo ensayo de república, que duró cuatro años, desde el 13 de brumario del año IV, hasta el 18 de brumario del año VIII; fué emprendido de buena fé y con buena voluntad por hombres honrados la mayor parte, y animados de escelentes intenciones. Algunos personajes de carácter violento, ó de probidad sospechosa, como el director Barrás, habian logrado figurar en la lista de los gobernantes, que, durante estos cuatro años, se transmitieron el poder; pero Rewbell, La Reveillère-Lepeaux, Le Tourneur, Carnot, Barthelemy, Roger-Ducos y Sieyes eran ciudadanos probos, algunos muy capaces, y el último, Sieyes, dotado de superior talento. Y sin embargo, la república directorial no habia presentado desde el principio mas que una desoladora confusion: menos crueldad, pero mas anarquía, tal habia sido el carácter del nuevo gobierno. No habia guillotina, pero se deportaba. No se obligaba á recibir los asignados bajo pena de muerte, pero no se pagaba á nadie. Nuestros soldados, sin armas y sin pan, eran vencidos en vez de triunfar: al terror habia sucedido un malestar intolerable, y como la debilidad tiene sus arranques, esta república moderada de intencion, habia acabado por dos medidas enteramente tiránicas, el empréstito forzoso progresivo, y la ley de rehenes. Esta última medida sobre todo, aunque nada tenia de sanguinaria, era una de las vejaciones mas odiosas inventadas por la cruel y secunda imaginacion de los partidos.

¿Es extraño que la Francia, á la cual no podían presentarse los Borbones en el año de 1799, y que despues del mal éxito de la constitucion directorial comenzaba á no creer ya en la república, se arrojase en brazos de aquel jóven general, vencedor en Italia y en Egipto, ageno de todos los partidos, afectando desdenarlos todos, dotado de voluntad enérgica, é igual aptitud para los asuntos militares y civiles, y revelando una ambicion que, lejos de intimidar á los ánimos, era entonces acogida como una esperanza? Hubiera bastado menos gloria que la que él tenia para apoderarse del gobierno, pues, poco tiempo antes, habia sido enviado el general Joubert á Novi, á fin de que pudiese adquirir allí los títulos que todavia le faltaban, para hacer la revolucion llamada despues en nuestros anales el 18 de brumario. El desgraciado Joubert habia sido vencido y muerto en Novi; pero el jóven Bonaparte, siempre feliz y victorioso, á lo menos por entonces, salvándose de los peligros de la mar, como de los de las batallas, habia vuelto de Egipto á Francia de una manera casi milagrosa, sucumbiendo el Directorio á su primera aparicion. Todos los partidos corrieron á su encuentro, pidiéndole orden, victoria y paz.

Sin embargo, no era obra de un dia, conseguir que la autoridad de uno solo pudiese reemplazar á aquella demagogia, en que todo el mundo alternativamente oprimido ú opresor, habia gozado por un instante de la omnipotencia. Era preciso salvar las apariencias, y para someter la Francia fatigada al poder absoluto, hacer que pasase por la transicion de un gobierno glorioso,

y semi-republicano. Era preciso en una palabra el Consulado, antes de venir á parar en el Imperio.

Esta es la parte de nuestra historia contemporánea que hoy me propongo referir. Quince años han transcurrido desde que tracé los anales de nuestra primera revolucion, quince años que he pasado en medio de las borrascas de la vida pública; en este tiempo he visto caer un trono antiguo y levantarse otro nuevo; he visto á la revolucion francesa proseguir su invencible curso, aunque los espectáculos á que he asistido me hayan sorprendido poco, no tengo la pretension de creer que nada me haya enseñado la experiencia de los hombres y de los negocios; por el contrario, me anima la confianza de haber aprendido mucho, y hallarme por lo mismo mas apto tal vez para comprender y esponer las grandes cosas que nuestros padres hicieron en aquellos tiempos heroicos; pero estoy seguro de que la experiencia no ha helado en mi alma los sentimientos generosos de mi juventud, y que no amo menos hoy que he amado siempre, la libertad y la gloria de la Francia.

Vuelvo á emprender mi narracion tomándola desde el 18 de brumario año VIII (9 de noviembre de 1799.)

Restablecida la ley del 19 de brumario, que institua el consulado provisional, los tres nuevos cónsules Bonaparte, Sieyes y Roger-Ducós, dejaron á Saint-Cloud para trasladarse á Paris. MMres. Sieyes y Roger-Ducós, antiguos individuos del Directorio, estaban ya establecidos en el palacio de Luxemburgo. El general Bonaparte abando-

nó su humilde casa de la calle de la Victoria, para trasladarse con su esposa, sus hijos adoptivos y sus ayudantes de campo á las habitaciones del Pequeño-Luxemburgo, donde, acompañado de sus dos cólegas y rodeado de los restos del último gobierno y de los elementos del nuevo, puso manos á la obra con aquella inteligencia rápida y segura y con aquella actividad extraordinaria que habian caracterizado su manera de obrar en la guerra.

Habíasele asociado dos cólegas, MMres. Roger-Ducos y Sieyes, ambos partidarios del Directorio, y ambos empeñados en destruir el gobierno que despreciaban. Sieyes principalmente habia sido colocado al lado del general Bonaparte, porque era el segundo personaje de la república. Autor de las mas grandes y mejores concepciones de la revolucion francesa, tales como la reunion de las tres órdenes, la division de la Francia en departamentos é institucion de la guardia nacional. Mr. Sieyes desprovisto de elocuencia, habia rivalizado con Mirabeau en los primeros dias de nuestra revolucion, cuando el poder de la palabra era el primero de todos; y hoy que la guerra universal designaba al genio militar el primer puesto, Sieyes que jamás habia llevado una espada, era casi émulo del general Bonaparte, pues tan grande es el poder del talento, aun sin el auxilio de los conocimientos que lo hacen útil ó aplicable. Pero ahora que era preciso poner la mano en los negocios, Sieyes naturalmente desdioso y absoluto en sus ideas, que se irritaba á la menor contradiccion, no podia rivalizar largo tiempo en influencia con su jóven cólega que era capaz de trabajar dia y noche, á quien ninguna

contradiccion alteraba, que sabia encantar á los hombres cuando queria, y cuando desdeñaba tomarse este trabajo, tenia siempre el recurso de dominarlos por la fuerza.

Quedaba sin embargo un papel que todos designaban á Mr. Sieyes; el de preparar la nueva constitucion, que los cónsules provisionales debian redactar y presentar á la Francia en un breve plazo. El pueblo estaba todavia en aquella época, algo imbuido en las ideas del siglo XVIII; creia menos, pero demasiado todavia, que las instituciones humanas podian ser simplemente una obra de la imaginacion, y que la constitucion de un pueblo podia salir enteramente formada de la cabeza de un legislador. Seguramente, si la revolucion francesa hubiera debido tener un Solon ó un Licurgo, nadie mas digno de serlo que Mr. Sieyes; pero no hay mas que un verdadero legislador en los tiempos modernos, la esperiencia; en aquella época no se pensaba tanto en esto como pensamos hoy, y era comun opinion que Sieyes debia ser el autor de la nueva constitucion; todos lo esperaban, lo decian y hasta se aseguraba que él poseia una, largamente meditada, la cual era una obra profunda, admirable, y que desembarazado ya de los obstáculos que las pasiones revolucionarias le habian opuesto, podria darla á luz; que él seria el legislador, y el general Bonaparte el administrador del nuevo gobierno, contribuyendo ambos de este modo á hacer la Francia poderosa y feliz. Cada época de la revolucion habia tenido sus ilusiones; la época actual debia tener tambien las suyas, si bien estas debian ser las últimas.

Sieyes

Quedó, pues, convenido de comun acuerdo que Mr. Sieyes se ocuparia de la constitucion, y que el general Bonaparte gobernaria. Era en efecto urgente gobernar, porque la situacion era deplorable bajo todos conceptos, puesto que el desórden moral y material habia llegado á su colmo.

Los revolucionarios fogosos, batidos en Saint-Cloud, tenian todavia partidarios en la sociedad llamada del *Picadero*, y en otras análogas esparcidas por la Francia. Hallábanse á su cabeza pocos hombres notables de ambas Asambleas, pero contábanse entre ellos algunos oficiales muy estimados en nuestros ejércitos: Bernardotte, personaje ambicioso y animado de pretensiones que su rango en el ejército no justificaba; Augereau, verdadero soldado, valiente, pero escaso de juicio; y que por fortuna carecia de toda influencia; en fin, Jourdan, buen ciudadano, escelente general, á quien sus infortunios militares habian irritado y lanzado en una oposicion exagerada. Podia temerse que los fugitivos del Consejo de los Quinientos se reuniesen en alguna ciudad considerable, formasen en ella una especie de Cuerpo legislativo y de Directorio y reclutasen en sus filas á hombres que conservaban todavia todo el fuego de los sentimientos revolucionarios, unos por hallarse comprometidos á causa de sus excesos ó por poseer bienes nacionales, y los otros por amar el sistema republicano por sí mismo y temerle sucumbir bajo la mano de un nuevo Cromwell. Semejante tentativa hubiera sido grave embarazo en una situacion ya muy difícil, y todos temian verla ensayada dentro del mismo Paris.

Tambien podia inspirar serios temores la faccion opuesta, porque la Vendée se hallaba otra vez en combustion. Mr. de Chatillon que ocupaba la orilla derecha del Loire, Mr. de Autichamp la izquierda, Jorge Cadondal el Morbihan, Mr. de Bourmont el Maine, y Mr. de Frotté las costas de Normandia, todos escitados y sostenidos por los ingleses, habian principiado nuevamente la guerra civil. La ley de rehenes, la debilidad del gobierno y las derrotas de nuestro ejército, eran los motivos que los habian impelido á volver á tomar las armas. Mr. de Chatillon habia ocupado un momento á Nantes, y aun cuando no se detuvo, allí, bastaba que hubiese entrado para que los pueblos mas considerables del pais se apresurasen á atrincherarse y rodearse de empalizadas, ya que no de murallas. Algunos, á fin de proveer á su propia defensa, disponian de los pocos fondos que las provincias insurgentes enviaban á las arcas públicas, diciendo que puesto que el gobierno no pensaba en protegerlos, ellos mismos debian encargarse de este cuidado.

Sin embargo de hallarse resuelto el Directorio á no cometer ninguno de los excesos de la Convencion, no habia podido resistir á todas las proposiciones violentas que la guerra de la Vendée desde el momento en que renacia, inspiraba ordinariamente al partido revolucionario. Arrastrado por el impulso de los ánimos, habia restablecido la ley llamada de rehenes, en virtud de la cual todos los que eran ó parientes ó cómplices supuestos de los vendeanos, debian ser detenidos y castigados con ciertas penas, en represion de los actos que se cometian en las localidades, de

que ellos respondian en calidad de rehenes, ley injusta, que no habia hecho mas que irritar las pasiones, sin desarmar un solo brazo de la Veadee, escitando contra el Directorio un desencadenamiento inaudito.

La guerra exterior habia sido algo menos desgraciada á fines de la última campaña. La victoria del general Massena delante de Zurich y la del general Brune en Texel, habian rechazado al enemigo muy lejos de nuestras fronteras, pero nuestros soldados se hallaban en una escasez absoluta de recursos y casi desnudos. El ejército que habia vencido en Holanda á los anglo-rusos era menos desgraciado que los demas, porque al fin contaba con el apoyo de la república batava; pero el ejército del Rin que habia perdido la batalla de Stokach, y el de Helvecia, que habia ganado la de Zurich, estaban sumergidos en la mayor miseria. Situado el ejército del Rin en territorio francés, se entregaba sin tasa y sin fruto alguno al sistema de suministros; el de Helvecia vivia de las contribuciones de guerra impuestas á Basilea, Zurich y Berna, contribuciones mal percibidas, mal empleadas, y que harto insuficientes para alimentar á nuestros soldados, atacaban la independencía y el espíritu de economía del pueblo suizo. Replegado el ejército de Italia, despues de los desastres de Novi y de la Trebbia, sobre el Apenino, en un pais esteril y asolado por la guerra, era victima de las enfermedades y de la mas espantosa miseria. Estos soldados que habian arrostrado con serenidad los reveses, y demostrado en su desgracia una constancia á toda prueba, cubiertos de andrajos, consumidos por

la fiebre y el hambre, pedian limosna en medio de los caminos del Apenino, reducidos á devorar los frutos poco nutritivos que producen las áridas tierras de aquellos paises. Muchos de ellos desertaban ó iban á engrosar las partidas de bandidos que en el mediodia como en el oeste de la Francia infestaban los caminos. Habíase visto á cuerpos enteros abandonar sus puestos sin orden de los generales é ir á ocupar otros, donde esperaban vivir menos miserablemente. La mar guardada por los ingleses, no les mostraba en todas direcciones mas que un pabellon enemigo, y jamás les traía ningun recurso. Habia divisiones que en el transcurso de diez y ocho meses no habian recibido una sola paga. Obtentanse algunos víveres por medio de suministros forzosos; pero nuestros soldados carecian absolutamente de fusiles, cañones y municiones de guerra, porque estas cosas no se adquieren por el sistema de suministros. Los caballos, ya insuficientes para el servicio de la artillería y caballería, habian perecido casi todos á consecuencia de las enfermedades y del hambre.

Tales eran los resultados de una administracion debil, desordenada, y sobre todo de la precaria situacion del tesoro. Los ejércitos de la república habian vivido de los asignados y de la victoria durante muchos años. Los asignados ya no existian; y la victoria, despues de habernos abandonado enteramente, acababa apenas de mostrarse á nuestras legiones, pero sin abrirles todavia los llanos abundantes de la Alemania é Italia.

Necesario es dar aquí una idea de nuestra situacion económica, causa principal de los males

de nuestros ejércitos, situacion que sobrepujaba á quanto se habia visto en épocas anteriores. La Asamblea constituyente habia cometido dos faltas á cuyo remedio se habia ocurrido hasta cierto punto con los asignados, pero á las cuales no quedaba ya paliativo alguno desde la caída de este papel moneda. Estas dos faltas consistian la primera en la supresion de las contribuciones indirectas, impuestas sobre los licores, sobre la sal y sobre los consumos en general, y la segunda en haber dejado á las administraciones municipales el cuidado de formar por sí mismos las listas de contribuciones sobre bienes raíces y de las demas directas.

Con la supresion de las contribuciones indirectas habia perdido el tesoro, sin ningun género de compensacion, la tercera parte de sus rentas. Siendo casi nulo el producto de las posesiones del estado á causa de su mala administracion, el del empadronamiento á falta de transacciones particulares y el de las aduanas por la guerra, las contribuciones directas formaban con corta diferencia el único recurso del tesoro; pero en estas contribuciones que representaban cerca de 300 millones en un presupuesto de 500, habia considerables atrasos, pues resultaban alcances por los años V, VI y VII. Aun no se habian concluido de formar las listas correspondientes al año VI; de las del VII faltaba una tercera parte que concluir y las del año corriente, esto es, las del año VIII (1799) apenas estaban comenzadas. Merced á esta tardanza en la formacion de las listas, no se podian recaudar las contribuciones corrientes, y la acumulacion de las atrasadas producía nuevas di-

ficultades para el cobro, porque era preciso exigir con frecuencia á los contribuyentes el pago de muchos años á la vez. Este estado de cosas provenia de la adopcion de un principio, en apariencia justo, pero en realidad funesto, cual era dejar á las administraciones locales el derecho de fijarse en cierto modo sus respectivas cuotas, formando por sí mismas las listas. Como todos saben, las administraciones departamentales y municipales eran entonces colectivas. En lugar de los prefectos, subprefectos y maires (alcaldes), que se instituyeron mas adelante, habia cerca de todas estas administraciones comisarios del gobierno, con voz consultiva y la mision de provocar y pedir la celeridad de los trabajos administrativos, pero no la de ejecutarlos por sí mismos. El sistema de las municipalidades de canton habia aumentado el desorden, reuniendolos cuarenta y cuatro mil concejos de Francia en cinco mil concejos colectivos. Todos los asuntos locales estaban abandonados; pero lo que era un mal mucho mas grave, mirábase con la mayor indiferencia los dos asuntos mas importantes del estado, el reclutamiento del ejército y la percepcion de los impuestos. Para suplir esta falta de accion administrativa, se habia conferido á cinco mil comisarios enviados cerca de las municipalidades de canton, el cuidado de acelerar la formacion de las listas; pero no tenian el único poder eficaz, el de obrar por sí mismos, y por otra parte recargados con mil ocupaciones diferentes no prestaban toda la atencion que era necesaria á la importante obra de la formacion de las listas. La gratificacion que se les daba por este trabajo mucho mas costosa que lo

ha sido despues la retribucion concedida por la administracion de las contribuciones directas, era para el tesoro un gasto considerable que no le ofrecia compensacion alguna.

Asi pues, no se habian recaudado las contribuciones directas, fuente principal de las rentas del estado, y ademas de este deficit permanente, producido por la falta de ingresos, habia otro debido a la exorbitancia de los gastos, entonces muy superiores a los recursos. El gasto ordinario hubiera podido cubrirse con una renta de 500 millones, pero la guerra lo habia hecho subir a cerca de 700. No quedaba como suplemento mas que los bienes nacionales, consumidos ya en su mayor parte, siendo ademas muy difeíl venderlos con ventaja, porque el triunfo definitivo de la revolucion presentaba todavia grandes dudas.

Este estado de cosas habia producido abusos irritantes, y una situacion que es preciso demos a conocer para enseanza de los pueblos y de los gobiernos.

Los asignados, segun acabamos de decir, habian dejado de existir hacia ya mucho tiempo. Los mandatos, que les reemplazaron, habian desaparecido tambien. De consiguiente el papel moneda estaba completamente abandonado, y por grande que fuese el vacio, valia mas no llenarlo todavia del todo, que llenarlo, como antes se habia hecho, con un papel forzado, que no era admitido en los pagos aunque forzado, y daba inútilmente lugar a todos los rigores de la ley para su admision. He aqui de que manera se suplia a este papel moneda suprimido.

Primeramente se dispensó del pago, aun en papel, a los funcionarios que en brumario del año VIII, no habian recibido nada despues de diez meses. Sin embargo era preciso dar alguna cosa a los censualistas y pensionistas del estado: se les entregaban *bonos de atrasos*, cuyo único valor consistia en ser recibidos como dinero en pago de las contribuciones. No se satisfacía el prest a las tropas, pero se pagaba lo que tomaban en los pueblos para su manutencion, por medio de *bonos de suministros*, los cuales se recibían igualmente en pago de contribuciones. Las compañías encargadas de proveer a algunas de las necesidades del soldado, ejecutando mal su servicio, y algunas veces ni bien ni mal, exigían, en vez de dinero, *libranzas* sobre los primeros ingresos del tesoro; y gracias a estas especies de títulos, otorgados con demasiada arbitrariedad, se apoderaban de casi todo el numerario que entraba en las arcas públicas. En fin, las *libranzas* sobre bienes nacionales, aceptables en pago de los mismos, fueron el último papel que se agregó a todos los que acabamos de enumerar y los cuales contribuían al mas escandaloso agiotaje.

Estos valores en efecto, no tenían curso forzado, como en otro tiempo los asignados; pero, puestos en circulación, sin cesar comprados y vendidos en el mercado de Paris, sufriendo alzas ó bajas al menor rumor de una noticia próspera ó infausta, eran objeto de ruinosa especulación para el estado, y de horrorosa desmoralización para el público. Los hombres de negocios, depositarios de todo el numerario, podían proporcionarse estos valores con gran baratura, puesto que comprán-

dolos en el mas infimo precio á los censualistas, proveedores y demas tenedores de ellos, los presentaban en seguida al tesoro en pago de contribuciones, y daban por cien francos lo que á lo sumo les habia costado ochenta, y á veces sesenta ó cincuenta. Los mismos recaudadores se entregaban á este género de especulacion, y mientras que recibian dinero de parte de los contribuyentes, entregaban en las cajas del estado el papel que habian adquirido á muy bajo precio. Asi que eran muy pocos los que pagaban sus contribuciones en numerario, teniendo, como tenian, tanta ventaja en pagarlas en papel. De este modo, el tesoro no recibia casi valores efectivos; y su penuria se aumentaba de dia en dia.

Así como la ley de los rehenes habia producido una viva irritacion contra los vendeanos, inspiró la mayor indignacion contra los agentes de negocios la medida del empréstito forzoso progresivo, destinado á pesar sobre los grandes capitalistas y á hacerles soportar los gastos de la guerra. Esto era lo que se habia llamado en Francia el impuesto sobre los ricos, durante los dias del terror, y lo que en Inglaterra se llamó el *income-tax*, impuesto de que se servia entonces Mr. Pitt, para alimentar la guerra encarnizada que sostenia contra la Francia. Este impuesto, proporcionado, no á la estension de las propiedades inmuebles, lo cual constituye una base cierta, sino á la riqueza supuesta de los particulares, era realizable, aunque con mucho trabajo, en Inglaterra, en un estado regular, en que el furor de los partidos no hacia de la valuacion de las fortunas un medio de venganza; pero era impracti-

cable en Francia, por que, en medio de los desórdenes de la época, el jurado tasador era una especie de junta revolucionaria, que fijaba á su capricho segun sus pasiones, la riqueza ó la pobreza, y que jamás pasaba por justa, aunque alguna vez lo fuese, lo cual equivalia casi á no serlo. No habiéndose atrevido á presentar esta medida, como en otro tiempo, bajo la forma lisa y llana de un impuesto, habianla disfrazado bajo el nombre de *empréstito forzoso*, reintegrable, decian, en bienes nacionales, y el cual debia ser repartido, segun las facultades de cada uno, por un jurado tasador. Así llegó á ser esta medida una de las calamidades del momento, formando con la ley de los rehenes, los dos cargos mas frecuentemente alegados contra el Directorio; y aunque no era causa, como se decia, de la miseria del tesoro, miseria debida á un conjunto de circunstancias, habia por lo menos alejado á los ricos especuladores, cuyo socorro era indispensable al gobierno, y de los cuales tenia que servirse, aunque no fuese mas que por el momento, á fin de poder pasarse sin ellos mas tarde.

Esta situación rentística era, como hemos dicho, la causa principal de la miseria y de los reveses de nuestros ejércitos, situacion que conocida perfectamente por las potencias extranjeras, inspirábales la confianza de vencernos con un poco de perseverancia, y aunque las dos victorias de Zurich y Texel las habian apartado algun tanto del objeto que se proponian, no las habian retraido del todo. El Austria, orgullosa por haber reconquistado la Italia, estaba decidida á pelear hasta el último trance antes que cederla

nuevamente, y conducíase ya como soberana absoluta. Ocupando el Piamonte, la Toscana y los Estados romanos, no habia llamado ni al rey de Cerdeña á Turin, ni al gran duque de Toscana á Florencia, ni al gobierno pontifical á Roma. La derrota de Korsakoff y de Suwarow en Zurich, la afectó menos de lo que se habia creído, pues á sus ojos era un descalabro para las armas rusas, y no para las armas austriacas, una falta de los generales Korsakoff y Suwarow, un suceso militar que podia ser reparado fácilmente, y solo sensible en el caso que influyera en el ánimo de los rusos de tal suerte que llegáran á cansarse de la guerra; pero confiaba en la influencia y en los subsidios británicos para conducirlos nuevamente al campo de batalla. En cuanto á la Inglaterra, rica con el *income-tax*, que producía ya mas de 200 millones al año, bloqueando á Malta que esperaba tomar pronto por hambre, interceptando el envío de todo socorro á nuestro ejército de Egipto, que pensaba reducir muy luego por medio de las privaciones y la fuerza, estaba decidida á proseguir todos los resultados de que se lisonjeaba su política, antes de deponer las armas. Contaba además con una especie de disolución social en Francia, que cambiaría pronto á nuestro país en un país abierto y accesible para el que quisiera entrar en él.

Prusia, única potencia del Norte que no tomó parte en la guerra, observaba respecto del gobierno francés una reserva llena de frialdad. España, obligada por el tratado de alianza de San Ildefonso á hacer causa comun con nosotros, parecía hallarse muy pesadosa de esta comunidad

de intereses. Todo el mundo se cuidaba muy poco de tener relaciones con un gobierno próximo á sucumbir. Las victorias de Zurich y de Texel le habian valido las consideraciones esterioras, pero no la confianza de los gabinetes, con quienes estaba en paz ó habia hecho alianza.

Así es que la sublevación interior de la Vendée por una parte, y la actitud hostil y amenazadora de las principales potencias de Europa por otra, hacían bajo dos conceptos inminente el peligro de la guerra. Convenía enviar á los ejércitos acosados por el hambre un socorro con la creación de algunos recursos pecuniarios; reorganizarlos, hacerles avanzar, dirigirlos bien, y añadir nuevas victorias á las que se habian alcanzado al finalizar la última campaña; era menester sobre todo disuadir á los gabinetes estrangeros de la idea de una próxima disolución social en Francia, que hacía á los unos demasiado confiados en el resultado de la guerra, y á los otros sobradamente recelosos en sus relaciones con nosotros; y todo esto no podia obtenerse sino de un gobierno fuerte, que supiese contener á los partidos, y grabar en los ánimos la unidad de impulso, sin la que no hay en los esfuerzos que se intentan para salvarse, ni conjunto ni energía ni buen resultado.

Habiase llegado á ese exceso de mal, que frecuentemente origina la reproducción del bien, con una condicion sin embargo, lo que queda de las fuerzas al cuerpo enfermo cuya curación se espera. Afortunadamente las fuerzas de la Francia eran grandes todavía. La revolución, aunque desacreditada por aquellos á quienes ella habia ofendido y perjudicado, ó cuyas ilusiones no ha-

biarealizado, no dejaba por eso de ser la causa de de la justicia y de la razon, y todavia inspiraba la adhesion que toda causa grande y noble inspira siempre. Tenia ademas muchos interesados, unidos á su suerte, en todos aquellos que habian adquirido situaciones nuevas, comprado bienes de los emigrados ó representado un papel que los comprometia. En fin, la nacion no estaba bastante postrada, moral y fisicamente, para resignarse á ver invadido su territorio por los austriacos y los rusos. Indignábase por el contrario con esta idea; las filas de sus ejércitos estaban cuajadas de soldados, oficiales y generales admirables que no necesitaban mas que una buena direccion. Todas estas fuerzas se hallaban dispuestas á reunirse espontáneamente bajo una sola mano, siempre que esta mano fuese capaz de dirigirlas. Las circunstancias favorecian al hombre de genio que iba á presentarse, y el genio mismo tiene necesidad de las circunstancias.

Si el jóven Bonaparte por ejemplo hubiese aspirado con sus talentos y su gloria á dominar en 1789 la sociedad francesa, que tendia entonces por todas partes á disolverse, por que sus elementos habian llegado á ser incompatibles, por mas que hubiese hecho para estrecharla en sus brazos poderosos, sus brazos de hombre, nada hubieran podido contra las fuerzas de la naturaleza. Ahora por el contrario, que esta vieja sociedad, destrozada como era preciso que lo estuviese antes de ser reformada con arreglo á un nuevo modelo, no presentaba mas que elementos esparcidos, pero endiando por sí mismos á reunirse, iba á prestarse á todos los esfuerzos de la mano habil que

supiera guiarla. Tenia pues el general Bonaparte en su favor no solo su genio, sino tambien el apoyo de las circunstancias. Iba á organizar toda una sociedad, pero sociedad que queria ser organizada, y que queria serlo por él, por que la inspiraba una confianza inmensa, debida á triunfos inauditos.

La ley que decretaba el Consulado provisional, revestia á los tres cónsules de amplias facultades, puesto que les daba la plenitud del *poder directo-rial*; encargábaseles especialmente de *restablecer el orden en todas las partes de la administracion, de restablecer la tranquilidad interior, y proporcionar á la Francia una paz honrosa y sólida*. Asociábaseles dos comisiones legislativas, compuesta cada una de veinte y cinco individuos, escogidos en el Consejo de los Ancianos y en el de los Quinientos, y encargados de reemplazar al Cuerpo legislativo, y dar carácter legal á las actas de los cónsules. Autorizaba á estas dos comisiones para decretar todas las medidas necesarias, propuestas por la autoridad ejecutiva. Confiábaseles además el cuidado tan importante de preparar la nueva constitucion, y sin embargo, como no se podia conferirles tales facultades por un espacio de tiempo ilimitado, la misma ley establecia que el 1.º de ventoso próximo, se reunirian *ipso jure* los dos Consejos de los Ancianos y de los Quinientos, si no se promulgaba y aceptaba una nueva constitucion, en cuyo caso los individuos del cuerpo legislativo actual quedarían revestidos de sus poderes, á escepcion de sesenta de entre ellos, borrados de la lista de los consejos por medida extraordinaria. Habiéndose fijado para el 1.º de ventoso la reunion eventual,

limitóse á tres meses la dictadura confiada á los cónsules provisionales. Era en efecto una verdadera dictadura la que se les habia concedido; pues deliberando estas comisiones á puertas cerradas, divididas en diferentes secciones de hacienda, legislacion y constitucion, y no reuniéndose sino para legislar sobre lo que el gobierno tenia que proponerles, eran los instrumentos mas seguros y cómodos para obrar con prontitud. Por lo demás no era de temer que se abusase de semejantes facultades, por que cuando hay tanto bien que hacer, y tan pronto, los hombres no pierden su tiempo en hacer daño.

El mismo dia de su entrada en el Luxemburgo, los tres cónsules provisionales se reunieron para deliberar sobre los mas urgentes negocios del estado. Era el 11 de noviembre de 1799 (20 brumario). Necesitábase ante todo elegir un presidente, y aunque Mr. Sieyes parecia llamado para este honor por su edad y situacion, Roger-Ducos, á pesar de ser su amigo, y como arrastrado por el impulso del momento, dijo al general Bonaparte: ocupad el sillón de la presidencia, y deliberemos. El general Bonaparte tomó asiento inmediatamente. Sin embargo en las actas de los cónsules provisionales, no se hizo mencion alguna de un presidente. Hizose primeramente un exámen sumario de la situacion. El jóven Bonaparte ignoraba todavia muchas cosas, pero adivinaba las que no sabia. Habia hecho la guerra, atendido á la manutencion de ejércitos numerosos, administrado provincias conquistadas y negociado con la Europa: este era el mejor de los aprendizages en el arte de gobernar. Para los hombres de genio y

y solamente para ellos, la guerra es una excelente escuela, por que en ella se aprende á mandar, á decidirse y sobre todo á administrar. De esta suerte el nuevo consul parecia tener sobre toda clase de asuntos, ó una opinion ya formada, ó una opinion que se formaba con la rapidez del rayo, sobre todo despues de haber oido á los hombres especiales únicos á quienes escuchaba, y solamente sobre el objeto que á su especialidad concernia.

Faltábale sin embargo entonces un género de conocimiento, indispensable en el ejercicio de la autoridad suprema, esto es, el conocimiento, no de los hombres, sino de los individuos. Respecto de los hombres en general, los conocia profundamente; pero habiendo siempre vivido en medio de los ejércitos, era extraño á los individuos que habian figurado en la revolucion. Suplia esta falta valiéndose del testimonio de sus colegas; pero gracias á su rápida penetracion y prodigiosa memoria, no tardaria en conocer el personal del gobierno, tan bien como el de su ejército.

Repartidos y aceptados los respectivos papeles despues de esta primera conferencia, el jóven general, sin esperar el parecer de sus colegas, daba el suyo en el acto, resumia y arreglaba cada negocio con la decision de un hombre de accion. Era evidente que el impulso iba á partir de él solo. Luego que los tres cónsules acordaron las cosas que debian hacerse con mas urgencia, se retiraron; y Mr. Sieyes, con una resignacion que honra mucho á su razon y patriotismo dijo aquella misma tarde á MMres. Talleyrand y Roederer: «Temos un maestro que sabe, puede y quiere hacerlo

todo; deduciendo de esto la legitima consecuencia que debian dejarle obrar, por que en aquel momento las rivalidades personales hubieran perdido á la Francia. Convínose nuevamente, por una especie de division de atribuciones puramente voluntaria, que durante esta dictadura que era preciso hacer breve y fecunda en resultados, el general Bonaparte gobernaria, y que Mr. Sieyes se ocuparia en formar la constitucion, importante cometido que como ya hemos dicho, le designaba la misma opinion pública, y en cuya ejecucion no estaba dispuesto su colega á contrariarle mucho, exceptuando un solo punto, la organizacion del poder ejecutivo.

Lo que mas urgia era la formacion del ministerio. En una monarquia son llamados á tomar parte en él los primeros hombres del pais; pero en una república, como estos primeros hombres son los gefes mismos de la república, no quedan para el ministerio, sino hombres de segundo orden, verdaderos delegados, sin responsabilidad alguna, por que la verdadera responsabilidad está mas alta. Cuando personajes como Mr. Sieyes y el general Bonaparte, eran cónsules, personajes tambien muy distinguidos, como MMres. Fouché, Cambaceres, Reinhart y Talleyrand no podian ser verdaderos ministros, y su eleccion no tenia mas importancia que cierta significacion politica y la buena expedicion de los negocios. Bajo este concepto, solamente estas elecciones presentaban una especie de interes.

El juriscónsulto Cambaceres, hombre sabio y prudente, que mas tarde daremos á conocer, fué designado sin contradiccion para el ministerio de

justicia: Mr. Fouché, despues de viva discusion entre los cónsules, conservó el ministerio de la policia, lo cual no satisfacía á Mr. Sieyes por que segun decia era hombre poco seguro y hechura del director Barrás; pero el general Bonaparte, que creia estarle obligado por los servicios que de él habia recibido, durante los acontecimientos del 18 de brumario, lo sostuvo, y prevaleció su opinion. Ademas, Mr. Fouché reunia á una grande penetracion el conocimiento profundo de los hombres y de las cosas de la revolucion. El era entonces el ministro indicado para la policia, como Mr. de Talleyrand, con sus costumbres cortesanias, su práctica de los altos negocios, su talento sagaz y conciliador, era el ministro designado para las relaciones exteriores. Mr. Fouché conservó su ministerio; pero el desencadenamiento de los revolucionarios contra Mr. de Talleyrand era tan grande, ora por sus vínculos constantes con el partido moderado, ora por el papel que habia representado en los últimos acontecimientos, que se vieron en la necesidad de diferir por algunas semanas su vuelta al ministerio de relaciones estrangeras; así es que Mr. de Reinhart se mantuvo en su puesto por espacio de quince dias. El general Berthier, fiel compañero del vencedor de la Italia y del Egipto, su gefe de estado mayor inseparable, que tambien sabia comprender y comunicar sus órdenes, recibió la cartera de la guerra, retirada á Mr. Dubois-Crancé, reputado por demasiado exaltado en sus opiniones. Para el ministerio de lo interior se reemplazó á Mr. Quinette con un sabio ilustre, Mr. de La Place; grande y justo homenaje tributado á la ciencia, pero

de ninguna manera un servicio hecho á la administracion, por que este gran genio era poco á propósito para el por menor de los negocios. Un hábil ingeniero de construcciones navales, Mr. Forfait, reemplazó á Mr. Bourdon (de l'Oise) en el ministerio de marina; pero en aquellos momentos, la eleccion mas importante tal vez era la del ministro de hacienda. En los departamentos ya indicados, los cónsules podian suplir á los ministros, principalmente en los dos mas considerables, la guerra y las relaciones exteriores: el general Bonaparte en efecto podia suplir perfectamente á MMrs. Berthier y Reinhart; pero no sucedia lo mismo en el de hacienda, por ser una materia en que se necesitan conocimientos especiales, y no habia en el ministerio que desaparecia con el Directorio, ningun hombre que pudiese trabajar utilmente en la organizacion de la hacienda, tan necesaria y urgente. Existia un antiguo oficial, el primero que hubo de su clase, de talento poco brillante, pero sólido, y muy experimentado en los negocios, que habia hecho, sea bajo el antiguo regimen, sea tambien durante los primeros tiempos de la revolucion, servicios administrativos, de esos, que aunque oscuros son de grande importancia y sin los cuales no pueden pasarse los gobernantes. El empleado de que aqui se trata, era Mr. Gaudin, despues duque de Gaeta. Mr. Sieyes, que se hallaba en estado de juzgar á los hombres, aunque poco capaz de manejarlos, habia querido confiar á Mr. Gaudin la cartera de hacienda hácia fines del Directorio, pero Mr. Gaudin, que aunque buen hacendista era ciudadano tímido, no habia querido aceptar la oferta que se le hacia, bajo

un gobierno espirante, al que le faltaba la primera condicion del crédito, la fuerza y la apariencia de estabilidad; mas cuando parecia que el poder recaia sin oposicion en manos hábiles y fuertes, no podia ya experimentar la misma repugnancia. El general Bonaparte, que estaba decidido por los hombres prácticos, se adhirió sin vacilar al dictamen de su colega Sieyes, y ofreció á Mr. Gaudin la administracion de la hacienda, cargo que aceptó aquel, y en el cual no cesó por espacio de quince años, de prestar eminentes servicios.

De esta suerte se habia completado el ministerio, añadiéndose no obstante otro nombramiento á los precedentes, cual fué el de Mr. Maret, despues duque de Bassano, que llegó á ser secretario de los cónsules, bajo el título de secretario de estado. Encargado de preparar á los cónsules los elementos de su trabajo, de redactar frecuentemente sus resoluciones, de comunicarlas á los gefes de los diferentes departamentos y de guardar todos los secretos del estado, desempeñaba una especie de ministerio, destinado algunas veces á suplir, completar y fiscalizar á los demas. Talento cultivado, cierto conocimiento de la Europa, con la cual habia ya tratado, principalmente en Lila con lord Malmesbury, memoria segura y fidelidad á toda prueba, he aqui las dotes que lo destinaban á ser al lado del general Bonaparte, uno de sus compañeros de trabajo mas cómodos y constantemente empleados. El general Bonaparte preferia en los que le servian, la exactitud y la penetracion al talento, achaque comun á los hombres de genio, quienes necesitan de personas que los comprendan y obedezcan y no que

suplan por ellos. Este y no otro fué el motivo del distinguido favor del general Berthier, durante veinte años. Mr. Maret, sin igualarle ni con mucho, contrajo en la carrera civil méritos análogos á los de aquel ilustre gefe de estado mayor en la carrera militar.

El general Lefebvre fué conservado en el mando de la 17.^a division militar. Sabido es que al principio, en la mañana del 18 de brumario, habia mostrado alguna perplejidad, y que en seguida se habia arrojado en los brazos del nuevo dictador, conducta que fué recompensada con la 17.^a division militar y con el gobierno de Paris, porque ya se podia contar con su fidelidad.

Algunos individuos de los dos Consejos, que se habian distinguido por su cooperacion en el 18 de brumario, pasaron á las provincias, para esplicar y justificar este acontecimiento, y reemplazar, en caso de necesidad, á aquellos agentes de la autoridad que hubieran podido mostrarse rebeldes ó indiferentes. En todas partes se habia acogido con júbilo el suceso del 18 de brumario; sin embargo el partido revolucionario contaba, entre los hombres comprometidos por sus excesos, sectarios que podian llegar á ser peligrosos, sobretudo del lado de las provincias del medio dia. Cierta que do quiera que se hubiesen mostrado, la juventud, que se habia llamado dorada, estaba toda dispuesta á venir á las manos con ellos; pero la derrota ó la victoria de los unos ó de los otros, hubiera producido graves inconvenientes.

Hiciéronse algunos cambios en la distribucion de las principales comandancias militares. El ge-

neral Moreau, profundamente irritado contra el Directorio, que tan mal habia recompensado su desinterés patriótico durante la campaña de 1799, habia consentido en ser el lugarteniente del general Bonaparte, para ayudarle á consumar la revolucion de 18 de brumario. Puesto á la cabeza de trescientos hombres, habia descendido al cargo de alcaide del Luxemburgo, palacio en el que se hallaban prisioneros los directores, mientras se decidia en Saint-Cloud la caducidad de sus poderes. El general Bonaparte, que, lisonjeando hábilmente el orgullo y los resentimientos de Moreau, le habia conducido á aceptar este papel singular, le debia una indemnizacion, y al efecto reunió en uno solo los dos ejércitos del Rhin y de la Helvecia y le confirió su mando. Este ejército era el mas numeroso y brillante de la república y no podian confiarlo á mejores manos. El general Moreau habia hecho poco ruido en la última campaña. Sus servicios, muy positivos, sobre todo cuando con un puñado de hombres detuvo la marcha victoriosa de Suwarow, no eran sin embargo victorias, y no fueron apreciados en su justo valor. En aquella época lo habia borrado todo la batalla de Zurich. Además la conducta política de Moreau en el asunto del 18 de fructidor, cuando denunció á Pichegrú, muy pronto, ó demasiado tarde, le habia perjudicado en la opinión y hecho juzgar como hombre de carácter débil, enteramente inferior á si mismo, cuando estaba fuera del campo de batalla. Así que, el general Bonaparte lo encubra mucho confiriéndole tan importante mando, y tomaba ademas una determinacion muy prudente, porque conteniendo

las legiones del Rhin y de la Helvecia los mas exaltados republicanos del ejército, y muchos envidiosos de la gloria adquirida en Italia y Egipto, mandándolos Massena, poco afecto al general Bonaparte, aunque estuviese subyugado por su genio, y pasando alternativamente respecto de su persona de la admiracion á la displicencia, podia temerse de su parte alguna mala demostracion, con motivo del 18 de brumario, y por lo tanto la eleccion de Moreau frustraba completamente todas las manifestaciones posibles, y arrancaba á un ejército descontento un general sospechoso. Era igualmente buena esta eleccion bajo el aspecto militar; por que el ejército del Rhin y de la Helvecia estaba destinado, si volvía á principiar la guerra, á operar en Alemania, y nadie habia estudiado tan bien como Moreau esta parte del teatro de la guerra.

Massena fué enviado al ejército de Italia, por sitios y entre soldados que conocia perfectamente. Era honroso para él verse elegido como reparador de las faltas cometidas en 1799, y como continuador de las empresas del general Bonaparte en 1796. Separado del ejército, en cuyas filas acababa de vencer y crearse simpatias, iba á ser trasladado á otro, que odiaba al Directorio, y en el cual no debia hallar sino aprobadores del 18 de brumario. Esta eleccion, como la anterior, era sumamente acertada bajo el aspecto militar. El Apenino era lo que habia que disputar á los austriacos, y para una guerra de este género y en este teatro de operaciones, Massena no tenia igual.

Después de haber provisto estos nombramientos

tos indispensables, los cónsules, debieron ocuparse de un asunto, á lo menos tan urgente, cual era el de hacienda. Antes de obtener dinero de los capitalistas, era preciso darles la seguridad de suprimir el empréstito forzoso progresivo que compartia con la ley de rehenes la reprobacion universal. El empréstito forzoso, como la ley de rehenes, estaba lejos de haber producido todos los males que se le atribuian; pero estas dos medidas, muy mezquinas bajo el aspecto de utilidad tenian el inconveniente, bajo el aspecto moral, de despertar los recuerdos mas odiosos de la época del terror. No es, pues, extraño, que todo el mundo estuviese de acuerdo para condenarlos. Los mismos revolucionarios que, en su entusiasmo patriótico, los habian pedido al Directorio, por un arrepentimiento muy comun á los partidos, se habian súbitamente pronunciado contra estas medidas, desde que vieron sus malos resultados.

Apenas tomó posesion de su secretaría el ministro Gaudin, presentó de orden de los cónsules, á las comisiones legislativas, una resolucion, cuyo objeto era la supresion del empréstito forzoso progresivo, supresion que se llevó á efecto, con universal aplauso: reemplazándole un subsidio de guerra, que consistia en una adiccion de 25 céntimos al principal de las contribuciones, territorial, moviliaria y personal. Este subsidio era pagadero, como las demas contribuciones, en dinero ó papel de todas clases; pero, vista la urgencia se exigió que se pagase la mitad en numerario.

El subsidio de guerra que acababa de sustituirse al empréstito forzoso progresivo, no podia

dar recursos inmediatos, porque no debía percibirse sino por las listas de las contribuciones directas, y al mismo tiempo que estas contribuciones, de que en realidad no era sino un aumento en la proporción de una cuarta parte. Necesitábase para el servicio corriente, y sobre todo para los ejércitos, que ingresasen inmediatamente algunos fondos en el erario, y Mr. Gaudin, á consecuencia de sus nuevos actos, destinados á complacer á los capitalistas, hizo un llamamiento á los principales banqueros de la capital, y les pidió un socorro, cuya urgencia afectaba los ánimos. El general Bonaparte intervino directamente con ellos, é inmediatamente anticiparon al gobierno una suma de 12 millones en numerario, reintegrable con los primeros ingresos de la contribución de guerra.

Este socorro fué un gran beneficio, y honra sobremanaera el buen espíritu que animaba á los banqueros de la capital; pero no proporcionaba sustento mas que para algunos dias, y se necesitaban recursos mas duraderos.

Hase visto al principio de este libro, como la supresion de las contribuciones indirectas, resuelta al comenzar la revolucion, habia reducido el tesoro á la única renta de las contribuciones directas; cómo esta misma renta estaba casi anulada por la tardanza en la formación de las listas, y cómo en fin, habiendo desaparecido totalmente los asignados, medio ordinario de llenar todos los déficits, se hacia el servicio con papeles de diversa naturaleza, que no teniendo el curso forzoso de la moneda, no estorbaban, como antes, las transacciones particulares, pero dejaban al gobierno

sin recursos, y daban margen al mas escandaloso agiotage. Era preciso salir de este estado, y reorganizar la recaudacion, si habian de abrirse nuevamente las fuentes de las rentas públicas, y con ellas las del crédito.

En todo pais donde existen contribuciones sobre las propiedades y las personas, á las que llamamos en Francia contribuciones directas, se necesita un estado de las propiedades con valuacion de sus productos, un estado nominativo de las personas con valuacion de sus facultades pecuniarias; necesitase todos los años modificar estos estados, tomando en cuenta la traslacion de las propiedades de mano en mano, el nacimiento, la muerte y la mudanza de la persona; despues es preciso repartir todos los años entre las propiedades y las personas, la suma de impuestos que ha sido decretada; necesitase, en fin, una recaudacion exacta á la par que prudente; exacta para asegurar los ingresos, y prudente para no vejar á los contribuyentes. Nada de esto existia en el año VIII (1799.)

El catastro, obra de cuarenta años cabales, no se habia siquiera principiado. Habia antiguos libros de apeos de las tierras en algunos pueblos, y un estado general de las propiedades, emprendido en tiempo de la Constituyente: estas noticias, muy poco exactas, eran sin embargo, las únicas de que entonces se servian, y las operaciones que deben ejecutarse para revisar los estados de las propiedades y personas con arreglo á sus mudanzas incesantes, y para repartir anualmente entre ellas la suma decretada del impuesto, estas operaciones que constituyen propiamente,

te lo que se llama formacion de las listas, estaban confiadas á las administraciones municipales, cuya desorganizacion é incuria ya hemos dado á conocer.

No era menor el desórden que habia en la recaudacion; adjudicada como estaba á bajo precio á los que ofrecian verilarla con menos gastos. Estos recaudadores entregaban los fondos percibidos á los administradores que servian de punto intermedio, entre ellos y el recaudador general, unos y otros estaban alcanzados. El desórden que presidia á todas las cosas impedia vigilarlos. Por otra parte la falta de formacion de listas les facilitaba siempre una excusa plausible, para la morosidad en la entrega de los fondos recaudados, y el agiotage un medio de pagar en papel poco estimado. En una palabra, recibian poco y entregaban mucho menos.

Siguiendo los consules el parecer de Mr. Gaudin no temieron volver á ciertas prácticas del antiguo régimen, que la esperiencia habia acreditado de buenas y útiles. Con arreglo al modelo mejorado de la antigua administracion de las veintenas, se creó la agencia de las contribuciones directas, siempre rechazada hasta entonces, por la enojosa idea de dejar á las administraciones locales el cuidado de imponerse á sí mismas sus respectivas cuotas. Un director y un inspector por cada departamento y ochocientos cuarenta interventores esparcidos en mas ó menos número por los distritos, debian ejecutar personalmente el trabajo de las listas; es decir, formar la de las propiedades y personas, averiguar los cambios ocurridos en el año y aplicarles la porcion del

impuesto que les correspondia. De esta suerte, en lugar de cinco mil comisarios de canton, reducidos á solicitar de las municipalidades la formacion de las listas, debia haber noventa y nueve directores, noventa y nueve inspectores y ochocientos cuarenta interventores, ejecutar por sí mismos el trabajo y que costaria al estado tres millones en vez de cinco. Esperábase que en seis semanas quedaria completamente organizada esta administracion, y que en dos ó tres meses habria ella acabado la tercera parte que faltaba por hacer en las listas del año VII (año transcurrido) todas las del año VIII (año corriente), y en fin, todas las del año IX (año venidero).

Necesitábase valor para vencer algunas preocupaciones, y el general Bonaparte no era hombre á quien semejantes inconvenientes podian arredrar, ni detener. Las comisiones legislativas, disutiendo á puertas cerradas, adoptaron el proyecto propuesto, despues de algunas observaciones. Concediéronse garantías á aquellos contribuyentes que tuvieran que esponer reclamaciones, garantías, que se aseguraron despues, con mas precision, por medio de la institucion de los consejos de prefectura. De este modo quedó restablecida la base de toda contribucion regular.

Hecho esto, era preciso organizar la recaudacion y el ingreso de los fondos en el tesoro.

Hoy, gracias al orden perfecto que el Imperio y los gobiernos posteriores han introducido sucesivamente en nuestra hacienda, la cobranza de los impuestos se ejecuta con una facilidad y regularidad que nada dejan que desear. Los recau-

dadores reciben todos los meses las *contribuciones directas*, es decir, los impuestos sobre la tierra, fincas urbanas y personas, las entregan al recaudador particular colocado en cada cabeza de distrito, y este al recaudador general, colocado en la cabeza del departamento. Los recaudadores de las *contribuciones indirectas*, las cuales se componen de los derechos de aduana establecidos en las fronteras sobre las mercancías extranjeras, de los derechos de registro establecidos sobre los cambios de propiedad ó sobre los actos judiciales; en fin, de los derechos establecidos sobre toda clase de consumos, como los licores, el tabaco, la sal etc., entregan el producto de estos impuestos á medida que los perciben al recaudador particular y éste al recaudador general, verdadero banquero del estado, encargado de centralizar los fondos, y ponerlos en movimiento segun las órdenes que recibe de la administración del tesoro.

La igualdad en el reparto de las cargas públicas, y la comodidad general que es su natural consecuencia, han hecho hoy tan facilísimo el pago de los impuestos y la contabilidad, que no es mas que la descripción de todas las operaciones relativas á los ingresos y gastos; ha llegado á ser tan clara, que los fondos se reciben en tesorería el día designado, las mas de las veces antes, y sábase además á punto fijo la hora de sus entradas y salidas. Háse, pues, logrado establecer un sistema fundado sobre la verdad misma de los hechos, á medida que se realizan. Está en la índole de las *contribuciones directas*, impuestas sobre la propiedad y las personas, y que son como

una especie de renta, poder ser fijadas de antemano, así en su importe, como en el término del pago. Se exigen, pues, por dozavas partes, esto es, por meses. Cada mes se consideran como deudores á los empleados de la recaudación; pero se supone que no han recibido mas que dos ó tres meses despues de la dozava parte vencida, á fin de proporcionarles el modo de no vejar á los contribuyentes, creándoles al mismo tiempo un motivo para trabajar con celo por los ingresos de las contribuciones, pues si las reciben antes del día prefijado, disfrutan un interés proporcionado á la celeridad de la cobranza. Sucede lo contrario con las contribuciones indirectas, que por su índole solo se recaudan á medida que entran en Francia los productos extranjeros, y á medida que se verifica el cambio ó traspaso de las propiedades, ó los consumos de todas las clases, no ingresando en caja sino de un modo irregular y segun el movimiento de las cosas que afectan. Considéranse, pues como deudores á los empleados en la recaudación desde que ingresan en su poder, y no por dozavas partes y por meses como se practica respecto de las contribuciones directas. Cada diez días se considera al recaudador general como deudor de lo que ha ingresado en la década vencida.

Desde que se considera al recaudador general como deudor de cualquiera clase de contribuciones, paga interés por la suma que adeuda hasta el día en que la entrega para las atenciones del servicio público. Por el contrario, el día que satisface una suma cualquiera por cuenta del estado, y antes de adeudarla, al estado le corres-

ponde satisfacer el interés que devenga. Se compensan en seguida los intereses adeudados por el recaudador general en virtud de los días que las sumas han permanecido en su poder fuera del tiempo prescripto, y los intereses adeudados por el estado en virtud de las sumas que le han sido anticipadas; de suerte que el interés no se pierde un solo día ni para el uno ni para el otro, y el recaudador general viene á ser un verdadero banquero en cuenta corriente con el tesoro; hallándose obligado á tener siempre á disposicion del gobierno los fondos que pueden exigir las necesidades del servicio público en cualquiera proporcion que sean.

Tal es el sistema que sucesivamente han ido introduciendo en la cobranza de los fondos por una parte la esperiencia, y por otra la comodidad cada vez mayor de los contribuyentes.

Pero en la época cuya historia referimos se recaudaban mal los impuestos, y el sistema de contabilidad era oscuro. Contador que no habia rendido cuentas, podia alegar como excusa la tardanza en la formacion de las listas de repartos y la penuria de los contribuyentes; además podia disimular los ingresos, gracias á la falta de claridad en la descripcion de las operaciones. No sabia el gobierno, como sabe hoy, día por día, lo que pasa en las mil cajas, grandes ó pequeñas que componen la caja general del estado.

Mr. Gaudin propuso é hizo aceptar al general Bonaparte un sistema tomado en gran parte del antiguo régimen, sistema ingenioso que nos ha traído insensiblemente á la reorganizacion en la actualidad establecida. Este sistema fué el de las

obligaciones de los recaudadores generales. Estos recaudadores, verdaderos banqueros del tesoro, como los hemos denominado, debian suscribir, á obligaciones de vencimientos mensuales por todo el valor de las contribuciones directas, es decir, por trescientos millones, de quinientos á que ascendia entonces el presupuesto del estado. Estas obligaciones eran pagaderas á su vencimiento en la caja del recaudador general. Para representar la tardanza producida por el contribuyente, en satisfacer su respectiva cuota, se suponía que cada dozava parte se recaudaba cuatro meses despues del día en que debia haber sido satisfecha. Así las obligaciones para la dozava parte vencida en 31 de enero, debian ser suscritas al vencimiento del 31 de mayo, de manera que, contando el recaudador general con un plazo de cuatro meses, tenia á la vez un medio de no apremiar al contribuyente, y un estímulo para no descuidar la recaudacion, porque si la verificaba en dos meses en lugar de cuatro, ganaba dos meses de interés.

Además de la ventaja de no molestar al contribuyente, y de interesar á los empleados de hacienda en el ingreso de las contribuciones, tenia esta combinacion el mérito de prohibir á los recaudadores generales la tardanza en la entrega de los fondos, porque el tesoro tenia contra ellos letras de cambio á vencimientos fijos, á cuyo pago estaban obligados so pena de protestarlas. Cierta es, que semejante combinacion no era posible, sino despues de asegurada la formacion de las listas de repartos y la cobranza del impuesto, no pudiendo los recaudadores genera-

les entregar exactamente mas fondos que los que exactamente habian percibido. Mas conseguido esto por los medios indicados, era fácil establecer el sistema de las obligaciones, y prescindiendo de las ventajas enumeradas, tenia la de poner á disposicion del tesoro el dia primero del año, los trescientos millones de las contribuciones directas en letras de cambio de fácil y seguro descuento.

Para dar crédito á este papel destinado á llenar el oficio que hoy llenan en Francia los bonos reales, y en Inglaterra los bonos de echiquier, se inventó la caja de amortizacion, la cual debiendo recibir muy pronto todas las atribuciones relativas á la deuda pública, no tuvo mas objeto en aquel primer momento que el de sostener las obligaciones de los recaudadores generales. He aquí como esto se llevó á efecto. Presentaban al principio estos empleados del ramo una fianza en bienes raices como garantía de sus operaciones. Esta clase de fianzas, que esponia al estado, á las dificultades de una expropiacion forzosa, cuando tenia que ejercer su accion cerca de los recaudadores generales, no llenan el objeto de su instituto. Se pensó pues en exigirles una fianza en dinero. Reportaban entonces todos ellos demasiada utilidad, beneficios del agiotaje establecido sobre el mismo impuesto, para que no se sometieran de buen grado á semejante condicion, antes que resignar sus cargos.

Estas fianzas depositadas en la caja de amortizacion, se destinaban á servir de garantía á las obligaciones. Toda obligacion debia ser satisfecha en la caja del recaudador general á su venci-

miento, ó en su defecto en la caja de amortizacion, que debia descontar al instante la cantidad protestada de la fianza del recaudador. Por este medio la obligacion equivalia desde luego en solidez al mejor papel de comercio. No era esta la única ventaja de semejante conuinacion. Probablemente debia bastar una escasa porcion de las fianzas para sostener el crédito de las obligaciones pues pocos recaudadores generales consentirian en que su papel se protestara: quedando desde entonces el exceso á disposicion del tesoro, el cual podia tomar cuenta de las mismas sumas á la caja, cediéndole inmuebles ó rentas.

Ofrecia pues esta institucion la ventaja de dar curso seguro á las obligaciones, y de proporcionar cierta cantidad de numerario, realizable en el acto, recurso muy oportuno en aquellas circunstancias.

Tal fué el sistema de recaudacion y entrega de las contribuciones, que no tardó en dar cierto desahogo al tesoro. Consistia, como se ve claramente, en formar las listas de las contribuciones y en proceder á su cobranza con exactitud y celeridad, y estender seguidamente cartas de cambio contra los principales contadores por el importe total de los impuestos: letras de cambio de muy fácil descuento, merced á los medios imaginados para que los recaudadores generales pudiesen desempeñarse por sí mismos de sus obligaciones, ó para que la caja de amortizacion pudiera llenarlas por ellos.

Hasta ahora solo hemos hablado de las contribuciones directas. Respecto de las indirectas que no ingresaban regularmente ni por dozabas par-

tes, debian los recaudadores generales, despues de verificada la recaudacion y no antes, enviar al tesoro *bonos á la vista* contra ellos mismos, valor que de este modo no era disponible hasta que el recaudador habia recibido su total importe. Esta parte del servicio, que aun dejaba á los recaudadores generales grandes utilidades, llegó á perfeccionarse con el tiempo.

En el instante de ponerse en planta todo sistema nuevo ocurren obstáculos de transicion, hijos de la dificultad de conciliar el estado presente de las cosas con el estado próximo que se quiere crear. De este modo los *bonos de atrasos*, entregados á los censualistas, los *bonos de suministros*, espedidos á los arrendatarios, quienes habian proporcionado granos y comestibles en sus respectivas localidades, y por último las *delegaciones* sobre los fondos que habian de ingresar en las arcas públicas, espedidas con reprehensible licencia á ciertos abastecedores podian frustrar los calculos mejor formados, y por lo mismo inventáronse diferentes medios para obviar los inconvenientes que resultaban de la circulacion de todos estos papeles. Los *bonos de atrasos* despachados á los censualistas fueron, los únicos que continuaron disfrutando el favor de ser recibidos en pago de contribuciones; pero se tomaba conocimiento de su importe para el año corriente, y se disminuyó en otro tanto la suma de las obligaciones que debian suscribir los recaudadores generales.

Respecto á los *bonos de suministros* y á las *delegaciones*, papeles de origen sospechoso, y cuyo total importe era desconocido, quedaron sujetos á una

liquidacion particular, reintegrándoles mas tarde parte en bienes nacionales, parte en valores de diversa naturaleza y con bastante equidad.

Pagando á los censualistas su dinero como se pensaba hacer tan luego como estuviere asegurado el ingreso de las contribuciones; manteniendo á los ejércitos y dispensándoles de recurrir al sistema de suministros: negando obstinadamente á los proveedores las delegaciones abusivas que obtenian antes contra los ingresos del tesoro, necesariamente habia de agotarse la fuente de estos papeles, y restablecerse en todas partes la recaudacion en numerario.

Agregáronse á estos medios, imaginados para asegurar las rentas del estado, algunas medidas legítimas unas en todos tiempos, y otras que conservaban todavía el caracter de arbitrios y la excusa de la necesidad. Los compradores de bienes nacionales, imitando el ejemplo de todo el mundo, esto es, no obedeciendo las leyes, se negaban á satisfacer el precio de los inmuebles que habian comprado; y por lo tanto fueron apremiados á verificar el pago dentro del preciso término de cuatro meses, so pena de invalidar sus derechos. Esta obligacion debia hacer que ingresara gran parte de los papeles que circulaban, y eran especialmente admisibles en pago de bienes nacionales. Como quiera que ciertas clases de compradores debian satisfacer en numerario parte del precio de la compra, se les obligó á suscribir por valor de esta parte, obligaciones negociables, las cuales representaban valores buenos y de facil colocacion, porque las personas que las habian suscrito corrian riesgo de perder sus bienes,

si permitian que aquellas fuesen protestadas.

Aun existían trescientos ó cuatrocientos millones de bienes nacionales no vendidos. Este valor en un todo hipotético, pues se fundaba en las tasaciones de 1790, podía, si sabia aguardar á mejores tiempos, duplicarse, triplicarse y hasta aumentarse más de lo que se creía. Habria sido preferible no enagenarlos. Sin embargo la urgencia de las necesidades públicas obligó á recurrir á otra enagenacion, decidiéndose que se negociaran á los especuladores *libranzas* por valor de ciento cincuenta millones en representacion del precio de los bienes de cuya venta se trataba. Afortunadamente no llegó á emitirse sino una parte de esta suma.

Por último se imaginó representar tambien por títulos de la misma especie, el capital de ciertas rentas territoriales, pertenecientes al estado, y cuya redencion habian permitido á los deudores anteriores leyes. Esto facilitaba un recurso de cerca de cuarenta millones. Los deudores de estas rentas ya no las servian, aun cuando su redencion no se habia verificado. Emitiéronse títulos destinados á representar este capital de cuarenta millones, y negociables, como las *libranzas* sobre bienes nacionales, por medio de los agentes de negocios.

Estas creaciones de valores artificiales eran la última concesion que se hacia á las necesidades del momento. Enagenadas á los especuladores, tenian por objeto proporcionar algunos recursos, mientras se restablecia la hacienda, lo cual era de esperar de la formacion puntual de las listas y del sistema de las *obligaciones* de los recaudado-

res generales. Por lo demas, estos valores, como veremos despues, fueron emitidos con gran reserva, y no tropezaron con los inconvenientes comunes del descrédito y de la enagenacion á infimo precio de recursos del estado.

Estos diferentes proyectos, aunque buenos en su esecia, no podian valer mas de lo que valiera el mismo gobierno. Fundados en el supuesto restablecimiento del orden producirian los resultados que aquel se prometia. Si el orden renacia efectivamente; si el poder ejecutivo desplegaba vigor y perseverancia en la ejecucion de sus planes; si organizaba bien y pronto la nueva administracion de contribuciones directas; si empleaba constante esmero en exigir que se formasen las listas y se procediese á la cobranza dentro del plazo prescrito, que los recaudadores generales suscribiesen sus obligaciones y las pagaran á su vencimiento, presentando ademas oportunamente y depositando en la caja de amortizacion sus respectivas fianzas, en cantidad bastante para sostener el crédito de las *obligaciones*; si abandonaba en fin para siempre esos ruinosos arbitrios tales como *bonos de atrasos*, *bonos de suministros*, y *delegaciones*, á que habia prometido renunciar; si todo esto se realizaba, habia seguridad de obtener los felices resultados que se esperaban del nuevo sistema de hacienda. Lícito era esperarlo así del talento y firmeza del carácter del general Bonaparte, quien habia discutido y aprobado, modificado y mejorado muchas veces todos estos proyectos, y por lo mismo comprendió todo su mérito é importancia, y se hallaba decididamente resuelto á velar en su ejecucion estricta. Una vez

acordados se enviaban á las comisiones legislativas, las cuales sin pérdida de tiempo las convertían en leyes. Veinte días bastaron para concebirlos, redactarlos, revestirlos con el carácter legal, y dar principio á su ejecución. El mismo general Bonaparte trabajaba muchas veces á la semana con el ministro de hacienda, teniendo así el mejor medio de poner termino á esas funestas *delegaciones* frecuentemente concedidas á instancias ó por la influencia corruptora de los abastecedores. Todas las semanas hacia que los diferentes ministros le presentasen el estado de sus gastos indispensables, y cotejándolo con el de los ingresos probables presentado por el tesoro, distribuía los recursos reales y efectivos en proporción de las necesidades de cada ministerio. Por tanto, no disponia mas que de lo que estaba cierto de percibir; y merced á esta firmeza debia desaparecer muy pronto el principal abuso, que era el de las *delegaciones*.

Mientras se verificaba la formación de las listas de repartos, su cobranza, la entrega en el tesoro y el descuento de las *obligaciones* de los recaudadores generales, habia para vivir, además de los doce millones anticipados por algunos banqueros, el depósito de las nuevas fianzas, la negociación de los valores recién creados, y por último la cobranza corriente conque hasta entonces se habia vivido aun siendo imperfecta y defectuosa. La confianza conque se hallaban investidos los cónsules provisionales atraia á los hombres de negocios, quienes admitian los nuevos valores que algunos días antes no hubieran sido aceptados por nadie.

Con estos medios reunidos se pudo atender al socorro de los ejércitos hambrientos y desnudos, proporcionándoles un alivio de que tan urgente necesidad tenian. Tan grande era el desorden, que ni aun siquiera habia en el ministerio de la guerra estados de las tropas, de su número, ni de los puntos que ocupaban. Las oficinas de artilleria eran las únicas que poseian estados de este género relativos á las tropas de su arma. Pero como no se alimentaba, ni se vestia al ejército, como los batallones de conscriptos sacados de los departamentos, y equipados con los bonos de suministros se habian organizado las mas veces sin intervención de la autoridad central, casi nada sabia esta de cuanto les concernia. El general Bonaparte se vió obligado á enviar oficiales de estado mayor á diversos puntos para adquirir los documentos que le faltaban. Remitió al mismo tiempo á los diferentes cuerpos del ejército algunos socorros, muy insuficientes atendida la estension de sus necesidades. Hablándoles en una proclama con el lenguaje que tan bien sabia usar con los soldados, los exhortó con empeño á que tuviesen paciencia algunos días mas y á que diesen muestras en las privaciones, de mismo valor que habian desplegado en los combates.

«Soldados, les decia, grandes son vuestras necesidades y están adoptadas todas las medidas para satisfacerlas. La primera cualidad del soldado es la constancia en soportar las privaciones y fatigas; el valor es la segunda. Muchos cuerpos han abandonado sus posiciones, mostrándose sordos á la voz de sus gefes. El 17 ligeros se halla en este número. ¿Han muerto por

«ventura todos los valientes de Castiglioni, de Rivoli y de Neumarek? Esos hubieran perecido antes que abandonar sus banderas, y habrían conducido á sus jóvenes camaradas al honor y al deber. ¡Soldados! por ventura no se os hacen con regularidad vuestras distribuciones? qué hubierais hecho si os hubieseis encontrado como los regimientos 4.º y 22 de ligeros, y 18 y 32 de línea, en medio del desierto, sin pan y sin agua, comiendo carne de caballos y de mulas? *La victoria, nos dará pan* decían: y vosotros abandonais vuestras banderas!

«¡Soldados de Italia! un nuevo general os manda: siempre estuvo á vanguardia en los días más felices de vuestra gloria. Depositad en él vuestra confianza; y él volverá á traer la victoria á vuestras filas.

«Haré que me den cuenta diaria de la conducta de todos los cuerpos y especialmente del 17 de ligeros y del 63 de línea, y se acordarán de la confianza que tuve en ellos.»

No era la administracion de la hacienda y de los ejércitos la única providencia gubernativa, que reclamaba de un modo urgente la atención de los nuevos cónsules. Convenia revocar á la vez aquellos rigores indignos de un gobierno prudente y humano que la violencia de los partidos habia arrancado á la debilidad del Directorio espirante: convenia mantener el orden amenazado aquí por los naturales de la Vendée que corrian á las armas, allí por los revolucionarios exasperados á consecuencia de la revolucion del 18 de brumario.

La primera medida política adoptada por los nuevos cónsules fué relativa á la ley de rehenes.

Aquella ley que hacia responsables á los parientes de los naturales de la Vendée y á los chouanes de los desafueros cometidos en las provincias sublevadas, ocasionaba el arresto de unos y la deportacion de otros. Objeto era esta ley de la áspera censura pública lo mismo y todavía con más razon que la ley del empréstito forzoso progresivo. Necesitábanse con efecto las ciegas pasiones de aquella época, para tener la osadía de constituir á los parientes de los rebeldes responsables de actos que no habian cometido por más que ansiasen su triunfo. Obraron los cónsules acerca de esta ley de la misma manera que habian obrado respecto de la ley del empréstito forzoso progresivo: propusieron su revocacion á las comisiones legislativas, las cuales la declararon al punto. El mismo general Bonaparte fué á la prision del Temple donde se hallaban detenidos muchos en calidad de rehenes, á romper sus cadenas con sus gloriosas manos, y á recoger aquellas innumerables bendiciones, que inspiró tan constante y justamente el poder reparador del Consulado.

A esta medida se agregaron otras del mismo género que señalaron con igual carácter la política de los cónsules provisionales. Habian sido perseguidos muchos sacerdotes, aun despues de haber prestado á la constitucion civil del clero el juramento, que vino á ser causa y origen del cisma. Estos sacerdotes á quienes se calificaba con el nombre de *juramentados*, se encontraban unos ocultos ó fugitivos, otros detenidos en las islas de Re y de Oléron. Decretaron los cónsules que se diera libertad á los que todavía estaban presos. Esta medida debia hacer que entraran en Francia

ó se mostraran á la luz del dia todos los sacerdotes que se hallaban en el mismo caso y habian buscado su salvacion en la fuga ó en el retiro.

Tiempo habia que se interesaba la opinion pública en favor de muchos emigrados náufragos en las cercanias de Calais. Colocados estos infelices entre los horrores del naufragio, y la severidad de las leyes sobre la emigracion, no habian titubeado en arrojarse á las playas de Francia, imaginando que su patria no sería para ellos tan cruel como la borrasca. Decian los partidarios de las medidas de rigor, y casi con razon, que los emigrados de quienes se trata se dirigian á la Vendée con el fin de tomar parte en la guerra civil, que se encendia de nuevo, y de aqui deducian la necesidad de aplicarles las terribles leyes de la emigracion entonces vigentes. Pero despertándose por fortuna la humanidad pública manifestaba repugnancia á esta manera de discurrir; y la cuestion se habia resuelto muchas veces en sentido contrario. Los nuevos cónsules resolvieron que fuesen puestos en libertad dichos emigrados, con la condicion de que se los trasladase fuera del territorio de la república. Figuraban entre ellos algunos individuos de las mas ilustres familias de Francia, y especialmente el duque de Choiseul, á quien despues hemos hallado de continuo en el número de los constantes amigos de una libertad prudente, única que puede amar y defender todo hombre honrado.

Los actos de que acabamos de hacer mencion fueron universalmente aplaudidos. ¡Admírese la diferencia que puede existir entre un gobierno y otro! De haber emanado actos semejantes del Di-

rectorio habrian sido calificados de concesiones indignas al partido de la emigracion; y siendo obra del nuevo gobierno consular á cuya cabeza aparecía un general ilustre, cuya presencia inspiraba en seguida la idea de la fuerza, donde quiera que se mostrase, adquirian los mismos actos el carácter de una política fuerte y moderada. ¡Tan cierto es que para ser moderado con honor y con fruto se necesita ser poderoso!

En este primer momento no carecía de prudencia la política de los cónsules provisionales, sino respecto del partido revolucionario. Contra este partido habia sido forzoso luchar en las jornadas recientes del 18 y 19 de brumario: naturalmente debia ser blanco de la irritacion y desconfianza, y contra él solo hubo rigores en medio de estos actos de una política reparadora y encaminada á conciliar los ánimos. La noticia del 18 de brumario habia conmovido á los patriotas del mediodia: las sociedades afiliadas á la sociedad madre del *Picadero*, establecida en la capital, habian redoblado su cólera y se anunciaba que los diputados, privados por la ley del 19 de brumario, de su carácter de individuos del Cuerpo legislativo, iban á reunirse en Tolosa para reinstalar dentro de su recinto una especie de Directorio. Ya nada temia el general Bonaparte, disponiendo del gobierno y del ejército: ya habia dado muestras el 13 de vendimiario de cómo sabia reprimir las insurrecciones, y no se curaba absolutamente de lo que pudieran hacer sin soldados unos cuantos patriotas exaltados. Pero sus cólegas Sieyes y Roger-Ducos no participaban de su confianza: uniéronse á ellos muchos ministros y le persuadieron

de la necesidad de adoptar ciertas precauciones. Inclinado por lo demas á las medidas enérgicas, por carácter, aunque llevado á la moderación por política, consintió en hacer declarar la deportación contra 38 individuos del partido revolucionario, y la detención en la Rochela contra otros 48. En este número se hallaban algunos malvados, y sobre todo uno que se jactaba de haber sido el asesino de la princesa de Lamballe; pero tambien habia hombres honrados, individuos de los dos Consejos, y por último un personage ilustre y respetable, cual era el general Jourdan. Su oposicion pública al 18 de brumario, habia inspirado por el pronto algunos temores. Inscribir á semejante hombre en aquella lista fatal, era cometer dos faltas á un tiempo.

Aunque predispuesta la opinion pública en contra de los revolucionarios, acogió esta medida con frialdad y casi con censura, pues en tanto grado se temian los rigores y las reacciones, que ni aun se deseaban contra aquellos que todo se lo habian permitido en este género de conducta. De todas partes vinieron reclamaciones, y de muy alto algunas, en favor de ciertos nombres incluidos en la lista de proscripción. El Tribunal de Casacion reclamó por uno de sus individuos llamado Javier Andouin, quien no habia merecido que se ejerciesen contra su persona tales rigores. Mr. de Talleyrand, de carácter siempre dulce, y diestro siempre en sus acciones; Mr. de Talleyrand, que permanecia hasta cierto punto alejado del ministerio de negocios estrangeros, por la aversion que le profesaba el partido revolucionario, tuvo la feliz ocurrencia de reclamar

en favor de un tal Jorry, que le habia ofendido públicamente. Reclamó, segun su dicho, pormiempo de que se atribuyese á una venganza de su parte, la inclusion de aquel ofensor vulgar en la lista de los nuevos proscriptos. La publicacion de su carta le hizo mucho honor y salvó á su recomendado. Una especie de grito público dió margen á que el general Jourdan fuese así mismo borrado de la lista. Por gran fortuna el pronto y favorable giro que tomaron los sucesos, permitió la revocacion de este acto, que no era sino una distraccion accidental en una marcha, por otra parte firme y recta.

El general Bonaparte habia enviado al general Lannes, su lugar-teniente favorito, á Tolosa, y con su simple aparicion se desvanecieron todas las tentativas de resistencia. La ciudad de Tolosa volvió á gozar de sosiego: y las sociedades anejas á la del Picadero, se cerraron en todas las ciudades del mediodia. Bien veian los revolucionarios exaltados que, volviéndose contra ellos la opinion habia cesado de serles favorable, hallándose ademas al frente del gobierno un hombre, á quien nadie esperaba poder resistir. Por otra parte, los mas razonables no podian olvidar que aquel hombre era el mismo que el 13 de vendimiario habia dispersado á las gavillas realistas de las secciones de Paris, sublevadas contra la Convencion, y el que bajo el Directorio habia suministrado los medios de obrar el 18 de fructidor, prestando firme apoyo al gobierno. Sometieronse al fin los mas exaltados, profiriendo gritos de rabia, sofocados en breve, y los demas esperando que al menos bajo el gobierno militar del nuevo

Cromwell, como entonces le llamaban, no quedarían vencidas la revolución ni la Francia en provecho de los Borbones, de los ingleses, de los austriacos, ni de los rusos.

Solo un acto de resistencia se opuso al 18 de brumario y ese no por la fuerza sino por las vías legales. Renovando el ejemplo de los antiguos parlamentos, el presidente del tribunal criminal de l'Yonne, llamado Bernabé, se negó á tomar razon de la ley del 19 de brumario, por la que se constituía el gobierno provisional de los consules. Llevado este magistrado ante las comisiones legislativas fue acusado de haber faltado á sus deberes, suspendido y separado de su destino. Por lo demas, sufrió con sumision y dignidad su condena.

El pronto término de estas tentativas de resistencia consintió al gobierno revocar una medida que estaba en abierta contradiccion con su prudente política. A consecuencia de una memoria del ministro de justicia, Cambaceres, en que manifestaba que se habia restablecido el orden en los departamentos, que en todas partes se cumplian las leyes sin obstáculo y que se habian trocado en simple vigilancia la deportacion fulminada contra treinta y ocho individuos y la detencion contra otros diez y ocho en la Rochela. No tardó en quedar suprimida esta misma vigilancia.

Este acto habia sido eclipsado en breve por multitud de medidas sensatas, hábiles y vigorosas que distinguian al nuevo gobierno. Habia llegado la época en que absorbieron toda su atencion los sucesos de la Vendée, donde acababa de

ensayarse hácia fines del Directorio una empresa que no llegó á ser realizada. Mas el advenimiento del general Bonaparte alteraba completamente la faz de los negocios y la direccion de los ánimos en todo lo concerniente á la República. Los caudillos de la nueva insurreccion realista habian sido escitados á empuñar las armas, tanto por los últimos actos de rigor del Directorio, cuanto por la esperanza de la próxima caída de aquel gobierno. Mas por una parte se inclinaban los ánimos á la conciliacion de resultas de la revocacion de la ley de rehenes, de haberse restituido la libertad á los sacerdotes y concedido la vida á los emigrados náufragos, y por otra parte, la presencia del general Bonaparte en el poder, disipaba la esperanza de ver disuelto el orden de cosas que la revolución habia engendrado. Resulta, pues, que el 18 de brumario habia modificado las ideas en la Vendée como en otras partes, y dado lugar á disposiciones del todo nuevas.

Los caudillos realistas, de los cuales unos peleaban en los campos de la Vendée, y otros residian en Paris, ocupados en intrigas políticas; y entregados como todos los partidos que aspiran á derribar un gobierno, á una prodigiosa y continua actividad, y siempre en busca de nuevas combinaciones para hacer triunfar su causa, imaginaron que tal vez habria algun medio de entenderse con el general Bonaparte. Calculaban que un personaje tan eminente, no se avendria bien á figurar algunos dias en la movible escena de la revolución francesa, para hundirse después con sus predecesores, en el abismo abierto bajo sus pies, y que preferiria ocupar un puesto

en una monarquía pacífica y regularmente constituida, de la que sería apoyo y ornamento. En una palabra, tuvieron la credulidad de esperar que el papel de Monk convendría á un personage que no consideraba ni aun el de Cromwell bastante grande para él. Aprovecharon la mediación de uno de esos ministros de la diplomacia estrangera, que bajo pretexto de estudiar el país, en el cual se hallan acreditados, siguen de cerca todas las tramas de los partidos; y consiguieron ser presentados al general Bonaparte. Los señores Hyde de Neuville y de Andigné, fueron los realistas que se encargaron de dar este paso.

No hay necesidad de demostrar hasta qué punto era errónea esta manera de juzgar al general Bonaparte. Este hombre extraordinario persuadido á la sazón de su poderío y de su grandeza, no quería prestarse á servir á ningún partido. Si no quería el desorden, amaba la revolución: si no creía en toda la estension de la libertad que ella había prometido, apetecía en todas sus partes la reforma social que se había propuesto llevar á cabo. Deseaba, pues, el triunfo de esta revolución: deseaba la gloria de terminarla, de hacer que viniese á parar en un orden de cosas regular y pacífico; deseaba continuar siendo su cabeza, bajo cualquier título, bajo cualquiera forma de gobierno; mas tenía ya suficiente gloria y convencimiento de su fuerza para que consintiese en servir de instrumento á otro poder que el de la providencia.

Recibió, pues, á los señores Hyde de Neuville y de Andigné, escuchó sus insinuaciones mas ó menos claras y terminantes, encaminadas á que

cesáran las persecuciones, á reunir á todos los partidos en rededor del gobierno, sin hacer que triunfara otro alguno que el de la revolución misma, de la revolución entendida en su mejor sentido. El por su parte les declaró su voluntad formal de entrar en tratos con los caudillos de la Vendée bajo condiciones razonables, ó de esterminarlos hasta que no quedase uno. Esta entrevista, pues, no tuvo otro resultado sino el de que el partido realista aprendiera á conocer mas á fondo al general Bonaparte.

Mientras se establecian en Paris estas comunicaciones entre el general Bonaparte y algunos amigos de los Borbones, se entablaban otras sobre el mismo territorio de la Vendée, entre los caudillos de la insurrección y los generales de la República. En los últimos días del Directorio, cuando ya nadie sabia á quien obedecer, se había introducido en el ejército de la Vendée la relajación de la disciplina que precede á la defecion, y mas de un oficial republicano, dudando de la existencia próxima de la República había vuelto los ojos hacia el partido realista. Habiendo cambiado todo al advenimiento del general Bonaparte, aquellas mismas comunicaciones que iban á ser peligrosas, fueron por el contrario útiles, tomando nuevo giro las conferencias. Los caudillos realistas que atraían hacia sí los oficiales del ejército republicano, fueron atraídos á su vez por aquellos mismos oficiales hacia el gobierno de la República. Se les hizo conocer la poca esperanza de vencer al vencedor de Italia, y de Egipto, y la esperanza de obtener de él un régimen reparador y benéfico, que hiciese apa-

cible y llevadera la condicion de todos los partidos. Este language no fué estéril en resultados. Hallábase á la sazón á la cabeza del ejército del Oeste, un general prudente, conciliador y leal, que habia prestado inminentes servicios al lado del general Hoche en la primera pacificacion de la Vendée y era el general Hedouville, quien cogió todos estos hilos con el propósito de ponerlos en manos del nuevo cónsul.

Este se apoderó de ellos al punto y comisionó al general Hedouville para que entrase en negociaciones con los gefes vendeanos, á lo que se mostraban ellos propicios por lo mucho que los intimidaba la preséncia en el poder, del general Bonaparte. Difícil era firmar de seguida una capitulacion y ponerse de acuerdo en todos los artículos; mas no presentaba las mismas dificultades una suspension de armas, y así es que todos prometieron firmarla en el instante. Aceptada por parte del gobierno firmaron á los pocos dias MM. de Chatillon, de Autichamp y de Bourmont una suspension de armas para la Vendée y parte de Bretaña y se convino en influir con Jorge Cadoudal y Mr. de Frotte, proponiéndoles la adopcion de esta medida en el Morbihan y en la Normandia.

No se hizo esperar mucho tiempo este acto del nuevo gobierno, pues se consumó á principios de frimario, veinte dias despues de la instalacion de los cónsules provisionales, causando una satisfaccion general, y haciendo que la pacificacion de la Vendée apareciera mas cercana de lo que en realidad estaba.

Algunos rumores análogos á estos con respecto á las potencias extranjeras, hicieron esperar tambien de la venturosa estrella del general Bonaparte el pronto restablecimiento de la paz europea.

Como hemos dicho al principio de este libro, Prusia y España eran las únicas naciones que estaban en paz con Francia; mostrándose la primera siempre tibia y la segunda siempre disgustada de su comunidad de intereses con nosotros. Prusia, Austria, Inglaterra, y en pos de ellas todas las potencias de segundo orden, sostenian ya en Italia ya en Alemania una guerra encarnizada contra la República francesa. Inglaterra, para quien no era la guerra mas que una cuestión de hacienda, habia resuelto esta cuestión por sí propia, estableciendo el *income-tax* que producía ya abundantes ingresos. Quería, pues, seguir las hostilidades para tener tiempo de enseñorearse de Malta, cuya isla tenia bloqueada, y de reducir tambien con el auxilio de un riguroso bloqueo al ejército francés de Egipto. Duena ya el Austria de Italia, quería aventurarlo todo antes que ceder esta conquista. Pero el caballeresco Pablo I, que se habia lanzado á la guerra por una inspiracion de su loco entusiasmo, acababa de ver humilladas sus armas en Zurich, y se manifestaba vivamente resentido contra todos y especialmente contra el Austria. Habíale persuadido de que esta nacion habia sido la única causa de aquel infortunio, porque debiendo caer sus soldados sobre el Rhin y ceder la Suiza á los rusos, en virtud de un movimiento convenido, habian abandonado muy pronto la posicion de Zurich, dejando á Kor-

sakoff solo y espuesto á los ataques de Massena, y, derrotado por este, Suwarow forzosamente habia de quedar vencido en seguida. Pablo I veia en esta conducta un acto de mala aliada y acaso una perfidia. Una vez inducido á la desconfianza, todo debia presentarse bajo un aspecto que le inspirase recelos; alegaba que él no habia empuñado las armas sino para proteger á los débiles contra los fuertes, y para colocar sobre el trono á los príncipes lanzados de él por la revolucion francesa. Ahora bien, el Austria habia enarbolado su bandera en todos los puntos de Italia y no habia llamado á aquel territorio á ninguno de los príncipes destronados. Por eso empezaba á decirse así mismo, que obrando él por pura generosidad, venia á ser juguete de los aliados, que obraban por interés propio. Versátil hasta el exceso, se entregaba á estos nuevos sentimientos con tanta violencia como se habia entregado en un principio á los sentimientos contrarios. Otro hecho habia contribuido á exasperarle hasta el último extremo, y era el pabellon ruso abatido en Ancona y reemplazado por el pabellon austriaco, y aunque esta falta habia sido cometida solamente por un oficial de inferior graduacion, no por eso dejaba de ser un mal, como otro cualquiera, y así no pudo menos de sentirlo sobremanera.

Los sentimientos de los príncipes absolutos, á pesar de su constante empeño en guardar secreto, se descubren tan pronto como los sentimientos de los pueblos libres, siendo indudable que no se reprimen los unos mas que los otros. Empezábase á conocer en toda Europa esta nueva consecuencia de la batalla de Zurich, y no era

en verdad la menos venturosa para nosotros.

El Austria y la Inglaterra, apenas supieron esta noticia, redoblaron sus atenciones cerca de Pablo I. En efecto, colmaron de distinciones de todo género á Suwarow, Suwarow el invencible (como le llamaban antes de su encuentro con Massena); mas ni aun de este modo se habia conseguido aplacar el resentimiento del Czar, como tampoco el dolor del general ruso. Una manifestacion del todo nueva por parte de Pablo I, hizo especialmente recelar que muy en breve dejaria de formar parte de la coalicion.

En el primer impetu de su celo en favor de la coalicion, habia declarado la guerra á España porque hacia causa comun con Francia, y habia faltado poco para declarársela á Suecia, á Dinamarca y á Prusia, porque estas tres potencias querian mantenerse neutrales. Habia roto toda clase de relaciones con Prusia. Despues de los últimos sucesos se mostraba mas templado respecto de las córtes contra las que antes se hallaba tan mal, y acababa particularmente de enviar á Berlin á un diplomático de su confianza, Mr. de Krudener, quien debia presentarse allí como simple viajero, si bien tenia la comision secreta de restablecer las relaciones entre las dos córtes de Prusia y de Rusia.

Teniamos á la sazón en la córte de Berlin un agente prudente y astuto, Mr. Otto, quien despues supo enlazar su nombre con los actos mas importantes de esta época. Habia avisado á su gobierno del nuevo estado de cosas, y era evidente que la llave de la situacion estaba en Berlin, si se inclinaban á la paz mas bien que á la guerra. España

situada en un extremo de Europa por su posición geográfica, y fuera de la política por la debilidad de su gobierno, no podía ser de utilidad alguna, pero Prusia colocada en el centro de las potencias beligerantes, firme en su neutralidad á pesar de las vivas instancias, que aquellas le hacian, mal mirada al principio por todos los gabinetes en el primer fervor de la coalición, mejor juzgada por ellos luego que se discurrió con mas calma, venia á ser un centro de influencia, sobre todo si volvía á ponerse de acuerdo con Rusia. Lo que hasta entonces se habia calificado en ella de pusilanimidad, comenzaba á ser tenido por prudencia. Si aquella corte tomaba con calor el papel de que la encargaban los sucesos, podría servir de vinculo entre Francia y Europa, y hasta podia imponer su mediación; método de que tanto se ha usado despues, y con provecho, de intervenir en tiempo oportuno entre dos adversarios rendidos de fatiga, y de recoger todos los frutos de la guerra que no se ha sostenido, y de la paz que se ha dictado. Si se hubiese atrevido á lanzarse por esta senda, no habria representado Prusia un papel mas brillante en época alguna despues de la muerte de Federico el Grande.

Ocupaba por esta época el trono de Prusia un monarca jóven, de buenas costumbres, animado de las mejores intenciones, idólatra de la paz y que no cesaba de lamentarse de la falta que habia cometido su padre, disipando en una loca guerra contra la república francesa, la gloria militar y los tesoros acumulados por Federico el Grande. Hallándose ahora en relaciones pacificas con la república francesa, aprovechaba esta coyuntura para reha-

cer con sus economias el tesoro reunido por el hermano de su abuelo y devorado por su padre. Al lado del monarca, se hallaba Mr. Haugwitz de extraordinario talento y travesura para eludir las dificultades, partidario como su amo, de la política pacífica; pero mucho mas ambicioso y con la creencia de que de la neutralidad bien dirigida podia resultar á Prusia mas ventajas, que de la guerra misma. Entences podia ser esto una verdad palpable. Inclínaba pues á su rey á desempeñar con actividad el papel de medianero y pacificador del continente. Grande era sin duda este papel para el jóven y tímido Federico Guillermo, pero podia desempeñarle con mas ó menos estension y conseguir parte de sus resultados ya que no todos ellos.

Habiéndose enterado de todo esto el general Bonaparte, empleó al punto grande esmero en alhagar á la corte de Prusia. En otro tiempo le habia convenido ser individuo del Instituto para no figurar sino con este titulo en ciertas solemnidades en que no queria figurar políticamente y con particularidad en las fiestas celebradas el 21 de enero: ahora le interesaba ser general y tener ayudantes de campo que enviar á donde mas cumpliera á su voluntad y talante. Ocurrióle la idea de seguir el ejemplo de los príncipes que ascienden al trono y anuncian su advenimiento despachando grandes dignatarios á las cortes estrangeras. Hizo con efecto lo mismo, si bien con menos aparato, enviando á Berlin á uno de sus ayudantes de campo que era cuanto podia permitirse un gefe militar sin que apareciera que escedia de las atribuciones de su clase. Entre los que le servian

bajo este título se hallaba uno dotado de la necesaria prudencia y discrecion y el cual reunia á una presencia agradable gran firmeza de caracter; era este que habia regresado de Egipto con su general, y en cuya frente lucia algun reflejo de la gloria de las pirámides. Mandóle el cónsul dirigirse inmediatamente á Berlin para cumplimentar al rey y á la reina de Prusia, presentándose allí como encargado únicamente de una mision de urbanidad y deferencia, pero aprovechando la ocasion de explicar la última revolucion que acababa de verificarse en Francia, como señal inequívoca del restablecimiento del orden, de todas las sanas tradiciones y especialmente de las ideas pacificas. Duroc debia lisongear al jóven rey dejándole entrever que, si lo deseaba se le designaria de buen grado como árbitro de la paz futura. Apoyada la República en las victorias del Texel y de Zurich, y sobre todo en aquellas de que era prenda segura el nombre de Bonaparte para lo venidero, podia sin temor de menoscabo en su gloria, presentarse con la oliva de la paz en la mano.

Mientras el general Bonaparte despachaba á Duroc á la corte de Berlin, adoptó en nombre de los cónsules provisionales muchas medidas que debian tener fuera la misma significacion que la ya citada. Ante todo llamó definitivamente á Mr. de Talleyrand al ministerio de negocios estrangeros, despues de haber diferido algun tiempo su entrada. De seguro no se podia colocar en aquel puesto á un personage mas conciliador, mas idóneo para tratar con Europa, mas hábil en complacerla y hasta alhagarla, sin hacer que el gabinete francés perdiera nada de su posicion elevada.

Otras ocasiones han de ofrecérsenos de bosquejar este caracter tan singular; Vaste decia en este momento, que sola la eleccion de este personage provaba claramente el tránsito de la política de las pasiones á la política del cálculo, sin pasar por eso á la debilidad desde la energia. Hasta la esquisita elegancia de costumbres peculiar de Mr. de Talleyrand, fué una ventaja para la nueva situacion que se trataba de tomar respecto de las potencias estrangeras.

Hizo el general Bonaparte algunos otros nombramientos diplomáticos concebidos en el mismo espíritu que el precedente. Aun cuando Mr. Otto, encargado de negocios en Berlin desde que Mr. Sieyès dejó este puesto, era un buen agente, no tenia otro carácter que el de simple encargado de negocios. Se le señaló para otro destino, en que supo mostrarse útil muy en breve, y se nombró ministro en Berlin al general Bournonville antiguo amigo de Lafayette, prisionero del Austria por largo tiempo, y uno de los individuos de la minoria de la nobleza francesa que en 1789 habian abrazado sinceramente la causa de la revolucion. El general Bournonville era un militar, franco y leal, moderado en sus opiniones, y apto en extremo para representar bien al nuevo gobierno. Inspirábasele el Austria, de quien habia sido por mucho tiempo prisionero, un odio que no podia ser mas oportuno en Berlin, donde se experimentaban respecto de esta potencia casi los mismos sentimientos que en la época de Federico el Grande.

Teniamos por representante en Madrid á un antiguo demagogo, desprovisto de toda influencia, y que no ha dejado nombre en la carrera diplo-

mática á la que por casualidad le habian lanzado los sucesos, y fué reemplazado con un constituyente, Mr. Alquier, hombre cauto, ingenioso, instruido, que figuró honrosamente en la diplomacia de aquella época. Por último para Copenhague, donde los principios de neutralidad marítima abiertamente violados por la Inglaterra, podian engendrar sentimientos que nos fueron favorables y que por lo mismo convendria cultivar, se nombró á Mr. de Bourgoing en lugar del llamado Gronvelle, hechura del Directorio. Todos estos nombramientos eran excelentes, y en estremo adecuados para indicar el espíritu de prudencia y de moderacion que empezaba á prevalecer en las relaciones de Francia con las potencias estrangeras.

A estos nombramientos quisieron añadir los cónsules algunos actos que sirvieran de respuesta á una reconvenccion, que habia cundido por las córtes de Europa, y consistia en decir que la república francesa violaba de continuo el derecho de gentes y los tratados con ella concluidos, á pesar de que en realidad habia violado menos el derecho de gentes y los tratados que Inglaterra, Austria y todas las córtes que nos hacian guerra; pero era costumbre afectar que no se podian conservar relaciones con un gobierno mudable, apasionado, representado sin cesar por hombres nuevos, que nunca se consideraban ligados por sus compromisos ó por las tradiciones del derecho público europeo. Con mas fundamento podia lanzarse semejante acusacion contra los gabinetes de Europa, que habian procedido de peor manera sin tener la excusa de las pasiones revolucionarias, ni de los continuos cambios de gobierno. Para dar mejor idea de la

politica de los cónsules, ejerció el general Bonaparte un acto de justicia respecto de los desgraciados caballeros de Malta, á quienes se habia prometido, al tomar su isla, que no se trataria en Francia como emigrados á aquellos que correspondiesen á la *lengua francesa*. Hasta el día no habian podido disfrutar de esta cláusula de su capitulacion, ni en lo relativo á sus personas, ni en lo relativo á sus bienes, y el general Bonaparte dispuso que este beneficio de su capitulacion se les respetase en un todo.

Por lo que hace á Dinamarca, adoptó una medida equitativa y de excelente efecto. Existian en los diferentes puertos de Francia muchos buques daneses apresados en tiempo del Directorio por via de represalias con los neutrales. Se los acusaba de no hacer que se respetasen con ellos los derechos de neutralidad marítima, de consentir que los visitasen los ingleses, y de permitir que se apoderasen á su bordo de las propiedades francesas, de que eran portadores. Habia resuelto el Directorio que se los sujetase exactamente á las mismas violencias que sufrían de parte de los ingleses para obligarlos á defender con mas energía los principios del derecho de gentes bajo cuyo amparo navegaban. Seguramente habria sido esto muy justo si poseyendo la fuerza para hacer que se los respetase no hubiesen querido emplearla; mas los infelices obraban como podian, y era bien duro castigarles de la violencia de los unos con la de los otros. De resultas de este sistema habian sido apresados muchos de sus buques mercantes. El general Bonaparte mandó que se dejase á todos en libertad, en señal de una politica mas equitativa y moderada.

Duroc, llegó pronto á su destino esto es á Berlín y fué presentado por Mr. Otto, que se encontraba allí todavía, y aunque según las rigurosas reglas de la etiqueta, Duroc como simple ayudante de campo, no podría entrar en relaciones directas con la corte, sin embargo se prescindió de todas estas reglas en favor de un oficial adicto á la persona del general Bonaparte. El rey y la reina le recibieron afectuosamente y le invitaron que pasara frecuentemente á su palacio de Postdam. Tenia la curiosidad, tanta parte en estos obsequios como la política, porque la gloria, además de su brillo, tiene también sus ventajas materiales en los negocios. Ver, oír al ayudante de campo Duroc era en cierto modo acercarse, aunque de lejos, al hombre extraordinario que llenaba el mundo con su fama, pues Duroc habia asistido á las batallas de las pirámides, del monte Tabor y de Aboukir. Dirigíanle mil preguntas y él respondia sin exageración con sencillez y con mesura. Mostróse dulce, urbano, modesto, profundamente sumiso á su general, dando la idea mas ventajosa del porte que su jefe imponía á todos los que le rodeaban. El triunfo de Duroc en Berlín fué completo. Dióle la reina testimonios de la mas alta benevolencia, y en todas partes se empezó á hablar de la república francesa en términos mas favorables de los que hasta entonces se habian usado. Duroc halló al joven monarca muy contento de ver levantarse por fin en París un gobierno fuerte y moderado, y muy complacido sobre todo por ser á un tiempo el objeto de las atenciones de la Rusia y de la Francia, deseando con afán representar el papel de mediano, porque aunque tenia mas deseos que

fuerzas, mostraba no obstante mucho ardor y celo en desempeñarle cumplidamente.

Ocupó á todas las cortes de Europa el éxito de este viage, y resonó su eco hasta dentro del mismo París empezando á cundir en los ánimos la idea de una paz inmediata; idea á que dió mas pábulo una circunstancia en extremo especiosa, y en sí de pocas consecuencias. Hallábanse frente á frente los ejércitos franceses y austriacos á lo largo del Rhin y sobre las cumbres de los Alpes y del Apenino. Contentialos junto al Rhin un obstáculo suficiente para estorbar toda operación formal y seria, porque el paso del rio era para unos y otros una de esas grandes empresas que no se acometen sin el propósito firme de entrar en campaña. Como corría el mes de frimario, es decir, diciembre, fuerza era renunciar á semejante pensamiento. Por esta razón las escaramuzas habidas en las márgenes del rio, causaban inútil efusión de sangre: se acordó pues, un armisticio por aquella frontera. No sucedía lo mismo en las de los Alpes y el Apenino, porque en medio de aquel pais escabroso una operación bien combinada sobre tal ó cual valle podía proporcionar una posición ventajosa para emprender de nuevo las hostilidades. Así fué que no quisieron coartarse la libertad de obrar por este lado, y por lo tanto no hubo armisticio. Pero solo se fijó la atención en el que acababa de ser firmado á orillas del Rhin; y entre el número de los cambios felices que se complacian todos en esperar del nuevo gobierno, figuraba la posibilidad y hasta la probabilidad de una paz cercana.

Obsérvase siempre en los males públicos un

mal efectivo y un mal imaginario, contribuyendo el uno á hacer insufrible el otro. Mucho se adelanta con poner término al mal imaginario, porque de este modo se consigue disminuir el mal efectivo, y se inspira al que lo padece paciencia para aguardar la cura y con especialidad disposición para someterse á ella. En tiempo del Directorio, todos estaban convencidos de que nada podían esperar de un gobierno débil y desconceptuado, que para enfrenar las facciones, echaba mano hasta de la violencia, sin conseguir ninguno de los efectos de la fuerza. Todo lo que de su autoridad provenía se miraba por el peor lado, nadie quería aguardar de ello ningún beneficio, ni menos creerle cuando por casualidad realizaba alguno. La victoria que parecía mostrarsele propicia en los últimos días de su existencia; la victoria que para todos habria sido un título de gloria, no fué para el Directorio ni aun siquiera un título de honorífico recuerdo.

El advenimiento del general Bonaparte, de quien se habían acostumbrado á esperarlo todo en materia de triunfos, había cambiado esta disposición de los ánimos enteramente. El mal imaginario había desaparecido: renacia la confianza, y todo se veía por el lado bueno. Seguramente las medidas adoptadas eran buenas en su esencia, porque bueno era rescatar los rehenes, poner en libertad á los sacerdotes, y manifestar disposiciones pacíficas á Europa; pero lo que principalmente se advertía era que todos propendían á considerar como buenas dichas medidas. Pasaban ya por prendas de paz una señal de avenencia, como el recibimiento hecho á un ayudante de campo, y

un armisticio sin consecuencias como el que acababa de ser firmado junto al Rhin. ¡Tal es el prestigio de la confianza! Lo es todo para un gobierno que principia, y la que inspiraba el gobierno de los cónsules era inmensa. Así ingresaba dinero en el tesoro, y del tesoro pasaba á los ejércitos, que satisfechos con aquellos socorros primeros, aguardaban con paciencia los que para mas tarde se les hubiera prometido. Sometíanse los partidos ante una fuerza, que se tenia por superior á todas las resistencias: los opresores, sin intencion de seguir oprimiendo, y los oprimidos con la confianza de no serlo ya en adelante. Grande era sin duda el bien que se había consumado; pero todo lo que aun no se había hecho por falta de espacio, lo suplía la esperanza.

Por relacion cotidiana de cuantos habían trabajado á las órdenes del jóven cónsul, se divulgaba ya una noticia: decíase que este guerrero, sobre el cual no se daba preferencia á ningún general de la época presente, y casi á ninguno de las épocas pasadas, era además un administrador y un político profundo. Avasallados y llenos de asombro se apartaban de su lado todos los hombres especiales de quienes se había valido, y á los cuales había prestado oído atento, ilustrándolos á veces con la exactitud y oportunidad de sus observaciones, y amparándolos contra toda clase de resistencias. Decíanlo de buen grado y mucho mas porque en pocos días se hizo moda así pensarlo y decirlo. Se ve algunas veces un mérito supuesto, y falso, que ha sabido granjearse por un momento la voluntad del público, fascinar los ánimos y arrancarle increíbles exageraciones; pero á veces tam-

bien sucede que el verdadero mérito, el talento superior inspira tal especie de capricho, y entonces este capricho se convierte en pasión. Solo hacia un mes que el general Bonaparte se había encargado de los negocios, y ya era general y profunda la impresión producida en derredor suyo por su talento extraordinario. No retrocedía el buen Roger-Ducós en su idea: el extravagante Sieyes poco propicio á ceder á la moda, y especialmente cuando él no era su favorito, reconocía la superioridad, la universalidad de aquel genio de gobierno, y dejándole obrar, le tributaba el mas puro homenaje. A los panegiristas convencidos juntábanse los panegiristas interesados, que viendo en el general Bonaparte el jefe evidente de la nueva República, no ponian coto á la expresión de su entusiasmo. Por lo demas el general Bonaparte contaba entre sus sincerisimos admiradores á los señores de Talleyrand, Reynault de Sain-Jean-de Angely, Røderer, Boulay (de la Meurthe), Defermon, Real, Dufresne, etc. quienes repetian en todas partes que jamás habían visto semejante prontitud, seguridad y estension de entendimiento, ni actividad tan prodigiosa, y es muy cierto que era mucho lo que había llevado á término en espacio de un mes en todos los ramos del gobierno, y que por esta vez, lo cual no es muy frecuente, la realidad igualaba á las invenciones de la lisonja.

Por todos lados se le consideraba como el hombre á quien la nueva constitucion debía conferir la mayor parte del poder ejecutivo. Fuerza es reconocer en honor de los hombres honrados de aquella época, que nadie queria un Cromwell; y

los amigos del general decian en alta voz que los papeles de César y de Cromwell *eran papeles gastados*, indignos del genio y de las virtudes del jóven salvador de la Francia. Lo único que todos deseaban, era que centralizada lo bastante la autoridad en sus manos, quedasen para la libertad ciertas garantías, que le permitiesen gobernar la república con prosperidad, hacerla poderosa y grande. Tal era el voto de los revolucionarios moderados que en la actualidad componian el mayor número. Empero los revolucionarios exaltados que se obstinaban en mirar en el jóven general un Cromwell y un César deseaban que lograse espacio para ahuyentar á los austriacos y á los Borbones, y asegurar así sus cabezas ó bienes nacionales. Pedianle los realistas que los librara de los revolucionarios, y constituyera el poder, animados de la vaga esperanza de recobrarlo, no bien le hubiese reconstituido, en cuyo caso estaban dispuestos á recompensarle de esta restitucion aun cuando fuese con la categoría de condestable de Luis XVIII.

Así todos le otorgaban el poder supremo mas ó menos completamente, por mas ó menos tiempo, y con diferentes miras. En su consecuencia, el nuevo legislador Sieyes debía señalarle un puesto en la constitucion que estaba redactando. Pero Mr. Sieyes era un legislador dogmático, que trabajaba solo por la naturaleza de las cosas, á lo menos como él la entendia; no para las circunstancias; y menos todavía por un hombre, cualquiera que este fuese, como puede muy bien juzgarse por lo que sigue.

Al fin se había ocupado Mr. Sieyes en la tarea

que se le habia confiado mientras su infatigable colega gobernaba. Era el sueño de su vida dar á Francia una constitucion, y no de esas constituciones efimeras, productos ridiculos de la ignorancia y de las pasiones de los partidos, sino de una constitucion sabia, fundada en la observacion de las sociedades y en las lecciones de la experiencia. Ocupábase sin cesar en este proyecto en sus cabilosas y solitarias meditaciones. Habia pensado en ella en medio de los arrebatos tan sinceros como irreflexivos de la Constituyente, durante los sombríos furóres de la Convencion y las debilidades del Directorio; y corrigiendo de continuo su obra en cada una de estas épocas, se habia por fin fijado; y entonces no quiso ya variar nada de su plan. No queria sacrificar nada á las circunstancias de la época, ni aun siquiera á la principal de ellas, al general Bonaparte, para el cual convenia, á pesar de todo, preparar un puesto adecuado al talento superior y al carácter del que debia ocuparle.

Este singular legislador, siempre meditabundo y menos afecto á escribir que á obrar, nunca habia escrito su constitucion proyectada. Toda la tenia en la cabeza, y era forzoso que de allí brotara; lo cual no era para él de fácil ejecucion, por mucho que le aguijase el deseo de sacarla á luz y verla convertida en ley. Como se le estrechaba á que la diese á conocer, se determinó al fin á comunicar su pensamiento á un amigo suyo, Mr. Boulay de la Meurthe, quien se encargó de transcribirla al paso que se le revelase en las diversas conferencias que tenian al efecto. Solo de este modo se consiguió copiar con exactitud aquella

concepcion notable, y conservarla para la posteridad de la cual es digna.

Habia empleado Mr. Sieyes un esfuerzo poderoso de ingenio para conciliar la República y la Monarquía, para sacar de la una y de la otra lo que cada cual tenia de útil y de necesario, recelándose al mismo tiempo de ambas. Habia tomado infinitas precauciones por una parte contra la demagogia, y contra el poder real por otra. Así produjo una obra sabia y complicada, pero en la cual habia de todo; y si aquella constitucion, corregida por y para el general Bonaparte, carecia de uno de sus contrapesos, podia, contra la intencion de su autor, conducir facilmente al despotismo.

El primer cuidado que puso Mr. Sieyes en sus combinaciones, habia sido guardarse de las pasiones damagógicas sin despojar completamente á la nacion de la inmensa participacion que, por desgracia suya, habia tenido hasta entonces en los negocios públicos, pues queria dejarle solamente un poder del cual no pudiera abusar. Una frase, que corria de boca en boca, acaso por la vez primera la del *gobierno representativo*, da una idea exacta del estado de los ánimos en aquella época. Significaba esta frase en el concepto de todos, que la nacion debia tomar parte en su gobierno, solo con el auxilio de personas intermedias, es decir, que debia ser *representada*; y como ahora veremos solo se queria que lo fuese de una manera muy indirecta.

En tiempo del Directorio las elecciones habian sido alternativamente favorables á los realistas en una época, y á los jacobinos en otra, hacién-

dose forzoso escluir violentamente á los primeros el 18 de fructidor, y el 22 de floreal á los segundos. Por eso el sistema de las elecciones, y especialmente de las elecciones directas, habia llegado á ser sospechoso para todos. Acaso si se hubiese tenido atrevimiento para reducir á ciento cincuenta ó doscientos mil, el número total de electores, se habrian arrojado de nuevo las agitaciones electorales. Pero un cuerpo electoral reducido poco mas ó menos á las proporciones del nuestro, habria abatido los ánimos sin tranquilizarlos. Doscientos mil electores habrian parecido una aristocracia, á una nacion que acababa de disfrutar el sufragio universal, al paso que por poco números que fuesen los electores que nombraban directamente á sus mandatarios con libertad de ceder á todas las pasiones del momento, habrian parecido una renovación de las continuas reacciones que se habian presenciado durante la época del Directorio. No formaba, pues, parte de ninguna de las combinaciones la eleccion directa, ni aun limitada tal como hoy existe entre nosotros. Mr. Sieyès con su habitual dogmatismo se habia formado una máxima: «*La confianza, decia, debe venir de abajo y el poder de arriba.*» Para realizar esta máxima habia imaginado el sistema de la representación nacional, de que vamos á dar una sucinta idea.

Todo individuo de edad de 21 años con calidad de francés tenia obligación de hacerse incluir en un registro que se denominaba registro civico, si queria entrar en el ejercicio de sus derechos. Esta operación haria ascender el número de ciudadanos admitidos á ejercer sus derechos políticos, á cin-

co ó seis millones. Debían reunirse por distritos (iba á proponerse esta subdivisión, desconocida hasta entonces) para elegir de cada diez uno. Hecha esta primera elección debia resultar una lista de quinientos ó seiscientos mil individuos, reuniéndose á su vez estos quinientos ó seiscientos mil individuos por departamentos y eligiendo de cada diez uno, venian á formar la segunda lista, compuesta de cincuenta á sesenta mil ciudadanos. Por fin haciendo estos la postrera elección, y reduciéndose tambien á la décima parte, formaban la última lista, limitada á cinco ó seis mil candidatos. Estas tres listas se llamaban listas de notabilidad.

La primera, de quinientos ó seiscientos mil ciudadanos, se llamaba lista de notabilidad comunal; de ella debian salir los individuos de las administraciones municipales, los de los consejos de distrito, y los administradores que les correspondian, tales como los maires (alcaldes), los empleados que hoy llamamos subprefectos, los jueces de primera instancia, &c. La segunda lista de cincuenta á sesenta mil individuos se denominaba lista de notabilidad departamental y de ella se habian de elegir los individuos de los consejos de departamento, los empleados llamados despues prefectos, los jueces de apelacion, y en suma todos los empleados de igual categoria. Por fin, la tercera y última lista de cinco á seis mil individuos, constituia la lista de notabilidad nacional, y de allí debian elegirse por obligación todos los individuos del Cuerpo legislativo, todos los empleados de alta clase, consejeros de estado, ministros, jueces del tribunal de casacion, &c. &c.

Para dar Mr. Sieyes una idea exacta de esta representación nacional, ancha de la base y estrecha en la cúspide, se valia de una figura geométrica designándola con el nombre de pirámide.

Se ve pues que sin conferir Mr. Sieyes á la nación el derecho de elegir á los diputados que habian de representarla, ni á los empleados que habian de gobernarla, reducía su papel solo á formar una lista de candidatos, de la cual debian tomarse á la vez los representantes del pais y los agentes del gobierno. Todos los años debía reunirse el conjunto total de los ciudadanos para escluir de aquellas listas á los que ya no eran dignos de figurar en ellas, y para sustituirlos con otros. Conviene advertir que si por una parte era este poder de elección indirecto hasta lo sumo, se extendia por otra no solo á los individuos de los congresos deliberantes, sino tambien hasta á los mismos empleados. Esto era ni mas ni menos que lo que comunmente existe en el sistema monárquico representativo. Como quiera que sea, no era obligatorio elegir de entre las listas de notabilidad, á los agentes llamados á desempeñar destinos en un todo especiales, y que no suponen ninguna confianza política, como por ejemplo los responsables de algun cargo, ó los agentes llamados á desempeñar cargos difíciles de tal modo que se hace forzoso atender al mérito, donde quiera que se encuentre, como los generales y los embajadores.

Acabamos de demostrar como Mr. Sieyes, segun su máxima, hacia *subir la confianza de abajo*: veamos ahora como hacia *descender el poder de arriba*.

Bajo el imperio de las impresiones del momento temia la elección, por que acababa de ver electores apasionados nombrar á representantes, mucho mas apasionados que ellos mismos. Renunciaba pues á ella, y queria que en aquellas listas de notabilidad, formadas por la confianza pública, pudiesen designar el poder legislativo juntamente con el poder ejecutivo sus propios individuos, formándose y completándose por sí mismos. No les imponia otro limite que el de elegir entre las listas de notabilidad. Pero antes de que demos á conocer la manera de formar los poderes conviene describir su organización.

El poder legislativo debía ser organizado del modo siguiente: primero el cuerpo legislativo propiamente dicho, colocado entre dos cuerpos opuestos, el Tribunado y el Consejo de estado: y aparte y á la cabeza de estos, el Senado conservador.

Debia componerse el Cuerpo legislativo de trescientos individuos que habian de oír discutir las leyes, pero no discutir las por sí mismos, sino votarlas silenciosamente. Véase como y entre quienes pasaba la discusión.

Un cuerpo compuesto de cien individuos, bajo el nombre de Tribunado, encargado de representar por esta constitucion, el espíritu liberal, innovador, contradictor, recibia comunicacion de las leyes, las discutia en público y emitia un voto solo con el fin de averiguar si pasarian al Cuerpo legislativo para su adopcion ó negativa. Nombraba en seguida tres de sus individuos, para que fuesen á sostener ante el Cuerpo legislativo, el dictamen que habia prevalecido en su propio seno.

Un Consejo de estado, origen del que hoy existe, si bien mas considerable en importancia y en atribuciones, estaba inmediatamente bajo del gobierno para redactar los proyectos de ley; presentabalos al Cuerpo legislativo, y enviaba tres de sus individuos á fin de discutirlos contradictoriamente con los oradores del Tribunal. Abogando de este modo el Consejo de estado en *pro* y el Tribunal en *contra* (aun cuando este declarase la ley), procedia el Cuerpo legislativo á votar en silencio para admitirla ó desaprobarla. Solo su voto daba carácter de ley á las propuestas del gobierno. El Consejo de estado debia además completar las leyes con los reglamentos necesarios para su ejecucion.

Venia en fin el Senado, cuyo cuerpo se componia de cien individuos y no tomaba parte alguna en aquella tarea legislativa, pues su encargo especial era anular espontáneamente ó en virtud de denuncia del Tribunal, toda ley ó todo acto de gobierno que le pareciera algo *inconstitucional*. llamándose por este motivo Senado Conservador. Habian de formarle hombres de edad madura privados de ejercer todo cargo activo por el solo hecho de entrar en el Senado, ceñidos en su consecuencia esclusivamente al papel de conservadores, y debiendo tener grande interés en su desempeño, por que Mr. Sieyes queria que se les asignasen sueldos muy crecidos. Tales eran las atribuciones de los poderes deliberantes: veamos como se formaban.

Componiase el Senado por sí propio eligiendo sus individuos en la lista de la notabilidad nacional. Nombraba además los individuos del Cuerpo

legislativo, del Tribunal, del Tribunal de Casación, eligiéndolos por escrutinio en la misma lista de notabilidad nacional. De esta manera el poder ejecutivo figuraba como autor de su propia formacion eligiendo todos sus agentes en las tres listas de notabilidad que correspondian á las funciones de cuyo desempeño se trataba. Sacaba los ministros, consejeros de estado y agentes superiores de la lista de notabilidad nacional. Tomaba en la lista de notabilidad departamental ante todo los consejeros de departamento, que como el Consejo de estado, estaban considerados como autoridades meramente administrativas; y tomaba además en ella los prefectos y empleados de igual categoria; y por ultimo iba á buscar á la lista de notabilidad *comunal*, los consejeros municipales, (*maires*) y todos los funcionarios de la misma clase.

De este modo segun deseaba Mr. Sieyes la confianza venia de abajo y el poder de arriba.

Pero asi como sobre el poder legislativo habia un creador supremo, que era el Senado, convenia tambien que sobre el poder ejecutivo hubiese un creador supremo que nombrase á los ministros, los cuales debian nombrar en seguida á los empleados subalternos hasta el último grado de la gerarquia administrativa. Debia pues hallarse á la cabeza de aquel poder ejecutivo, un poder generador al que Mr. Sieyes habia dado un nombre análogo á sus funciones llamándolo el *Gran elector*. Este magistrado supremo estaba reducido esclusivamente á un solo acto: debia elegir dos agentes superiores, de su clase y categoria, llamados el uno *Cónsul de paz* y el otro *Cónsul de guerra*.

Estos nombraban despues á los ministros, quienes bajo su responsabilidad personal elegian en las listas de notabilidad á todos los agentes del poder, gobernaban, administraban y manejaban en suma todos los negocios del estado.

Se destinaba á aquel gran elector una existencia magnífica: era el principio generador del gobierno y tambien el representante exterior del mismo. Aquella inaccion á que Mr. Sieyes habia querido reducir los senadores para asegurar su imparcialidad, dotandolos con una renta anual de cien mil libras en bienes nacionales, aquella inaccion, impuesta al Gran elector por un motivo semejante, estaba compensada con una dotacion mucho mas espléndida que la que gozaban los senadores porque su encargo era representar á toda la República. Mr. Sieyes pretendia señalarle seis millones de renta, moradas suntuosas como las Tullerias de Paris y Versailles en el campo, y ademas una guardia de tres mil hombres. En su nombre debia administrarse justicia, en su nombre debian promulgarse las leyes y ejecutarse los actos del gobierno. Cerca de su persona debian ser acreditados los ministros extranjeros: los tratados que celebrase Francia con las potencias extranjeras habrian de ir autorizados con su firma. Juntaba en suma con el importante encargo de elegir los dos gefes activos del gobierno, el brillo vano si se quiere, de la representacion exterior: en su persona debian rellejarse todo el lujo de una nacion oculta, elegante y rica.

Aquel Gran elector habia de ser forzosamente electivo ó hereditario, en cuyo último caso venia á ser un rey y resultaba restablecida en Francia

la monarquia; pero Mr. Sieyes, quisíerala ó no, no se habria atrevido á proponerla abiertamente. Convenia, pues, que el mas imparcial de los cuerpos del estado, el Senado, eligiese aquel magistrado supremo, colocado á tanta altura solo para que en sus dos elecciones se mostrase tan imparcial cuanto fuese posible.

Una disposicion terrible que habia de ser la última, completaba aquella obra tan complicada.

El Senado que podia anular todo acto inconstitucional, ya fuese ley ó medida del gobierno, se hallaba tambien revestido de la facultad de separar al Gran elector de sus funciones, nombrándole senador á pesar suyo; y á esto llamaba Mr. Sieyes *absorver*. Podia el Senado proceder del mismo modo respecto de todo ciudadano, cuya importancia ó talentos hiciesen sombra á la República. De este modo al ciudadano, que se veia sometido á una inaccion forzada *absorviéndose* en el Senado, se le daba en cambio la importancia y la opulenta holganza de los individuos de un cuerpo que no podia obrar por sí propio, pero podia estorbar cualquiera acto solo con su *veto*.

¿Quién no reconoce en aquella concepcion singular y profunda una imágen, confusa y oscurcida tal vez de intento, de la monarquia representativa? Aquel Cuerpo legislativo, aquel Senado, aquel Gran elector, bien equivalian á una Cámara baja, á una Cámara alta, á un rey, descansando todo sobre una especie de sufragio universal; pero con tales precauciones que la democracia, la aristocracia, y la autoridad real, admitidas en esta Constitucion, quedaban en ella tan pronto anuladas como admitidas. Aquellas listas

de notabilidad, de las cuales se debian sacar á la vez los cuerpos deliberantes y los empleados ejecutivos, eran el sufragio universal, pero nulo, porque formaban un círculo de candidatura tan estenso que la obligacion de elegir dentro de aquel círculo venia á ser un poder absoluto electivo conferido al gobierno y al Senado. Aquel Cuerpo legislativo mudo, que habia de oír discutir la ley pero no discutirla por sí mismo y teniendo junto á sí al Tribunalado, encargado de discutir la contradictoriamente con el Consejo de estado, era una especie de Cámara de *comunnes*, dividida en dos, una con el derecho del veto, otra con el uso de la palabra, y ambas anuladas por esta separacion misma, porque la primera estaba espuesta á dormirse en el silencio, y la segunda á gastarse en estériles agitaciones. Aquel Senado nombrándose á sí propio y á todos los cuerpos deliberantes, nombrando al gefe del poder ejecutivo y absorbiendole si era necesario en su seno; aquel Senado dotado de todas estas facultades, pero desprovisto de funciones activas, sin tener parte alguna en la formacion de las leyes, limitándose á anularlas si eran inconstitucionales; aquel Senado reducido á cierta especie de inaccion para que así fuese mas desinteresado, y animado solamente del sentimiento de la conservacion, venia á ser un remedo sabio, si bien exagerado, de una Cámara aristocrática, *de pares*, tomando poca parte en el movimiento de los negocios, deteniéndolos algunas veces con su *veto*, y recibiendo en su seno á hombres que, despues de una carrera agitada, venian á descansar de buen grado en medio de un cuerpo grave, influyente y honorífico. Por

último aquel Gran elector bien equivalia al poder real, reducido al papel poco activo, si bien de suma importancia, de elegir los gefes activos del gobierno; equivalia al poder real, pero con precauciones infinitas en cuanto á su origen y duracion, porque salia de la urna del Senado, y si el caso lo requiriese podia ser sepultado en su seno. En una palabra aquel sufragio universal, aquel Cuerpo legislativo, aquel Tribunalado, aquel Senado, aquel Gran elector, así constituidos, enervados, y neutralizados unos por otros, atestiguaban un prodigioso esfuerzo del entendimiento humano para reunir en una misma Constitucion, todas las formas de gobierno conocidas, pero para anularlas en seguida á fuerza de precauciones.

Preciso es confesarlo: la monarquía representativa, con menos trabajo y esfuerzos y fiándose mas de la naturaleza humana, está proporcionando dos siglos hace una libertad animada, sin que tenga nada de subersiva, á una de las primeras naciones del mundo.

Sencilla y natural en sus medios admite la Constitucion británica el poder real, la aristocracia y la democracia; despues de haberlas admitido les deja obrar libremente no imponiéndoles mas condicion que la de gobernar de comun acuerdo. No reduce al rey á tal ó cual acto; no le hace emanar de la eleccion para sumergirle otra vez en ella, no veda á los pares las funciones activas, ni priva de la palabra á la Asamblea electiva, ni concede el sufragio universal, para que despues sea nulo, haciéndole indirecto; consiente que la dignidad real y la aristocracia emanen de su origen natural que es el hereditario: admite un

rey y pares hereditarios, pero en cambio cede á la nacion el derecho de elegir directamente, con arreglo á sus gustos ó á las pasiones del dia una Asamblea, que siendo dueña de conceder ó negar al poder real los medios de gobernar, le obliga de este modo á escoger para gefes directores del gobierno á los hombres que han sabido captarse la confianza pública. Todo cuanto anhelaba el legislador Sieyes se lograba así de una manera casi infalible. El poder real y la aristocracia no obran mas que lo que él apetecía, solo que moderan un movimiento demasiado rápido: la Asamblea electiva agitada por las pasiones que en el pais se agitan, pero contenida por otros dos poderes, elige en realidad los verdaderos gefes del estado, los eleva al gobierno y los sostiene ó los derriba si han dejado de corresponder á sus deseos. Esta es una Constitucion sencilla y verdadera, porque es un producto de la naturaleza y del tiempo, y no como la de Mr. Sieyes, otra sabia, pero artificial, de un espíritu desafecto á la monarquía por el reinado de los Borbones, y espantado de la república por diez años de revueltas.

Supongamos ahora tiempos mas apacibles, supongamos aquella constitucion de Mr. Sieyes puesta tranquilamente en planta en una época en que no hubiese dominado todas las combinaciones la necesidad de una mano poderosa como la del general Bonaparte; supongamos aquella vasta notabilidad establecida, y el Senado sacando libremente de ella los cuerpos del estado y los gefes del gobierno. ¿Qué es lo que habria sucedido? Al poco tiempo pronto la nacion hubiera dejado de tomar interés en renovar las listas que no eran

mas que un medio impotente de emitir su voto: aquellas listas habrian llegado á ser casi permanentes: el Senado habria escogido allí á su antojo los cuerpos del estado y el Gran elector; y nombrando el gefe del poder ejecutivo pudiendo hacer que desapareciese á cada instante, teniéndole bajo su dependencia absoluta, ¿qué habria sido en último resultado? La aristocracia veneciana con su libro de oro y su dux fastuoso y nulo, encargado todos los años de desposarse con el mar Adriático. ¡Espectáculo curioso y digno de ser meditado! Mr. Sieyes, de talento profundo y elevado; sinceramente adicto á la libertad de su patria, habia recorrido en diez años aquel círculo de agitaciones, de terrores y de disgustos, que habian llevado á la mayor parte de las repúblicas de la edad media y á la de Venecia, la mas célebre de todas, á un gefe nominal y al libro de oro. Habia venido á parar á la aristocracia veneciana, constituida en provecho de los hombres de la revolucion, pues por espacio de diez años otorgaba el privilegio de figurar de derecho en las listas de notabilidad, á todos los que habian ejercido cargos públicos desde 1789, y pretendia además reservarse á sí propio y á tres ó cuatro de los principales personajes de la época, la facultad de componer por la vez primera todos los cuerpos del estado.

Pero no se improvisa la aristocracia: lo único que se improvisa es el despotismo. Aquella sociedad afligida no podía gozar descanso sino en brazos de un hombre poderoso. Todo iba á ser admirado y admitido en aquella extraordinaria constitucion, escepto el Gran elector, espléndi-

damente dotado y ocioso en la apariencia. Iba á ser sustituido por un gefe activo y enérgico, por el general Bonaparte; y cambiando un solo resorte aquella constitución, sin que su autor tuviese en ella complicidad alguna, habia de venir á parar en el despotismo imperial, que hemos visto con un Senado conservador, y con un Cuerpo legislativo mudo, y gobernar á Francia por espacio de quince años de una manera gloriosa, pero despótica.

Cuando Mr. Sieyes, despues de un grande esfuerzo sobre sí mismo, logró sacar del fondo de su pensamiento todas aquellas combinaciones, que hacia mucho tiempo estaban allí como escondidas, las manifestó á su amigo Mr. Boulay de la Meurthe, el cual las escribió, y á varios individuos de las dos comisiones legislativas, los cuales las comunicaban á sus allegados. Se habian dividido en secciones las dos comisiones legislativas, y habia una seccion de constitucion en cada una de ellas. A estas dos secciones reunidas, esponia Mr. Sieyes su sistema cuando al fin podia hacerse dueño de su pensamiento. Aquel sistema fascinaba los ánimos por su novedad, por su singularidad y por el arte infinito de sus combinaciones.

Desde luego quedaban satisfechos los intereses de los oyentes de Mr. Sieyes, porque, como ya dijimos, habia adoptado una disposicion transitoria, pero necesaria con el fin de salvar la revolucion, manteniendo en el poder á los que la habian consumado, proponia una resolución muy semejante á aquella por la cuál se habia perpetuado la Convencion en los Consejos de los Ancianos y de

los Quinientos. Quería que todos cuantos desde 1789 habian egercido cargos públicos, ó habian sido individuos de las diversas asambleas legislativas, departamentales ó municipales, fuesen incluidos de derecho en las listas de notabilidad, y que estas listas no se retocasen en diez años. Además los señores Sieyes, Roger-Ducos y el general Bonaparte debian componer por la vez primera el personal de los cuerpos del estado, en virtud del derecho que se atribuian de hacer nueva constitucion. Semejante disposicion era atrevida pero indispensable, porque es de notar que cuantos hombres nuevos llegaban por conducto de las elecciones, animados de un espíritu de reaccion general entonces, cediendo además al gusto ordinario de censurar aquello en que no se ha tenido parte, pregonaban abierto odio contra todos los actos y todos los hombres de la revolucion, aun cuando participasen de sus principios. Así es que Mr. Sieyes habia tomado sus precauciones para que no fuese necesario repetir otro 18 de fructidor, asegurando por diez años la práctica de su constitucion en manos de que no se tenia duda. Las ideas de Mr. Sieyes debieran convenir á todos los intereses. Cada cual estaba cierto de ser senador, legislador, consejero de estado ó tribuno, y todos estos cargos estaban, espléndidamente retribuidos.

Prescindiendo del interés, parecian tan nuevas como hábiles aquellas combinaciones. Fácilmente se entusiasman los hombres en favor del genio militar, mas tambien los entusiasma fácilmente todo lo que tiene apariencia de profundidad de talento. Mr. Sieyes tenia sus admiradores,

como el general Bonaparte tenia los suyos. Parecian las listas de notabilidad la mas acertada de las combinaciones, y especialmente en el estado de descrédito en que habia caido el sistema electivo, despues de las elecciones que dieron por resultado á los *Clichens* escludidos por la revolucion de fructidor, y á los jacobinos escludidos por medio de las *escisiones*. El Consejo de estado y el Tribunalado, abogando uno en *pro* y otro en *contra* ante un Cuerpo legislativo mudo, complacian á cuantos cansados de discusiones anelaban vivamente el descanso. El Senado colocado á tanta altura y desempeñando un papel tan útil al mantenimiento del conjunto, con la facultad de condenar al ostracismo á los ciudadanos eminentes y peligrosos, todo esto encontraba numerosos admiradores.

El Gran elector solo parecia una singularidad á hombres, que no habiendo estudiado detenidamente la constitucion inglesa, no comprendian una magistratura reducida únicamente al papel de elegir los agentes superiores del gobierno. Creian que era aquel muy poco poder para un monarca, y demasiada representacion para un simple presidente de la República. Nadie en fin consideraba el destino adecuado al que debia desempeñarlo, es decir, al general Bonaparte. Este destino tenia demasiada apariencia y muy poco poder real y efectivo; demasiada apariencia, porque convenia evitar á toda costa que se alarmaran los ánimos, mostrándoles á las claras el restablecimiento de la monarquía; muy poco poder real y efectivo, porque convenia una autoridad casi ilimitada al hombre encargado de reor-

ganizar la Francia. Ciertos hombres incapaces de comprender el desinterés de un pensador profundo, que solo habia procurado armonizar entre sí sus concepciones, y de ninguna manera combinar los resortes de su constitucion en provecho de intereses personales, afirmaban que la dignidad de Gran elector no habia podido ser inventada para un carácter tan activo como el del general Bonaparte; y que de consiguiente Mr. Sieyes no habia podido imaginarla sino para sí mismo, reservándose este puesto, y destinado para su jóven cólega el de cónsul de la guerra. Conjetura mezquina y mal intencionada, porque Mr. Sieyes hermanaba con una poderosa fuerza de talento. una delicadeza de observacion admirable, y conocia harto bien su situacion personal y la del vencedor de Italia para creerse en el caso de figurar como una especie de rey electivo, siendo simplemente ministro suyo el general Bonaparte. Solo en esto se habia sometido al espíritu de sistema. Otros interpretadores menos malévolos creian á su vez que Mr. Sieyes destinaba efectivamente el puesto de Gran elector al general Bonaparte, si bien con el propósito de atarle las manos, y sobre todo, de que el Senado conservador le *absorviese* en su seno dentro de breve plazo. A los amigos de la libertad no disgustaba aquello mucho. Los partidarios del general Bonaparte no podian hablar de la invencion del Gran elector, sin clamar contra ella á voz en grito, y entre estos Luciano Bonaparte, que alternativamente habia contrariado ó servido al gefe de su familia, siempre de una manera caprichosa, sin oportunidad y sin medida, ya mostrándose como her-

mano apasionado de la grandeza de su hermano, ya como ciudadano enemigo del despotismo, declamaba con violencia contra el proyecto de Mr. Sieyes. Decía en alta voz que lo que hacia falta era un presidente para la República y un Consejo de estado, y no otra cosa; que el país estaba ya cansado de charlatanes y solo queria hombres de accion. Bastaban estas palabras tan inconsideradas para causar pésimo efecto: por fortuna no se daba mayor importancia á las declamaciones de Luciano.

En medio de sus incesantes tareas habian llegado á oídos del general Bonaparte, los rumores esparcidos en torno suyo acerca del proyecto de Mr. Sieyes. Dejaba obrar á su colega por una especie de division de atribuciones, convenida entre ellos, y que no queria mezclarse en la constitucion hasta que llegase el tiempo de redactarla definitivamente, prometiéndose para entonces adecuar á su gusto el puesto que le estaba destinado. Sin embargo, los informes que de todas partes le llegaban acabaron por irritarle, y manifestó su desagrado con la vivacidad propia de su lenguaje, vivacidad sensible, y de que no siempre era dueño.

La desaprobacion que daba á algunas de las ideas de Mr. Sieyes llegó á oídos de su autor, el cual lo sintió en extremo. Temia efectivamente que, despues de haber perdido, por la ignorancia y violencia de los tiempos anteriores, la ocasion de llegar á ser legislador de Francia, volviese á perderla de nuevo por la condicion despótica del colaborador que se habia agregado, contribuyendo al 18 de brumario. Falto de intriga y de

actividad se dedicó con mas empeño á conquistar uno por uno á los individuos de las dos secciones legislativas.

Entretanto su amigo Mr. Boulay de la Meurthe, y dos que eran intimos del general Bonaparte, los señores de Rœderer y de Talleyrand, deseando mantener buena armonia entre dos hombres tan importantes, emplearon sus mas activos esfuerzos para ponerlos de acuerdo. Mr. Boulay de Meurthe habia admitido el encargo de transcribir las ideas de Mr. Sieyes, y de este modo habia venido á ser confidente de su proyecto. Mr. de Rœderer habia sido diputado en la Constituyente, y era hombre de talento, verdadero publicista al estilo del siglo XVIII, muy aficionado á discurrir sobre el origen y la organizacion de las sociedades y á formar proyectos de constitucion, uniendo con esto propensiones monárquicas muy pronunciadas. Mr. de Talleyrand capaz de comprender y de apreciar los caracteres, aun los mas opuestos al suyo, participaba igualmente de la admiracion que producía el talento activo del general Bonaparte y el talento especulativo del filósofo Sieyes, y era tan adicto al uno como al otro. Creía además que aquellos dos hombres se necesitaban mutuamente y tenia sumo interés en el buen éxito de los negocios del nuevo gobierno. Los señores Boulay de la Meurthe, Rœderer y Talleyrand trabajaron cuanto pudieron para avenir al general con el legislador. Con este fin se dispuso una conferencia la cual debia verificarse en presencia de los señores Rœderer y Talleyrand y en casa del general Bonaparte y se llevó á cabo sin conseguir nada. Se hallaba domina-

do el general Bonaparte por la impresion que le habian hecho las relaciones que habian llegado á sus oidos acerca del Gran elector inactivo y espuesto á ser absorbido por el Senado. Mr. Sieyes no podia olvidarse de las palabras que exagerándolas sin duda, se atribuian al general al desechar alguna de sus ideas. Se avistaron con disposiciones nada favorables, hicieron mencion de las cosas en que disentan, y se dirigieron frases destempladas. Mr. Sieyes que tenía necesidad de reposo para manifestar sus ideas, no las espuso aquella vez con la claridad y precision convenientes. El general Bonaparte por su lado estuvo impaciente y brusco: trataronse mal, y se separaron casi enemistados.

Aterrados los conciliadores, trabajaron por enmendar el mal efecto de aquella entrevista. Dijeron á Mr. Sieyes que era menester discutir con paciencia, tomarse el trabajo de convencer al general Bonaparte y con especialidad ceder en alguna cosa: dijeron al general que aquel asunto requería mas miramiento del que había empleado, que sin el apoyo de Mr. Sieyes y su autoridad sobre el Consejo de los Ancianos, jamás habria podido obtener el general Bonaparte en la jornada del 18 de brumario el decreto que puso la fuerza en sus manos; que Mr. Sieyes, como personaje político, tenía gran ascendiente sobre los ánimos; y que en caso de conflicto entre el legislador y el general, muchos se declararían por el primero como representante de la revolucion y de la libertad, oprimidas por la espada de un soldado. No eran favorables aquellos momentos para lograr una avenencia:

fué preciso emplear mas tiempo. Los señores Boulay de la Meurthe y Rœderer imaginaron nuevos modelos del poder ejecutivo, que allanasen las dos dificultades sobre las que el general Bonaparte se mostraba inflexible; la inaccion del Gran elector y la amenaza de ostracismo suspendida sobre su cabeza. Pensaron primero en un Cónsul, asistido de dos colegas: despues en un Gran elector, segun los deseos de Sieyes, que nombrase los dos cónsules de la paz y de la guerra, asistiese á sus deliberaciones y votara con ellos. No era esto suficiente para satisfacer al general Bonaparte, al paso que era demasiado para Sieyes, cuyo proyecto venia á tierra de este modo. Cada vez que proponian á Sieyes dar parte en el gobierno al gefe del poder ejecutivo, decia: «Eso equivale á restablecer la antigua monarquia, y no ha sido tal mi intento.» Efectivamente no admitia el poder real de Inglaterra y eso despojándole del titulo de rey, de la inamovilidad y del derecho hereditario. Distaban mucho de entenderse, y Mr. Sieyes con aquella propension al desaliento, propia de los ánimos especulativos, cuando tropiezan en obstáculos que oponen la misma naturaleza de las cosas, decia que iba á renunciar á todo, á salir de Paris, á refugiarse en el campo y á dejar solo al jóven Bonaparte en su despotismo naciente que á nadie se oscurecia: «Si quiere marcharse, decia el general, que se marche: voy á hacer que Mr. Rœderer redacte una constitucion, á presentársela á las dos secciones legislativas, y á satisfacer la opinion pública que pide concluyamos de una vez nuestra tarea.» Se engañaba de esta suerte por-

que todavía no era tiempo de enseñar á la Francia su espada desnuda, pues habria encontrado en rededor suyo resistencias inesperadas.

A pesar de todo, aquellos dos hombres, que, animados de repugnancias instintivas, habian conseguido entenderse por un momento para consumir el 18 de brumario por fuerza habian de entenderse de nuevo para hacer una Constitucion. De resultas de los rumores esparcidos, se habian puesto alerta las comisiones legislativas: no ignoraban las frases que soltaba Luciano Bonaparte, ni el tono resuelto con que hablaba el general de aquel asunto, ni la disposicion de Mr. Sieyes, á abandonarlo todo; y creyeron con motivo, que por último á ellas competia el cuidado de hacer la constitucion: que era preciso cumplieran su deber, redactando un proyecto, presentándole á los cónsules y poniéndolos á todo trance de acuerdo, despues de conseguir entre ellos una transacion razonable.

Dedicáronse, pues, á aquella obra, y como muchos de sus individuos tenian conocimiento de las ideas de Mr. Sieyes y habian podido apreciarlas, adoptaron su plan como base de su trabajo. Para un entendimiento sistemático dejar de admitir una sola de sus ideas, es causarle casi tanta pesadumbre como si se le desechasen todas. Sin embargo era importantísimo tomar el proyecto de Mr. Sieyes, por base de la nueva constitucion; así acabó por sosegarle algun tanto, y el general Bonaparte, viendo á las comisiones legislativas apoderarse de su papel y desempeñarle resueltamente, se apaciguó tambien de una manera palpable. Aprovechóse esta coyuntura

para conseguir una nueva avenencia. Reuniéronse otra vez Mr. Sieyes y el general delante de los señores Boulay de la Meurthe, Rœderer y Talleyrand. Entonces se hallaban los dos interlocutores mas tranquilos y mas predispuestos á entenderse. En lugar de chocar como la vez primera, mencionando con preferencia los puntos en que disentan, procuraron por el contrario, avenirse, insistiendo en la parte en que coincidian sus opiniones. Mr. Sieyes se produjo con templanza y con sumo tino; el general hizo alarde de su buen juicio y de la originalidad de talento que le eran peculiares. El asunto de la conferencia fué el estado de la Francia, los vicios de las constituciones anteriores, y las precauciones que debian tomarse en una constitucion nueva para evitar que se repitiesen los desórdenes pasados. Sobre tales puntos no podian menos de estar conformes. Se retiraron pues, satisfechos, prometiendo reunirse, luego que las secciones hubiesen terminado su tarea, para admitir ó modificar sus proposiciones, y salir en fin, de aquel estado provisional que empezaba á desagradar á todo el mundo.

Desde luego tenia Mr. Sieyes la certidumbre de que, exceptuando su Gran elector y algunas atribuciones del Senado conservador, lograria que toda su constitucion fuese adoptada.

En los diez primeros dias de frimario (desde el 20 de noviembre al 1.º de diciembre) dieron las secciones por terminado su proyecto. El general Bonaparte las citó á su casa para celebrar juntas á que debian asistir los cónsules. Algunos individuos de las secciones consideraron esta

convocatoria poco conforme á su decoro, y sin embargo resueltos como estaban á arrostrar muchas dificultades y á conceder mucho al hombre que se habia hecho tan necesario, acudieron á la cita.

Abriéronse al punto las sesiones. En la primera fué encargado Mr. Sieyes, de esponer su plan, pues que habia servido de base al trabajo de las comisiones, y lo hizo con tan poderosa fuerza de raciocinio y de estilo, que produjo viva impresion en sus oyentes.—Todo eso es hermoso y profundo, dijo el general; pero hay muchos puntos que merecen una discusion seria. Procedamos, pues, con orden; examinemos con la separacion debida cada una de las partes de ese proyecto, y elijamos un redactor. Ciudadano Daunon tomad la pluma.—De este modo fué Daunon el redactor de la constitucion nueva. En este trabajo se invirtieron muchas sesiones y al fin se convino en las disposiciones siguientes:

Las listas de notabilidad comunal, departamental y nacional, fueron sucesivamente adoptadas. Reducian demasiado la accion popular por el método indirecto, para que no fuesen adecuadas á las preocupaciones del momento y á los deseos del general Bonaparte. Tambien fueron adoptadas dos disposiciones accesorias, una conforme y otra contraria á las ideas de Mr. Sieyes. Se declaró que no habria obligacion de elegir en las listas de notabilidad á empleados de ninguna categoria sino cuando la constitucion los hubiese designado nominalmente. Dejose que se sacasen de allí los individuos de los cuerpos deliberantes, los cónsules, los ministros, los jueces y los administradores: pero parecia cosa

exorbitante que se hiciera lo mismo con los embajadores y generales. En este punto todos estuvieron de acuerdo. La segunda disposicion era relativa no á la esencia del proyecto, sino á la necesidad de adaptarla al actual orden de cosas. En vez de señalarse para dentro de diez años la modificacion de las listas, se fijó para el año IX, es decir, para dentro de un año, decretándose que se nombraria á la sazón todo el personal de los grandes cuerpos del estado por un acto del poder constituyente, y que los individuos así nombrados serian incluidos de derecho en las primeras listas. En vez de ser anual la revision debia ser cada tres años.

Se pasó en seguida á la organizacion de los grandes poderes. La máxima de Mr. Sieyes de que *la confianza debe venir de abajo y el poder de arriba*, prevaleció del todo. Fué adjudicado arriba el derecho de elegir, pero con la obligacion de hacerlo en las listas de notabilidad. Se adoptó el Senado de Mr. Sieyes, así como el Cuerpo legislativo, colocado entre el Consejo de estado y el Tribunalado.

El Senado debia elegir de las listas de notabilidad, primero los senadores, despues los miembros del Cuerpo legislativo, del Tribunalado, del Tribunal de casacion, de la Comision de contabilidad, (despues Tribunal de cuentas,) y en fin el gefe ó gefes del poder ejecutivo. Sin embargo el Senado, y esta era una reduccion considerable de sus atribuciones, no habia de nombrar los senadores, sino en virtud de presentacion de tres candidatos, designado uno por los cónsules, otro por el Cuerpo legislativo y otro por el Tribunalado.

Formando parte del poder ejecutivo, el Consejo de estado, aquel mismo poder debía nombrarle. Aparte de la facultad de hacer los nombramientos mas importantes, recibió el Senado la atribucion suprema de anular las leyes ó los actos del gobierno que fuesen inconstitucionales, por lo demas no debía tener parte alguna en la formacion de las leyes, ni sus individuos podian egercer funciones activas.

Mudo el Cuerpo legislativo, como queria Mr. Sieyes, debía oír contradictorialmente á tres consejeros de estado y á tres tribunos, y votar en seguida sin discusion sobre las proposiciones del gobierno.

Solo el Tribunado tenia facultad de discutir en público las leyes; pero no debía votarlas sino para saber cual seria el dictamen que habria de sostener ante el Cuerpo legislativo. Aun cuando su voto fué negativo, no impedía que la ley fuese ley, si el Cuerpo legislativo la habia adoptado. No tenia el Tribunado la iniciativa en las proposiciones legales, pero podia emitir votos: y recibia peticiones, pasandolas á las diversas autoridades á quienes correspondian. Debía constar el Senado de 80 individuos en vez de 100 como Mr. Sieyes propuso al principio: desde luego habian de ser nombrados 60 y los 20 restantes en los diez años subsiguientes. El Cuerpo legislativo habia de componerse de 300 individuos y el Tribunado de 100. Los senadores tenian 25,000 francos de dotacion censual; los legisladores 40,000 y los tribunos 15,000. Hasta aquí se habia adoptado en un todo el plan de Mr. Sieyes, excepto algunas reducciones en la autoridad del Senado, pero

aquel plan iba á tener una alteracion considerable en la organizacion del poder ejecutivo.

Este era el punto capital en que el general Bonaparte se mostraba inflexible. Resignado ya Mr. Sieyes á ver desecha esta parte de su proyecto, fué no obstante invitado á esponer sus ideas. Propuso, pues, ante las comisiones reunidas la institucion del Gran elector. Forzoso es decirlo, nadie, ni aun el mismo general Bonaparte, habia reflexionado hasta entonces con detenimiento sobre la organizacion de los poderes en un gobierno libre, para comprender cuanta profundidad encerraba aquella idea sublime; ni para hacerse cargo de la intima analogia que guardaba con el rey de la monarquía inglesa. Pero aun cuando el general Bonaparte se hubiese parado á considerar la cuestion bajo este aspecto, no la habria admitido de ningun modo por motivos puramente personales y fáciles de comprender. Al hacer la critica de aquel Gran elector estuvo verdaderamente inspirado. Acerca de su opulenta ociosidad, dijo lo que dicen todos los reyes con menos numen y menos fundamento que él lo decia, porque no necesitado reorganizar una sociedad trastornada, sujetar sanguinarias facciones, y vencer á estrañas gentes, era disimulable el deseo de reservarse todo el empleo de su admirable génio. Pero si en los primeros dias del Consulado, en que habia que hacer tantas cosas, tenia tal vez razon para no permitir la menor traba á sus talentos, despues, sublime desgraciado en Santa Elena, hubo de arrepentirse de la libertad que le fué otorgada para egercerlos sin medida. Si se hubiese puesto freno al uso de sus atribuciones,

de seguro no habria dado cima á tan grandes empresas; pero tampoco habria acometido otras tan exorbitantes, y probablemente habria conservado el cetro y la espada en sus gloriosas manos hasta su muerte.

—Vuestro Gran elector, dijo á Mr. Sieyes, es un rey holgazan y ya ha pasado el tiempo de los reyes holgazanes. ¿Qué hombre de talento y de calma querria someterse á semejante ociosidad por el precio de seis millones y de una habitacion en las Tullerías? ¡Qué! ¡Nombrar personas que obren y no obrar por sí propio! eso es inadmisibile. Por otra parte, ¿pensais reducir por ese medio al Gran elector á no mezclarse en el gobierno? Si yo fuese Gran elector ya me encargaria de hacer todo lo que no querriais que hiciese. Diria á los dos cónsules de la paz y de la guerra: sino elegis á tal persona, ó no adoptais tal medida, os destituyo; y los obligaria á marchar á mi voluntad, llegando á ser el soberano por medio de este rodeo.

Aquí el general Bonaparte, con su sagacidad característica, se acomodaba á la verdad y reconocia que la inaccion del Gran elector no era un estado de nulidad, pues aquel magistrado supremo tenia en ciertas ocasiones medios de aparecer omnipotente en la palestra donde los partidos se disputasen el poder, quitándosele á los unos para dárselo á los otros. Pero la alta vigilancia de la autoridad real inglesa sobre el gobierno, reducida á lanzar á veces el peso decisivo de su voluntad entre las diversas ambiciones, no podia convenir á aquel jóven fogoso, y es fuerza perdonárselo porque no era aquel el lugar ni el mo-

mento oportuno en que la monarquía constitucional podia tener cabida.

Cayó el Gran elector bajo el peso de los sarcasmos del jóven general, y bajo un influjo mucho mas poderoso que el de los sarcasmos; el influjo de la necesidad presente. Con efecto, se necesitaba á la sazón de una verdadera dictadura, y la autoridad adjudicada al Gran elector distaba mucho de ser bastante para las necesidades del momento.

Hubo otra parte de la institucion propuesta por Mr. Sieyes, á que el general Bonaparte se opuso del mismo modo, obstinándose en ver allí un oculto lazo: tal era la facultad conferida al Senado de absorver en su seno no solo al Gran elector, sino á todo ciudadano notable, cuya grandeza inspirase recelos.

No queria el general que despues de algunos años de eminentes servicios, pudieran sepultarle vivo en el Senado, reduciéndole á una ociosidad forzada, mediante una pension de 25,000 francos. Bajo este nuevo aspecto obtuvo satisfaccion, y hé aqui cual fué la organizacion definitiva del poder ejecutivo.

Se adoptó un primer cónsul asociándole otros dos para disimular algun tanto su omnipotencia. Aquel primer cónsul debia nombrar directamente y sin intervencion de otras personas, á los individuos de la administracion general de la Republica, á los de los consejos departamentales y municipales, á los administradores llamados despues subprefectos y prefectos, agentes municipales, etc. Le competia el nombramiento de los oficiales de mar y tierra, consejeros de estado, ministros en

países extranjeros, jueces civiles y criminales que no fuesen jueces de paz, ni individuos del Tribunal de casación. No podía revocar los jueces una vez nombrados: de este modo se substituyó la inamovilidad á la eleccion, como garantía de independencia.

Además del nombramiento del personal administrativo, militar y judicial, estaba á cargo del primer cónsul todo el gobierno, la direccion de la guerra y de la diplomacia: firmaba los tratados, previas su discusion y adopcion por el Cuerpo legislativo, en la misma forma que las leyes. Debía ser asistido á estas diversas funciones por los otros dos cónsules, que solo tenían voz consultiva, si bien podían consignar su opinion en el libro de deliberaciones que habia al efecto. Evidentemente aquellos dos cónsules se encontraban allí para disimular la inmensa autoridad conferida al general Bonaparte; autoridad cuya duracion era muy larga y hasta podía llegar á ser perpetua, porque los tres cónsules eran elegidos por diez años, y además reelegibles hasta un tiempo indefinido. Algo quedó de la *absorcion* imaginada por Mr. Sieyes. El primer cónsul al dejar de serlo por renuncia ó por otra causa, se convertía en senador de derecho, es decir, estaba excluido de ejercer cargos públicos en lo sucesivo. No habiendo ejercido el poder en toda la plenitud los otros dos cónsules, quedaban en libertad de aceptar aquella anulacion opulenta, y no eran senadores si no cuando consentían en serlo.

El primer cónsul habia de tener 500,000 francos de sueldo, y los otros dos 450,000 cada uno, debían vivir todos tres en el palacio de las Tu-

lerias, y tener además una guardia consular.

Tales fueron las principales disposiciones de la célebre constitucion del año VIII. Así vió Mr. Sieyes reducidas las atribuciones del Senado, y substituido su Gran elector inactivo, por un gefe omnipotente, lo cual hizo que su constitucion llegase mas tarde, no á la aristocracia, sino al despotismo.

Aquella constitucion no encerraba la declaracion de derechos, sino que por medio de ciertas disposiciones generales aseguraba la libertad individual, la inviolabilidad del domicilio del ciudadano, la responsabilidad de los ministros, y la de los agentes inferiores, previa respecto de estos últimos, la aprobacion de las actuaciones por el Consejo de estado. Estipulaba que en ciertos departamentos y en ciertos casos extraordinarios, podría una ley suspender la accion de la constitucion, lo cual equivalía á lo que despues hemos llamado declaracion de estado de sitio: aseguraba pensiones á las viudas y á los huérfanos de militares; y en fin, por una especie de retroceso á ideas que hacia ya largo tiempo estaban proscritas, erigia en principio que se podrían conceder recompensas nacionales á los hombres que hubiesen prestado eminentes servicios. Aquel era el germen de una institucion despues famosa; la de la Legion de Honor.

Dos esceles y magnificas ideas contenía el proyecto de Mr. Sieyes, y ambas han permanecido en nuestra organizacion administrativa: la subdivision de distritos, y el Consejo de estado.

De este modo venia á ser Mr. Sieyes autor de todas las divisiones administrativas de Francia.

Ya habia inventado y hecho que se adoptase en otra época la division por departamentos, y quiso en esta ocasion, que se sustituyese á las administraciones cantonales, que existian en número de 5,000, las administraciones de distrito, mucho menos numerosas y mas adecuadas para servir de punto intermedio entre el *commun* y el departamento. No se hizo mas que consignar en la constitucion este principio; pero se convino á poco en que una ley reformaria con arreglo á este principio el sistema administrativo de Francia, y se pondria término á la anarquia comunal, cuyo triste cuadro hemos bosquejado mas arriba. Debía establecerse un tribunal de primera instancia por distrito, y un tribunal de apelacion para muchos departamentos reunidos.

La segunda de las creaciones, obra esclusiva de Mr. Sieyes, es el Consejo de estado, cuerpo deliberante, agregado al poder ejecutivo, con encargo de preparar las leyes, de sostenerlas ante el poder legislativo, de añadir los reglamentos que deben acompañar á las leyes, y de hacer justicia administrativa. Esta es la mas práctica de sus concepciones y con la anterior estaba destinada á atravesar lo presente y subsistir en lo futuro. Sea dicho en honra de aquel legislador: el tiempo ha arrastrado trás si todas las constituciones efimeras de la revolucion; y los únicos puntos que de tales constituciones han sobrevivido son obra suya.

No bastaba acordar las disposiciones de la constitucion nueva; era indispensable añadir el nombramiento de personas para los cargos principales; buscarle en los hombres de la revolucion; y

hasta designarle en el acta constitucional. Despues de redactadas todas las disposiciones que hemos enumerado, convenia ocuparse en la eleccion de personas.

El general Bonaparte fué nombrado primer cónsul por diez años. No puede decirse que fué elegido, pues harto designado estaba para tan elevada categoria por las circunstancias: fué recibido de manos de la necesidad y de la victoria. Una vez fijado su puesto se trataba de buscar uno para Mr. Sieyes. Este gran personaje tenia poca inclinacion á los negocios y menos todavia á desempeñar papeles secundarios. No le acomodaba ser asistente del jóven Bonaparte, y en su consecuencia rehusó el cargo de segundo cónsul. En breve se verá cuanto mas adecuado á su caracter era el puesto que le fué por último señalado. Eligióse para segundo cónsul á Mr. Cambaceres, eminente jurisconsulto, que habia adquirido grande importancia entre los personajes políticos de la época por su mucho saber, por su prudencia y fino tacto. Era á la sazón ministro de justicia Mr. Lebrun, escritor distinguido, redactor en otros tiempos de los edictos Maupeou, colocado en el antiguo régimen entre los hombres propicios á la adopcion de juiciosas reformas, fiel siempre á la causa de la revolucion moderada, instruidísimo en materias de hacienda, y demasiado dulce de caracter para ser opositor molesto. Mr. Lebrun fué el tercer cónsul elegido. Mr. Cambaceres podria suplir muy bien al general Bonaparte en la administracion de justicia: Mr. Lebrun podria ayudarle provechosamente en la administracion de hacienda; y ambos podian auxiliarle mucho sin contradecirle nada.

Imposible era asociar de mejor modo los hombres destinados á componer el nuevo gobierno, y de aquellas elecciones debian provenir todas las demas en la organizacion del poder ejecutivo.

Convenia proceder á la formacion de los cuerpos deliberantes: aquí estaba indicado el papel que naturalmente correspondia á Mr. Sieyes. Se habia escrito en la constitucion que el Senado elegiria los individuos de todos los cuerpos deliberantes. Tratábase de saber quien formaria el Senado por la vez primera. Se estableció por un artículo particular de la constitucion que los señores Sieyes y Roger-Ducos, que iban á dejar de ser cónsules, unidos con los señores Cambaceres y Lebrun, que iban á empezar á serlo, nombrasen la mayoría absoluta del Senado, la cual era de 31 individuos de 60, y los 31 senadores elegidos en esta forma debian elegir en seguida por escrutinio los 29 senadores restantes. Una vez completo el Senado, este debia encargarse de formar el Cuerpo legislativo, el Tribunado, y el Tribunal de casacion.

Por medio de estas diversas combinaciones el general Bonaparte se encontraba jefe del poder ejecutivo; pero se observaba al mismo tiempo cierta especie de decoro, excluyéndole de la formacion de los cuerpos deliberantes llamados á finalizar sus actos: fiábase este cuidado principalmente al legislador de Francia, á Mr. Sieyes, cuyo papel activo habia terminado desde entonces, y á quien se aseguraba como retiró la presidencia del Senado. Así estaban señalados los puestos de un modo conveniente y salvadas las apariencias.

Se decidió que la constitucion seria sometida al voto nacional, por medio de libros abier-

tos en las alcaldias, en los juzgados de paz, en las notarias, en las escribanias de los tribunales; y que mientras se esperaba una aceptacion de que no cabia duda, el primer cónsul, los dos cónsules salientes y los dos cónsules entrantes, procederian á las elecciones de que estaban encargados, para que el primero de nivoso se hallasen constituidos y prontos á poner en planta la nueva constitucion los grandes poderes del estado. Era una providencia indispensable para poner término á aquella dictadura de los cónsules provisionales, con la que ya empezaban á ofusarse algunos, y para satisfacer la impaciencia general que se experimentaba porque al fin se estableciese un gobierno definitivo. Todo el mundo anhelaba efectivamente con vehemencia un gobierno estable y justo que asegurase la fuerza y la unidad del poder, sin ahogar la libertad y en el cual encontrasen el lugar que les correspondia los hombres de honradez y capacidad de todos los partidos y de todas las clases.

Preciso es conocer que no era imposible satisfacer estos deseos bajo la constitucion del año VIII; y aun los habria satisfecho del todo á no ser por las violencias que le hizo padecer mas tarde un genio extraordinario, el cual favorecido como estaba por las circunstancias, habria llegado á salvar barreras mucho mas fuertes que las que podian oponerle la obra legislativa de Mr. Sieyes, ú otra cualquiera que hubiera podido imaginarse entonces.

Decretada la constitucion en la noche del 12 al 13 de diciembre (21 al 22 de frimario) fué promulgada el 19 de diciembre de 1799; (24 de frimario del año VIII), con gran satisfaccion de sus autores y del mismo pueblo.

Aquella constitucion cautivó todos los ánimos por la novedad de sus ideas y por la habilidad de su artificio. Todo el mundo empezaba á esperar en ella y en los hombres que iban á ponerla en planta.

Estaba precedida del preámbulo siguiente :

« Ciudadanos, una constitucion se os presenta.
« Ella pone término á las incertidumbres que el gobierno provisional engendraba en las relaciones exteriores, y en la situacion interior y militar de la República.

« Ella coloca en las instituciones que establece á los primeros magistrados, cuya adhesion ha parecido necesaria á su actividad.

« La constitucion está fundada sobre los verdaderos principios del gobierno representativo, sobre los derechos sagrados de la propiedad, de la igualdad, y de la libertad.

« Los poderes que instituye serán fuertes y estables como deben serlo para garantir los derechos de los ciudadanos y los intereses del estado.

« Ciudadanos, la revolucion está sentada, firme en los mismos principios que la comenzaron;
« ESTÁ TERMINADA. »

Dos hombres del calibre del general Bonaparte y de Mr. Sieyes clamando en 1800: ¡La revolucion está terminada! ¡Singular prueba de las ilusiones del espíritu humano! Sin embargo, fuerza es reconocer que habia alguna cosa terminada, y era la anarquía.

Grande era el gozo que tenian cuantos habian puesto mano en aquella obra al verla concluida. No habian sido admitidas algunas de las ideas de Mr. Sieyes: sin embargo su constitucion se habia adoptado casi en un todo, y á no existir un poder

absoluto como el de Solon, Licurgo ó Mahoma; poder que en nuestros tiempos de duda en que todo prestigio individual yace destruido, no podria alcanzar hombre alguno, era imposible hacer que se adoptase mayor parte de su idea en la constitucion de un gran pueblo. Y, tal como era, si el vencedor de Marengo no hubiese hecho en ella mas tarde dos alteraciones de importancia, el derecho hereditario imperial de mas, y el Tribunalado de menos, aquella constitucion habria podido abrir una carrera que no hubiera sido el triunfo del poder absoluto.

Mr. Sieyes, despues de haber puesto en manos del general Bonaparte la espada que habia servido para derribar al Directorio, despues de haber hecho una constitucion, iba á entregar á Francia á la actividad devoradora del jóven cónsul y ha retirarse á aquella ociosidad meditativa que él preferia al movimiento agitado de los negocios. El nuevo primer cónsul quiso dar al legislador de Francia un testimonio de gratitud nacional: mandó, pues, que se propusiese á las comisiones legislativas hacerle donacion de la tierra de Crosoe. Esta donacion fué decretada y comunicada á Mr. Sieyes con las mas notables espresiones de gratitud pública. Mr. Sieyes experimentó vivísima satisfaccion, porque á pesar de su probidad incontestable, era sensible á los gozes de la riqueza y hubieron de conmoverle las formas delicadas y sublimes con que aquella recompensa nacional le fué concedida.

Se dispuso todo en seguida para que la constitucion empezase á regir en los primeros dias de enero de 1800 (divoso del año VIII), es decir, en los primeros dias del año que iba á abrir este gran siglo.

LIBRO SEGUNDO.

Administracion interior.

Constitucion definitiva del gobierno consular.—Composicion del Senado, del Cuerpo legislativo, del Tribunado y del Consejo de estado.—Declaracion del primer cónsul á las potencias de Europa.—Públicas ofertas de paz á la Inglaterra y al Austria.—Proclama dirigida á la Vendée.—Apertura de la primera sesion.—Oposicion naciente en el Tribunado.—Discurso de los tribunos Duvergier y Benjamin Constant.—Una mayoría considerable acoge los proyectos de los cónsules.—Multitud de leyes orgánicas.—Institucion de las prefecturas y sub-prefecturas.—Creacion de los tribunales de primera instancia y de apelacion.—Fin de la lista de emigrados.—Restablecimiento de el derecho de votar.—Ley de presupuestos.—Banco de Francia.—Continuacion de negociaciones con Europa.—Négase la Inglaterra á escuchar proposiciones de paz.—Viva discusion sobre este asunto en el Parlamento británico.—El Austria contesta con una negativa mas dulce pero tan positiva como la de Inglaterra.—Necesidad de volver á la hostilidades.—No pudiendo el primer cónsul entenderse con las potencias beligerantes, intenta atraerse á la Prusia, y entablar francas esplicaciones con ella.—Dedicase á terminar la guerra de la Vendée antes de abrir la campaña de 1800.—Situacion de los partidos en la Vendée.—Conducta del abate Bernier.—Paz de Montfaucon.—Los señores Antichamp, Chatillon, Bourmont y Jorge Gandodal se dirigen á Paris y se avistan con el primer cónsul.—Fusilamiento de Mr. de Frotté.—Sumision definitiva de la Vendée.—Conclusion pacífica de la legislatura del año VIII.—Reglamento de policia relativo á la imprenta.—Ceremonia fúnebre con motivo de la muerte de Washington.—Establécese el primer cónsul en el palacio de las Tullerías.

El 4 de nivoso del año VIII (25 de diciembre de 1799) era el dia señalado para la toma de po-

sesion de los cónsules, y para la primer reunion del Senado conservador. Multitud de nombramientos debian preceder á este momento, pues era menester constituir á la vez el poder ejecutivo y el Senado, antes de que entrasen en el ejercicio de sus funciones.

Encargado el general Bonaparte de nombrar los agentes del poder ejecutivo, y Sieyes, Roger-Ducos, Cambaceres y Lebrun de elegir los senadores, que á su vez debian componer el Cuerpo legislativo y el Tribunado, estaban acosados de pretensiones de todo género, lo cual no era de extrañar si se atiende que de nada menos se trataba que de obtener los cargos de senadores, de miembros del Cuerpo legislativo, de tribunos, de consejeros de estado y de prefectos, destinos todos que habian de proveerse á la vez, y que estaban prodigamente dotados, y por lo tanto natural era que despertasen las ambiciones. Muchos ardientes revolucionarios; enemigos del 18 de brumario, estaban ya muy apaciguados, y no pocas personas indecisas que aguardan los sucesos para declararse en favor de un partido, comenzaban á pronunciarse altamente. Habia entonces como siempre una espresion corriente que espresaba muy bien el estado de los ánimos. Es menester darse á conocer, decian, es menester probar que lejos de pretender crear obstáculos al nuevo gobierno, estamos dispuestos por el contrario á ayudarle á vencer los que le rodean: lo cual significaba que cada uno deseaba llamar hácia sí la atencion de los cinco personages, á cuyo cargo estaba la provision de todos los empleos. Pretendientes habia, que por alcanzar su admision en el Tribunado, pro-

metian su adhesión al gobierno consular, aunque muy resueltos de antemano á hacerle sufrir las mas vivas contrariedades.

Quando en tiempo de revueltas principia á apagarse el fuego de las pasiones, suele la codicia suceder á la violencia, y del terror se pasa casi repentinamente al hastio. Si algunos grandes actos de virtud, si algunos hechos heroicos, no cubrieran con su brillo tristes pormenores, y sobre todo si los grandes y benéficos resultados que las revoluciones sociales procuran á las naciones, no vinieran á compensar el mal presente con la inmensidad del bien futuro, sería menester apartar la vista del espectáculo que ofrecen al mundo; pero ellas son una prueba á que la providencia somete á las sociedades humanas para regenerarlas, y lo que debe hacerse desde luego es observar con cuidado, y si es posible con fruto, el cuadro repugnante ó sublime que alternativamente nos presentan.

Tan grande fué, segun parece, este movimiento de todas las ambiciones, que llamó la atención de los escritores públicos y ocupó sus plumas. El mismo *Monitor* que no era todavía diario oficial, pero que lo fué pocos dias despues (el 7 de nivoso), creyó que debian condenar semejantes hazañas:

«Desde que la constitucion ha creado, decia, multitud de empleos con grandes sueldos, ¡cuánta gente se pone en movimiento! ¡cuántos rostros desconocidos se apresuran á presentarse! ¡cuántos nombres olvidados se agitan de nuevo bajo el polvo de la revolucion! ¡cuántos orgullosos republicanos del año VIII se hacen pequeños

«para llegar hasta el hombre poderoso que puede «colocarlos! ¡cuántos Brutos convertidos en pretendientes! ¡cómo se ponderan los escasos talentos! ¡como se exageran los servicios mas insignificantes! y cuántas sangrientas manchas se procuran encubrir! Este cambio prodigioso de escena se ha verificado en un instante. Nosotros «esperamos que el heroe de la libertad, el que solamente se ha distinguido en la revolucion por «sus servicios, verá estas maniobras con el disgusto que inspiran á toda alma elevada, y que «no permitirá que un enjambre de hombres oscuros y manchados tratende cubrirse con los rayos «de su gloria.» (*Monitor del 3 de nivoso.*)

Hagamos sin embargo una justa distribución del bien y del mal, y no creamos que tan repugnante espectáculo fuese el de la nacion entera. Si habia hombres que se humillaban, y otros que sin humillarse se ponian á lo menos en movimiento, algunos esperaban dignamente á que el gobierno los llamase para utilizar sus luces y su celo. Si Mr. Constant, por ejemplo, solicitaba con empeño y con grandes protestas de adhesión á la familia de Bonaparte, su admision en el Tribunado; Tracy, Volney, Monge, Carnot, Ginguéné y Ducis, no solicitaban, y dejaban á la libre libertad del poder constituyente el cuidado de comprenderlos en aquella vasta distribución de cargos públicos.

El 24 de diciembre (3 de nivoso) se reunieron los nuevos cónsules para proceder á la formación del Consejo de estado, y poder de este modo instalar el gobierno al dia siguiente 25 de diciembre, (4 de nivoso). Sieyes y Roger-Ducos, cónsules

salientes, y Cambaceres y Lebrun, cónsules entrantes, se dirigieron en seguida al Luxemburgo, para nombrar la mitad mas uno de los individuos del Senado, con el objeto de que este cuerpo pudiera reunirse al dia siguiente, completarse y proceder á la composicion de los grandes cuerpos deliberantes.

Dividióse el Consejo de estado en cinco secciones: la primera de hacienda, la segunda de legislación civil y criminal, la tercera de guerra, la cuarta de marina y la quinta del interior. Cada seccion debía ser presidida por un consejero de estado, y el Consejo entero por el primer cónsul, ó en su ausencia, por uno de sus dos cólegas Cambaceres ó Lebrun.

Cada seccion debía redactar los proyectos de ley ó los reglamentos relativos á las materias de su competencia. Estos proyectos y reglamentos debían discutirse en seguida en la Asamblea general de todas las secciones reunidas. El Consejo de estado tenía además el cargo de resolver los asuntos contencioso-administrativos, y el de decidir de los conflictos de competencia, ora fuesen suscitados entre los tribunales civiles y la administración, ora entre los mismos tribunales. Tales son las atribuciones de que todavía goza hoy; pero entonces le competían también necesariamente la redacción de las leyes, su discusión esclusiva ante el Cuerpo legislativo, y además el conocimiento de las grandes cuestiones de gobierno, y aun algunas veces las de política exterior, como mas adelante veremos en varios casos. Resulta, pues que el Consejo de estado era en aquella época, no solamente un consejo de administración,

sino también un verdadero consejo de gobierno.

Algunos individuos de este cuerpo estaban además encargados en diferentes ministerios de ciertas administraciones especiales, á las que se había querido atribuir mayor importancia, ó dedicar mas especial cuidado: tales eran la instrucción pública, el tesoro, el patrimonio del estado, las colonias y los trabajos públicos. Los consejeros de estado encargados de la dirección de estos diferentes ramos, dependían inmediatamente de la autoridad del ministro respectivo. Los individuos del Consejo, considerablemente retribuidos, debían percibir cada uno 25,000 francos de sueldo, y los presidentes 35,000. Estas asignaciones, como todo el mundo sabe eran entonces respectivamente superiores á lo que hoy serían. Las plazas del Consejo de estado eran mas codiciadas que las del Senado, porque teniendo los consejeros igual sueldo y categoría á los de los senadores, podían como los mismos ministros, manejar los negocios mas importantes.

Los individuos principales de este gran cuerpo fueron, en la seccion de guerra, Lacuée, Brune y Marmont, en la de marina los señores de Chani-Paguy, Gauteaume y Fleurieu; en la de hacienda, Defermont, Duchatel y Dufresne; en la de justicia, Boulay de la Meurthe, Bertier y Real; y en la del interior los señores Røederer, Cretet, Chaptal, Reynault de San Jean, D' Angeli y Fourcroy. Los cinco presidentes designados fueron los señores Brune, Gauteaume, Defermont, Boulay de la Meurthe y Røederer. Seguramente no era posible componer aquel cuerpo con hombres mas respetables, y con talentos mas variados y positivos

Preciso es confesar que la revolucion francesa habia sido prodigiosamente fecunda en hombres notables á todos conceptos, y que si queria no hacer caso de las esclusiones que cada partido hacia respecto de los demas, se podia formar el personal de gobierno mas variado y capaz, y añadamos tambien, mas glorioso que podia darse. Esto fué lo que hizo el nuevo cónsul, eligió por ejemplo para la seccion de hacienda á Mr. Devaisnes, á quien acusaban fuertemente de realismo, pero que en el ramo de que se ocupaba tenia conocimientos prácticos que habian sido y fueron despues muy útiles.

En aquel mismo dia 24 de diciembre (3 de nivoso) los señores Sieyes, Roger-Ducós, Cambaces y Lebrun se reunieron para nombrar los veinte y nueve senadores, que con los dos cónsules salientes, componian el número de treinta y uno. La lista se habia arreglado, como era natural, de antemano; y contenia los nombres mas respetables, y entre ellos los de Berthollet, Laplace, (esto hacia poco que habia salido del ministerio del Interior) Monge, Tracy, Volney, Cabanis, Kellerman, Garat, Lacedpede y Ducós. Este último no quiso aceptar.

Al dia siguiente 25 de diciembre (4 de nivoso) el Consejo de estado se reunió por primera vez. Asistieron á la sesion los cónsules acompañados de los ministros. Deliberóse en ella sobre un proyecto de ley destinado á regularizar las relaciones de los grandes cuerpos del estado entre sí, y se acordaron tambien los proyectos que habian de prepararse para ser presentados en la sesion inmediata del Cuerpo legislativo.

El Senado por su parte se reunió en el palacio de Luxemburgo, y se completó con la eleccion de otros veinte y nueve individuos que unidos á los treinta y uno ya elegidos formaban un total de sesenta senadores. Mas tarde hubo de llegar este número hasta ochenta. En la lista formada para completar figuraban tambien reputaciones especiales, y entre ellas se contaba á los señores La-grange, Darcet, Francois de Neufchateau, Daubenton, Bougainville, el banquero Perregaus, y finalmente un nombre muy de antiguo conocido, el de Mr. Choiseul Praslin.

El Senado se ocupó en los dias siguientes de la formacion del Cuerpo legislativo y del Tribunalado, colocando en el Cuerpo legislativo á los hombres moderados de todas las épocas, á los individuos de la Asamblea constituyente, de la Asamblea legislativa y de la Convencion nacional, y en fin á los diputados de los Quinientos, cuidando de elegir de entre estas diferentes Asambleas á los hombres que habian sido poco amigos de fama, de triunfos, y de la agitacion de negocios públicos, y reservándose para el Tribunalado á los que eran conocidos por aliciones contrarias. Así pues, los trescientos hombres que componian el Cuerpo legislativo no podian ser muy brillantes, y en tan crecido número seria difícil hallar dos ó tres que hoy fuesen todavia conocidos. Distinguíase entre ellos el modesto y valiente Latour de Auvergne, héroe digno de la antigüedad por sus virtudes, por sus hazañas y por su noble fin.

Los cien nombres del Tribunalado elegidos con la buena intencion, pero muy pronto seguida de amargo arrepentimiento, de dar cabida á los hom-

bres activos, inquietos y codiciosos de fama, contaban celebridades, de las que algunas se han oscurecido un poco, pero que sin embargo no están olvidadas en la fecha con que escribimos: tales eran los señores Chenier, Andrieux, Chauvelin, Estanislao de Girardin, Benjamin Constant, Daunou, Riouffe, Berenger, Ganilh, Ginguene, Laromiguiere, Juan Bautista Say y algunos otros.

Una vez terminada la formación de estos cuerpos, se procedió á preparar el local que les estaba destinado. El palacio de las Tullerías era para los tres cónsules; el Luxemburgo para el Senado, el palacio Borbon para el Cuerpo legislativo, y el Palacio real para el Tribunal.

Destinóse la suma de unos 100,000 francos para hacer habitables las Tullerías; y mientras se terminaban los trabajos necesarios, permanecieron los cónsules en el Pequeño Luxemburgo.

El general Bonaparte habia ya hecho mucho desde su regreso de Egipto; habia derrocado al Directorio y adquirido una autoridad que aunque inferior en apariencia, era en realidad superior á la de un monarca constitucional; pero como apenas acababa de revestirse de esta autoridad, necesitaba legitimar su posesion con útiles trabajos y grandes acciones. Quedábale, pues, mucho que hacer todavía, no siendo sus primeros ensayos de reorganizacion mas que un esfuerzo, venturoso sin duda, pero que dejaba todavía en el país grandes desórdenes, profundos padecimientos, penuria en el tesoro, miseria en los ejércitos, el fuego de la guerra civil en la Vendée, incertidumbre en las potencias neutrales, y en las beligerantes un verdadero encarnizamiento por pro-

longar la lucha. Y sin embargo la posesion de este poder, alcanzado despues de sus primeros trabajos, y antes de los inmensos que esperaba ejecutar muy pronto, entusiasmó su corazon ambicioso.

Para celebrar la instalacion de su gobierno, dictó varias medidas que revelaban una política profunda, una alegría sentida; y esa generosidad que inspira el gozo en toda alma benévola y sencilla. Sucediéronse unas á otras estas disposiciones desde el 25 de diciembre (4 de nivoso), día en que se instaló el gobierno consular hasta el 1.º de enero de 1800 (11 de nivoso), día en que se celebró la primera sesion legislativa.

Desde luego se acordó por el Consejo de estado en 27 de diciembre, que las leyes que escluidan de los cargos públicos á los parientes de los emigrados y á los ex-nobles, caducaban de derecho por ser contrarias á los principios de la nueva constitucion.

Algunos individuos del partido revolucionario, como ya hemos dicho, debian haber sido deportados ó detenidos en virtud de una disposicion poco prudente, adoptada pocos dias despues del 18 de brumario. La deportacion y la detencion habian sido luego conmutadas en vigilancia de la alta policia, vigilancia que fué tambien suprimida por un decreto del 1.º de nivoso. Despues de esta reparacion concedida á los que habian estado á punto de ser víctimas de los rigores de aquella medida, el primer cónsul concedió una mas importante y necesaria á las víctimas del Directorio y de los gobiernos anteriores. Los deportados sin formacion de causa

recibieron autorizacion para volver á Francia, salva la obligacion de fijar su residencia en los puntos que se les designase. Esta disposicion se aplicaba á los proscriptos de todas épocas, pero especialmente á los del 18 de fructidor. Los señores Boissy de Anglas, Dumolard y Pastoret fueron llamados y autorizados para residir, el primero en Annonay, el segundo en Grenoble, y el tercero en Dijon. Los señores Carnot, Portalis, Quatremere-Quincy, Simeon, Villaret-Joyeuse, Barbe-Marbois y Barrere, volvieron tambien autorizados para habitar en Paris. El cuidado de traer á la capital á pesar de no ser su país natal á hombres como Carnot, Simeon y Portalis indicaban suficientemente que el gobierno tenia miras sobre ellos, y se disponia á emplear sus talentos.

Dictáronse ademas otras medidas relativas al culto y á su libre ejercicio. El 28 de diciembre (7 de nivoso), se decretó que los edificios destinados á las ceremonias religiosas continuasen sirviendo con este objeto, ó se destinasen á él desde luego, sino se habian devuelto á los ministros de los diferentes cultos. Queriendo ciertas autoridades locales poner trabas al ejercicio del catolicismo, prohibian que se abriesen las iglesias los domingos, autorizando solamente su apertura cada diez dias. Los cónsules derogaron las disposiciones municipales de esta clase, y añadieron á la restitution de los edificios religiosos la libre facultad de servirse de ellos en los dias indicados por cada culto. Sin embargo no se atrevieron aun á prohibir las ceremonias de los teofilántropos, que se celebraban en las iglesias ciertos dias de

la semana, y que los católicos consideraban como profanaciones.

Los cónsules hicieron tambien que se modificase la fórmula de la obligacion exigida á los sacerdotes, á quienes se exigia antes un juramento especial á la constitucion civil del clero, juramento que les obligaba á reconocer una legislacion contraria en concepto de algunos á las leyes de la iglesia, y se acordó imponerles una simple promesa de obediencia á la constitucion del estado, á la cual ninguno de ellos podia razonablemente oponerse, á menos que se negaran á prestar la obediencia al César, rigurosamente prescripta por la religion católica. Esto fué lo que se llamó mas tarde la *promesa*, en contraposicion al *juramento*, y lo que trajo inmediatamente á los altares á gran número de sacerdotes. Los *juramentados* habian ya obtenido el favor del gobierno; tocábales ahora el turno á los no *juramentados*.

Finalmente á esta clase de medidas, el primer cónsul añadió otra, que, á juicio de todos, debia pertenecerle mas directamente, pues procedia de relaciones que le eran en cierto modo personales. Habia negociado con el papa Pio VI, ya difunto, y firmado á las puertas de Roma el tratado de Tolentino desde el año de 1797; habia mostrado grandes consideraciones hácia el gefe de la iglesia católica, recibiendo en cambio señaladas muestras de benevolencia. Pio VI que habia muerto en Valencia del Delfinado, aun no habia obtenido los honores de la sepultura, y sus restos mortales estaban depositados en una sacristia. Al volver de Egipto el general Bonaparte, vió al cardenal Spino en Valencia, supo estos

pormenores y prometió reparar muy pronto olvido de tanta monta. Así fué que en 30 de diciembre (9 de nivoso), hizo que los cónsules espidieran un decreto fundado en razones eminentemente nobles.

«Considerando los cónsules, decia este decreto, que el cuerpo de Pio VI está depositado hace diez meses en la ciudad de Valencia, «sin que se le hayan hecho los honores de la sepultura.»

«Considerando que si este anciano respetable «por sus desgracias, fué un instante enemigo de «la Francia, se debió á los malos consejos de las «personas que le rodeaban.»

«Considerando que es propio de la dignidad «de la nación francesa, y conforme á su carácter dar muestras de consideracion á un hombre «que ocupó uno de los primeros puestos de la «tierra:

«Los cónsules decretan....., etc. etc.» Seguian las disposiciones que ordenaban á la vez los honores fúnebres para el pontífice, y un monumento que hiciera conocer la dignidad del príncipe sepultado.

Esta demostracion produjo acaso mas efecto que las medidas mas humanas, porque heria y asombraba la imaginacion acostumbrada á otros espectáculos. Así es que, una multitud inmensa acudió á Valencia para aprovechar la autorizacion que se le habia dado de hacer una manifestacion religiosa.

El catálogo de las fiestas revolucionarias comprendia una en mala hora concebida; era esta la que se celebraba el 24 de enero. Cualquiera que fue-

se la opinion de los hombres de todos los partidos, respecto al trágico acontecimiento que esta fecha recordaba, no podia menos de ser una fiesta bárbara la que tenia por objeto la conmemoracion de una catástrofe sangrienta. Ya en tiempo del Directorio habia mostrado el general Bonaparte una viva repugnancia á asistir á ella, no porque pensase desde entonces en honrar la autoridad real que habia de restablecer un dia en provecho propio, sino porque se complacia en desafiar publicamente á las pasiones de que no participaba. Gefe ahora del gobierno quiso que las comisiones legislativas resolvieran que no habria en adelante mas que dos fiestas, la del 14 de julio, aniversario del primer dia de la revolucion, y la de primero de vendimiario, aniversario del primer dia de la República. «Estos dias, «decia, son eternos en la memoria de los ciudadanos; han sido escogidos por todos los franceses con unánime entusiasmo, y no despiertan «recuerdo alguno que propenda á sembrar la «division entre los amigos de la República.»

Necesarios eran todo el poder y arrojo del gefe del gobierno para tomar una serie de medidas, que aunque justas, políticas y morales en sí mismas, aparecian sin embargo á los ojos de muchas cabezas exaltadas como otros tantos actos precursores de una revolucion completa. Pero al hacer todo esto el general Bonaparte tenia cuidado, tan pronto de dar él mismo el primer ejemplo de olvido de los resentimientos políticos, como de despertar ruidosamente la idea de la gloria; por cuyo medio disponia de los hombres de la época, y los arrancaba del mezquino furor de los parti-

dos. Así es que nombró comandante del ejército de Holanda al mismo general Augereau que le habia ofendido con su censurable conducta del 18 de brumario.

«Probad, le escribia en una carta que vió la luz pública, probad en todos los actos á que os de lugar vuestro mando que sois superior á esas miserables divisiones de partido, que han desgarrado por espacio de diez años las entrañas de la Francia.... Si las circunstancias me obligan á hacer la guerra por mi mismo, estad seguro de que no os dejaré en Holanda, y de que jamás olvidaré la brillante jornada de Castiglione.»

Al mismo tiempo preludió la fundacion de la Legion de honor instituyendo las armas de honor. Aquella democracia francesa, despues de haber hasta pregonado el horror con que miraba las distinciones personales, todo lo mas que podia admitir entonces eran recompensas por las acciones militares. Como consecuencia de un artículo de la constitucion hizo el primer cónsul decretar que en premio de cada accion brillante se concederia un fusil de honor á los infantes, una carabina de honor á los de á caballo, granadas de honor á los artilleros, y finalmente sables de honor á los oficiales de todas graduaciones. A esta institucion decretada el 25 de diciembre, (4 de nivoso), añadió el primer cónsul hechos positivos. Al dia siguiente concedió al general Saint-Cyr un sable por una brillante accion que este general acababa de dar en el Apenino. «Recibid, le dijo, como testimonio de mi satisfaccion, este hermoso sable que llevareis los dias de batalla. Manifestad á los soldados que están á vuestras órdenes que

estoy satisfecho de ellos y que espero estarlo mucho mas.»

A estos actos que anunciaban el egercicio de su nuevo poder, que marcaban el carácter de su gobierno, y hacian resaltar su disposicion á sobreponerse á todas las pasiones de los partidos, agregó inmediatamente el primer cónsul otros de mayor importancia, así respecto de la Vendée, como de las potencias de Europa.

Habiase firmado con los vendeanos una suspension de hostilidades, se habian entablado negociaciones, y sin embargo la pacificacion no adelantaba un paso. El general Bonaparte habia dejado pocas dudas á los realistas, que se habian dirigido á él para sondear sus intenciones, y saber si le bastaria ser restaurador, apoyo y primer súbdito de la casa de Borbon. Bonaparte los habia desengañado, manifestándoles que estaba irrevocablemente adherido á la causa de la revolucion francesa. Semejante franqueza en sus declaraciones no facilitó en lo mas mínimo las negociaciones entabladas. Los gefes vendeanos vacilaban, luchando entre el temor que les inspiraba la fuerza del nuevo gobierno y las instancias de los emigrados de Lóndres, autorizados por Mr. Pitt para ofrecerles armas, dinero y desembarcos.

La Inglaterra fundaba principalmente sus esperanzas en una nueva insurreccion en la Vendée, y proyectaba hacer por esta parte de nuestras costas una tentativa semejante á la que ya habia ensayado en Holanda. El mal éxito de esta última no la habia desalentado, y pedia con instancias al emperador Pablo el auxilio de sus tropas, aunque sin muchas probabilidades de conseguirlo.

La Prusia empezaba á demostrar una especie de interés por el gobierno consular, no cesaba de repetir al ayudante de campo Duroc, y al encargado de negocios de Francia Mr. Otto: «acabad lo de la Vendée, porque por allí es por donde se os preparan los golpes mas sensibles.»

El general Bonaparte lo sabia. Ademas del perjuicio que la Vendée causaba á los ejércitos de la República, absorbiendo parte de sus fuerzas, la guerra civil le parecia no solamente una desgracia, sino tambien una especie de deshonra para un gobierno, porque revelaba un estado interior deplorable. Así es que para terminarla habia tomado las mas eficaces medidas, haciendo venir de Holanda parte del ejército que á las ordenes del general Brune acababa de vencer á los anglo-rusos, y agregando á ella parte de la guarnicion de Paris, que le importaba poco disminuir considerablemente, porque suplía la fuerza material con el prestigio de su nombre: de esta suerte habia logrado reunir en el oeste un ejército brillante compuesto de cerca de 60,000 hombres, á cuya cabeza puso al general Brune, recomendándole que conservase á su lado como segundo suyo, al prudente y conciliador Hedouville, que estaba al corriente de todas las negociaciones entabladas con los realistas. El nombre del general Brune era por sí solo una respuesta á los que contaban con un nuevo desembarco de los anglo-rusos; pero antes de dar un golpe decisivo, si no eran al fin admitidas las condiciones de la pacificacion, creyó el primer cónsul que debia dirigirse á los vendeanos en el mismo dia en que se instaló el nuevo gobierno.

El 29 de diciembre (8 de nivoso), remitió á los departamentos del oeste una proclama y un decreto de los cónsules.

«Una guerra impía, les decia, amenaza por segunda vez á los departamentos del oeste. El deber de los primeros magistrados de la República consiste en prevenirla y sofocarla en su nacimiento, pero no quieren desplegar la fuerza sino despues de haber agotado todos los medios de la persuasion y de la justicia.»

Haciendo la debida distincion entre los hombres criminales, vendidos al estrangero y enemigos irreconciliables de la República, y los ciudadanos extraviados, cuyo objeto al hacer la guerra civil no habia sido otro que oponer resistencia á crueles persecuciones, recordaba el primer cónsul todos los actos que debian tranquilizar á estos últimos y reconciliarlos con el nuevo gobierno, tales como la revocacion de la ley de rehenes, la restitution de los templos á los sacerdotes y la libertad de santificar el domingo; prometia en segunda amplia y completa amnistia á los que se sometiesen, abandonando á los insurgentes y deponiendo las armas que les habia proporcionado la Inglaterra, pero añadia que se emplearia inmediatamente la fuerza contra los que persistiesen en la insurreccion, y anunciaba la suspension de la constitucion, es decir el empleo de jurisdicciones extraordinarias en todos los puntos donde continuara mostrándose la insurreccion armada. «El gobierno, decia al concluir la proclama de los cónsules, perdonará dispensando entera y absoluta indulgencia al arrepentimiento; pero castigará irremisiblemente á todo el que, despues de

esta declaracion, se atreva todavia á resistir á la soberanía nacional.... Pero no, no conoceremos mas que un sentimiento, el amor de la patria. Los ministros de un Dios de paz serán los primeros agentes de la reconciliacion y concordia. Que hablen á los corazones el language que aprendieron en la escuela de su maestro; que vayan á esos templos, que se abren de nuevo, á ofrecer el sacrificio que ha de espiar los crímenes de la guerra y la sangre que ha hecho derramar.»

Esta manifestacion, apoyada en una fuerza temible, debia producir naturalmente su efecto, sobre todo haciéndola un gobierno nuevo, completamente extraño á los excesos y á las faltas que habian servido de pretesto á la guerra civil.

Después de haber obrado de esta manera con los enemigos de dentro, el primer cónsul al dirigirse á los enemigos de fuera, resolvió dar un paso solemne con las dos potencias, que no solamente no habian dado todavia señal alguna de querer reconciliarse con la Francia, sino que por el contrario se mostraban encarnizadas en la guerra. Hablamos del Austria y de la Gran Bretaña.

La Prusia, como hemos dicho, habia recibido perfectamente al ayudante de campo Duroc, y cada dia daba testimonios mas espresivos de simpatias al primer cónsul. Satisfecha de estas buenas relaciones deseaba buen éxito á las medidas del nuevo gobierno contra la anarquía y triunfos á sus armas contra el Austria. En cuanto al proyecto de servir de mediadora entre aquellas naciones, lisongeábase incesantemente con el pensamiento, pero no se atrevia á dar el primer

paso, creyendo todavia distante el momento de la paz, y no queriendo comprometerse demasiado pronto en una negociacion, cuyas consecuencias no era posible prever. Con efecto cualquiera que hubiera observado bien el estado de los negocios políticos en Europa, podia fácilmente columbrar que era necesaria todavia una campaña para romper los lazos que unian á la Inglaterra y el Austria. La córte de Madrid habia visto tambien con satisfaccion el advenimiento del general Bonaparte al poder, porque por este medio le parecia mas útil y honrosa la alianza entre la España y la Francia; pero el horizonte no se presentaba por parte alguna enteramente despejado. Por esta razon resolvió el general Bonaparte el dia mismo en que la constitucion le revistió oficialmente de una autoridad nueva, dirigirse á las potencias decididamente enemigas, para ofrecerles la paz, y colocarlas de esta manera si la rehusaban, en una situacion desventajosa. Dado este paso, podia ya emprender la guerra, teniendo á su favor la opinion del mundo entero.

Lo primero que hizo fué mandar que marchasen á sus destinos todos los agentes franceses anteriormente nombrados, y que aun no habian salido de París, porque lo que se queria era que estuviesen acreditados en nombre de un gobierno definitivamente constituido. El general Beurnonville se puso en camino para Berlin, Mr. Alquier para Madrid, Mr. de Semonville para el Haya, y Mr. Bourgoing para Copenhague. El general Beurnonville recibió el encargo de hacer una diestra y delicada lisonja al rey de Prusia, como era pedirle un busto del gran Federico para colo-

carlo en la gran galeria de Diana del palacio de las Tullerías. El primer consul habia mandado colocar en esta galeria los retratos de todos los hombres grandes, objetos de su predileccion. Mr. Alquier, encargado de espresar en Madrid al rey y á la reina las mas alhagüenas disposiciones, debia entregar un regalo al Principe de la Paz, que aunque ya no era ministro, egercia en el gobierno un influjo extraordinario. Consistia este regalo en varias y bellisimas armas hechas en las fábricas de Versailles, celebradas entonces en toda Europa por la perfeccion de todos sus productos.

Tomadas estas disposiciones, ocupose el primer consul en la gestión proyectada respecto de las dos cortes enemigas, la Inglaterra y el Austria. Existe generalmente la costumbre de disimular semejantes negociaciones y hacer que las precedan tentativas indirectas para ahorrarse la humillacion de una negativa. Al dirigirse el general Bonaparte á la Inglaterra y al Austria, queria hablar al mundo, y para ello necesitaba entablar las negociaciones de una manera solemne, que saliese enteramente de las formas acostumbradas, y que pudiese ir en derechura al corazon de los mismos soberanos, ó para lisonjearlos ó para causarles embarazo. Por consiguiente en lugar de pasar notas á lord Grenville ó á Mr. de Thuvut, escribió directamente al rey de Inglaterra y al emperador de Alemania dos cartas, que debian entregar los ministros de estas cortes á sus respectivos soberanos.

La carta dirigida al rey de Inglaterra estaba concebida en los términos siguientes:

Paris 5 de nivoso año VIII (26 de diciembre de 1799.

«Llamado, señor, por el voto de la nacion francesa, á ocupar la primera magistratura de la República, creo conveniente, para entrar en posesion de ella, participarlo directamente á V. M.

«La guerra que hace 8 años devasta las cuatro partes del mundo, habrá de ser eterna? ¿No habrá medio alguno de entenderse?

«¿Cómo es que las dos naciones mas ilustradas de Eurcpa, mucho mas poderosas y fuertes que lo que exigen su seguridad é independencia pueden sacrificar á ideas de vana grandeza el bien del comercio, la prosperidad interior y la felicidad de las familias? ¿Cómo no conocen que la paz es la primera necesidad y la mayor gloria de los estados?

«Estos sentimientos no pueden ser estraños á V. M. que gobierna una nacion libre y con el solo objeto de hacerla feliz.

«V. M. no verá en estas insinuaciones sino mi deseo sincero de contribuir eficazmente por segunda vez á la pacificacion general por medio de negociaciones prontas, francas, esplicitas y desnudas de esas formas, que aunque necesarias tal vez para disimular la dependencia de los estados débiles, solo revelan en los estados fuertes el mutuo deseo de engañarse.

«La Francia y la Inglaterra pueden muy bien abusando de sus propias fuerzas y para desgracia de todos los pueblos, retardar el término de sus males, pero me atrevo á decirlo, la suerte de

«todas las naciones civilizadas está pendiente de la conclusión de una guerra que abraza al mundo entero.—Firmado.—BONAPARTE, *Primer consul de la República francesa.*»

En el mismo día dirigió el primer consul la siguiente carta al emperador de Alemania.

«Al regresar á Europa despues de diez y ocho meses de ausencia, hallo encendida todavia la guerra entre la República francesa y V. M.

«La nacion francesa me llama á ocupar la primera magistratura.

«Estraño á todo sentimiento de frivola gloria, mi principal deseo es evitar la efusion de sangre que va á correr. Todo hace preveer que en la primera campaña, ejércitos numerosos y hábilmente dirigidos triplicarán el número de las victimas que ya ha sacrificado la renovacion de las hostilidades. El conocido caracter de V. M. no me deja duda alguna sobre los sentimientos de su corazon. Si solamente se deja guiar por ellos, columbro la posibilidad de conciliarlos intereses de ambas naciones.

«En las relaciones que antes de ahora he sostenido con V. M. se ha servido dispensarme personalmente alguna consideracion. Yo ruego á V. M. que vea en el paso que ahora doy el deseo de corresponder á ella y asegurarle cada vez mas la particular consideracion que ofrezco á V. M.—Firmado.—BONAPARTE, *Primer consul de la República francesa.*»

De esta manera anunciaba el primer consul su

advenimiento al poder, así á los partidos que dividian á la Francia, como á los gabinetes contra ella coaligados, ofrecia la paz disponiéndose á conquistarla por la fuerza, si no podia alcanzarla por medio de proposiciones amistosas. Era su intencion emplear el invierno en una campaña corta y decisiva en la Vendée con objeto de poder en seguida en la primavera llevar sobre el Rhin y sobre los Alpes las tropas, que terminada la guerra interior quedarian disponibles para la exterior.

Mientras aguardaba el resultado de sus negociaciones, abrió las sesiones legislativas del 1.º de enero de 1800 (11 de nivoso del año VIII), y resolvió consagrar esta legislatura de cuatro meses á preparar con buenas leyes la reorganizacion administrativa de la Francia, que apenas estaba comenzada. Entonces acababa de reemplazar al sabio Laplace, ministro de lo interior con su hermano Luciano, y á Mr. Cambaceres ministro de justicia, que habia pasado á la dignidad de consul con Mr. Abrial, sugeto sobre manera honrado y laborioso.

El Senado, el Cuerpo legislativo y el Tribunalado se reunieron el 1.º de enero de 1800. El Senado eligió para la presidencia á Mr. Sieyes, el Cuerpo legislativo á Mr. Perrin del Vosges, y el Tribunalado á Mr. Daunou. Inmediatamente se presentaron multitud de leyes al Cuerpo legislativo.

Reinaba una especie de ansiedad á vista de estas asambleas deliberantes nuevamente reunidas. Todo el mundo estaba cansado de agitacion; habia necesidad de sosiego y no existia ya

aquella viva afición á la elocuencia política que habia mostrado la Francia en 1789, cuando Mirabeau, Barnave, Mury y Cazales le abrieron una nueva carrera de gloria, la de la tribuna. Los abogados habian perdido todo su prestigio, y solamente gozaban de popularidad los hombres de accion, capaces de proporcionar á la Francia victoria y paz. Sin embargo la opinion no estaba aun decidida en favor del establecimiento del poder absoluto; no deseaba ver sofocada enteramente la libertad, ni la discusion juiciosa y razonada. Si el poder de accion que un nuevo legislador acababa de establecer en la constitucion, creando un primer consul, y eligiendo para esta magistratura al mas ilustre capitan del siglo, si tal poder era incompatible con la libertad, la libertad habria sido sacrificada; pero todos deseaban que fuese posible la conciliacion de la libertad y de un poder fuerte. No eran por cierto los alborotadores vulgares, ni los republicanos obstinados los que de este modo pensaban, sino los hombres mas prudentes é ilustrados que no querian que la revolucion se desmintiese y condenase á sí misma tan pronto y tan completamente. Así es que las personas indiferentes se preguntaban con curiosidad, y todos los verdaderos ciudadanos con una verdadera inquietud, de que manera el Tribunalado, único cuerpo que podía usar de la palabra se conduciria respecto del gobierno, y como este sufriria la oposicion, si por acaso llegaba á presentarse alguna en el Tribunalado.

Cuando se declara una reaccion, por muy general que sea, no arrastra consigo á todo el mundo; antes bien irrita y exaspera á aquellos á quienes

no arrastra. Chenier, Andrieux, Ginguene, Daunon y Benjamin Constant que pertenecian al Tribunalado, y Tracy, Volney y Cabanis que pertenecian al Senado, al mismo tiempo que deploraban los crímenes de la época del terror, no estaban dispuestos á pensar que la revolucion perjudicase á sus adversarios. Las doctrinas monárquicas y religiosas, que visiblemente iban recobrando su antiguo influjo, los incomodaban, principalmente por la precipitacion inmoderada con que se reproducian estas ideas antiguas, y experimentaban un disgusto que no trataban de disimular. La mayor parte de los que así pensaban eran sinceros, porque fuertemente ligados con la revolucion, admitian casi todas sus consecuencias, menos la sangre y los despojos de bienes, y rechazaban lo que todos creian columbrar en el pensamiento profundo del nuevo dictador. Enhorabuena que no se persiguiese á los sacerdotes; pero que se les favoreciera hasta el punto de abrirles paso á los altares, era demasiado para aquellos fieles sectarios de la filosofia del siglo XVIII. Enhorabuena tambien que se diese alguna mas unidad y fuerza al poder pero que se llevase este empeño hasta restablecer la unidad monárquica en provecho de un militar, era mucho peor todavia en su concepto. Por lo demas como acontece siempre, eran distintas las causas que los movian, pues si eran tales las opiniones de Chenier, Ginguene, Daunon, Tracy y Cabanis; no podian serlo de Benjamin Constant, que no habia contraído seguramente, en la sociedad de la familia de Necker, en cuyo seno vivía, ni adversion á las ideas religiosas, ni esclusiva afición á la revolucion

francesa. Habiendo entrado en el Tribunalado, gracias á las instancias de sus amigos, no por eso dejó de ser á poco tiempo el individuo mas inquieto y astuto de la nueva oposicion, en la que se habia colocado no solo por su carácter naturalmente burlon, sino tambien y mas especialmente por el disgusto de la familia de Necker de que él participaba. Mad. de Stael que representaba entonces por sí sola aquella familia ilustre, habia sido gran admiradora del general Bonaparte, á quien hubiera sido facil conquistar una persona cuya viva imaginacion era sensible á todo lo grande. Pero á pesar de su talento, el general Bonaparte habia herido con palabras poco galantes el amor propio de una muger que le disgustaba mucho, porque veia en ella pretensiones superiores á su sexo; y habia producido en su corazon una irritacion, sino temible, por lo menos molesta. No hay falta por leve que sea que no produzca tarde ó temprano sus frutos. El primer consul iba á recoger el de la suya, hallando una oposicion desagradable de parte de aquellas personas que estaban colocadas bajo la influencia del talento fascinador de Mad. de Stael. A este número pertenecia Mr. Constant.

Sin intencion alguna seguramente y solo por necesidad, se habia establecido el Tribunalado en el Palacio real. Habiase destinado el de las Tullerias al jefe del gobierno. El Luxemburgo, donde habia estado el Consejo de los Ancianos, como era natural se destinó para el Senado, dejando el palacio Borbon al Cuerpo legislativo. No quedaba, pues, para el Tribunalado mas edificio que el palacio real. Era tal en ciertos ánimos la disposicion á

interpretar siniestramente las acciones mas sencillas, que se quejaron amargamente de la eleccion de este palacio, y suponian que se habia querido rebajar el lustre del Tribunalado, colocándole en el asilo ordinario del desorden y desenfreno. Discutianse en los dias 2 y 3 de enero en esta asamblea, algunos artículos del reglamento, cuando de repente uno de sus individuos, Mr. Duveyrier, tomó la palabra para lamentarse de ciertas medidas, que segun decia, perjudicaban á muchos propietarios de establecimientos, los cuales hacia muchos años vivian en el Palacio real. Los reclamantes no tenian importancia alguna, y ademas habian sido indemnizados. El tribuno Duveyrier protestó enérgicamente contra las supuestas injusticias, y dijo que no se debia despopularizar á la representacion nacional, haciéndola responsable de las faltas cometidas en su nombre. En seguida pasando á hablar de la eleccion del local, esclamó, «no soy de aquellos que se creen ofendidos porque se haya escogido para el Tribunalado un lugar que es teatro ordinario de toda clase de escesos y desórdenes; no veo yo en esta eleccion ningun peligro, ni la mas ligera alusion ofensiva á nuestras personas. Rindo por el contrario homenaje á la intencion popular de los que han querido que los tribunales del pueblo celebren sus sesiones en medio del pueblo, y que los defensores de la libertad tomen asiento en los lugares testigos del primer triunfo de la libertad. Yo les doy gracias, por habernos proporcionado el medio de descubrir desde esta misma tribuna el sitio en que el generoso Camilo Desmoulins, dando la señal de un movimiento glorioso, enarboló la escara-

pela nacional, nuestro mas hermoso trofeo, y nuestro eterno signo de union; esa escarapela que vió hacer tantos prodigios, á la cual deben tantos héroes la gloria de sus armas, y que solamente con la vida podremos abandonar. Yo les doy gracias por habernos colocado cerca de unos lugares que si se intentase levantar un ídolo de quince dias, nos recordarian la caída de un ídolo de quince siglos.»

Este ataque tan brusco, produjo una grave sensacion en toda la asamblea, y poco despues en todo Paris. El Tribunado pasó á la órden del dia, reprobando la mayor parte de sus individuos emejantes palabras. Pero no por eso fué menor el efecto que produjeron. Mal principio era este para una asamblea, la cual si queria salvar la libertad de los peligros con que la amenazaba entonces una reaccion general, tenia que guardar infinitas consideraciones, ora para con algunos espíritus propensos á alarmarse, ora para con un gefe de gobierno dispuesto á irritarse facilmente.

Semejante escena no podia menos de producir algunas consecuencias. El primer cónsul montó en cólera y los humildes adoradores de su poder naciente ponian el grito en el cielo. Los señores Estanislao de Girardin, Chauvelin y algunos otros que sin querer abdicar toda su independencia ante el nuevo gobierno, desaprobaban sin embargo aquella oposicion intempestiva, tomaron la palabra en la siguiente sesion, y propusieron para corregir el efecto que habia producido el discurso del tribuno Duvoyrier que se prestase una especie de juramento á la constitucion.

Antes de proceder á nuestros trabajos, dijo Mr. de Girardin, creo que debemos dar á la nacion un testimonio público de nuestra adhesion á la constitucion. No os propondré que jureis su sostenimiento; conozco, y vosotros lo conoceis tambien, la inutilidad de los juramentos; pero creo que es útil al aceptar un cargo el prometer desempeñarle con lealtad. Sigamos el ejemplo del Senado conservador, y del Consejo de estado, y de este modo fijaremos la opinion que debe tenerse de nosotros mismos y haremos callar á la maledicencia que ya esparcé la voz de que el Tribunado es una resistencia organizada contra el gobierno. No, el Tribunado no es un foco de oposicion, sino de luces; no, el Tribunado no quiere combatir sin treguas los actos del gobierno; antes por el contrario está dispuesto á acogerlos con alegria, cuando sean conformes con el interés público. El Tribunado consagrará sus deberes á calmar las pasiones en vez de irritarlas. Su moderacion debe colocarse entre todas las facciones, para reunir las y disolverlas. A los moderados se debió el 18 de brumario, jornada saludable y gloriosa que ha librado á la Francia de la anarquía interior y de la invasion estrangera. Volvamos, para salvar á la república, á los principios que la fundaron; pero evitemos que se reproduzcan los excesos que tantas veces han estado á punto de perderla. Si vemos desde aqui el sitio en que por la vez primera se enarbó el signo de la libertad, desde aqui tambien vemos el sitio donde se concibieron los crímenes que han ensangrentado la revolucion. En cuanto á mi estoy lejos de aplaudir la eleccion de este palacio para celebrar en él nuestras sesiones; duéle-

me de ello por el contrario; pero conozco que los recuerdos que suscita, están por fortuna muy distantes de nosotros. Ya pasó el tiempo de las arengas vehementes y de las escitaciones á los grupos sediciosos del Palacio real. Sin embargo, si ciertas declamaciones no pueden ya perderse, pueden retardar todavía el bien que queremos hacer. Resonando desde esta tribuna en París, y desde París en toda Europa, pueden alarmar los ánimos, facilitar pretextos y retardar esa paz que todos deseamos!... La paz, añadió Mr. de Girardin, la paz debe ocupar sin cesar nuestro pensamiento, y cuando tengamos siempre presente un interés tan grande, no nos permitiremos expresiones semejantes á las que el otro día se han escapado á uno de nuestros colegas, y que ninguno de nosotros ha rechazado por carecer de aplicación, puesto que no conocemos ídolo alguno en Francia.»

El orador concluyó este discurso pidiendo que cada tribuno hiciese la declaración siguiente: *prometo desempeñar fielmente las funciones de que me ha encargado la constitucion.*

Esta proposición fué adoptada, y el mismo Mr. Duveyrier, pesaroso del escándalo que habia producido su discurso, trató de disculparse y quiso ser el primero en hacer la declaración propuesta por Mr. Girardin. Todos los demas individuos del Tribunalado se apresuraron á repetirle despues.

De esta suerte se reparó un poco el efecto de aquella primera escena. Sin embargo, el primer cónsul no dejó por eso de abrigar hácia el Tribunalado una aversion invencible, aversion que por otra parte habria tenido siempre á todo congreso

libre que usase y abusase de la palabra; así es que hizo que se insertasen en el *Monitor* observaciones muy amargas sobre los tribunos de Francia y los de Roma.

En las sesiones siguientes ocurrieron nuevas manifestaciones, tan sensibles como las anteriores. La primera proposición del gobierno tenia por objeto establecer los trámites que habian de observarse en la presentación, discusión, y adopción de los proyectos de ley. Era este uno de los asuntos desatendidos en la constitución del año VIII y abandonados á la legislatura. En las disposiciones propuestas no se trataba al Tribunalado con mucha consideración. El proyecto del gobierno establecía que las leyes fuesen presentadas por tres consejeros de estado al Cuerpo legislativo y comunicadas despues al Tribunalado, el cual en el día que tuviese á bien fijar el gobierno, habia de estar pronto á discutirlas por medio de tres oradores y en presencia del Cuerpo legislativo. Sin embargo el Tribunalado podia pedir una prórroga al Cuerpo legislativo y este tenia el derecho de concedérsela ó negársela. Fuerza es confesar que no era muy decoroso este modo de tratar al Tribunalado puesto que se le exigía que desempeñara su tarea en día determinado, como pudiera hacerse con una sección del Consejo de estado ó con las oficinas de un ministerio. Nadie se atreveria hoy á fijar á una asamblea deliberante el día y el término de una discusión; este es un cuidado que aun en medio de la mayor premura se deja á su inteligencia y á su celo. Pero el decoro parlamentario que como la política es el resultado de la costumbre, no podia preceder entre nosotros á la práctica del gobierno

representativo. De la violencia revolucionaria se pasaba casi sin transición á la grosería militar. Las comisiones que durante un mes habian estado ejerciendo el poder legislativo, por sus discusiones á puerta cerrada, y por haber hecho algunas leyes en veinte y cuatro horas, habian complacido mucho mejor al primer cónsul que queria siempre ser servido y satisfecho en el acto; hé aquí lo que esplica, aunque sin merecer disculpa, las inconcebibles disposiciones del proyecto del gobierno.

Tenia, pues, razón la naciente oposicion del Tribunado al combatir este proyecto; pero despues de haber principiado sus sesiones con una escena algo imprudente, era una desgracia para ella tener que impugnar la primera proposicion emanada de los cónsules, porque esto hacia creer que habia un partido dispuesto á atacarlo todo; y á esta desgracia añadió otro mal, respecto al modo como se condujo. El ataque más fuerte fué dirigido por Mr. Constant. En un discurso ingenioso é irónico, como casi todos los suyos, pidió que se diera al Tribunado tiempo suficiente para examinar los proyectos de ley que le fuesen presentados, y que no se le obligase á examinarlos de corrida, recordando con este motivo el peligro de *las leyes de urgencia*, dadas en tiempo de la revolucion, y que siempre fueron desastrosas; preguntaba porqué habia tanto empeño en que el Tribunado terminase con tanta prisa el examen de las leyes, y porqué se le consideraba de tal manera hostil que se queria abreviar cuanto fuese posible el tiempo que las leyes habian de pasar en su seno. «Todo esto depende, añadia, de la falsa idea de que nosotros no somos más que un cuerpo de oposicion destinado á

no hacer otra cosa que contrariar sin cesar al gobierno, lo que no es ni puede ser, porque nos debilitaria en la opinion pública. Esta idea equivocada, ha impreso en todos los artículos de este proyecto el sello de una impaciencia inquieta y desmesurada; se nos presentan las proposiciones, digámoslo así, al vuelo, con la esperanza de que no podamos cogerlas; y se las quiere hacer pasar por nuestro examen como si fuese por un ejército enemigo, para transformarlas en leyes, sin que hayamos podido alcanzarlas.»

Muchas reflexiones picantes acompañaban á este discurso, que produjo bastante sensacion. Habia puesto Benjamin Constant particular cuidado en sostener que el Tribunado no era un cuerpo especialmente dedicado á la oposicion, que solo lo haria cuando el interés público le obligase á ello; pero habia repetido estas protestas de una manera y en un tono tales que nadie creia en ellas, y hacia resaltar el pensamiento de oposicion sistemática que con tanto cuidado queria negar.

El tribuno Riouffe, conocido por su amistad fiel y decidida con los girondinos proscritos, era uno de esos hombres á quienes los horrores del año 93 habian conmovido de tal modo, que estaban dispuestos á arrojarse ciegamente en los brazos del nuevo gobierno, cualquiera que pudiese ser su conducta. Así que, se propuso rebatir los ataques, según él imprudentes y poco decorosos, de Benjamin Constant.

«Desconfianzas, dijo, tan injuriosas como las que se manifestaron ayer en este recinto, bastarian para romper toda comunicacion interior con las relaciones de hombre á hombre; y seria impo-

sible que las autoridades, destinadas á vivir juntas, pudiesen largo tiempo tratarse mutuamente, si las consideraciones no fuesen un deber sagrado de que jamás deberían separarse.»

El orador declara en seguida que por lo que tocaba á él, tenia una confianza ilimitada en el gobierno é hizo un verdadero elogio del primer cónsul, aunque demasiado largo, y recargado de espresiones poco meditadas. «Cuando un orador dijo, alaba aquí á Camilo Desmoullins, y otro á la Convencion nacional, no me encerraré yo en un silencio conspirador; yo ensalzaré tambien al que el universo ensalza; si hasta ahora no he celebrado mas que á la virtud proscripta, tendré hoy un nuevo género de valor; el de celebrar al genio en el seno del poder y de la victoria; y me honraré de ver al frente de la República al que ha conquistado á la nacion francesa el titulo de la Gran Nacion, y le aclamaré grande, elemente, y justo....» Mr. Riouffe continuó comparando al general Bonaparte con César y con Anibal, y con este lenguaje, hijo de una admiracion legitima, pero inoportuna, provocó una manifestacion desagradable. Muchas voces le interrumpieron diciéndole: hablad de la ley.—Yo quiero, replico Riouffe, hablar del hombre á quien admira el universo... Hablad de la ley, repitieron los que le habian interrumpido, y el orador se vió obligado á entrar en la cuestion que se discutia.

Sea que Mr. Riouffe hubiese provocado la impaciencia de los que le interrumpieron, con la espresion sincera pero difusa y torpe de sus sentimientos, sea que los demas individuos del Tribunal no participasen en el mismo grado de la ad-

miracion que él espermentaba, su discurso no produjo buen efecto, y Mr. de Chauvelin trato de neutralizarle, pronunciando otro discurso en pro del proyecto de ley que se discutia.

Confesó sus defectos; pero las circunstancias, dijo, «las circunstancias que nos rodean, el estado de muchos departamentos, que pueden exigir medidas prontas y aun urgentes, consideraciones políticas de gran peso, la calumnia que nos escucha, las divisiones cuya existencia se complace en suponer, la necesidad apremiante de union entre los poderes, todo nos obliga á votar la adopcion del proyecto que se nos ha presentado.»

El proyecto se puso efectivamente á votacion, y fué adoptado por una mayoria que hubiera debido tranquilizar y aclamar al gobierno: cincuenta y cuatro votos contra veinte y seis, decidieron que los oradores del Tribunalado, encargados de usar de la palabra ante el Cuerpo legislativo, apoyasen la ley propuesta. El cuerpo legislativo la acogió mas favorablemente, adoptándola por una mayoria de doscientos tres votos contra veinte y tres. No podia desearse mas; porque al fin una mayoria de las dos terceras partes del Tribunalado (cuerpo cuya oposicion nada decidia, pues no votaba las leyes), y una mayoria de las nueve décimas partes del Cuerpo legislativo (único cuerpo cuya votacion era decisiva), debian satisfacer al primer cónsul y á sus adictos, y hacerles mirar sin ceño aquella última manifestacion de espíritu liberal, y ser indulgentes con las faltas cometidas en cuanto á la forma, que despues de todo eran un derecho de la misma liber-

tad. Pero el primer cónsul que no podía alarmarse seriamente, mostrábase no obstante sin disimulo vivamente resentido. Comenzaba á servirse mucho de la imprenta, y aunque le gustaba poco, sabía sin embargo emplearla en su provecho. Así es que hizo insertar en el *Monitor* del 8 de enero (18 de nivoso) un artículo en extremo imprudente, dirigido á demostrar la poca importancia de esta oposicion, y hacer creer que no tenia plan alguno de contrariar al nuevo gobierno, atribuyéndola en unos al deseo de la perfeccion, cosa imposible en las leyes humanas, y en otros al ansia de hacerse notable. De esta manera, añadía el diario oficial, todo induce á creer que no existe en el Tribunado oposicion combinada y sistemática; en una palabra verdadera oposicion: pero todos tienen sed de gloria, todos quieren confiar su nombre á las cien trompas de la fama, y algunos ignoran todavía que se adquiere con mas dificultad la consideracion de sus conciudadanos por medio de buenas frases, que por medio de la constancia en servir útil, aunque oscuramente, á ese mismo público que aplaude y que juzga.

Este modo de tratar á un alto cuerpo del estado era muy poco político y decoroso, porque provaba por parte del primer cónsul la disposicion á permitirsele todo, y por parte de la Francia la disposicion á tolerárselo.

Sin embargo, estas impresiones fueron pronto remplazadas por otras. Los inmensos trabajos del gobierno, de que debia participar el Cuerpo legislativo y el Tribunado, llamaron pronto y ocuparon esclusivamente la atencion. El primer cónsul hizo presentar al Cuerpo legislativo dos

proyectos de ley de la mayor importancia. El uno tenia por objeto la administracion departamental y municipal, y llegó á ser la famosa ley de 28 de pluvioso del año VIII, que estableció en Francia la neutralizacion administrativa; el otro tenia por objeto organizar la administracion de justicia, organizacion que todavia existe. Acompañaron á estos dos proyectos otros sobre los emigrados, cuya suerte urgia arreglar; sobre el derecho de testar, cuyo restablecimiento pedian todas las familias, sobre el tribunal de presas, que era necesario constituir por el interés de nuestras relaciones con las potencias neutrales; sobre la creacion de nuevas contadurias reconocidas por indispensables y por último sobre los ingresos y gastos del año VIII.

La administracion, como mas arriba hemos manifestado, se hallaba en 1799 en un espantoso desorden. En todo pais hay dos clases de negocios que despachar; los negocios del estado que son el reclutamiento, los impuestos, los trabajos de utilidad pública, y la aplicacion de las leyes; y los de las provincias y comunes que consisten en promover los intereses locales de todo género. Si se deja un pais entregado á si mismo, esto es, si no está regido por una administracion general, inteligente y fuerte á la vez, los primeros de estos negocios, los del estado, se quedan por hacer, y los segundos encuentran en el interés provisional ó comunal, un principio de celo, pero celo caprichoso, desigual, injusto y raras veces ilustrado. Las administraciones provinciales ó comunales, no carecen seguramente de voluntad para ocuparse en los asuntos que las concierne;

pero son pródigas, vejatorias, y siempre enemigas de las reglas comunes. Las tiranías especiales de la edad media no han tenido en Europa otro origen. Desde que la autoridad central desapa rece de un país, no hay clase de desórden á que no estén prontos á entregarse los intereses locales aun á trueque de su propia ruina. En 1789, donde quiera que los comunes habian gozado de alguna libertad se hallaban en un estado de bancarrota. La mayor parte de las ciudades libres de Alemania, cuando fueron suprimidas en 1803, se hallaron completamente arruinaadas. Resulta, pues, que sin una administracion general y vigorosa, los negocios del estado no se despachan y los locales se despachan mal.

La Asamblea constituyente y la Convencion nacional, á fuerza de tocar una y cien veces á la organizacion administrativa de Francia, la habian puesto en un verdadero estado de anarquía. Administraciones colectivas de todas categorías, perpetuamente deliberando, sin obrar jamas, teniendo siempre á su lado comisionados del gobierno central, para escitarlas al despacho de los asuntos del estado, ó al cumplimiento de las leyes, pero privados de poder obrar por sí mismos, tal era el régimen departamental y municipal que regia el 18 de brumario. Especialmente en cuanto al régimen municipal, habiase imaginado una especie de municipalidades de canton, que aumentaban la confusion administrativa, se creyó que era demasiado crecido el número de los comunes, pues ascendian á mas de cuarenta mil; y efectivamente la vigilancia de tal número de pequeños gobiernos locales, ya muy difícil por sí mis-

ma, se hacia imposible para unas autoridades constituidas como lo estaban las de aquella época. Hoy bastan para ejercer esta vigilancia los prefectos ausiliados por los subprefectos, siempre que trabajen asiduamente; pero omitamos los prefectos y subprefectos, y pongamos en su lugar asambleas deliberantes, y se concebirá fácilmente el desórden que habia de reinar en una administracion semejante. Redujéronse, pues, aquellas cuarenta y tantas mil municipalidades, á cinco mil ayuntamientos cantonales, que se componian de la reunion de muchas municipalidades, en una sola, y se creyó que reuniéndolas de esta manera bajo una misma direccion, se les daria desde luego un gobierno, y despues se las colocaria mas cerca de la autoridad central y mas al alcance de su vigilancia. Pero de este arreglo resultó una confusion mucho mas espantosa que la que se queria corregir. Estos cinco mil ayuntamientos cantonales eran muchos todavia y estaban demasiado distantes de la autoridad central, para que esta pudiese siquiera divisarlos, y sin haberlos acercado bastante al gobierno, se los habia alejado lastimosamente de las poblaciones que debian regir. La administracion comunal debe colocarse lo mas cerca posible de los puntos sobre que debe egercer su vigilancia. El magistrado que da fé de los nacimientos, de las defunciones, y de los matrimonios; que vigila por la policia y la salubridad de las poblaciones, y que tiene á su cargo el cuidado de las fuentes, de las iglesias y de los hospicios, debe residir en el pueblo ó en la ciudad que administra; debe vivir en fin en medio de sus conciudadanos. Estas municipalida-

des cantonales habian venido á producir un alejamiento inútil de la autoridad doméstica, sin haber llevado por eso los negocios locales tan cerca del gobierno que pudiera inspeccionarlos y protegerlos. Agréguese á esto que nada se hacia entonces bien, merced al desorden de la época, y se comprenderá fácilmente la confusion que necesariamente habia de producir el vicio de la institucion agravado por el vicio de las circunstancias.

A todas estas causas de desorden se habia agregado otra. No basta administrar por cuenta del estado y del comun; es menester tambien juzgar, pues los ciudadanos, pueden tener de que quejarse, ora si al trazar un camino ó abrir una calle se perjudica á su propiedad, ora si se evalúan injustamente sus bienes para la imposicion de las contribuciones. En el antiguo régimen, la justicia ordinaria, único freno entonces de la autoridad ejecutiva (lo cual esplicabamuy bien la resistencia de los Parlamentos á la corte), la justicia ordinaria se habia apoderado de toda la parte que se llama contencioso-administrativa. Este era un grave inconveniente, porque los jueces civiles no ejercen bien la justicia administrativa, por no hallarse por lo general suficientemente instruidos en los asuntos de administracion. Nuestros primeros legisladores de la revolucion, conociendo este inconveniente, creyeron resolver la dificultad, abandonando todo lo contencioso-administrativo á las pequeñas asambleas locales, á quienes se habia confiado la administracion. Figuremonos pues á estas administraciones colectivas, reemplazando á las que hoy llamamos prefectos, subprefectos y *maires* (alcaldes), y encargadas de ha-

cer todo lo que hacen estos, y de juzgar además los negocios cometidos ahora á los consejos de prefectura, y se tendrá una idea mas ó menos exacta de la confusion que en aquella época reinaba. Aun con el espíritu de orden que hoy prevalece, el resultado seria el caos; agréguesele las pasiones revolucionarias y se comprenderá hasta que punto llegaría semejante caos. Así sucedia que jamás se terminaban las listas de las contribuciones, que se hallaba atrasada la recaudacion de los impuestos correspondientes á muchos años, que la hacienda estaba en la mayor penuria y los ejércitos en la miseria. Solo se llevaba á efecto algunas veces el reclutamiento, gracias á las pasiones revolucionarias, que habian hecho el mal, pero que contribuian en parte á remediarle: porque teniendo por principio un amor desordenado, pero ardiente, á la Francia, á su grandeza y á su libertad impelían violentamente á los pueblos á tomar las armas.

En tal situacion, bien puede decirse que el primer cónsul era un verdadero enviado de la providencia. Su carácter recto, activo y resuelto, debia conducirle á la verdadera solucion de estas dificultades. La constitucion habia colocado á la cabeza del estado un poder ejecutivo y un poder legislativo, el ejecutivo, casi concentrado en un solo jefe, y el legislativo dividido en muchas asambleas deliberantes. Natural era colocar en cada grado de la escala administrativa un representante del poder ejecutivo especialmente encargado de obrar, y á su lado, para fiscalizarle, ó solamente para ilustrarle, pero no para obrar en su lugar, una pequeña asamblea deliberante, tal como un consejo de

departamento, de distrito, ó de comun. A esta idea clara, sencilla y fecunda, se debe la buena administracion que existe hoy en Francia. El primer cónsul quiso que en cada departamento hubiese un prefecto encargado, no de gestionar ante una administracion colectiva el despacho de los negocios del estado, sino de resolverlos por sí mismo, debiendo al mismo tiempo entender en el despacho de los asuntos departamentales, si bien de acuerdo con un consejo de departamento y con los recursos votados por este consejo. Como el sistema de las municipalidades cantonales era condenado por todos, y Mr. Sieyes, autor de todas las divisiones territoriales de la Francia habia consignado en la nueva constitucion el principio de la division por distritos, resolvió el primer cónsul emplearlo para ahorrarse las administraciones de canton. Por de pronto volvió á establecerse la administracion comunal donde debe estar, es decir en el mismo lugar del comun ó concejo, en el pueblo ó en la ciudad, creándose entre el comun y el departamento, un grado administrativo intermedio, es decir el distrito. Entre el prefecto y *maire* debía haber un subprefecto encargado, bajo la vigilancia del prefecto, de dirigir cierto número de comunas, sesenta, ochenta ó ciento, más ó menos segun la importancia del departamento. En fin, en el mismo comun, debía haber un *maire*, poder ejecutivo tambien, que tenia á su lado su poder deliberante en el consejo municipal, un *maire*, agente directo y dependiente de la autoridad general para el despacho de los negocios del estado, y un agente del comun en cuanto á los negocios locales ocupado en sus intereses de acuer-

do con él, siempre bajo la vigilancia del prefecto y del subprefecto, y por consiguiente del estado.

Tal es la admirable gerarquia, á la cual debe Francia una administracion incomparable por la energia, la precision con que obra y la pureza de sus cuentas; administracion tan escelente en una palabra, que bastó, como veremos luego, para introducir el orden en Francia en el espacio de seis meses, si bien es verdad que esto solo podia verificarse bajo el impulso de un genio único, el primer cónsul, y á favor de circunstancias especiales, porque en todas partes dominaban el horror á la anarquia, el amor al orden, el hastio á la vana palabreria y el vivo deseo de resultados prontos y positivos.

Quedaba aun por resolver la cuestion contenciosa, es decir, de la justicia administrativa, á cuyo cargo corresponde hacer que no se impongan al contribuyente una cuota superior á sus facultades, que los propietarios no estén espuestos á usurpaciones, que los encargados de los trabajos y obras públicas encuentren un juez de sus contratos con el comun ó el gobierno: cuestion difícil, y para cuyo conocimiento y resolucion no son los mas á propósito los tribunales ordinarios. Establecióse tambien con grandes ventajas el principio de una prudente division de poderes. El prefecto, el subprefecto y el *maire*, encargados de la accion administrativa, podian infundir sospechas de parcialidad, y de inclinarse á hacer prevalecer su voluntad, porque el litigante lastimado, casi siempre tiene algo que reclamar. Los consejos de departamento, de distrito, y de comun, podian y debian parecer tambien sospecho-

sos, porque generalmente tienen intereses contrarios á los del reclamante. Por otra parte el administrar justicia es una tarea larga y continua, y ya no se querian ni consejos de departamento, ni consejos comunales permanentes. Querialos el primer cónsul por 19 dias nada mas al año, tiempo puramente necesario para someterles sus negocios, tomar su parecer y hacerles votar sus gastos; por el contrario era indispensable un tribunal administrativo que juzgase sin interrupcion, y por lo tanto se establecio una justicia especial, un tribunal de cuatro ó cinco jueces que residen al lado del prefecto y que juzgaban con él, especie de pequeño consejo de estado, que servia para ilustrar al prefecto, como el Consejo de estado ilustra y dirige á los ministros, sometidos además en las apelaciones á la jurisdiccion de este consejo supremo. Estos son los tribunales que todavia se conocen hoy con el nombre de consejos de prefectura, y cuya equidad jamás ha sido puesta en duda.

Tal fué el gobierno provincial y comunal en Francia: un gefe único, prefecto, subprefecto ó maire que despachaba todos los negocios; un consejo deliberante, de departamento, de distrito ó de comun, que votaba los gastos locales; y despues un pequeño cuerpo judicial, colocado al lado del prefecto solamente para desempeñar la justicia administrativa: gobierno en fin subordinado de una manera absoluta al gobierno general para los negocios del estado, y vigilado y dirigido pero caminando por sí solo para los asuntos departamentales y comunales. Desde que rige entre nosotros esta escelente y sencilla institucion, es de-

cir, desde hace medio siglo, no han dejado de reinar ni el orden ni la justicia; si bien debe entenderse que las palabras orden y justicia, como todas las palabras de los idiomas humanos, solo tienen un valor relativo, y quieren decir que bajo el aspecto administrativo ha habido en Francia tan poco desorden, y casos tan raros de injusticia como puede apetecerse en un gran estado.

Como era natural, quiso el primer cónsul que los prefectos, subprefectos y *maires* fuesen nombrados por el poder ejecutivo, porque siendo sus agentes directos debian estar imbuidos en su espíritu, y en cuanto á los negocios locales que debian dirigir atendiendo al interés local, era menester que los dirigieran tambien segun el interés general del estado. Pero por lo mismo no era natural que el poder ejecutivo nombrase á los individuos de los consejos de departamento, de distrito y de comun, encargados de fiscalizar á los agentes de la administracion y votarles fondos. Esta pretension le fué inspirada y justificada por la misma constitucion. *La confianza debe venir de abajo*, habia dicho Mr. Sieyes, *el poder debe venir de arriba*. Segun esta máxima la nacion daba su confianza por medio de la inscripcion en las listas de personas notables; y la autoridad superior conferia el poder, eligiendo sus agentes de entre los individuos que figuraban en estas mismas listas. El Senado estaba encargado de elegir todos los cuerpos político-deliberantes; pero considerados los consejos, á cuyo cargo corrian los intereses locales, como una parte de la administracion general de la República, el poder ejecutivo, segun la constitucion debia nombrar-

los tomándolos de las listas de notables. Así pues, en virtud del espíritu, y aun de la letra de la constitucion, debió elegir el primer cónsul los individuos de los consejos de departamentos entre las personas que contenian las listas de las notabilidades departamentales; los individuos de consejo de distrito, de entre los que figuraban en las listas de notabilidades de distrito y por último los individuos de los consejos municipales de entre los inscriptos en las listas de notabilidades comunales. Este poder, aunque excesivo en tiempos ordinarios, en aquellos momentos era indispensable; porque en efecto tan imposible era la elección para la formación de los consejos locales como para las grandes asambleas políticas, no habiendo producido mas que agitaciones funestas y mezquinas, triunfos que alternativamente habian alcanzado todos los partidos extremos, en lugar de una fusión pacífica y fecunda de todos los partidos moderados, fusión que era indispensable para fundar la nueva sociedad con los fragmentos reunidos de la sociedad antigua.

No fué menos bien concebida la organizacion judicial, que tuvo dos objetos: colocar la administracion de justicia mas próxima á los que tenían que recurrir á ella, y asegurarles sobre la justicia local, si querian acudir á ella, otra justicia de apelacion, distante, pero mas altamente colocada, y contando con las luces y la imparcialidad que les daba la misma elevacion de su puesto.

Nuestros primeros legisladores revolucionarios, teniendo en cuenta la aversion que los departamentos inspiraban, habian suprimido los tribunales

de apelacion, y estableciendo un solo tribunal por departamento, con un primer grado de jurisdiccion para los litigantes del departamento, y en el segundo grado de jurisdiccion un tribunal de apelacion para los departamentos inmediatos. La apelacion tenia efecto no de un tribunal inferior á otro superior, sino de tribunal á tribunal que fuesen vecinos. Debajo de estos estaban los jueces de paz, y encima el tribunal de Casacion. Hallándose el tribunal único de cada departamento demasiado distante de las personas justiciables, se habia estendido la competencia de los jueces de paz de una manera conveniente para ahorrar á los ciudadanos la molestia de trasladarse con demasiada frecuencia á la cabeza de partido. Creáronse ademas cuatrocientos ó quinientos tribunales correccionales, á cuyo cargo estaba la represion de los delitos de poca monta. El jurado criminal residia en la cabeza de partido cerca del tribunal central.

Semejante organizacion judicial habia sentado tan mal como las municipalidades de canton. Los jueces de paz, cuya competencia se habia estendido demasiado, se hallaban fuera de su verdadero encargo. Los tribunales de primera instancia estaban muy lejos residiendo en las cabezas de partido, y los de apelacion venian á ser casi ilusorios, porque la apelacion no se concibe sino cuando se recurre á superiores luces. Los tribunales supremos, como en otro tiempo los parlamentos, y como hoy los tribunales reales, reuniendo en su seno á magistrados eminentes y cercados de un foro ilustrado, presentan una superioridad de saber, á la cual puede muy bien

recurrirse; pero lo que no se concibe es apelar de un tribunal de primera instancia á otro de la misma categoría. Los tribunales de policia correccional eran tambien demasiado numerosos, y limitados por otra parte á un solo encargo. Era, pues, evidentemente necesario reformar esta organizacion judicial. Adoptando el primer consul las ideas de su cólega Cambaceres, á quien prestó en esta ocasion el apoyo de su buen sentido y de su valor, estableció la organizacion que todavia existe en nuestros dias

La division de distritos, que acababa de concebirse para la administracion departamental, ofrecia suma comodidad para la administracion judicial, porque facilitaba el medio de crear tribunales locales cerca de los que habian de sujetarse á ellos, sin perjuicio de poder recurrir á un tribunal de apelacion, colocado á mas distancia y en mayor altura. Creóse pues un tribunal de primera instancia por cada distrito, que formaba el primer grado de jurisdiccion, y luego sin temor de que pareciera que se restablecian los antiguos parlamentos, se tomó el partido de crear los tribunales de apelacion. Uno por cada departamento era demasiado en número, pero muy poco para la elevacion é importancia de jurisdiccion. Creáronse por lo tanto veinte y nueve; lo cual les daba poco mas ó menos la importancia de los antiguos parlamentos, y se establecieron en los mismos puntos que habian antiguamente disfrutado de la presencia de aquellos tribunales supremos. Esta era un ventaja que se restituia á los pueblos que habian sido privados de ella. Era un antiguo archivo de tradiciones judiciales, cu-

vos restos bien merecian ser recogidos. Los foros de Aix, Dijon, Tolosa, Burdeos, Reunes y Paris, eran unos focos de ciencia y de talento que era preciso reanimar.

Los tribunales de primera instancia establecidos en cada distrito, tuvieron á su cargo al mismo tiempo la policia correccional, lo que les proporcionaba una doble utilidad y colocaba en el distrito á la justicia civil y represiva en primer grado. La justicia criminal que continuó confiada al jurado, hubo de residir sola en la capital del departamento, dirigiendo el jurado jueces procedentes de los tribunales de apelacion. Esta parte de la administracion de justicia no se completó sino mas tarde.

Los jueces de paz, á consecuencia de las anteriores disposiciones, tenian que limitarse á una escasa competencia. La ley destinada á reformar esta parte de la administracion de justicia se aplazó para la legislatura siguiente, porque no era posible hacerlo todo á la vez; pero se queria conservar, perfeccionándola esta administracion de justicia paternal, espedita y poco costosa para el pueblo. Sobre el edificio judicial se mantuvo con algunas modificaciones y con una jurisdiccion represiva sobre todos los magistrados el tribunal de Casacion, una de las mejores instituciones de la Revolucion francesa, tribunal que no tiene por objeto juzgar en primera instancia lo que se ha juzgado ya dos veces en los tribunales de primera y segunda instancia, sino que, prescindiendo del fondo del litigio, únicamente interviene cuando se suscita alguna duda sobre el sentido de la ley, determina este sentido por una serie de fallos, y

agrega de este modo á la unidad del testó, emanado de la legislación, la unidad de interpretación, que emana de una jurisdicción suprema, común á todo el territorio.

Desde este año, desde el fecundo año de 1800, data nuestra organización judicial, la cual ha consistido desde entonces en cerca de dos mil jueces de paz, magistrados populares, que administran justicia al pobre á poca costa; en trescientos tribunales de primera instancia, uno por cada distrito, á cuyo cargo está la justicia civil y correccional en primer grado; en veinte y nueve tribunales superiores (1) que administran la justicia civil en grado de apelación, y la justicia criminal por medio de jueces salidos de su seno que van á celebrar sus sesiones en la cabeza de cada departamento; en fin, es un tribunal supremo colocado sobre todo la gerarquía judicial, que interpreta las leyes y completa la unidad de la legislación con la unidad de la jurisprudencia.

Las dos leyes de que se trata eran demasiado urgentes é importantes para encontrar serios obstáculos. Sin embargo, sufrieron mas de un ataque en el Tribunado, levantándose mezquinas objeciones contra el sistema administrativo propuesto. Quejábanse algo de la centralización del poder en manos de los prefectos, subprefectos y *maires*, porque esto era conforme con las ideas del momento y análogo á la constitución que co-

(1) No damos aquí sino cantidades aproximativas, porque el número de tribunales ha variado sin cesar desde aquella época, á consecuencia de los cambios de territorio que la Francia ha sufrido. Hoy por ejemplo no existen mas que veinte y siete *Cours Royales*, ó tribunales de apelación.

locaba un gefe único á la cabeza del estado; pero se censuró fuertemente la creación de tres grados en la escala administrativa, á saber, el departamento, el distrito, y el comun. Alegábase principalmente que no convenia restablecer los ayuntamientos, porque no se hallarian alcaldes bastante ilustrados. Este restablecimiento sin embargo era la restauración de la autoridad doméstica, y bajo este aspecto el pensamiento mas popular que habia podido concebirse. En cuanto á la organización judicial se impugnaba la restauración de los parlamentos, censurándose especialmente la jurisdicción concedida al tribunal de Casación sobre los magistrados inferiores, objeciones todas poco dignas de memoria. A pesar de todo, ambas leyes fueron propuestas. Los veinte ó treinta individuos de que se componia el centro de la oposición en el Tribunado, se declararon contra estas leyes, pero obtuvieron en su favor las tres cuartas partes de votos. El Cuerpo legislativo las adoptó casi por unanimidad. La ley relativa á la administración parlamental tiene la fecha, celebre desde entonces, de 28 de pluvioso del año VIII. La relativa á la organización judicial tiene la fecha del 27 de ventoso del mismo año.

No queriendo el primer cónsul dejar estas disposiciones como una letra muerta en el Boletín de las leyes, nombró al punto los prefectos, los subprefectos y los alcaldes. No dejaba de haber riesgo de cometer mas de un error, como acontecía siempre, cuando se nombran precipitadamente muchos empleados á la vez; pero un gobierno ilustrado y vigilante reemplaza muy pronto

el error de sus primeras elecciones. Basta que el espíritu general que las precedió haya sido bueno y acertado, como lo fué el espíritu de aquellos nombramientos, firme, imparcial y conciliador á la vez. El primer cónsul buscó en todos los partidos hombres reputados de honrados y capaces, sin escluir mas que á aquellos de carácter demasiado violento, de quienes sin embargo echó mano alguna vez cuando el tiempo y la experiencia los habian traído á aquella moderacion que formaba entonces el carácter formal de su política. Nombró para las prefecturas que eran destinos muy importantes y bien dotados, puesto que los prefectos debian recibir 42, 45 y hasta 25,000 francos de sueldo (lo cual equivalia al doble de lo que estos sueldos representan hoy), nombró, decimos, á personas que habian figurado dignamente en las grandes asambleas políticas, y que hacian resaltar claramente la intencion que habia precedido á su nombramiento, porque los hombres, sino son las cosas ni los principios mismos, los representan por lo menos á los ojos de los pueblos. Nombró por ejemplo el primer cónsul para la prefectura de Marsella, á Mr. Carlos Lacroix, ministro que habia sido de negocios estrangeros; para la de Saintes, á Mr. Francais de Nantes; para la de Leon, á Mr. Verninhac, ex-embajador; para la de Nantes á Mr. Letourneur, antiguo miembro del Directorio; para la de Bruselas, á Mr. de Pontecoulant; para la de Rouen, á Mr. Beugnot, para la de Amiens, á Mr. Quinette; y para la de Gante, á Mr. Faypoult, antes ministro de hacienda. Todos estos hombres y otros muchos, que fueron á buscarse á la Asamblea cons-

tituyente, á la Legislativa, á la Convencion y á los Quinientos, y que se habian elegido de entre los ministros, directores y embajadores de la República, eran los mas á propósito para egercer las nuevas funciones administrativas, y para dar al gobierno de las provincias toda la importancia que debia tener. La mayor parte de ellos ocuparon sus puestos todo el tiempo del Consulado y del Imperio. Uno de ellos, Mr. de Jessaint, era todavía prefecto, hace cuatro años. Para la prefectura de Paris, nombró el primer cónsul á Mr. Frochot, dándole por cólega en la prefectura de policia á Mr. Dubois; magistrado cuyo vigor fué sumamente útil para purgar á la capital de todos los malhechores que habian salido del seno de los partidos.

El mismo espíritu presidió á los nombramientos judiciales. A los nombres honrosos de los antiguos magistrados, agregáronse, en cuanto fué posible, otros nombres respetables del antiguo foro y de la antigua magistratura. El primer cónsul aprovechó la primera ocasion que se le presentó para llenar el personal de la administracion de justicia de nombres brillantes, porque le agradaba el esplendor en todo, y habia llegado el instante en que se podia, sin gran riesgo tomar algo de lo pasado. Un magistrado llamado Aguesseau abria la lista de los nombramientos judiciales en calidad de presidente del tribunal de apelacion de Paris, hoy tribunal real. Apenas espedian estos nombramientos, tenían orden los agraciados de marchar al punto á tomar posesion de sus destinos y contribuir, cada uno por su parte á la obra de la reorganizacion, que

constituía la ocupacion constante del jóven general, deseoso de conquistarse un nombre, y que aun despues de sus prodigiosas victorias ha formado en efecto su mas sólido triunfo.

Era preciso atender á todo al mismo tiempo en aquella sociedad conmovida desde sus cimientos. La emigracion, á la vez tan culpable y tan desgraciada, objeto justo de interés y aversion, porque en sus filas se hallaban hombres cruelmente perseguidos y malos franceses que habian conspirado contra su patria, merecia la atencion particular del gobierno. Segun la última legislacion, bastaba un simple decreto del Directorio ó de las administraciones departamentales para inscribir á cualquiera individuo ausente en la lista de los emigrados; desde este momento se le confiscaban todos sus bienes, y si era habido en el territorio de la República, la ley pronunciaba su sentencia de muerte. Multitud de individuos, verdaderamente emigrados ó solamente ocultos, que no habian sido anotados en la fatal lista, ó por olvido ó porque no habian encontrado un enemigo que los delatase, podian aun ser comprendidos en ella, pues bastaba para ello que ese enemigo se presentase, y caian desde luego bajo los golpes de las leyes de proscripcion. Así vivian muchos franceses en una ansiedad continua. En cuanto á los que estaban comprendidos en la lista con razon ó sin ella, acudian en gran número en solicitud de que se los borrara. Su apresuramiento temerario probaba la confianza que inspiraba la humanidad del gobierno, pero ofuscaba á ciertos revolucionarios, de los cuales unos eran culpables de excesos cometidos contra los emigrados

que volvian y otros habian adquirido sus bienes. Era esta una nueva ocasion de desórden y si es verdad que era menester poner término á las proscripciones, tambien lo es que convenia no esponer ya á una continua inquietud á los hombres que mas ó menos violentamente habian tomado parte en la revolucion. Todos cuantos se habian comprometido por ella tenian derecho á pedir que se les concediese una entera seguridad, porque desgraciadamente los hombres son las mas veces ó frios egoistas, ó partidarios apasionados de la causa que han abrazado y en este último caso no es por cierto la moderacion su mérito ordinario.

Era pues urgente poner remedio á semejante estado de cosas. El gobierno presentó un proyecto de ley, cuya primera disposicion tenia por objeto cancelar la famosa lista de emigrados, declarándose cerrada esta á contar desde el 4 de noviembre del año VIII (25 de diciembre de 1799), dia en que empezó á regir la constitucion, es decir, se acordó que todo acto de ausencia posterior á esta fecha, no podia ser calificado de emigracion, ni castigado con las mismas penas, permitiéndose que en adelante cada cual pudiera ausentarse, y salir de Francia, para cualquier pais extranjero y volver del extranjero á Francia, sin que por esto incurriese en un hecho punible, como se habia considerado el de ausentarse por espacio de diez años. Recobraron pues todos los ciudadanos la libertad de viajar de que hasta entonces habian estado privados.

A esta primera disposicion acompañaba la siguiente: los individuos mas ó menos culpables de

emigracion, de los cuales unos habian abandonado momentáneamente el territorio, y otros se habian ocultado tan solo para eludir la persecucion que les amenazaba, y que afortunadamente habian sido omitidos en la lista de los emigrados, no podían ser ya inscriptos en ella sino en virtud de una decision de los tribunales ordinarios, es decir del jurado. Para estos tambien quedaba cerrada en cierto modo la lista, porque atendido el espíritu actual de los tribunales, no habia peligro de verla aumentarse con nuevos nombres.

En fin, mientras que se sometia á los tribunales á aquellos que aun no habian sido inscriptos, asegurándoles de este modo las garantias de la justicia ordinaria, sujetábase á la autoridad administrativa, á los que, habiendo sido inscriptos indebidamente ó que se suponía haberlo sido de esta suerte, querian reclamar que se los borrara. Vislumbrábase con esto la intencion indulgente del nuevo gobierno respecto á esta clase de individuos, porque las nuevas autoridades administrativas nombradas por él y llenas de su espíritu no podian menos de acoger con facilidad las reclamaciones de este género. Bastaba en efecto presentar certificados, comunmente falsos, de haber residido en cualquier punto de Francia para probar que se habia declarado ausente injustamente á una persona y lograr que se la borrara de la lista. Teniendo en cuenta la complacencia con que regularmente se infringen las leyes tiránicas, este medio de prueba no podia menos de servir bien á los reclamantes. Era permitido además á los emigrados que querian obtener su eliminacion de la lista, entrar en Francia bajo la

vigilancia de la alta policia. En el lenguaje de la época se llamaba esto obtener *vigilancias*: muchos se libraban de ellas, y los emigrados que mas prisa tenian en volver, contaban de este modo con un medio de anticipar el momento de su eliminacion. Además estas vigilancias llegaron á ser para la mayor parte de los que se acogieron á ellas, su eliminacion definitiva.

En cuanto á los emigrados cuyos nombres no podian ser borrados de la lista fatal á causa de la notoriedad de su emigracion, quedaron en vigor las leyes que los comprendian. El espíritu de la época era tal que no podia obrarse de otro modo; porque si se compadecia á los desgraciados, habia tambien una irritacion universal contra los delincuentes que habian abandonado el territorio, para tomar las armas contra su patria, ó para atraer sobre ella las armas del extranjero. Por lo demas, en uno y otro caso ni los borrados de la lista, ni los que substituian en ella, podian reclamar sus bienes perdidos, porque estas ventas eran irrevocables no solo por la constitucion sino tambien por las disposiciones de la nueva ley, y únicamente tenian derecho á la devolucion de sus bienes, los que obtenian su eliminacion y encontraban sus bienes secuestrados pero no vendidos.

Tal fué la ley propuesta y adoptada por una inmensa mayoria, á pesar de las impugnaciones que sufrió en el tribunado por parte de aquellos á quienes parecia que se procedia con demasiado favor, ó que no se hacia lo bastante en pro de los emigrados.

Entre las disposiciones legales, todavia vigentes, que tenian el caracter de una insoportable

tiranía, se contaba la prohibición de la facultad de testar. Las leyes existentes solo permitían disponer al morir de la décima parte de los bienes habiendo hijos, y de la décima sexta sino los había. Estas disposiciones habían sido el resultado de la primera indignación revolucionaria contra los abusos de la antigua sociedad francesa, de aquella sociedad aristocrática en que la vanidad paternal, queriendo formar un mayorazgo, ó violentar las inclinaciones de los hijos por medio de casamientos desproporcionados, despojaba á los unos en provecho de los otros. Por uno de esos arrebatos propios del espíritu humano, en lugar de reducir la patria potestad á sus justos límites se la había completamente encadenado. Un padre no podía ya recompensar ni castigar, porque si tenía hijos, de nada ó de poco mas que de nada, podía disponer en favor del que había merecido todo su cariño; y lo que era mas extraordinario, si tenía sobrinos, próximos ó lejanos, únicamente podía disponer de una parte insignificante de su fortuna, de la décima sexta. Este era un verdadero atentado al derecho de propiedad, y uno de los rigores mas sentidos del régimen revolucionario; porque la muerte hace víctimas diariamente y millares de personas espiraban sin poder obedecer á las inclinaciones de su corazón en favor de aquellos que los habían servido, cuidado y consolado en la vejez.

No era posible para semejante reforma esperar la redacción del Código civil; así fué que se espidió una ley restableciendo el derecho de testar con ciertas limitaciones. En virtud de esta ley, el padre que tenía menos de cuatro hijos,

podía al morir disponer en testamento de la cuarta parte de su caudal; de la quinta si tenía menos de cinco hijos y así sucesivamente observando la misma proporción; y si no tenía mas que ascendientes ó colaterales podía disponer de la mitad y del todo cuando no tenía parientes con derecho á sucederle.

Esta disposición fué la mas combatida en el Tribunado, y especialmente por el tribuno Andrieux hombre honrado y sincero, pero de mas imaginación que talento. Pretendía Andrieux que esto era reproducir los antiguos abusos del derecho de primogenitura y las violencias del antiguo régimen sobre los hijos de familia &c.^a Sin embargo esta ley pasó como las otras por una mayoría inmensa.

Instituyó el gobierno tambien por medio de una ley, un tribunal de presas, que se había hecho indispensable para hacer á los países neutrales una justicia imparcial y atraerlos á la amistad con Francia por los mejores tratamientos. En fin llamóse la atención de las dos Camaras sobre las leyes de hacienda.

Poco podrá decirse sobre este asunto en el Cuerpo legislativo, habiendo ya dado las leyes necesarias las dos comisiones legislativas. Los trabajos administrativos que había emprendido el gobierno, en virtud de estas leyes, con el objeto de reorganizar la hacienda, no podían ser materia de discusión. Sin embargo era preciso votar, aunque no fuese mas que por forma, los presupuestos del año VIII. Si la recaudación se hubiese hecho con regularidad, si los impuestos hubiesen sido satisfechos esactamente por los

contribuyentes, y entregados con fidelidad á las arcas públicas por los encargados de su recaudacion, el estado de la hacienda hubiera sido por lo menos tolerable. Los impuestos ordinarios podian producir sobre 430 millones de francos; suma á la cual podian reducirse en tiempo de paz los gastos públicos, y aun se prometia reducirlos á mucho menos. No tardó en demostrar la esperiencia que no era posible, aun en tiempos de paz, reducirlos á menos de 500 millones; pero tambien probó que era muy facil hacer subir los impuestos á esta suma sin aumentar las tarifas. Los gastos de recaudacion unidos á los gastos locales que figuran en el presupuesto de aquella época importan de 600 á 620 millones.

El déficit de la recaudacion era grande solamente con relacion á los gastos de la guerra, lo cual nada tiene de extraordinario, antes bien ha sucedido siempre así en todas partes en circunstancias análogas. Ningun pais puede sostener una guerra con los recursos ordinarios de la paz. Si esto fuese posible, seria una prueba de que en tiempos de paz los impuestos habian tenido un aumento innecesario, pero, merced al desorden de lo pasado, nadie sabia si por causa de la guerra se elevaria el presupuesto de gastos á 600, 700 ú 800 millones. Decian unos que subiria á 600 y otro que á 800; haciendo cada cual por su parte cálculos diversos. La esperiencia demostró todavia que con 450 millones agregados al presupuesto ordinario, se podria ocurrir á las necesidades de la guerra, contando con ejércitos vencedores, que viviesen sobre el pais enemigo. Por consiguiente los presupuestos de ingresos y de

gastos de aquel año se fijaron en 600 millones. Como los ingresos ordinarios subian á 430 no mas resultaba un deficit de 170; pero no consistia en esto la verdadera dificultad, pues habria sido querer demasiado el pretender que al salir de un caos en materias de hacienda, se equilibrasen, inmediatamente los ingresos y los gastos. En primer lugar era menester comenzar poniendo orden y arreglo en los impuestos ordinarios. Consiguendo esta primera ventaja, era cosa segura el obtener pronto recursos con que hacer frente á las mas urgentes necesidades, porque el crédito debia animarse al punto, y porque con los valores, cuya creacion hemos enumerado en otra parte, habia medios suficientes para obtener de los capitalistas los fondos necesarios para cubrir toda clase de servicios. Para alcanzar este fin trabajaba incansablemente Mr. Gaudin, auxiliado contra todas las dificultades que hallaba, por la voluntad enérgica y firme del primer consul. La direccion de contribuciones directas, recién establecida mostraba la mayor actividad. Las matrículas estaban ya muy adelantadas, y aun sometidas á la cobranza. Empezábase á ver llegar al tesoro las obligaciones de los recaudadores generales, que se negociaban por un interes poco usurario. La dificultad mayor que habia que vencer en este sistema de obligaciones consistia siempre en que la cantidad de papel circulante era muy difícil de fijar, sobre todo con relacion á cada recaudacion general. Un recaudador que habia de percibir 20 millones, por ejemplo, no podia suscribir obligaciones por esta suma, si por otra parte se le habian de presentar seis ú ocho millones

de valores muertos en vales de sueldos ó rentas vencidas, en vales de requisicion etc. El ministro pues se dedicaba á recoger esta clase de papel, á evaluar la cantidad de el que debia presentarse en cada recaudacion general, y hacer que firmasen los recaudadores generales, con relacion á la cantidad de numerario que suponía debia entrar en su poder.

En esta misma legislatura se creó una nueva especie de contadores, destinados á aumentar la exactitud en la entrega de los fondos del tesoro, y eran estos empleados los recaudadores de distrito. Hasta entonces no habia habido persona alguna intermedia entre los recaudadores que recibían las contribuciones únicamente de mano de los contribuyentes, y el recaudador general que residía en la capital, mas que unos comisionados de rentas agentes del recaudador general, dependientes suyos, y que solo á él tenían que dar cuenta. Este era sin embargo uno de los conductos por donde mejor se podia observar y comprobar el ingreso de los productos en las arcas públicas; pero este punto estaba por desgracia abandonado. Creáronse, pues, recaudadores particulares en cada distrito dependientes del estado, obligados á darle cuenta de lo que recibían y entregaban al recaudador general, testigos seguros y desinteresados del movimiento de los fondos, porque no eran ellos los que reportaban el beneficio de la estancacion de los fondos públicos en las cajas de los contadores. Producía esta innovacion la ventaja de conocerse mejor el estado de los ingresos, y asegurarse con nuevas fianzas en metálico, lo cual, aunque indiferente hoy, no lo era

entonces; y por ultimo ofrecía la ventaja de poder hacerse otro uso mas de la division por distritos, recientemente proyectada. Ya la administracion de justicia civil y correccional, y una parte considerable de la administracion comunal, se habian establecido en las cabezas de distritos. Fijando además en ellas una parte de la administracion económica, se daba una utilidad mas á esta division, que algunos pretendían no ser otra cosa sino una subdivision arbitraria del territorio; pero ya que bajo ciertos aspectos se habia considerado como indispensable, lo mejor que podia hacerse, era multiplicar su uso, y demostrar que era verdadera y provechosa, en vez de ser inutil y artificial como se suponía. Los prefectos y subprefectos tenían obligacion de acercarse á los recaudadores y de vigilar, revisando los libros, la exactitud de las cantidades que se databan. Por fortuna no existe hoy este método; pero en aquella época, en que reinaba tanto desorden, era un gran estímulo para los empleados de hacienda la obligacion de someter sus cuentas al exámen de los prefectos y subprefectos.

No podia, pues, marchar con pasos mas agigantados la reorganizacion de la hacienda; pero las asambleas no aprecian comunmente sino los resultados que se obtienen. No se veía todo lo que de verdaderamente útil se hacia en lo interior de la administracion. Discutióse hasta la saciedad en el Tribunado la gran cuestion del equilibrio de los gastos con los ingresos; lamentáronse del déficit, se presentaron mil sistemas para hacerle desaparecer, y no faltaron personas poco sensatas que quisieron negar su voto á las leyes de hacien-

da, hasta que el gobierno presentase un medio de nivelar los presupuestos; pero todas estas proposiciones no produjeron ningun resultado. Las leyes propuestas se aprobaron por gran mayoría en el Tribunado, y casi por unanimidad en el Cuerpo legislativo.

Una institucion, digna de ocupar una página en la historia, vino á aumentar el número de las que ya hemos referido, y fué el Banco de Francia. Los antiguos establecimientos de descuentos habian sucumbido en medio de los desórdenes de la revolucion, y sin embargo no era posible que París careciera de un banco. En todo centro comercial en que reine cierta actividad, se necesita una moneda cómoda para los pagos, es decir, en papel moneda, y un establecimiento que haga descuentos en grande sobre los efectos de comercio. Estas dos clases de servicio se prestan mútuo socorro, porque los fondos depositados en cambio de los billetes circulantes, son los mismos que se pueden prestar al comercio por medio de los descuentos. En todas partes donde haya algun movimiento en los negocios, por poco considerable que sea, un banco debe sostenerse y medrar, si hace los descuentos sobre buena clase de papel, y si únicamente emite los billetes necesarios; en una palabra, si las operaciones están en armonia con las verdaderas necesidades de la plaza, en que reside. Esto era lo que debia hacerse en París, y lo que no podia menos de tener buen éxito si se hacia con acierto. Este nuevo banco no solamente debia negociar con los particulares sino tambien con el tesoro público, y por consiguiente podia reportar tantos beneficios cuantos fuesen los

servicios que prestara. Escitó el gobierno á los principales banqueros de la capital, á cuyo frente se puso Mr. de Perregaux, cuyo nombre está ligado con todos los grandes servicios hechos entonces al estado, y se formó una asociacion de grandes capitalistas para la creacion del banco, llamado banco de Francia, que es el mismo que en la actualidad existe. Constituyóse con un capital de treinta millones de francos, y hubo de ser gobernado por quince regentes, y una junta directiva, á la cual despues reemplazó un director. Segun los estatutos, debia descontar los efectos de comercio, respondiendo en los negocios legítimos y no colusorios, emitir billetes de circulacion como moneda, y no entrar en ninguna especulacion estraña al descuento y al comercio del metálico. Fiel este banco á sus estatutos, ha llegado á ser el mejor establecimiento de su clase que se ha conocido en el mundo. Dentro de poco espondremos las providencias que dictó el gobierno para dar á las operaciones del banco el movimiento rápido que le hizo prosperar desde los primeros dias de su existencia.

Mientras el gobierno consular, de acuerdo con el Cuerpo legislativo, se dedicaba á estos vastos trabajos de administracion interior, las negociaciones con las potencias amigas ó beligerantes, habian continuado sin interrupcion. A la carta del primer cónsul al rey de Inglaterra habia seguido una respuesta inmediata. Aquella carta habia sido escrita el 26 de diciembre (5 de nivoso): la contestacion tenia la fecha del 4 de enero (14 de nivoso), lo cual significaba que el gabinete inglés habia de antemano tomado su partido, y

que nada tenía que deliberar en este asunto. La Inglaterra en efecto había podido en 1797, pensar en negociaciones, y enviar á Lila á lord Malmesbury, cuando tenía el erario en el mayor apuro, y cuando se veía el Austria obligada á firmar en Campo-Formio la paz del continente; pero entonces que la ereacion del *income-tax* remediaba la penuria del tesoro inglés, entonces que el Austria, otra vez en guerra con nosotros, había llevado sus armas hasta nuestras fronteras, entonces que se trataba ya de arrebatar nos las posiciones importantes de Malta y de Egipto, y de vengar la afrenta de Texel, la paz no debía ser apetecida por aquella potencia. Otra razon mas poderosa había para que la rehusase y era, que la guerra convenia á las pasiones y á los intereses de Mr. Pitt. Este célebre gefe del gabinete británico había hecho de la guerra con Francia su mision, su gloria y el fundamento de su existencia politica, en términos que si la paz se hubiese hecho necesaria, acaso Mr. Pitt hubiera tenido que abandonar su puesto. La tenacidad de su carácter, en aquella lucha unida á sus talentos oratorios habían hecho de este ministro un hombre de estado poco ilustrado, pero poderoso. Asi es que la respuesta no podia ser dudosa; fué negativa y poco atenta. Negóse al primer cónsul el honor de remitirsela directamente; y fundándose en la costumbre, por otra parte escelente, de comunicarse de ministro á ministro, se le contestó por medio de una nota de lord Grenville á Mr. de Talleyrand.

Esta nota descubria torpemente el disgusto que había causado á Mr. Pitt el reto, no de guerra, sino de paz dirigido por el primer cónsul á la

Inglaterra. Su contenido era una recapitulacion, constantemente reproducida, hacia algunos años, de los principios de la guerra; imputábase la primera agresion á la República francesa; acusábase en términos violentos de los estragos causados en Alemania, Holanda, Suiza é Italia, y hasta se hablaba en ella de las rapiñas ejercidas por sus generales en este último país, agregándose todavía á esta acusacion la de que por todas partes pretendia destruir los tronos y los altares. Llegando luego á los últimos pasos del primer cónsul, decia el ministro inglés, que aquellas fingidas demostraciones pacificas no eran las primeras de la misma especie; que los diversos gobiernos revolucionarios que habían sido sucesivamente entronizados y destruidos en el espacio de diez años, habían hecho mas de una vez demostraciones semejantes; que S. M. el rey de la Gran Bretaña no podia ver aun en lo que pasaba en Francia, un cambio de principios, capaz de satisfacer y de tranquilizar á Europa; que el solo cambio que podria darle completa confianza, seria la restauracion de la casa de Borbon, porque únicamente entonces podria el órden social asegurarse; y que por último la restauracion de esta casa no era la condicion absoluta de la paz con la República francesa, pero que hasta que se presentasen otros sintomas mas significativos y satisfactorios, la Inglaterra continuaria combatiendo, tanto por su propia seguridad, como por la de sus aliados.

Esta imprudente nota, que desaprobaron los hombres sensatos de todos los países, hacia muy poco honor á Mr. Pitt, descubriendo en él mas pasion que talento, y demostraba además que todo

gobierno nuevo para hacerse respetar, necesita conseguir muchas victorias, pues aunque el nuestro habia conseguido muchas, era evidente que necesitaba alcanzar otras mayores.

No se desconcertó por eso el primer cónsul, y queriendo aprovechar la buena posicion que la moderacion de su conducta le daba á los ojos del mundo, dió una contestacion mesurada y firme, no en forma de carta al rey, sino en forma de oficio dirigido á lord Grenville, ministro de negocios extranjeros. Recapitulando en pocas palabras los primeros sucesos de la guerra, probaba con el lenguaje mas circunspecto, que la Francia solo habia tomado las armas para resistir á una conspiracion europea, urdida contra su seguridad; y al mismo tiempo que confesaba las desgracias que por todas partes habia llevado consigo la revolucion, indicaba como de paso, que los mismos que habian perseguido á la Republica francesa con tanto encarnizamiento, eran los que con mas razon podian atribuirse la verdadera causa de aquellas lamentables violencias. —¿Pero, añadia, de qué sirven estos recuerdos? Hé aqui un nuevo gobierno, dispuesto á hacer que la guerra termine; ¿no ha de acabar nunca la guerra porque este y no el otro haya sido el agresor? Y si no se quiere eternizarla, no es preciso ya dar fin á estas recriminaciones continuas? Y si es sabido que no puede esperarse de la Francia la restauracion de los Borbones, ¿cómo se atreve nadie á hacer insinuaciones semejantes á las que acaban de dirigirsele? Qué se diria si la Francia provocara en sus comunicaciones á la Inglaterra á que restableciese en el trono á la familia de los Estuardos,

que no descendió de él hasta el último siglo? Pero dejemos á un lado estas irritantes cuestiones, seguia diciendo la nota del primer cónsul; si lamentais como lamentamos nosotros, los males de la guerra, concertemos una suspension de hostilidades, y señalemos una ciudad, por ejemplo, Dunkerque ú otra cualquiera, la que querais, con el objeto de que se reunan en ella los que hayan de seguir las negociaciones; el gobierno francés pone á disposicion de la Gran Bretaña los pasaportes para los ministros á quienes la nacion revista de sus poderes.

Esta actitud tranquila produjo el efecto que produce naturalmente un hombre de sangre fria en un hombre colérico, pues provocó de lord Grenville una réplica mas viva, mas amarga y mas imprudente que la primera nota. En esta réplica procuraba el ministro inglés paliar la falta que habia cometido al hablar de la casa de Borbon, respondiendo que no se hacia la guerra en favor de ella, sino por la seguridad de todos los gobiernos; y declaraba de nuevo que las hostilidades continuarian sin descanso. La fecha de esta comunicacion era de 20 de enero (30 de nivoso). Ya no quedaba nada que decir. El general Bonaparte habia hecho lo bastante; seguro de su gloria no habia temido ofrecer la paz; la habia ofrecido sin mucha esperanza de conseguirla, pero de buena fé, consiguiendo con semejante paso la doble ventaja de patentizar así á los ojos de la Francia como á los de la oposicion inglesa, las nada razonables pasiones de Mr. Pitt. ¡Ojalá que en todas ocasiones hubiese unido á su poder esta moderacion de conducta, tan hábilmente calculada!

La respuesta del Austria fué mas razonable y prudente, aunque sin dar tampoco mas esperanza de paz. Aquella potencia, juzgando que por muy pacíficas que fuesen las intenciones del primer consul, no podian llegar hasta el punto de cederle la Italia, estaba resuelta á continuar la guerra; pero conociendo al vencedor de Rivoli y de Castiglione, y sabiendo que no podía contar demasiado con la victoria, cuando le tenia por adversario, no queria cerrar la puerta á ulteriores negociaciones.

Como si el Austria sehubiese puesto de acuerdo con la Inglaterra en cuanto á la forma, la respuesta del emperador al primer cónsul no fué mas que un despacho de Mr. Thugut á Mr. de Talleyrand. La fecha de este despacho era del 15 de enero de 1800 (25 de nivoso). La esencia de su contenido era la misma que la de las notas inglesas, no se hacia la guerra, decíase en él, sino para librar á la Europa de un trastorno general, y nada era mas satisfactorio que ver á la Francia dispuesta á la paz; ¿pero qué seguridad ofrecia la Francia de sus nuevas disposiciones? concedíase sin embargo que era de esperar bajo el mando del primer consul mayor moderacion dentro y fuera del pais, mas estabilidad en las miras, y mayor fidelidad en el cumplimiento de los compromisos contraidos, de la cual podian resultar mas probabilidades para una paz sólida y duradera. Esperábase de sus grandes talentos, este cambio feliz, pero sin decirlo se daba á entender que hasta entonces no se pensaria en negociacion alguna.

Observando el primer consul la misma con-

ducta con el Austria, que con la Inglaterra, no se contentó con esta esplicacion evasiva, y sin desanimarse por lo vago de la respuesta, quiso poner al gabinete de Viena en la necesidad de esplicarse terminantemente, y de aceptar ó rehusar la paz de una manera categórica. En 28 de febrero (9 de ventoso) se encargó Mr. de Talleyrand de escribir á Mr. de Thugut para ofrecerle por base de las negociaciones el tratado de Campo-Formio. Este tratado, decia Mr. de Talleyrand; fué un acto de gran moderacion de parte del general Bonaparte hácia el emperador de Austria, porque dueño en 1797 de exigir de aquel monarca los mayores sacrificios á causa de la amenazadora posicion del ejército francés, que se hallaba á las puertas de Viena, habia preferido, animado de la esperanza de conseguir una paz verdadera, ventajas moderadas á otras muy superiores, hasta el extremo, añadía el ministro francés, de haber arrojado la reprobacion del Directorio por sus consideraciones con la corte imperial. Finalmente Mr. de Talleyrand declaraba que la casa de Austria recibiria en Italia las indemnizaciones que por el tratado de Campo-Formio se le habian prometido en Alemania.

Para comprender la estension de las proposiciones del primer consul, es menester recordar que el tratado de Campo-Formio concedia á la Francia, la Bélgica y el Luxemburgo; á la República Cisalpina, la Lombardia, el Mantuano las Legaciones, etc. y que el Austria recibia por indemnizacion á Venecia y la mayor parte de los Estados venecianos. En cuanto á la línea del Rhin, que comprende además de la Bélgica y el

Luxemburgo los países que están entre el Mosa, la Moselle y el Rhin; en una palabra, lo que llamamos hoy las Provincias rhenanas, debía interponer el Austria su influjo para que fuesen concedidas á la Francia por el imperio germánico. Por de pronto el Austria cedía el condado de Falkenstein, situado entre la Lorena y la Alsacia y se obligaba á abrir á las tropas francesas las puertas de Maguncia, que ocupaba por cuenta del imperio. El Austria en compensacion debía recibir el obispado de Salzburgo por el lado de la Baviera, cuando las Provincias eclesiásticas estuviesen secularizadas. Estos diversos ajustes habian de negociarse en el congreso de Rastadt, tan trágicamente terminado en 1799 por el asesinato de los plenipotenciarios franceses. Tal era el tratado de Campo-Formio.

Al presentar este tratado, como base de nuevas negociaciones, no decidía el primer cónsul la cuestion de la linea del Rhin, en lo que tenia relacion con las Provincias rhenanas; únicamente resolvía la cuestion de la Bélgica, irrevocablemente cedida á Francia, y sujetaba la cuestion de aquellas provincias á una negociacion ulterior con el imperio, y al ofrecer en la Italia las indemnizaciones en otro tiempo estipuladas en Alemania, insinuaba que los triunfos obtenidos por el Austria en Italia serian tomados en consideracion, para proporeionarle mejor situacion en aquel país. Añadía tambien que para las potencias europeas de segundo orden se estipularia *un sistema de garantias, á propósito para restablecer en toda su fuerza el derecho de gentes, en el cual principalmente descansaban la seguridad y la ventura de las naciones.* Aludía de esta ma-

nera á la invasion de Suiza, del Piamonte, de la Toscana, de los Estados pontificios y de Nápoles que tantose habia censurado al Directorio, y que se habia tomado por pretexto de la segunda coalicion, y hacia ademas la oferta bastante esplicita de restablecer estos diferentes estados, y de tranquilizar así á la Europa sobre las supuestas invasiones de la República francesa.

No se podia conceder mas y bien era menester toda la necesidad de paz que tenia entonces la Francia para que el primer cónsul se determinase á semejantes ofrecimientos, y como nada hacia á medias dirigió al Austria, lo mismo que á la Inglaterra, la proposicion formal de una suspension de hostilidades no solo en el Rhin, donde existia ya esta suspension, sino tambien en los Alpes y el Apenino donde aun no existia.

El 24 de marzo (13 de germinal) respondió Mr. de Thugut, en términos por otra parte muy moderados, que el tratado de Campo-Formio, violado apenas fué concluido, no encerraba un sistema de pacificacion, capaz de tranquilizar á las potencias beligerantes; que el verdadero principio, adoptado en todas las negociaciones, era el tomar por base el estado en que hubiese colocado á cada potencia la suerte de las armas; y que esta era la única base que podia aceptar el Austria. Añadía Mr. de Thugut, que antes de ir mas adelante tenia que pedir una esplicacion relativa á la forma de las negociaciones; porque le importaba saber, si querria la Francia admitir á los representantes de todas las potencias que estaban en guerra para alcanzar una paz general, única que podia ser legi-

tima y prudente, y única á que el Austria podia acceder.

Dos cosas probaba este language: primera, que el Austria queriendo como punto de partida el estado actual, es decir, la situacion en que habia dejado la última campaña á cada potencia, alimentaba grandes pretensiones en Italia; segunda, que no se separaria de la Inglaterra, con la cual la ligaban estrechamente los tratados de subsidios. Esta fidelidad á la Inglaterra era de parte de Austria un deber nacido de su situacion que, como veremos despues, influyó en la suerte de las negociaciones y de la guerra.

Semejante respuesta, aunque mesurada en los términos, dejaba poca esperanza de entenderse, pues hacia depender la conducta de una potencia, dispuesta á dar oídos á algunas palabras de paz, de la conducta de otra potencia resuelta á no escuchar ninguna. Sin embargo, todavia el general Bonaparte contestó, que al ofrecer en Italia las indemnizaciones ofrecidas en otro tiempo en Alemania, lo que proponia no era partir del *status ante bellum*, sino del *status post bellum*, es decir hacerse cargo de los triunfos del Austria en Italia; que las proposiciones hechas por él á la Inglaterra probaban su deseo de hacer la paz general; que por lo demas esperaba poco de una negociacion comun á todas las potencias beligerantes, porque la Inglaterra no queria avenencia ninguna; pero que admitiria pura y simplemente las proposiciones del Austria; que aguardaba en su consecuencia la designacion del lugar en que habia de tratarse, y que, pues se queria seguir combatiendo, era menester señalarle fuera del teatro de la guerra.

El Austria declaró que, siendo tales las intenciones del gabinete francés, se dirigiria á sus aliados, pero que mientras no consultase con ellos le era imposible hacer terminantemente aquella designacion. Esto era lo mismo que aplazar la cuestion para un tiempo desconocido.

Al dirigir el primer consul, estas proposiciones á la Inglaterra y al Austria, no se habia formado ilusion alguna sobre su resultado; pero le habia parecido conveniente hacer una demostracion pacifica, primeramente porque deseaba efectivamente la paz, considerándola como necesaria para la organizacion del nuevo gobierno, y en segundo lugar, porque de esta manera pensaba colocarse en mejor situacion á los ojos de Francia y de Europa.

Sus cálculos fueron completamente justificados por lo que pasó en el parlamento inglés. Mr. Pitt tuvo que sufrir ataques virulentos y fundados por el modo brusco con que habia contestado á las demostraciones de la Francia. Nunca la oposicion de los señores Fox y Sheridan habia tenido un origen mas noble; jamás habia sido tan brillante, ni habia merecido con mas justicia la estimacion de los hombres honrados de todos los paises.

No habia en efecto ya justa causa para continuar la guerra, pues Inglaterra se hallaba en posicion de conseguir, cuanto podia razonablemente desear. Verdad es que no habia logrado que evacuásemos á Egipto; pero resignada algunos meses despues á dejarnos su posesion (como lo demostrarán ulteriores negociaciones), bien podia consentir en ella desde luego, y á este precio habria conservado sus conquistas, sin escepcion de las Indias, ahorrándose al mismo tiempo, los inmensos

peligros á que mas tarde la espuso su tenacidad. Y sin embargo, en la esencia, solo un capricho ministerial impelia al gabinete británico á sostener la guerra con aquel encarnizamiento. Las interpelaciones de la oposicion fueron muy acaloradas, y estuvieron continuamente sucediéndose, hasta el punto de exigir y obtener la presentacion de los documentos relativos á aquellas negociaciones, con cuyo motivo se empeñaron las mas borrascosas discusiones. Sostenian los ministros que no se podia tratar con el gobierno francés, porque sus palabras no inspiraban seguridad; que por su falta de fé habia provocado sucesivamente la guerra con todo el mundo, esceptuando la Dinamarca y Suecia, cuyas relaciones con la Francia se habiau tambien por otra parte alterado; que la paz con semejante gobierno era siempre engañosa y funesta, como lo atestiguaban los estados de Italia; que despues de habersido el gobierno francés el agresor para con los principes de las naciones de Europa, queria destronarlos á todos, porque le devoraba la ambicion incesante de destruir y conquistar: que el general Bonaparte no ofrecia mas garantias que sus antecesores; que si el nuevo gobierno francés no era ya terrorista, continuaba siendo revolucionario, y que no habia que esperar paz ni treguas con la revolucion francesa; y que sino era posible anonadarla, debia ser domada, por lo menos hasta que estuviese tan debilitada, que cesara de inspirar temores. Los ministros ingleses y especialmente lord Grenville, emplearon el lenguaje mas ultrajante contra el primer consul: no de otro modo habian tratado á Robespierre.

Los señores Fox, Sheridan, Tierney, el duque de Bedford y lord Holland, contestaron con las razones mas poderosas á todos estos argumentos. Preguntais quien ha sido el agresor, decian, ¿y qué importa eso? Decis que fué la Francia, y la Francia dice que fue la Inglaterra. ¿Habremos de destruirnos mutuamente hasta que se resuelva esta cuestion histórica? ¿y qué importa el agresor si aquel á quien acusais de haberlo sido es el primero que ofrece soltar las armas? decis tambien que no se puede tratar con el gobierno francés, y sin embargo vosotros mismos enviasteis á lord Malmesbury á Lille para tratar con el Directorio! Prusia y España han tratado con el gobierno francés, y no han tenido por que quejarse. Hablais de los crímenes de este gobierno; y vuestra aliada la córte de Napoles, los comete mas atroces todavia que la Convencion misma, por que ni siquiera tiene la disculpa de los movimientos populares. Hablais de ambicion, y la Rusia, la Prusia y el Austria se han repartido la Polonia; el Austria acaba de reconquistar á Italia, sin devolver sus estados á los principes á quienes habia depuesto la Francia: y vosotros mismos os apoderais de la India, de una parte de las colonias españolas, y de todas las colonias holandesas. ¿Quién osará llamarse mas desinteresado que los demás en esta lucha de cólera y de codicia empeñadas entre todos los estados? Además ó no habeis de tratar nunca con la Republica francesa ó jamás hallareis ocasion mas favorable que está, por que un hombre fuerte y respetado acaba de apoderarse del mando, y parece dispuesto á egercerle con moderacion y con justicia. ¿Es digno del gobierno inglés llenar de

ultrajes á un personaje ilustre, cabeza de una de las primeras naciones del mundo, y que por lo menos es un gran capitán, cualesquiera que sean los vicios ó las virtudes que pudieren descollar en él mas tarde? A no ser que se diga que lo que se quiere es agotar la sangre, los tesoros y los mas preciosos recursos de la gran Bretaña para el restablecimiento de la casa de Borbon, es imposible dar una buena razon para negarse á tratar con la Francia.

Nada podía replicarse á argumentos tan apremiantes y verdaderos. Mr. Tierney, aprovechando la falta que habia cometido el ministro inglés, al hablar en sus notas diplomáticas del restablecimiento en el trono de la casa de Borbon, hizo una proposicion especial contra la misma casa; proponiendo emitir un voto formal, el de separar la causa de la Inglaterra de la de los Borbones, que tan funestos habian sido en ambos países tanto á la gran Bretaña, como á la Francia.—Yo he oido, continuó, yo he oido decir á muchos partidarios del ministerio de Mr. Pitt, que no habiendo ofrecido el gobierno francés una negociacion general y colectiva, habia fundamento suficiente para negarse á una negociacion aislada, que nos debilitase separándonos de nuestros aliados: pero no conozco á nadie que no censure y repruebe ese modo de fijar el término de la guerra en la restauracion de la casa de los Borbones.—Mr. Tierney decia la verdad; todo el mundo habia censurado esta falta, y el gabinete de Viena, menos apasionado que el gabinete británico, se habia guardado bien de imitarle. Los ministros ingleses decian que no habian presentado tal condicion

como absoluta é indispensable, pero replicábaseles y con razon, que bastaba indicarla para violar el derecho de gentes y atentar á la libertad de las naciones. ¿Y qué diriais, exclamaba Mr. de Tierney, (repitiendo aqui el argumento del gabinete francés), qué diriais si el general Bonaparte, victorioso, os declarase que no queria tratar sino con los Estuardos? Además, añadia, ¿es por agradecimiento á la casa de Borbon, por lo que prodigais nuestra sangre y nuestros tesoros? ¡Acordaos de la guerra de América! ¿O no, es mas bien por el principio que la casa de los Borbones representa? ¿Vais á desencadenar contra vosotros todas las pasiones que sublevaron á la Francia contra los Borbones? ¿Vais á llamar contra vosotros á todos los que no quieren á los nobles, á todos los que no quieren ya diezmos ni derechos feudales, á todos los que han comprado bienes nacionales, á todos los que en el espacio de diez años han empuñado las armas por la revolucion francesa? ¿Quereis derramar hasta la última gota de sangre de tantos franceses, antes de pensar en negociacion alguna? Yo pido formalmente, concluia Mr. Tierney, que la Inglaterra separe su causa de la causa de los Borbones.

En otra mocion el célebre Sheridan, que era siempre el mas osado y el mas punzante orador del parlamento, llevó el debate al terreno mas sensible para el gabinete inglés, á la expedicion de Holanda; por consecuencia de la cual los ingleses, y los rusos, vencidos por el general Bune, se vieron obligados á capitular. ®

Parece, decia Mr. Sheridan, que si nuestro gobierno no puede negociar tratados de paz con

la Republica francesa, puede á lo menos hacer capitulaciones. Yo le pido que nos explique las causas de la que ha firmado para la evacuacion de Holanda.—Interpelado de esta manera Mr. Dumas señaló tres causas de la expedicion de Holanda: la primera era separar á las Provincias Unidas de la Francia; la segunda disminuir los medios marítimos de la Francia, y aumentar los de la Inglaterra, apoderándose de la escuadra holandesa; y la tercera hacer una escursion útil á los aliados; añadiendo que de estas tres cosas el gabinete británico habia conseguido dos, pues que estaba en su poder la escuadra, y habia contribuido á que la batalla de Novi se ganase, llevando á Holanda las fuerzas destinadas á Italia. Apenas habia acabado el ministro, cuando Mr. Sheridan precipitándose sobre él con una facundia sin igual, le dijo: Si, habeis prestado fé á noticias de emigrados, y habeis arriesgado en el continente un ejército inglés para cubrirle de verguenza. Habeis querido separar á la Holanda de la Francia, y la habeis unido con ella mas estrechamente que nunca, llenándola de indignacion por la inicu ocupacion de su escuadra y de sus colonias. Teneis, decís, la escuadra holandesa, es verdad, pero la teneis habiéndoos valido de un medio inaudito y odioso; provocando la insurreccion de sus tripulaciones, y dando el mas funesto espectáculo, el de los marineros rebelándose contra sus gefes, y violando la disciplina que constituye la fuerza de los ejércitos marítimos y la grandeza de las naciones. Os habeis apoderado ignominiosamente de esa escuadra, y no en favor de la Inglaterra, sino en favor del Estatuder; por que os habeis obligado á declarar

que era suya y no de Inglaterra. En fin, es posible que hayais hecho un servicio al ejército austriaco en Novi; pero envaneceos entonces, ministros del rey de la gran Bretaña, de haber salvado un ejército austriaco, haciendo pasar á cuchillo á un ejército inglés.

Tan virulentos ataques no impidieron que Mr. Pitt obtuviese inmensos recursos pecuniarios como de cien mil millones de francos (casi doble del presupuesto francés de aquel tiempo); la autorizacion para dar subsidios al Austria y á los estados de la Alemania meridional, importantes adiciones al *income-tax*, que producía ya 180 millones por año; una nueva suspension del *habeas corpus* y finalmente la gran medida de la union de Irlanda. Pero los ánimos estaban en Inglaterra conmovidos por tanta razon y elocuencia. Los hombres sensatos de toda Europa se asombraban de las culpas que se achacaban á la Francia, y muy pronto uniéndose á la victoria la justicia, debia Mr. Pitt espiar por medio de humillaciones crueles la jactancia de su politica respecto al primer consul. Sin embargo Mr. Pitt estaba en disposicion de suministrar á la coalicion recursos para una nueva campaña, la última es verdad á causa del cansancio de las partes beligerantes pero la mas encarnizada por lo mismo que iba á ser la última.

Aprovechando el primer consul tan importante coyuntura, quiso sacar de la corte de Prusia todo el partido que podia esperarse de ella en aquel momento. Esta corte no habia podido, en presencia de tan poderosos enemigos, alcanzar la paz, sino imponiéndosela con el auxilio de una

intervencion armada, empresa no enteramente imposible para ella, pero que distaba mucho todavía de las miras de su jóven rey, que se dedicaba á rehacer su ejército y su tesoro, mientras que todo el mundo se iba aniquilando á su alrededor. Ya habia este principe tanteado á las potencias beligerantes, pero las habia encontrado tan distantes de entenderse, que habia renunciado á toda mediacion. Por otra parte el gobierno prusiano tambien tenia sus miras interesadas, porque queria que la Francia agotase las fuerzas del Austria, y agotase las suyas propias en una prolongada guerra, pero tambien habria deseado que renunciase á una parte de la linea del Rhin, y que contentándose con la Bélgica y con el Luxemburgo por aquel lado, no exigiese las provincias Rhenanas. Así lo aconsejaba al primer consul, diciéndole que estando menos cercanas Francia y Prusia, estarian mas acordes, y que los gabinetes europeos, tranquilizados por tanta moderacion, estarian mas dispuestos á la paz. Pero aunque el primer consul guardó gran reserva sobre este punto, no habia mucha probabilidad de decidirlo á este sacrificio, y el gabinete prusiano no veia en todo esto una paz que pudiese satisfacerle al punto de interesarse vivamente en ella. Reduciase, pues, á dar muchos consejos, presentándolos bajo una forma dogmática, aunque muy amistosa, pero sin obrar de modo alguno.

Sin embargo, este gabinete podia ser útil para mantener la neutralidad del norte de Alemania, para comprometer en esta neutralidad al mayor número posible de principes alemanes, y finalmente para separar enteramente al emperador

Pablo de la coalicion, cosas todas que ejecutaba con el mayor celo, porque le convenia asegurar y estender la neutralidad del norte de Alemania, y sobre todo conseguir que la Rusia adoptase su sistema. Pablo, siempre estremado en sus sentimientos, habiase irritado cada vez mas contra la Inglaterra y el Austria, y decia en alta voz que obligaria al Austria á reponer á los principes italianos en los tronos de Italia que habia conquistado con las armas rusas, y á la Inglaterra á restablecer la orden de Malta en aquella fortaleza insular, de que estaba próxima á apoderarse; porque el emperador ruso abrigaba una pasion estraña á esta orden antigua de caballeria, y de la cual se habia hecho nombrar gran maestro. Censuraba tambien el modo con que se habian recibido en Lóndres y en Viena, las manifestaciones del primer consul, y en sus intimas confidencias con la Prusia, dejaba traslucir que habria deseado que se hubiesen hecho á él proposiciones semejantes. El primer consul no habia dado efectivamente este paso, por temor de lo que podia producir en un caracter como el del Czar; pero sabedora la Prusia de todas estas particularidades, no se descuidaba en ponerlas en conocimiento del gabinete francés, ni este de aprovecharse de ellas.

Antes de abrirse la campaña, pues estaba próxima la estacion de las operaciones militares, el primer consul mandó llamar á Mr. de Sandoz, embajador de Prusia y tuvo con él el 3 de marzo, (14 de ventoso) una esplicacion completa y positiva. Despues de haber recapitulado largamente cuanto habia hecho por restablecer la paz, y to-

dos los obstáculos invencibles que se le habian opuesto, le manifestó la importancia de sus preparativos militares, y sin revelar sus profundas combinaciones, dejó entrever al ministro prusiano los inmensos recursos que aun tenia la Francia; declarándole en seguida que, lleno de confianza en la Prusia esperaba de ella nuevos esfuerzos para reconciliar á las potencias beligerantes, mientras se guerreaba, y ya que no la paz general, poco probable antes de una nueva campaña, esperaba del rey Federico Guillermo, dos servicios, la reconciliacion de la República con Pablo I, y una tentativa directa con el elector de Baviera, para separar de la coalicion á este príncipe. — Ponednos en buenas relaciones con Pablo, dijo el general Bonaparte, decidid al elector de Baviera á que le niegue sus soldados y cierre su territorio á la coalicion, y nos habreis hecho dos servicios que tendremos en cuenta. Si el elector accede á nuestras pretensiones, podeis asegurarle todas las consideraciones apetecibles, durante la guerra, y los mejores oficios, cuando la paz se consiga.

El primer consul manifestó al enviado de Prusia sus ulteriores miras, declarándole que siendo el tratado de Campo-Formio la base ofrecida para la futura negociacion, la frontera del lado del Rhin seria una cuestion, de la cual se trataria mas tarde con el Imperio, y que la independencia de la Holanda, de la Suiza y de los estados italianos, seria formalmente afianzada. Sin explicarse sobre el punto donde debia considerarse que cesaba el Rhin de ser frontera francesa, únicamente dijo, que nadie podia creer que la

Francia noexigiase á lo menos hasta Maguncia; pero que desde allí podrian servir de limites el Mosela y el Mosa. La Bélgica y el Luxemburgo quedaban fueran de disputa, y por fin el primer consul añadió, que si la Prusia prestaba á la Francia los servicios que estaba en situacion de prestarle, se obligaba él á dejar al gabinete de Berlin una influencia considerable en las negociaciones para la paz. Este era en efecto el punto á que mas deseaba llegar la Prusia, porque le convenia tener parte en aquellas negociaciones, con el objeto de que se fijasen las fronteras alemanas de la manera que cuadrase mas con su interés.

Esta comunicacion, llena de oportunidad y de franqueza produjo en Berlin el mejor efecto posible. El rey respondió, que en cuanto al emperador Pablo, habia ya empleado sus buenos oficios y que seguiria empleándolos para reconciliarle con la Francia: que respecto á la Baviera, envuelta como estaba por todas partes por el Austria, nada podia hacer; pero que si se lograba atraerse al emperador Pablo, se podia conseguir con el doble auxilio de la Rusia y Prusia, que el elector abandonase á la coalicion.

Despues de tentativas tan hábilmente calculadas no faltaba mas que empezar las hostilidades lo mas pronto posible. No obstante, aun no habia llegado la época oportuna, y debia llegar este año mas tarde que de costumbre, porque la Francia tenia que reorganizar sus ejércitos que en parte se hallaban disueltos, y el Austria debia llenar el vacío que la Rusia habia dejado en los cuadros de la coalicion. Entretanto pensó el primer consul, que habia llegado el momento de

acabar con la insurreccion de la Vendée, primeramente para hacer que cesase el odioso espectáculo de la guerra civil: y en segundo lugar para tener disponibles y transportar sobre el Rhin y los Alpes, las excelentes tropas que la Vendée retenia en el interior de la República.

Las manifestaciones dirigidas por él á las provincias insurreccionadas, juntamente con las ofertas de paz hechas á las potencias beligerantes, habian producido allí el mejor efecto. Estas manifestaciones estaban por otra parte apoyadas en la respetable fuerza de sesenta mil hombres ó poco menos, sacados de la Holanda, del interior y de París mismo. Habia llevado su arrojo el primer consul hasta el punto de permanecer en París, lleno entonces de lo mas exagerado de todos los partidos, con solo dos mil trescientos hombres de guarnicion, y lejos de disimular en lo mas mínimo semejante arrojo, se jactaba en publicarlo. Para contestar á los ministros ingleses, que pretendian que el gobierno consular no tenia mas solidez que los anteriores, mandó imprimir un estado comparativo de las fuerzas que se hallaban en Lóndres y en París; y de él resultaba que Lóndres estaba guarnecido por catorce mil seiscientos hombres y París por dos mil trescientos, lo cual apenas bastaba para cubrir las guardias de simple policia, que vigilan en los grandes establecimientos públicos y en las casas de los altos funcionarios. Es indudable que quien guardaba á París era el nombre del general Bonaparte.

Como quiera que fuese, las provincias rebeldes se vieron repentinamente envueltas por un ejército terrible, y se encontraron de esta mane-

ra colocados entre una paz inmediata y generosa, y la certeza de una guerra de esterminio. No podian pues detenerse en adoptar un partido. Los señores d' Audigné é Hyde de Neuville, despues de haber visto al primer consul, habian perdido todas sus ilusiones, y no creian ya que accediese nunca á la restauracion de los Borbones, perdiendo enteramente la esperanza de poder vencer á un hombre de tan enérgico temple de alma. Asi es que Mr. Hyde de Neuville, enviado por el conde de Artois para examinar el estado de las cosas, se resolvió á volver á Lóndres, no queriendo abandonar por su parte la causa de los Borbones, si bien reconocia la imposibilidad de continuar la guerra, y aconsejaba á todos los gefes que hiciesen lo que á cada uno de ellos prescribiese la necesidad segun las circunstancias y los lugares. Mr. de Audigné se volvió á la Vendée á referir cuanto habia visto.

Iba ya á espirar el tiempo de la suspension de hostilidades; y era menester que los caudillos del partido realista, ó suscribiesen á una paz definitiva, ó se resolviesen á emprender al punto una guerra cruel con un ejército formidable. En 1793 en el primer entusiasmo de la insurreccion, no habia podido vencer á los 16,000 hombres de la guarnicion de Maguncia, y lo único que habian logrado era presentar combates heroicos y sangrientos para acabar por sucumbir. ¿Cómo habian, pues, de contrarrestar hoy á 60,000 hombres de las primeras tropas de Europa, de las cuales habia bastado la mitad para arrojar al mar á los ingleses y á los rusos? De ninguna manera, indudablemente y así lo creian todos en

las provincias insurreccionadas, aunque en algunas partes estaban mas dispuestos que en otras á ceder. Hacia la orilla izquierda del Loira, entre Saumur, Nantes y les Sables, en una palabra, en la antigua Vendée, que estaba agotada de hombres y de recursos, sentiase un cansancio extraordinario, creyéndose que solamente la debilidad y el rigor del Directorio habian dado lugar á tomarse de nuevo las armas, lo cual era ya en su concepto una locura. Tambien reinaban estos pensamientos en la orilla derecha, en los alrededores de Mans, país que habia sido tambien teatro de una guerra cruel y desesperada. En la Normandía baja, donde era mas reciente la insurreccion, y acaudillaba á los realistas Mr. de Frotte gefe jóven, astuto, activo y ambicioso, habia mas disposicion á continuar la guerra. Lo mismo sucedia en el Morbihan, donde ofrecian mas recursos la distancia á que estaba París, la proximidad al mar, y la naturaleza del terreno, y en donde sostenia los ánimos Jorge Cadoudal, hombre de un alma indómita y feroz. En estas dos últimas provincias, ademas contribuian á hacer mas tenaz la resistencia las frecuentes comunicaciones que habia con los ingleses.

De un cabo á otro de la Vendée y de la Bretaña, se conferenciaba sobre el partido que deberia tomarse. Los emigrados pagados por la Inglaterra, cuya adhesion consistia en continuas idas y venidas, y que no tenia que sufrir todas las consecuencias de la insurreccion, sostenian vivas contestaciones con los naturales del país sobre quienes pesaba constantemente la carga de la guerra civil. Defendian aquellos que era ne-

cesario continuar la guerra, y estos por el contrario, que era preciso terminarla. Los últimos, representantes de un interés mucho mas inglés que realista, decian que el gobierno consular iba á perecer como los demas gobiernos revolucionarios, despues de algunos dias de vida aparente, y que iba á perecer por el desorden de la administracion y de la hacienda; que los ejércitos rusos é ingleses iban á enviar á la Vendée parte de sus tropas para que auxiliasen á los realistas franceses; que con algunos dias de paciencia cogeria el fruto de ocho años de combates y de estuerzos, y que con un poco mas de constancia tendrian probablemente el honor de conducir á París á los Borbones victoriosos. Por su parte aquellos que no iban á refugiarse habitualmente en Lóndres, y á vivir allí con el dinero inglés, sino que permanecian en su país con los suyos, donde veian sus campos arrasados, sus casas incendiadas, y sus mugeres y sus hijos espuestos al hambre y á la muerte, decian que al general no habia salido nunca mal nada de cuanto habia emprendido; que en París en lugar de creerse que todo marchaba á la disolucion, creiase por el contrario que todo iba reorganizándose bajo la afortunada mano del nuevo gobernador de la República; que esta República, de la cual decian que estaba aniquilada, acababa de enviarles un ejército de 60,000 hombres, que los rusos y los ingleses tan ponderados acababan de rendir sus armas á la mitad del mismo ejército; que era sumamente fácil formar hermosos planes en Lóndres, y hablar de adhesion y de constancia cuando se veian lejos los lugares, los acontecimientos de la guer-

ra y sus consecuencias, y que en atencion á todo esto era menester meditar bien lo que habia de decirse á una gente que durante el espacio de ocho años estaba padeciendo sola los males de la guerra civil mas espantosa. Entre estos realistas, cansados ya, hasta llegaba á insinuarse que el general Bonaparte en su anhelo del bien, y despues de haber restablecido la paz, y de haber hecho cesar la persecucion y levantado los altares, acaso restableceria tambien el trono, y en fin, se repetian las fabulas que no creian los principales realistas desde la conferencia de los señores Andigné é Hyde de Neuville con el primer cónsul, pero que aun conservaban algun crédito entre las últimas filas de los insurgentes, y contribuian á predisponer los ánimos en favor del gobierno.

Existia en el seno de la antigua Vendée un simple sacerdote, el abate Bernier, cura de Saint-Laud que habia de tomar muy pronto parte en los negocios de la República y del Imperio, y el cual por su gran talento y por su habilidad natural habia llegado á tener gran ascendiente entre los caudillos realistas. Habia él visto muy de cerca aquella insurreccion que nada mas que grandes desastres habia producido, y considerando perdida la causa de los Borbones, á lo menos por entonces, creia que únicamente podia salvarse del trastorno general causado por la revolucion francesa el antiguo altar de los cristianos. Ilustrado mas sobre este punto por los hechos del primer cónsul, y por sus frecuentes comunicaciones con el general Hedouville, no conservaba ya duda alguna, y estaba persuadido de que con

la sumision se conseguiria la paz, el término de las persecuciones, y la tolerancia, ya que no la proteccion del culto. Asi pues, aconsejó la sumision á todos los antiguos caudillos de la orilla izquierda del Loira, y con su influencia hizo callar á los mensajeros que iban y venian de Lóndres á la Vendée. Celebróse una reunion en Montfaucon, y allí en un consejo de oficiales realistas, el cura Bernier decidió á Mr. Autichamp, hidalgo jóven, valiente, pero dócil á las razones y luces de los demas, á rendir las armas en nombre de la provincia. La capitulacion se firmó el 18 de enero (28 de nivoso). La República ofrecia completa amnistia, respetar el culto, eximir de contribuciones por algun tiempo á las provincias assoladas, y borrar á todos los caudillos de la lista de emigrados. Los realistas prometian en cambio una sumision completa y la entrega de sus armas.

En el mismo 18 de enero escribió el abate Bernier al general Hedouville lo siguiente: «Cumpliéronse vuestros deseos y los míos.» Hoy á las «dos han aceptado con agradecimiento la paz en «Montfaucon todos los gefes y oficiales de la orilla «izquierda del Loira. Los de la orilla derecha se- «guirán sin duda este ejemplo, y el olivo de la «paz reemplazará en ambas orillas del Loira el «triste ciprés que en ellas hizo crecer la guerra. «Los señores Baurollier, Doboucher y Renou, «van encargados por mí de llevaros esta faus- «ta noticia. Los recomiendo á la benevolencia «del gobierno y á la vuestra. Inscritos equivocaa- «damente en la fatal lista de 1793, han visto sus «bienes confiscados. Si hicieron este sacrificio «obedeciendo á la necesidad de las circunstan-

«cias, no por eso han dejado de apetecer la paz. «Esta es obra vuestra, conservadla permanente, «general, por medio de la justicia y de la bene- «volencia. En ella están unidas vuestra gloria y «felicidad. Para satisfacer vuestrossaludables de- «seos, hare cuanto pueda; así lo exige la pru- «dencia y lo manda la humanidad... Mi corazon «es todo del país en que vivo, y su felicidad es «mi principal anhelo.»

Este ejemplo produjo su efecto. Dos dias despues los rebeldes de la orilla derecha mandados por un anciano y valiente caballero Mr. de Chaitillon, y disgustados como él de servir á los planes de la Inglaterra mas que á la causa realista, se rindieron, quedando pacificada de esta manera toda la Vendée antigua. Extraordinario fué el gozo que produjo este acontecimiento así en los campos donde reinaba el realismo, como en las ciudades donde por el contrario reinaba el espíritu de la revolucion. En muchas poblaciones, en Nantes y Angers especialmente, los gefes realistas que llevaban la escarapela tricolor, fueron recibidos en triunfo y obsequiados como hermanos. Por todas partes empezaron á rendir las armas y á someterse de buena fé al influjo de una opinion que poco á poco iba haciéndose general, y esta opinion era, que la guerra sin producir la vuelta de los Borbones, solamente contribuiría á derramar mas sangre, y á asolar el país; y que la sumision por el contrario les proporcionaria descanso, seguridad y restablecimiento de la religion, que era lo que mas deseaban.

La pacificacion de la Bretaña y la Normandía encontraba, no obstante, mayores obstáculos. La

guerra era por aquella parte mas reciente, como hemos dicho, y aun no habia postrado los animos; ademias en aquellos puntos producía vergonzosos beneficios, al paso que en la Vendée únicamente proporcionaba padecimientos. Los chuanes, esto es, los hombres á quienes la insurreccion habia acostumbrado á la vida de bandidos, se habian refugiado al centro de la Bretaña y hácia Normandía, y mas que á la República hacian guerra á las arcas de los fondos públicos, á las diligencias y á los compradores de bienes nacionales. Estaban en relacion con una turba de espías establecidos en París, de quienes recibían los avisos que les servían de guia en sus expediciones. Finalmente, en el Morbihan, que era el foco de la insurreccion mas tenaz, Jorge, el único caudillo implacable de los vendeanos, recibía de los ingleses el dinero y los recursos materiales que podían secundar su resistencia; y por lo mismo estaba poco dispuesto á someterse.

Pero se habian dado las disposiciones necesarias para destruir á todos los caudillos realistas, que no consintieran en someterse. El 21 de enero (1.º de pluvioso) el general Chabot, rompiendo las hostilidades, marchó sobre las facciones del centro de la Bretaña mandadas por los señores de Bourmont y de la Prevalage. Cerca del pueblo de Malay alcanzó á Mr. de Bourmont, que á la cabeza de 4,000 chuanes se defendió vigorosamente, aunque se vió despues obligado á ceder á los republicanos, que estaban acostumbrados á vencer á soldados mas temibles que aquellos campesinos. El mismo Bourmont, solo pudo salvarse con mucho trabajo y despues de haber

corrido el mayor peligro, hasta que no pudiendo menos de conocer que nada podía hacer ya en favor de su causa, rindió las armas el 24 de enero (4 de pluvioso).

En seguida marchó el general Chabot sobre Rennes, para dirigirse desde este punto al centro de la Bretaña, donde el general Brune reunía grandes fuerzas. El 23 de enero (3 de pluvioso) muchas columnas que habían salido de Vannes, de Auray y de Elven mandadas por los generales Harti y Geney encontraron en Grandchamp á las facciones de Jorge. Los dos generales republicanos habían enviado por el camino de Vannes convoyes de granos y ganado de que se habían apoderado en el territorio enemigo. Los chuanes, queriendo recobrar este convoy, fueron arrollados por las columnas que le escoltaban, y á pesar de su vigorosa resistencia perdieron 400 hombres y entre ellos muchos gefes, y salieron completamente derrotados. Al día siguiente 27 se trabó en Hennebont otra violenta refriega, en la que perecieron 300 chuanes, destruyendo completamente todas las esperanzas de la insurrección. Cerca de la costa había un navio inglés de ochenta cañones y algunas fragatas, que pudieron ver cuan quiméricas eran las ilusiones que el gobierno de Londres alimentaba. Por lo demás el gobierno inglés y los bretones se habían engañado mutuamente: ofreciendo el primero una nueva expedición como la de Holanda, y anunciando los segundos un levantamiento en masa. Los realistas, desembarcados recientemente pudieron con alguna dificultad ir en lanchas á unirse con la división inglesa; y fueron recibidos como emigra-

dos que habían prometido mucho y hecho poco. Jorge se vió en la necesidad de rendir las armas y entregó veinte mil fusiles y veinte piezas de artillería que acababa de recibir de los ingleses.

En la Normandía baja Mr. de Frotte, jóven caudillo y muy adicto á su causa, era con Jorge el mas resuelto de los realistas á continuar la guerra, y fué perseguido por los generales Gardanne y Chambarlhac, procedentes de la guarnición de París, los cuales sostuvieron en varios puntos muchos encuentros empeñados. El 25 de enero (3 de pluvioso) fué alcanzado Mr. de Frotte por el general Gardanne en las ferrerías de Cosse, cerca de la Motte-Jouquet, y perdió mucha gente. El 26 (6 de pluvioso) uno de los caudillos llamado Duboisigny fué atacado en su castillo de Duboisigny y tuvo tambien como Mr. de Frotte una pérdida considerable. Finalmente el 27 (7 de pluvioso) el general Chambarlhac arrolló en las cercanías de San Cristobal, no lejos de Alençon, á algunas compañías de chuanes á quienes pasó por las armas.

Viendo Mr. de Frotte como los demás, aunque por desgracia demasiado tarde, que toda resistencia era inutil ante las numerosas tropas que habían invadido el país, conoció al fin que ya era tiempo de rendirse, y escribió pidiendo la paz al general Hedouville, que estaba á la sazón en Angers, y mientras conseguía contestación á su súplica, propuso una suspensión de armas al general Chambarlhac. Este le respondió que no teniendo facultades para tratar de paz, se dirigía para obtenerlas al gobierno; pero que entre tanto no podía tomar sobre sí la responsabilidad de

suspender las hostilidades, á menos que Mr. de Frotte consintiese en entregar inmediatamente las armas de sus soldados. Esto era cabalmente lo que mas temia Mr. de Frotte. No tenia reparo en someterse y suscribir á una pacificacion momentánea; pero con la condicion de permanecer armado, á fin de aprovechar mas tarde la primera ocasion favorable que se presentase, de volver á comenzar la guerra, y aun dirigió varias cartas á sus oficiales en las que al mismo tiempo que les previno que se rindiesen, les recomendaba que conservasen sus armas. Entre tanto, irritado el primer consul de la obstinacion de Mr. de Frotte, habia mandado no darle cuartel y hacer en su persona un escarmiento. Inquieto Mr. de Frotte por no recibir contestacion alguna á sus proposiciones, y queriendo ponerse en comunicacion con el general Guidal que mandaba en el departamento de el Orne, fué hecho prisionero con seis de los suyos cuando iba á verle. Conteniendo las cartas que se le hallaron la orden á sus tropas para rendirse, pero sin soltar las armas, se consideraron como un acto de traicion; y Mr. de Frotte fué conducido á Verneuil, y entregado á una comision militar. Al llegar á Paris la noticia de su prision, se acercaron al primer consul multitud de personas para hablarle en favor de Mr. de Frotte, consiguieron la suspension de los procedimientos, lo cual equivalia á un indulto; mas por desgracia el correo que llevaba esta orden del gobierno, llegó demasiado tarde. Como la constitucion no regia en los departamentos rebeldes, Mr. de Frotte habia sido ya juzgado sumariamente, y cuando llegó la concesion de la

prórroga, el jóven y valiente caudillo habia ya sufrido el castigo de su obstinacion. Aunque estaba probada la doblez de su conducta, no era tan vituperable que no debiese lamentarse mucho semejante ejecucion, la única por otra parte que ensangrentó el feliz término de la guerra civil.

Desde aquel dia los departamentos del oeste quedaron completamente pacificados. La prudencia del general Hedouville, el vigor y la prontitud de los medios que empleó, el cansancio de los rebeldes, y la mezcla del temor y confianza que el primer consul les inspiraba, produjeron esta pacificacion tan rápida, pues se halló completamente terminada á fines de febrero de 1800 (en los primeros dias de ventoso.) El desarme se ejecutaba por todas partes á la vez, y unicamente quedaban algunas partidas de bandidos, á quienes pronto habia de exterminar una justicia activa é implacable. Las tropas que fueron destinadas al Oeste se pusieron en marcha para Paris, á fin de contribuir á los vastos designios del primer consul.

La constitucion mandada suspender hasta entonces en los cuatro departamentos del Loira inferior, de Ille y Vilaine, del Morbihan, y de las costas del Norte, fue desde luego puesta en vigor, y la mayor parte de los caudillos, que acababan de rendir las armas, fueron sucesivamente llamados á Paris con objeto de ponerlos en comunicacion con el primer cónsul. Conocia este perfectamente que no bastaba haberles arrancado las armas de la mano, sino que era necesario apoderarse de aquellos ánimos exaltados, y encaminarlos á un fin noble. Quería por lo tanto arrastrar consi-

go á los caudillos realistas en la inmensa carrera que en aquellos momentos se abría á todos los franceses y llevarlos á la fortuna y á la gloria por el mismo camino lleno de peligros, á que tan acostumbrados estaban. Invitados por lo tanto á que viniesen á verle, su fama que inspiraba un vivo deseo de conocerle y de hablarle á todos cuantos podían hallar ocasión de ello, y su generosidad tan ensalzada en la Vendée misma y de que tanta necesidad tenían las numerosas víctimas de la guerra civil, eran entre los realistas otros tantos motivos honrosos para visitarle. El primer cónsul recibió y acogió muy bien, primero al cura Bernier, despues á los señores de Bourmont, Antichamp, Chatillon y últimamente al mismo Jorge Cadoudal, pero á quien distinguió especialmente fué al cura Bernier que procuró atraérsele empleándole en los altos negocios de la iglesia. Tuvo frecuentes conversaciones con los caudillos militares, conmoviéndoles con su noble lenguaje y aun decidiendo á algunos de ellos á que entrasen á servir en los ejércitos franceses. Consiguió también ganarse la voluntad de Mr. de Chatillon, el cual se retiró á su hogar, se casó y vino á ser el mediador ordinario, y siempre atendido de sus conciudadanos, cuando tenían que solicitar del primer consul algun acto de humanidad ó de justicia. Así es como se terminan las revoluciones, con la gloria, con la clemencia y con la generosidad.

El único que resistió á tan alta influencia fué Jorge Cadoudal. Cuando fué conducido á las Tullerías, el ayudante de campo, encargado de introducirle, concibió al verle tales temores que

no quiso cerrar la puerta del gabinete del primer consul, á fin de poder acercarse á cada instante y dirigir algunas miradas furtivas para ver lo que pasaba dentro. La conferencia fué larga; pero en vano el general Bonaparte hizo resonar las palabras de patria y de gloria en los oídos de Jorge, en vano trató de escitar la ambición en el alma de aquel soldado de la guerra civil; nada consiguió, y de ello se convenció él mismo al ver el semblante de su interlocutor. Luego que Jorge se separó de él partió para Inglaterra con Mr. Hyde de Neuville. Varias veces, al referir aquella visita á su compañero de viage, enseñándole sus brazos vigorosos, exclamó: ¡Qué falta he cometido en no ahogar á ese hombre entre mis brazos!

La pronta pacificación de la Vendée produjo grande efecto en los ánimos. Algunos mal contentos, que no querían esplicarla por sus causas naturales, esto es por la energía de los medios físicos, por la prudencia de los medios morales, y sobre todo por la influencia del gran nombre del primer consul, pretendían que habían mediado convenios secretos con los vendeanos, en los cuales se les ofrecía alguna satisfacción importante. No se decía claramente, pero se insinuaba, que esta satisfacción sería algo mas acaso que el restablecimiento de los principios del antiguo régimen, y el de los Borbones mismos. Propalaban estos ridiculos cuentos los noveleros del partido revolucionario; pero la gente sensata, apreciando mejor los actos del general Bonaparte, creía que tan grandes cosas no se hacían para otro, y que si el primer consul no trabajaba únicamente para la Francia, trabajaba para sí, y

no para los Borbones. Por lo demas, la pacificación de la Vendée era á los ojos de todo el mundo uno de los mas felices acontecimientos posibles y que presagiaba una paz mas difícil é importante, cual era la paz en la Europa. Antes de comenzar la campaña de este año, quiso el primer cónsul cerrar las sesiones del Cuerpo legislativo, y apresurar la adopción de los muchos proyectos de ley que le habia presentado. Quejáronse algunos individuos del Tribunado de la rapidez con que se los obligaba á discutir y votar. «Nosotros decia el tribuno Sedillez, hombre imparcial y moderado, «somos arrastrados por un *torbellino de urgencia*, cuyo rápido movimiento se dirige hacia el objeto de nuestros deseos. ¿No vale mas ceder á la impetuosidad de ese movimiento, que esponerse á interrumpir su curso? El año próximo examinaremos con mas detención los proyectos que nos han presentado y aumentaremos lo que necesite reforma.» Todo marchaba, en efecto rápidamente hacia el objeto que se habia propuesto el primer cónsul. Las leyes votadas se ponian en ejecución, y los empleados nombrados se dirigian á sus respectivos destinos. Los nuevos prefectos tomaban posesion de sus cargos, y la administración recobrava en todas partes una homogeneidad y actividad nunca vistas. Las contribuciones atrasadas ingresaban en el tesoro público, desde que la formación de las listas permitia presentarse con un título legal á los contribuyentes. Cada día nuevas disposiciones señalaban mas claramente la marcha política del gobierno. Acababa de concederse á otra lista de proscritos, el beneficio de su anulación figurando en ella gran número de

escritores públicos, como los señores de Fontanes, de La Harpe, Suard, Sicard, Michaud y Fievé, á quienes se levantó el destierro, ó se autorizó salir de sus retiros. Los diputados de la Asamblea constituyente, conocidos por haber votado la abolición de las instituciones feudales, estaban ya libres de todos los rigores con que se los habia perseguido en tiempo de la Convencion y del Directorio. Un famoso emigrado del 18 de fructidor, negociador y firmante del primer tratado de paz, que hizo la Republica, el ex-director Barthélemy, fué nombrado senador á propuesta de los cónsules. En fin otro proscrito de la misma época, Carnot á quien se habia levantado ciertamente el destierro, nombrándosele inspector del ejército, acababa de ser llamado al ministerio de la guerra en reemplazo del general Berthier, que habia tomado el mando de uno de los ejércitos de la República. El nombre de Carnot era entonces un gran nombre militar, al cual estaba ligado el recuerdo de las victorias de la Convencion en el año de 1793; y aunque el nombre del general Bonaparte bastaba para hacer temblar á la coalición, unido el de Carnot al suyo, debia producir y produjo en efecto verdadera sensación en los estados mayores extranjeros.

Estando próxima á terminarse la legislatura, hizo la oposicion del Tribunado su última tentativa, la cual causó alguna agitación, aun cuando fué rechazada por una gran mayoría. Las sesiones del Cuerpo legislativo no debian durar mas de cuatro meses. El Tribunado no tenia término señalado para sus sesiones, y podia reunirse aun que las vacaciones del Cuerpo legislati-

vo no le diesen asuntos que despachar. Por esto se le presentó una proposición para que aprovechase el tiempo con las peticiones que él solo podía recibir, y con las votaciones para que estaba autorizado, sobre objetos de interés general. Propuso Mr. Benjamin Constant que se pasasen estas peticiones á comisiones distintas sometiéndolas á un trabajo continuo, y procurándose por este medio no solamente la discusión de todos los actos del gobierno, cosa muy legítima en sí, sino también su discusión permanente durante los doce meses del año. Esta proposición fué desechada por lo que tenía de grave y trascendental, resolviéndose únicamente que el Tribunalado se reuniese una vez cada quince días, para oír una relación de peticiones, la cual debería quedar sobre la mesa de aquel cuerpo compuesta del presidente y de los secretarios. Reducida la proposición á estos términos, no podía ya ofrecer recelo alguno.

Esceptuando esta última tentativa, concluyeron las sesiones tranquilamente aun en el mismo Tribunalado, donde los proyectos del gobierno habían obtenido tan grande mayoría, que era menester una estremada propensión á ofenderse para culpar á este cuerpo por la oposición de veinte de sus individuos. El primer consul, por muy dispuesto que estuyese á no tolerar la menor contrariedad, tomó el partido de no hacer caso de aquella oposición. Así fué, que esta primera legislatura, llamada del año de VIII, no correspondió de manera alguna á los temores, que ciertos propagadores de malas nuevas trataban de difundir. Si las cosas hubiesen seguido despues en

este estado, todo el mundo se habría conformado con este último simulacro de los congresos deliberantes. Aquella generación alarmada y aun el jefe que había puesto á su cabeza, las habrían igualmente tolerado.

Poco tiempo antes de cerrar las sesiones, dió el primer consul respecto á la imprenta periódica una providencia que sería hoy un fenómeno imposible, porque entonces, gracias al silencio que en esta parte guardaba la constitución, era una providencia de todo punto legal, y gracias al espíritu de la época una disposición casi insignificante. La constitución en efecto nada decía de la imprenta periódica, y no dejara de parecer extraño, que libertad tan importante como la de escribir no hubiese merecido siquiera mención especial en la ley fundamental del estado. Pero la tribuna entonces, tanto la de las asambleas, cuanto la de los clubs, había sido para las pasiones revolucionarias el medio mejor de manifestarse, y se había usado tanto del derecho de hablar, que apenas se tuvo en cuenta el de escribir. En la época del 18 de fructidor, se usó algo más de la imprenta, si bien fueron los realistas los que más especialmente se valieron de ella, y escitó contra sí tal sublevación entre los revolucionarios, que despues ya no pudo inspirarles sino un interés muy mediano. De esta manera se explica que fuese proscripta en el 18 de fructidor, omitida al redactar la constitución del año VIII y sometida desde entonces á la voluntad arbitraria del gobierno.

El primer consul que había tolerado con poca paciencia los ataques de los diarios realistas,

cuando era solamente general del ejército de Italia, comenzaba ya á indignarse por las indiscreciones que la imprenta cometia al hablar de las operaciones militares, y por los virulentos ataques que se permitia contra los gobiernos extranjeros. Dedicado de un modo particular á la reconciliacion de la República con la Europa, temia que los periódicos republicanos, violentamente desencadenados contra los gabinetes estraños sobre todo despues de haber recibido estos las ofertas de la Francia, hiciesen vanos todos sus esfuerzos de reconciliacion. El rey de Prusia especialmente se habia quejado de algunos diarios franceses y manifestó explicitamente su disgusto. El primer consul, que se proponia borrar por todas partes cualquiera señal de violencia, y que ademas no estaba contenido respecto á la libertad de la imprenta por una opinion pública, firme y decidida, tal como la que existe en la actualidad, dió una disposicion por la cual suprimió gran número de periódicos; y designó los que tendrian el privilegio de continuar publicándose. Estas disposiciones debian regir hasta la paz general. Trece fueron los periódicos que se conservaron: *El Monitor Universal*, *el Diario de los Debates*, *el Diario de Paris*, *el Bien informado*, *el Publicista*, *el Amigo de las leyes*, *la Llave del gabinete*, *el Ciudadano francés*, *la Gaceta de Francia*, *el Diario de los hombres libres*, *el Diario de la tarde*, *el Diario de los defensores de la Patria*, *la Década filosófica*.

Estos diarios privilegiados estaban ademas advertidos de que se suprimirian inmediatamente aquellos que publicasen artículos contra la Constitucion, contra los ejércitos, contra su gloria ó

sus intereses, asi como los que publicasen invectivas contra los gobiernos estraños, amigos ó aliados de la Francia.

Esta disposicion que tan extraordinaria parecia hoy, fué recibida sin murmuracion y estrañeza, porque las cosas reciben su valor del espíritu que á la sazón domina.

Los votos pedidos á los ciudadanos con motivo de la nueva constitucion, habian sido ya recogidos y contados. El resultado de este escrutinio se habia comunicado al Senado, al Cuerpo legislativo y al Tribunalado, por un mensaje de los cónsules. Ninguna de las constituciones anteriores habia sido aceptada por mayor número de votos.

Contáronse en 1793 en pró de la constitucion de aquella época un millon ochocientos mil votos favorables y once mil votos contrarios: y para la constitucion directorial de mil setecientos noventa y cinco, un millon cincuenta y siete mil votos favorables y cuarenta y nueve mil contrarios. En la ocasion presente hubo mas de tres millones de votantes, de los cuales los tres millones adoptaron la constitucion, y mil quinientos solamente la rechazaron. Estas vanas formalidades, seguramente nada significan para los hombres sensatos, porque no puede juzgarse de la voluntad de una sociedad por semejantes señales vulgares y frecuentemente falsas, sino por el aspecto moral que aquella presenta. Pero la diferencia en el número de unos y otros votantes tenia aquí un significado incontestable, porque á lo menos probaba cuan general era el asentimiento á un gobierno fuerte y reparador, capaz de asegurar el orden, la victoria y la paz.

Antes de marchar al ejército el primer consul se decidió en fin á dar un paso importante: su establecimiento en las Tullerías. Mediante la predisposición de los ánimos á contemplar en él un César ó un Cromwel, destinado á terminar el reinado de la anarquía con el reinado del poder absoluto, el hecho de establecerse en el palacio de los reyes, era un paso delicado y atrevido, no por efecto de las resistencias que podía provocar, sino por el efecto moral que necesariamente habia de producir.

A este paso quiso el primer cónsul que precediese una ceremonia imponente y hábilmente discurrida. Washington acababa de morir. La muerte de tan ilustre personage que habia llenado con su nombre el fin del siglo último, habia sido un motivo de sentimiento para todos los amantes de la libertad europea. Juzgando el primer cónsul que una manifestacion con este objeto seria muy oportuna, dirigió á los ejércitos la orden del día siguiente:

«Washington ha muerto! Este grande hombre ha combatido contra la tiranía, y consolidado la independencia de su patria. Su memoria será siempre grata al pueblo francés, así como á todos los hombres libres de ambos mundos, y especialmente á los soldados franceses, que como él y como los soldados americanos se batan por la igualdad y por la libertad.»

En su consecuencia se decretaron diez dias de luto que debia consistir en una gasa negra colocada en todos los estandartes y banderas de la República. No se limitó á esto el primer consul, y dispuso que se celebrase una funcion noble y

sencilla en la iglesia de los inválidos, que en el lenguaje pasagero de la época se llamaba *Templo de Marte*. Las banderas conquistadas en Egipto no habian sido todavía presentadas al gobierno. El general Lannes fué el encargado de presentarlas al ministro de la Guerra bajo la cúpula magnífica erigida y dedicada por el gran rey á la ancianidad guerrera.

El 9 de febrero, (20 de pluvioso) hallándose reunidas todas las autoridades en el cuartel de los inválidos, el general Lannes presentó al ministro de la guerra Berthier, noventa y nueve banderas tomadas en las Pirámides, en el monte Thabor y en Aboukir, pronunciando una arenga, corta y marcial, á que contestó el general Berthier de la misma manera. Estaba sentado este entre dos inválidos centenarios, y tenia á su frente el busto de Washington, rodeado de mil banderas conquistadas en Europa por los ejércitos de la Francia republicana.

No lejos de aquel sitio se habia colocado una tribuna á donde se vió subir un proscrito, que debia su libertad á la política del primer cónsul. Era este Mr. de Fontanes, escritor puro y brillante, el último que ha sabido manejar aquella lengua francesa, antes tan perfecta, y sepultada hoy con el siglo XVIII, en el abismo de lo pasado. Hizo Mr. de Fontanes en un language estudiado pero sublime, el elogio fúnebre del héroe de la América, celebrando las virtudes guerreras de Washington, su valor y su desinterés, y colocando sobre el génio militar, que sabe alcanzar la victoria, el genio reparador que sabe terminar las guerras civiles, cicatrizar las heridas de la pa-

tria y dar la paz al mundo. Junto á la sombra de Washington evocó Mr. de Fontanes las sombras de Turena, Catinat y Condé, y hablando en cierto modo en nombre de aquellos grandes varones, pronunció bajo la forma mas delicada y digna, alabanzas llenas de nobleza, porque lo estaban tambien de lecciones prudentes y juiciosas.

«Si, exclamó al terminar su discurso, si, no «serán olvidados tus consejos, ¡oh Washington! «¡oh guerrero! ¡oh legislador! ¡oh ciudadano sin «mancilla! aquel que, jóven todavia, te ha sobrepujado en los combates, cerrará como tú con «sus manos vencedoras las heridas de la patria. «Muy pronto, y de esto nos responden su voluntad y su talento guerrero, si fuese por desgracia «necesario, muy pronto resonará el himno de la «paz en el templo de la guerra, entonces un impulso universal de júbilo borrará la memoria de «todas las injusticias y vejaciones..... y aun los «oprimidos comienzan ya á olvidar sus males, «confiándose al porvenir..... las aclamaciones de «todos los siglos seguirán al héroe que haga este «beneficio á la Francia, y al mundo tanto tiempo «hace agitado por ella.»

Concluido este discurso; colocáronse gasas negras en las banderas; y la República francesa llevó luto por el fundador de la República americana, como lo llevan unas monarquias por las pérdidas que tienen otras. ¿Qué faltaba á semejante pompa, para que tuviese la grandeza de aquellas escenas fúnebres, en que venia Luis XIV á oír el elogio de uno de sus guerreros, de boca de Flechier ó de Bossuet? Sin duda lo que faltaba no era la grandeza de las cosas y de los hom-

bres, porque se hablaba de Washington delante del general Bonaparte, y se hablaba en medio de una sociedad, que habia visto tambien á los Carlos I subir á un cadalso y aun seguirlos allí mugeres coronadas. Podíanse pronunciar en el mismo lugar á cada instante los nombres de Fleurus, de Arcole, de Rivoli, de Zurich y de las Pirámides, y tan magnificas palabras podian seguramente dar tanta grandeza á un discurso, como los de las Dunas y Rocroy. ¿Qué faltaba, pues, á esta solemnidad para ser enteramente grande? Faltaba lo que el mayor hombre del mundo no podia prestarle, faltaba primero la religion, no la religion que se afecta tener, sino la que verdaderamente se siente, y sin la cual los panegiricos que se hacen de los muertos son siempre frios; faltaba allí el genio de Bossuet, porque hay grandezas que no se reproducen en las naciones, y si los Turenas y los Condé tienen sucesores, no los tienen por cierto los Bossuet; faltaba allí en fin, cierta sinceridad, porque el homenaje así hecho á un héroe célebre, sobre todo por el desinterés de su ambicion, era á todas luces afectado. Sin embargo, no vayamos á creer, reproduciendo vulgares interpretaciones, que todo fuese en aquel caso pura hipocresía: sin duda, habia bastante: pero tambien habia las ilusiones consiguientes á aquella época, como á todas. Los hombres en efecto se engañan mas veces á sí propios, que á los demas. Muchos franceses, como los romanos en tiempo de Augusto, creian aun en la República porque se pronunciaba respetuosamente su nombre, no siendo muy seguro tampoco que quien dispuso esta fiesta fúnebre, que el mismo gene-

ral Bonaparte no se hiciese ilusiones al celebrar á Washington y que no creyese en efecto que se podia gobernar en Francia como en América sin llamarse emperador, ni rey.

Esta ceremonia fué el preludio de la instalacion de los tres cónsules en las Tullerías. Hacia mucho tiempo que se estaban haciendo en este palacio las reparaciones necesarias, borrando las señales que habia dejado la Convencion, y suprimiendo los gorros colorados que habia ella mandado colocar en los dorados artesones. El primer consul debía ocupar las habitaciones del piso principal, el mismo que ocupa hoy la familia reinante para las audiencias de noche. Sumugery sus hijos debian alojarse en el entresuelo. La galeria de Diana, era entonces como ahora el vestibulo por donde se pasaba para ir á la habitacion del gefe del estado, hizola adornar el primer consul con multitud de bustos que representaban una série de hombres grandes, manifestando por medio de la eleccion de estos bustos los personajes que le merecian predileccion: eran estos Demóstenes, Alejandro, Annibal Scipion, Bruto, Ciceron, Caton, Cesar, Gustavo-Adolfo, Turena, Condé, Duguai-Trouin, Marlborough, Eugenio, el mariscal de Sajonia, Washington, Federico el Grande, Mirabeau, Dogommier, Dampierre, Marceau y Joubert; esto es, guerreros y oradores, conquistadores y defensores de la libertad, héroes de la monarquia antigua y de la República, y en fin, cuatro generales de la revolucion, muertos en batalla, reuniendo así alrededor suyo las glorias de todos los tiempos y de todos los paises; como en torno de su gobierno queria reunir á to-

dos los partidos, inclinacion que entonces se complacia en manifestar á cada instante.

Pero no debia él solo habitar el palacio de las Tullerías; sus dos cólegas habian de ocuparlo tambien. El consul Lebrun fué alojado en el pabellon de Flora. En cuanto al consul Cambaceres cuyo rango era superior al consul Lebrun, se negó á hospedarse en el palacio de los reyes. Este personaje de prudencia consumada, y el único tal vez de los hombres de aquel tiempo que no haya dado cabida á ilusiones, dijo á su cólega Lebrun.—Cometeríamos una falta en alojarnos en el palacio de las Tullerías, eso no nos conviene á nosotros, y por lo que hace á mí no iré de seguro. El general Bonaparte querrá muy pronto habitarlo solo, y nos veriamos obligados á salir de allí: mas vale no entrar.—Cambaceres no entró en efecto. é hizo que le diesen un buen alojamiento en la plaza del Carrousel, que conservó despues tan largo tiempo como Napoleon conservó el Imperio.

Cuando todo estuvo dispuesto, y algunos dias despues de la célebre ceremonia verificada en el cuartel de los inválidos, determinó el primer consul tomar públicamente posesion de las Tullerías; y lo hizo con gran solemnidad.

El 19 de febrero (30 de pluvioso) dejó el Luxemburgo para trasladarse al nuevo palacio, precediéndole y siguiéndole un acompañamiento respetable. Los brillantes regimientos que habian venido de Holanda á la Vendée, y desde la Vendée á Paris, y que iban á adquirirse glorias por la centésima vez en las llanuras de Alemania y de Italia, abrian la marcha, mandados por Lannes,

Murat y Bessieres. Seguian despues en coches, casi todos de alquiler, los ministros, el Consejo de estado, y todas las autoridades públicas; y últimamente los tres cónsules en una hermosa carroza tirada por seis caballos blancos, los cuales tenian una circunstancia especial y oportuna: eran los mismos que el emperador de Alemania habia regalado al general Bonaparte con motivo de la paz de Campo-Formio. El general habia tambien recibido de aquel principe un magnifico sable, que tuvo cuidado de ceñirse aquel dia. De esta manera ostentaba en torno suyo todo lo que recomendaba al guerrero pacificador. La multitud que obstruía las calles y las avenidas del palacio de las Tullerías, le recibió con vivas aclamaciones. Estas aclamaciones eran sinceras, porque saludaban en Bonaparte á la gloria de la Francia y el principio de su prosperidad. Al llegar al Carrousel, el coche de los cónsules fué recibido por la guardia consular y pasó por delante de dos cuerpos de guardia construidos, el uno á la derecha, y el otro á la izquierda de la plaza de palacio; en uno de ellos permanecia aun la siguiente inscripcion: LA MONARQUIA ESTÁ ABOLIDA EN FRANCIA, Y JAMÁS SE RESTABLECERÁ.

Apenas entró el primer consul en la plaza, montó á caballo, y pasó revista á las tropas que estaban formadas en frente del palacio; al llegar delante de las banderas de las medias brigadas, 96, 43 y 30, banderas ennegrecidas y destrozadas por las balas, las saludó y fué saludado á su vez por las aclamaciones de los soldados. Despues de haber recorrido sus filas, se colocó delante del pabellon de Flora, y las vió desfilar. En uno

de los balcones del palacio estaban los cónsules, las principales autoridades y su familia, en fin, los que comenzaban á tener algun rango en el estado. Terminada la revista subió á su habitacion, y el ministro del interior le presentó las autoridades civiles, el ministro de la guerra, las autoridades militares y el ministro de marina, todos los oficiales marinos que se hallaban á la sazón en París. Despues hubo un banquete en las Tullerías y en casa de los ministros.

El servicio del palacio consular se arreglo del modo siguiente: un consejero de estado, antes ministro del interior Mr. Benezech, estaba encargado de la administracion general. Los ayudantes de campo, y especialmente Duroc, debian hacer los honores de la casa, y reemplazar á la multitud de los empleados de todas clases de que ordinariamente están plagados los palacios de los monarcas europeos. Cada quince dias, el 2 y el 17 de cada mes recibia el primer cónsul al cuerpo diplomático, y una vez en cada década en dias diferentes y horas determinadas, recibia á los senadores, á los individuos del Cuerpo legislativo, del Tribunalado, y del tribunal de Casacion. Los empleados que tenian que hablarle debian dirigirse á los ministros de quienes dependian para que los presentasen. El 2 de ventoso (21 de febrero), dos dias despues de su instalacion en las Tullerías, recibió en audiencia al cuerpo diplomático. Rodeado de un numeroso estado mayor, y en medio de los dos cónsules vió presentarse los ministros de los estados que no estaban en guerra con la República. Introducidos por Mr. Benezech, y presentados por el ministro de ne-

gocios extranjeros, entregaron sus credenciales al primer consul, quien las pasó á manos del ministro, poco mas ó menos como hacen los soberanos de los gobiernos monárquicos. Los agentes extranjeros que figuraron en esta audiencia, eran el señor de Muzquiz embajador de España; Mr. de Sandoz-Rollin, ministro plenipotenciario de Prusia, Mr. de Schimmelpenninck, embajador de Holanda; Mr. de Serbellone, enviado de la República Cisalpina; y últimamente los encargados de negocios de Dinamarca, Suecia, Suiza, Baden, Hesse-Cassel, Roma, Génova etc. (*Monitor* del 4 de ventoso, del año VIII). Concluida la presentación, todos los ministros fueron á cumplimentar también á madama Bonaparte.

Cada cinco dias pasaba revista el primer consul á los regimientos que atravesaban á París para dirigirse á las fronteras. Entonces era cuando se dejaba ver á las tropas y al pueblo, siempre deseoso de acudir á contemplarle. Delgado, pálido é inclinado sobre su caballo, interesaba y sorprendía á la vez por la gravedad y tristeza de su rostro, y por una apariencia de falta de salud que empezaba á dar mucho cuidado, porque jamás la existencia de hombre alguno habia sido tan deseada como la suya.

Después de estas revistas eran admitidos á su mesa la oficialidad del ejército, los ministros extranjeros, los individuos de las asambleas, los magistrados y empleados de alta categoría; en todos estos convites reinaba un lujo moderado, porque todavía en aquella corte naciente no habia damas de honor, ni gentiles-hombres de servicio, y la etiqueta era en ella severa aunque un tanto afec-

tada. Abandonáronse voluntariamente los usos del Directorio, bajo el cual una imitación ridicula de las costumbres antiguas, junta con la disolución de las costumbres presentes, habia dejado sin dignidad alguna á la representación exterior del gobierno. Aquí todo el mundo permanecía callado, todo el mundo observaba y seguía con la vista al personage extraordinario que habia ya ejecutado tan grandes cosas, y que hacia esperar otras mucho mayores, aguardando siempre sus preguntas para contestar á ellas con deferencia.

Al dia siguiente de haberse establecido en las Tullerías, el general Bonaparte recorriéndolas con su secretario Mr. de Bourrienne, le dijo: «Bourrienne, héos ya en el palacio de las Tullerías!.... Ahora solo nos falta permanecer en él.»

LIBRO TERCERO.

Ulma y Génova.

Preparativos de guerra.—Fuerzas de la constitucion en 1800.—Ejército del baron de Melas en Liguria, y del mariscal de Kray en Suabia.—Plan de campaña de los austriacos.—Importancia de la Suiza en esta guerra.—Plan del general Bonaparte.—Forma la resolucion de aprovecharse de la Suiza, para caer sobre el flanco de Mr. de Kray, y sobre la retaguardia de Mr. de Melas.—Papel que destina á Moreau y el que se destina á si mismo.—Creacion del ejército de reserva.—Instrucciones á Massena.—Principio de las hostilidades.—El baron de Melas ataca al ejército de Liguria sobre el Apenino, y lo divide en dos mitades, una de las cuales es rechazada hácia el Var y la otra hácia Génova.—Massena, encerrado en Génova, se prepara á hacer una resistencia obstinada.—Descripcion de Génova.—Combates heroicos de Massena, instancias del primer consul hechas á Moreau para empeñarle á principiar las operaciones en Alemania, á fin de poder socorrer á Massena lo mas pronto posible.—Paso del Rin por cuatro puntos.—Moreau logra reunir de tres á cuatro cuerpos de ejército, y ataca en Engen y Stocach, á los austriacos.—Batallas de Engen y de Møsskirch.—Retirada de los austriacos sobre el Danubio.—Encuentro de Sain-Cir en Biberach.—Mr. de Kray se establece en el campo atrincherado de Ulma.—Moreau maniobra para desalojarle de él.—Movimientos desafortunados de Moreau, que afortunadamente no producen ningun resultado desagradable.—Moreau encierra definitivamente á Mr. de Kray en Ulma, y toma una fuerte posicion delante de Ausburgo, á fin de esperar el resultado de los acontecimientos de Italia.—Resumen de las operaciones de Moreau.—Carácter de este general.

Despues de haber dirigido á la Europa vivas instancias para obtener la paz, instancias que no

habrian sido honrosas á no hacerlas un general cubierto de gloria, no quedaba al primer consul otro partido que el de la guerra; preparada por lo demas, con grande actividad durante todo el invierno de 1799 á 1800 (año VIII) esta guerra fué á la vez la mas legitima y una de las mas gloriosas de aquellos tiempos heroicos.

El Austria aunque observando en las formas mayor templanza que la Inglaterra, habia no obstante venido á parar en las mismas conclusiones que ella, y rehusado la paz. La vana esperanza de conservar en Italia la situacion ventajosa que debia á las victorias de Suwarou, los subsidios ingleses, la opinion errónea de que la Francia, escasa de hombres y de dinero, no podia sostener otra campaña; pero sobre todo la obstinacion fatal de Mr. Thugul que representaba al partido de la guerra en Viena con tanto teson como Mr. Pitt en Lóndres, y que mostraba en este asunto mucha mas pasion personal que verdadero patriotismo, todas estas causas reunidas habian arrastrado al gabinete austriaco, á cometer una de las faltas mas graves en política como es el no aprovecharse de una buena situacion para negociar. Menester era una ceguedad grandisima para creer que los triunfos debidos á la incapacidad del Directorio, se obtendrian igualmente de un gobierno nuevo, ya completamente reorganizado, activo hasta un grado prodigioso y dirigido por el primer capitán del siglo.

El archiduque Carlos, que á sus verdaderos talentos militares reunia mucha moderacion y modestia, habia señalado de antemano todos los peligros inherentes á la continuacion de la guerra

y la dificultad de hacer frente al célebre adversario que iba á entrar de nuevo en la lid. La única respuesta que se le dió fué despojarle del mando de los ejércitos austriacos, privándose así del único general que podia dirigirlos con alguna probabilidad de buen éxito, y para disimular en cierto modo, la desgracia en que acababa de incurrir se le confirió el título de gobernador de Bohemia; pero el ejército imperial lamentaba amargamente la ausencia de este principe, á pesar de habersele dado por sucesor al barón de Kray, que tanto se habia distinguido en la última campaña de Italia. Mr. de Kray era un oficial valiente, entendido, experimentado y no se mostró indigno del mando que acababan de confiarle.

Para llenar el hueco que los rusos habian dejado en las filas de la coalicion, el Austria, secundada por los subsidios de la Inglaterra, obtuvo de los estados, del Imperio un suplemento de fuerzas bastantes considerables. Por un tratado particular, firmado en 16 de marzo por Mr. Wickham ministro británico cerca del elector de Baviera, se obligó este principe á proporcionar además de su contingente legal como individuo del Imperio, un cuerpo supletorio de doce mil bávaros; y por otro tratado del mismo género, firmado el 20 de abril por el duque de Wurtemberg, quedó reforzado el ejército con seis mil wurtemburgueses: finalmente el 30 de abril el mismo negociador obtuvo del elector de Maguncia un cuerpo de cuatro á seis mil hombres, con las mismas condiciones pecuniarias. Además de los gastos de alistamiento, equipo y manutencion de sus tropas, la Inglaterra garantizaba á los

principes alemanes coaligados, que no se entablaria sin su participacion tratado alguno con la Francia, obligándose además á hacer que se les restituyesen sus estados, cualquiera que fuese la suerte de la guerra, sin mas retribucion por parte de ellos que la de no escuchar proposicion alguna de paz que se les hiciese por separado.

En cuanto á la calidad de estas tropas alemanas, las de Baviera eran las mejores, siguiendo despues las de Wurtemberg, pues las tropas de Maguncia eran milicias indisciplinadas y sin valor. Aparte de estos contingentes regimentados, se habia escitado á los campesinos de la Selva Negra, á tomar las armas, atemorizándolos con los estragos causados por los franceses, que en aquella época devastaban mucho menos que los imperiales los campos cultivados de la desventurada Alemania.

El ejército imperial de Suabia, comprendiendo en él á todos aquellos auxiliares, ascendia sobre poco mas ó menos, á ciento cincuenta mil hombres, de los cuales treinta mil guarnecian las plazas, y ciento veinte mil, formaban el ejército activo. Hallábase provisto de una artilleria numerosa, buena aunque inferior á la francesa, y sobre todo de una soberbia caballería, como la que ha habido siempre en los ejércitos austriacos. El emperador de Austria contaba además con ciento veinte mil hombres en Lombardía, bajo el mando del barón de Melas. Las escuadras inglesas, reunidas en número considerable en el Mediterráneo, y cruzando sin cesar el golfo de Génova, apoyaban todas las operaciones de los austriacos en Italia, debiendo llevarles un cuerpo auxiliar de

ingleses y de emigrados, reunido entonces en Mahon, y que, segun se decia, constaba de veinte mil hombres. Hábiase acordado que este cuerpo desembarcaria en Tolon, si el ejército imperial encargado de operar sobre el Apenino, lograba pasar la línea del Var.

Habiase esperado incorporar algunas tropas rusas á otras inglesas, y situarlas sobre las costas de Francia, para promover levantamientos en Bélgica como en Bretaña y en la Vendée, pero la inaccion demasiado voluntaria de los rusos y pacificacion de la Vendée, habian frustrado esta operacion con la que no poco contaban los aliados.

Resulta, pues, que el ejército que debia proseguir la guerra contra la Francia, constaba poco mas ó menos de trescientos mil hombres, ciento cincuenta mil en Suabia, ciento veinte mil en Italia, y veinte mil en Mahon, secundados por toda la marina inglesa. Esta fuerza, preciso es decirlo, hubiera sido muy insuficiente contra la Francia reorganizada y en posesion de todos sus medios; pero contra la Francia apenas salida del caos donde la habia lanzado la debilidad del Directorio, era una fuerza considerable, y con la cual se habria podido obtener grandes resultados, si se hubiera sabido emplearla. Menester es añadir que era una fuerza real y efectiva, espuesta á sufrir pocos descalabros, porque los trescientos mil hombres de que se componia, estaban estenuados de cansancio y se habian trasladado á la misma frontera que debian atacar: circunstancia importantísima, porque todo ejército que por primera vez sale á campaña, resiste dificilmente las primeras fatigas de la guerra, y si tiene que hacer

mas de una jornada para ir á pelear, se disminuye en proporcion de las distancias que debe recorrer.

Vamos á dar á conocer la distribucion de las tropas coaligadas, y el plan de sus operaciones.

Mr. de Kray, á la cabeza de los ciento cincuenta mil hombres que mandaba ocupaba la Suabia, colocado en medio del ángulo que el Rhin forma en este pais, cuando despues de haber corrido de este á oeste, desde Constanza hasta Basilea, vuélvese repentinamente para correr al norte desde esta ciudad á Strasburgo. En esta situacion teniendo Mr. de Kray á su flanco izquierdo la Suiza y á su derecha la Alsacia, observaba todas las embocaduras del Rhin por donde los ejércitos franceses podian penetrar en Alemania, sin que fuese su intencion atravesar este rio para invadir el suelo de la República, pues su papel debia ser menos activo al principio de la campaña, quedando reservada la iniciativa de las operaciones, al ejército de Italia, cuya fuerza ascendia á ciento veinte mil hombres, y que estimulado por los triunfos que habia obtenido en 1799, habia llegado hasta el pie del Apenino. Este mismo ejército debia bloquear á Génova, ocuparla si era posible, atravesar en seguida el Apenino y el Var, y presentarse delante de Tolon donde los ingleses y emigrados del mediodia dirigidos por el general Willot, uno de los proscripitos de fructidor, debian reunirse con los austriacos. Mucho lisongeaba á los ingleses otra invasion en esa provincia de Francia, donde teniamos nuestro primer establecimiento marítimo, y á ellos debe atribuirse en gran parte aquel proyecto despues tan criticado.

Suponíase generalmente que cuando el ejército austriaco de Italia, el cual gracias al clima de la Liguria, podía principiar la campaña antes que el de Suabia, hubiese penetrado en Provenza, el primer consul desguarnecería el Rhin para cubrir el Var, y que el mariscal de Kray tendría entonces la más favorable coyuntura para entrar en acción. Hallándose así la Suiza desbordada y como entre dos ejércitos victoriosos, debía caer naturalmente, sin que hubiese necesidad de renovar contra ella los esfuerzos importantes de la campaña anterior. Las proezas de Lecourbe y de Massena en los Alpes habían hecho cobrar á los austriacos mucho disgusto á toda operacion en grande, especialmente dirigida contra la Suiza, pues se quería limitarse á la simple observacion respecto de esta provincia, debiendo encargarse de este cuidado en Suabia el ala izquierda del mariscal de Kray, y hacerlo mismo en Lombardia la caballería del baron de Melas que era inútil en el Apenino. El plan de los austriacos consistía pues, en contemporizar en Suabia, operar cuanto antes en Italia y avanzar por este lado hasta el Var, y despues, cuando los franceses atraídos hácia este punto desguarnecieran el Rhin, atravesar el río, avanzar entonces en dos masas, la una al este por Basilea y la otra al mediodia por Niza, y allanar de este modo, sin necesidad de ataque, la formidable barrera de la Suiza.

Los hombres que pueden ser jueces en materia de operaciones militares, han criticado mucho á la Austria por haber descuidado la Suiza dejando así al general Bonaparte una puerta abierta por donde pudiera penetrar y arrojar sobre el

flanco del mariscal Kray y sobre la retaguardia del baron de Melas. Nosotros creemos como podrá juzgarse pronto por la esposicion de los hechos, que ningun plan, por mas probabilidades de seguridad que ofreciese, era posible en presencia de un general Bonaparte, y con el inconveniente irreparable de hallarse la Suiza en poder de los franceses.

Para apreciar debidamente esta memorable campaña, y juzgar con algun acierto los movimientos de las partes beligerantes, preciso es figurarse exactamente la posicion de la Suiza, y la influencia que necesariamente debía ejercer sobre las operaciones militares, sobre todo en el punto y sazón á que estas habían llegado.

Los Alpes comienzan á levantarse en medio del continente europeo hácia las fronteras orientales de la Francia. Prolóngase luego hácia el este, separando la Alemania de la Italia, dejando á un lado el Danubio y sus afluentes, y al otro el Pó y demas riachuelos, tributarios de este gran río. La parte de los Alpes mas inmediata á la Francia es la que forma la Suiza, y la prolongacion de estos montes constituye el Tirol, que hace siglos pertenece á la Austria.

Cuando los ejércitos austriacos se dirigen hácia la Francia se ven obligados á subir el valle del Danubio por un lado, y el del Pó por el otro, separados en dos masas que se adelantan por la larga cadena de los Alpes. Cuando están en Baviera y en Lombardia, estas dos masas pueden comunicarse al través de los Alpes por el Tirol, que pertenece al emperador; pero cuando llegan á Suabia sobre el alto Danubio, y al Piamonte por

el Pó superior; hállanse separadas una de otra, sin comunicacion posible al través de los Alpes, porque la Suiza, independiente y neutral, les está ordinariamente vedada.

Esta neutralidad de la Suiza es un obstáculo que la política de Europa ha colocado sabiamente entre Francia y Austria para disminuir los puntos de ataque entre estas dos tan formidables potencias. Si en efecto la Suiza está abierta al Austria, esta puede avanzar sus ejércitos, teniendo libre comunicacion desde el valle del Danubio hasta el Pó, y amenazando las fronteras de la Francia desde Basilea hasta Niza: peligro gravísimo para la Francia, porque se ve obligada á estar siempre alerta por todas partes, desde las bocas del Rhin hasta las del Ródano; cuando por el contrario, si los Alpes suizos están cerrados puede concentrar todas sus fuerzas por el Rhin, despreciando el ataque que pueda recibir por el mediodía, pues jamás los imperiales han podido dar feliz cima á una operacion sobre el Var, á causa del demasiado rodeo que es necesario dar. Grande es pues para la Francia la ventaja de la neutralidad Suiza. No lo es sin embargo menos, y acaso pueda serlo mas para el Austria.

En efecto, si la Suiza llega á ser el teatro de las hostilidades, el ejército francés es el que puede invadirla primero, y como su infantería es inteligente, ligera, aguerrida, y tan apropiado para la guerra de montañas como para la de llanuras, cuenta con muchas probabilidades de mantenerse en ella, y de esto es una prueba la misma campaña de 1799. Efectivamente, si los Alpes son atacados por la gran cordillera del lado de la

Italia, el ejército francés puede oponer la resistencia que Lecourbe opuso á Suwarou en las gargantas de San Gotardo; si son atacados por el lado de la Alemania, por la parte baja puede oponer detrás de los lagos y los rios la resistencia que Massena opuso detrás del lago Zurich, la cual acabó por la memorable batalla de este nombre. Véase pues, que cuando el ejército francés se hace dueño de la Suiza, ocupa una situacion de las mas amenazadoras, y de la que puede muy bien aprovecharse para conseguir resultados extraordinarios como veremos muy pronto en la relacion de las operaciones del general Bonaparte.

En efecto, los dos ejércitos austriacos, que se hallan el uno en Suabia y el otro en Piamonte, separados por toda la estension de la Suiza, carecen de todo medio de comunicacion entre sí, y los franceses desembocando por un lado por el lago de Constanza, y por los grandes Alpes por el otro, pueden arrojarse ó sobre los flancos del ejército de Suabia, ó sobre la retaguardia del de Italia; peligro imposible de evitar cualquiera que sea el plan que se adopte, á menos de volver cincuenta leguas atrás y retroceder hasta Baviera por un lado, de Lombardia por otro.

Habria sido pues necesario que los austriacos hiciesen una de estas tres cosas: ó que perdiendo las ventajas de la última campaña, nos abandonasen á la vez la Suabia y el Piamonte; ó que negándose á este sacrificio, procuraran apoderarse de la Suiza por medio de un ataque principal, lo cual no podian conseguir, porque era atacar de frente á un obstáculo casi invencible, contra el que ya se habian estrellado otras tenta-

tivas; ó finalmente, que se dividieran como se dividieron en dos grandes ejércitos, separados por la Suiza, que así se hallaba colocada sobre sus flancos y su retaguardia. Cierta que hubieran podido, abrazando este último partido, disminuir considerablemente uno de los dos ejércitos para engruesar el otro, no dejando por ejemplo al baron de Melas sino muy pocos medios, los suficientes para contener á Massena, y aumentar hasta doscientos mil hombres el ejército de Suabia: ó hacer lo contrario, reuniendo sus principales fuerzas en el Piamonte; pero en el un caso era entregar la Italia, la Italia objeto único y premio ardientemente codiciado de la guerra, y en el otro el abandonar sin combate el Rhin, la Selva Negra y las fuentes del Danubio, y acortar á los franceses el camino de Viena; y en ambos casos era finalmente darnos la ventaja á nosotros, porque aumentar uno de los dos ejércitos hasta doscientos mil hombres, equivalía á dar la victoria á aquella de las dos potencias que contaba el general Bonaparte en su favor. El era en efecto el único general que podia entonces mandar doscientos mil hombres á la vez.

No habia pues plan alguno enteramente seguro para el Austria, siendo como eran los franceses dueños de la Suiza, lo cual, para decirlo de paso, prueba que la neutralidad Suiza es provechosa al interés de ambas potencias; pues en efecto aumenta sus medios de defensa disminuyendo los ofensivos, ó lo que es lo mismo, da á su seguridad todo lo que quita á su poder agresivo. Nada mejor podria hacerse en beneficio de la paz general.

Los austriacos pues no tenian muchos partidos entre que elegir; y á pesar de cuanto se haya dicho, tomaron acaso el único posible decidiéndose á contemporizar en Suabia, á operar vivamente en Italia, quedando separados por el obstáculo de la Suiza que les era imposible hacer desaparecer. Pero en esta posicion habia mas de una manera de conducirse, y es preciso reconocer que no adoptaron la mejor, que no supieron siquiera preveer ninguno de los peligros que les amenazaban. Obstinándose en creer que los ejércitos franceses carecian de todo recurso; no suponiendo al de Alemania capaz de tomar la ofensiva y pasar el Rhin, teniendo al frente ciento cincuenta mil austriacos apostados en la Selva Negra; suponiendo mucho menos que pudiera atravesar los Alpes, sin camino y en la estacion de las nieves; no viendo por otra parte al tercer ejército que pudiera intentar atravesarlos, se entregaron á una confianza que llegó á ser muy fatal para ellos. Fuerza es reconocer sin embargo, si hemos de ser justos, que muchas personas se hubieran engañado como ellos, porque su seguridad reposaba sobre obstáculos aparentemente invencibles; pero pronto los enseñó la esperiencia que enfrente de un adversario como el general Bonaparte, era ilusoria, y aun podia ser mortal cualquiera seguridad, aunque se fundase en barreras insuperables, como lo son los rios ó montañas de hielo.

La Francia tenia dos ejércitos: el de Alemania, que con la reunion de los ejércitos del Rhin y Helvecia ascendia á ciento treinta mil hombres, y el de Liguria reducido á cuarenta mil á lo sumo.

Cierto es que existían en las tropas de Holanda, de la Vendée y de lo interior los elementos para un tercer ejército; pero hallábanse esparcidos y distantes unos de otros, y solo una esquisita habilidad administrativa podía reunirlos á tiempo, y sobre todo de improviso, en el punto en que era necesaria su presencia. El general Bonaparte imaginó emplear estos diversos medios de la manera que sigue:

Massena, con el ejército de Liguria, no aumentado sino socorrido solamente con viveres y municiones, tenía orden de mantenerse en el Apenino entre Génova y Niza, y mantenerse allí como en unas Termópilas. El ejército de Alemania bajo las órdenes de Moreau, acrecentado todo lo posible, debía hacer demostraciones falsas de querer pasar el Rhin, marchar por todos los puntos comprendidos desde Strasburgo á Basilea, y de Basilea á Constanza; en seguida marchar rápidamente por detrás de la barrera que forma este río, subirlo por la orilla hasta Schaffouse, echar allí cuatro puentes á la vez; caer en masa sobre el flanco del mariscal Kray, sorprenderlo, empujarlo en desórden sobre el alto Danubio, adelantársele si era posible, cortarle el camino de Viena, envolverlo tal vez y hacerle sufrir uno de esos desastres memorables de que ha habido mas de un ejemplo en este siglo.

Si el ejército de Moreau no tenía esta felicidad, podía sin embargo arrojar al mariscal Kray sobre Ulma y Ratisbona, obligarlo de este modo á bajar el Danubio y alejarlo de los Alpes, de suerte que no pudiese enviar jamás allí ningun socorro. Hecho esto tenía orden de destacar su ala

derecha hácia la Suiza para secundar la peligrosa operacion cuya ejecucion se reservaba el general Bonaparte. El tercer ejército llamado de reserva, cuyos elementos apenas existian, debía formarse en Génova y Dijon, y esperar allí el resultado de los primeros acontecimientos, dispuesto á socorrer á Moreau en caso de necesidad. Pero si Moreau realizaba por lo menos una parte de su plan, este ejército de reserva, trasladándole bajo las órdenes del general Bonaparte á Ginebra, y desde Ginebra al Valés, dando la mano al destacamento sacado del ejército de Alemania, y pasando en seguida el monte de San Bernardo por encima de los hielos y las nieves, debía por medio de un prodigio mayor que el de Annibal, caer sobre el Piamonte, sorprender por la retaguardia al baron de Melas, ocupado á la sazón en sitiár á Génova, envolverlo, darle una batalla decisiva, y si la ganaba obligarlo á rendir las armas.

De seguro si la ejecucion correspondia á semejante plan, podia decirse que jamás concepcion mas bella honró el genio de ningun guerrero antiguo ó moderno; pero la ejecucion solo es la que da valor á las grandes combinaciones militares, porque privadas de este mérito no son mas que vanas quimeras.

La ejecucion aquí consistia en vencer infinidad de dificultades, en la reorganizacion de los ejércitos del Rhin y de Liguria, en la creacion del ejército de reserva, en guardar el mas inviolable secreto sobre la creacion y destino de este; en fin, en el doble paso del Rhin y de los Alpes, atrevida empresa que sobrepujaba á cuanto de mas extraordinario pudo intentar el arte de la guerra.

El primer cuidado del general Bonaparte había sido reclutar el ejército, reducido á doscientos cincuenta mil hombres por las deserciones en el interior, las enfermedades y el fuego, cosa que apenas se creeria, en momentos en que se hacia frente á una coaliccion general, si documentos auténticos no la comprobasen. Afortunadamente estos doscientos cincuenta mil hombres eran todos aguerridos y capaces de luchar contra un enemigo superior en número. El primer consul había pedido cien mil conscriptos al Cuerpo legislativo, el cual guiado de un sentimiento patriótico que le hace mucho honor, se los concedió sin oponer el menor reparo ni la mas leve dilacion. La guerra era tan legítima y tan evidentemente necesaria, rechazadas las proposiciones de paz, que la mas ligera vacilacion hubiera sido criminal; pero por fortuna no hubo que temerla por parte del Cuerpo legislativo, ni del Tribunado, cuya actividad rayó en entusiasmo. Estos cien mil jóvenes conscriptos interpolados con doscientos cincuenta mil veteranos debian formar un ejército escelente. Los prefectos nuevamente instituidos, hechos ya cargo de sus destinos, desplegaban en el reclutamiento una actividad que jamás se había conocido en esta clase de operaciones; pero estos conscriptos no podian presentarse en sus respectivos cuerpos, instruidos y aptos para servir antes de cinco ó seis meses. El partido que tomó el primer consul fué detener en lo interior los cuerpos que mas habían sufrido en la guerra, y emplearlos como cuadros, en los que colocaria á los nuevos soldados. Encaminó por el contrario hácia la frontera á los cuerpos capaces de entrar en campaña, teniendo sumo cuidado de

trasladar de las filas de los que podian permanecer en lo interior á las de los que iban á pelear á todos los soldados que se hallaban en estado de servicio; y aun obrando de este modo apenas podia hallar doscientos mil hombres capaces de entrar inmediatamente en campaña: pero esto era bastante bajo su mano poderosa y hábil.

Al mismo tiempo apeló á los sentimientos patrióticos de la Francia, y dirigiéndose á los soldados de las primeras quintas, á quienes el desaliento general, forzosa consecuencia de nuestros descalabros, había vuelto á sus hogares, hizo ingresar otra vez en las filas á los que se habían marchado sin licencia, escitó el celo de los que la habían obtenido, y procuró estimular la aficcion á la milicia entre todos los jóvenes, cuya imaginacion se inflamaba fácilmente al nombre solo del general Bonaparte. Aunque el entusiasmo de los primeros dias de la revolucion se había resfriado bastante, la vista del enemigo en nuestras fronteras reanimaba el valor, y no era por cierto despreciable recurso el que podia sacarse todavia de la abnegacion de los voluntarios.

A estas providencias que el primer consul dió sobre el reclutamiento, añadió algunas reformas útiles á la administracion y organizacion del ejército. Creó desde luego los inspectores de revistas cuyo cargo consistia en comprobar el número de los soldados presentes en las filas, é impedir que el tesoro pagase los que solo constaban en la lista. Hizo en la artilleria un cambio de la mayor importancia. Los trenes de esta arma eran arrastrados entonces por carreteros que pertenecian á compañías de transportes, á quienes no conte-

niendo como á los demas soldados el sentimiento del honor, cortaban al primer peligro los atalagas de sus caballos, y huían, dejando sus cañones en manos del enemigo. Pensando el primer consul que el conductor encargado de conducir la pieza al lugar del combate, presta un servicio tan importante como el mismo artillero que la usa, que corre el mismo peligro y necesita del mismo móvil moral, esto es el honor; convirtió á los carreteros en verdaderos soldados uniformados, y formando parte de los regimientos de esta arma; pudiendo contar ya con diez ó doce mil hombres montados que debían emplear tanto celo en conducir sus piezas delante del enemigo, ó retirarlas al punto en los casos de necesidad, como el que empleaban los mismos artilleros en cargarlas, apuntar y disparar. Esta reforma no estaba mas que principiada, y no podía dar sino hasta mas tarde todas sus útiles consecuencias.

La artillería y caballería necesitaban de caballos. El primer consul, no teniendo tiempo ni medios para comprarlos, dispuso una requisita extraordinaria de caballos, dura pero inevitable necesidad de la guerra. Los ejércitos debían proveerse primero de los caballos que había á su alrededor, y despues de los que pudieran encontrarse en las provincias circunvecinas.

El primer consul había enviado á Massena los fondos de que se podía disponer para acudir al socorro del desgraciado ejército de Liguria. De sesenta mil hombres de que se componía por la reunion del ejército de Lombardia y el de Nápoles, despues de la sangrienta batalla de la Trébbia había quedado reducido por la miseria á cuaren-

ta mil hombres á lo sumo, no presentando sino poco mas de treinta mil combatientes. La escasez de los granos era estremada, pues no podían recibirse ni del Piamonte, que ocupaban los austriacos, ni transportarse por mar, guardado por los ingleses. Estos infelices soldados no contaban para alimentarse, sino con las cosechas del Apenino, que como todo el mundo sabe eran casi nulas. No querían entrar en los hospitales, donde faltaban hasta los primeros alimentos, y se les veía en el camino de Niza á Génova, devorados por el hambre y la fiebre, presentando el mas doloroso de los espectáculos, el de soldados aguerridos á quienes la patria que ellos defienden deja morir de miseria.

Provisto Massena de los fondos que el gobierno la había enviado, hizo algunas contratas en Marsella, adquirió todos los granos que contenía esta ciudad, y los remitió á Génova. Desgraciadamente durante este invierno, los vientos tan rigorosos como el enemigo, estorbaban no poco la navegacion de Marsella á Génova, y reemplazaban en cierto modo el bloqueo que los ingleses no podían continuar á causa de la mala estacion. Sin embargo, como la casualidad hiciese que llegasen algunos cargamentos, volvióse á dar racion de pan á las tropas de la Liguria. Habíaseles enviado además armas, zapatos, vestuarios, y sobre todo esperanzas. En cuanto á la energia militar, nada había que hacer para inspirársela: porque jamás la Francia había visto soldados que sufriesen con mayor resignacion y firmeza las fatigas y los reverses de la guerra. Aquellos vencedores de Castiglioni, Arcola y Rívoli habían soportado sin des-

mayar las derrotas de Cassano, de Novi y de la Trebbia, el temple de alma que habian adquirido no habia podido alterarse bajo los reveses de la fortuna. Por lo demas, la presencia del general Bonaparte á la cabeza del gobierno y del general Massena á la del ejército, les hubieran infundido el valor suficiente, si hubiese sido necesario. Lo único que hacia falta era alimentarlos, vestirlos y armarlos, y entonces se obtendrian de ellos los mayores servicios; y para lograr este objeto se hizo cuanto podia hacerse. Massena logró restablecer la disciplina algo relajada entre ellos por medio de algunos actos de severidad, y reunió sobre treinta mil hombres, impacientes de volver á pisar bajo sus órdenes el camino de la fértil Italia.

El primer consul le prescribió una conducta hábilmente concebida. Tres eran los pasos que conducian al través del Apenino, desde la vertiente continental á la marítima; el primero de ellos era el de la Bochetta que desembocaba en Génova; el de Cadivona, en Savona; y el de Tenda, en Niza. El primer consul encargó á Massena que dejase solamente cortos destacamentos en la garganta de Tenda y en la de Cadibona; destacamentos que bastasen para estar en observacion, y que se concentrase con veinte y cinco ó treinta mil hombres sobre Génova, cuya ciudad estando ocupada por fuerzas suficientes, era muy poco probable y sobre todo muy poco temible una invasion en el mediodia de la Francia; porque los austriacos no habian de ser tan temerarios que avanzasen mas allá del Var hácia Tolon y las bocas del Ródano, dejando á Massena á su retaguardia.

Ademas podia muy bien este general caer con sus treinta mil hombres reunidos sobre los cuerpos que atravesasen los desfiladeros del Apenino. Era difícil atendida la naturaleza del terreno que solo ofrecia un paso estrecho y escarpado, que encontrase mas de treinta mil hombres á la vez. Tenia pues, la probabilidad de hacer frente por donde quiera al enemigo, y si bien es verdad que tan excelente plan no era por desgracia realizable sino por parte de un general que hubiese tenido la prodigiosa habilidad del vencedor de Montenotte, el primer consul estaba sin embargo seguro de tener en Massena un vencedor obstinado de las alturas del Apenino, y preparar combinaciones que detuviesen al baron de Melas en Liguria todo el tiempo que exigiese el bien combinado plan de campaña.

Necesario es sin embargo confesar que se trató al ejército de Liguria como destinado al sacrificio, pues no se le envió ni un solo hombre mas, ni se le dió otro material que el puramente necesario. A otra parte, pues, se dirigian los principales esfuerzos del gobierno, porque en otra parte era donde pensaba dar sus principales golpes. El ejército de Liguria estaba espuesto á perecer para dar á otros tiempo de salir victoriosos: terrible fatalidad de la guerra que pasa de unos á otros obligando á estos á morir para que aquellos vivan y triunfen.

El ejército tratado con mas particular esmero fué el que estaba destinado á operar en Suabia, bajo las órdenes de Moreau, pues no solamente le enviaron cuantos hombres y materiales se pudieron reunir, sino que se hicieron los mayores esfuerzos para dotarle de una artilleria completa y

facilitarle grandes medios de paso, á fin de ponerle en disposicion de pasar el Rhin de improviso y si era posible por un solo punto. El general Moreau de quien se ha dicho que estaba tan celoso el primer consul, iba pues á tener bajo sus órdenes al mas brillante y numeroso ejército de la República, que constaba de ciento treinta mil hombres, cuando el de Massena solo podia contar treinta y seis mil, y el del primer consul cuarenta mil á lo sumo. No era esto por lo demas una vana lisonja dirigida á la vanidad de Moreau: motivos mas graves habian determinado esta distribucion de fuerzas. La operacion destinada á arrojar al mariscal de Kray sobre Ulm y Ratisbona, era de la mayor importancia para el éxito general de la campaña; porque en presencia de estos dos poderosos ejércitos austriacos que avanzaban hacia nuestras fronteras, lo primero que debia hacerse era alejarlo de ellos para poder pasar los Alpes sobre la retaguardia del otro. Por tanto esta primera operacion no debia intentarse sino con medios decisivos que hiciesen el resultado infalible. El primer consul que tenia en grande estima á Moreau, pero que se estimaba mucho mas á si propio, puesto en el caso de que uno de los dos hubiese de carecer de estos medios, creyó poder pasarse sin ellos mas facilmente que Moreau. El impulso que en aquella ocasion le dirijia, era un sentimiento mejor que la misma generosidad cuando se trata de los grandes negocios del estado, porque era el interés de la causa pública, el que subordinaba todos los demas intereses particulares, principiando por el suyo propio. Este ejército del Rhin, aunque llevaba, como los demas de la República los harapos de la mi-

seria, era escelente, y habia sido reforzado con algunos conseriptos. Componíase en su mayor parte de esos soldados veteranos que bajo las órdenes de Pichegrú, Kleber, Hoche y Moreau habian conquistado la Holanda, las orillas del Rhin, pasado muchas veces este rio y aun aparecido en las márgenes del Danubio. Aunque no hubiera podido decirse sin gran injusticia que eran mas valientes que los del ejército de Italia, tenian sin embargo todas las cualidades de tropas aguerridas: una prudencia, una sobriedad, una disciplina y una instruccion que rivalizaban con su valar é intrepidez. Los gefes eran dignos de tales soldados. La formacion de este ejército en divisiones completas en todas armas y que obraban separadamente unas de otras, habia proporcionado á los generales mas de una ocasion en que poder dar relevantes muestras de su talento. Estos gefes de division, aunque iguales en mérito, distinguiábase no obstante por sus personales circunstancias. Contábanse en el número de estos famosos militares Lecourbe, el mas diestro de los oficiales de su tiempo en la guerra de montañas, ese mismo Lecourbe cuyo glorioso nombre repetian los ecos de los Alpes: Richepanse, que unia á un valor arrojado, una inteligencia singular, y que prestó muy pronto á Moreau en los campos de Hohenlinden el mas importante servicio que lugar-teniente alguno pudo prestar jamás á su general: Saint-Cyr, hombre de carácter frio y poco sociable, pero dotado de un talento profundo y de todas las demas circunstancias que puede reunir un buen general en gefe: alli estaba en fin ese jóven Ney, á quien un valor heroico, dirigido por un feliz instinto de la guerra, habia

hecho ya popular en todos los ejércitos de la República. A la cabeza de estos lugar-tenientes se hallaba Moreau, hombre tardo en concebir, indeciso á veces, pero de carácter firme, y cuya perplejidad terminaba casi siempre en una resolución prudente y enérgica, cuando se veía en frente del peligro. La experiencia le habia dotado de un exquisito tacto militar; pero mientras su genio guerrero tomaba incremento de dia en dia en medio de las fatigas y peligros de la guerra, su carácter político, accesible por su debilidad á todo género de influencias, habia sucumbido ya, y debia sucumbir mas todavía en las rudas pruebas de la política, pruebas que solo es dado dominar á las almas fuertes y á los talentos verdaderamente elevados. Por lo demás la funesta pasión de la envidia no habia alterado todavía la pureza de su corazón ni corrompido su patriotismo. Por su experiencia, por su hábito de mando y por su alta reputación, era, despues del general Bonaparte, el único hombre capaz en aquella época de mandar á cien mil soldados.

El plan de detall que le habia prescripto el primer consul consistia en desembocar en Suabia por el punto que le permitiese obrar mas desembarazadamente sobre el extremo izquierdo del mariscal de Kray, á fin de adelantarse á este, separarlo de la Baviera y encerrarlo entre el alto Danubio y el Rhin, en cuyo caso se veria irremisiblemente perdido el ejército austriaco de Suabia. Para llevar á cabo esta atrevida empresa, era preciso pasar el Rhin, no por dos ó tres puntos, sino por uno solo, el mas cerca posible de Constantza: operacion singularmente atrevida y difícil,

pues se trataba nada menos que de poner al otro lado del rio y en presencia del enemigo, cien mil hombres á la vez con todo su material de guerra, lo cual ningun general habia hecho antes de la batalla de Wagram con esa simultaneidad y resolución admirables. Era pues necesaria gran habilidad si habia de engañarse á los austriacos acerca del lugar elegido para atravesar el rio, y menester era mucha audacia para la ejecución de este proyecto, y finalmente no poca fortuna que es de lo que mas se necesita en una guerra. El primer consul habia mandado reunir en las afluencias del Rhin, y mas particularmente en las del Aar, multitud de barcos, con el objeto de echar tres ó cuatro puentes á la vez, á distancia de cien tocas unos de otros, lo único que faltaba era que el apático y poco atrevido Moreau comprendiera y abrazase semejantes combinaciones.

Despues de haber hecho el primer consul en favor de las tropas de Liguria y Alemania cuanto su infatigable celo le sugeria, se aplicó á sacar de la nada un ejército, que no tardó en acometer y dar cima á las mas arriesgadas empresas bajo la denominación de ejército de reserva.

Para que llenase su objeto era preciso no solamente crearlo, sino crearlo de una manera tan rápida que cuando se hallase formado, apenas hubiera quien quisiera creerlo. Vamos á ver los medios que se emplearon para obtener á un tiempo estos dos resultados.

El primer consul habia sabido encontrar en Holanda y en las fuerzas acumuladas en Paris por el Directorio, los medios necesarios para pacificar oportunamente la Vendée, y en este departamen-

topacificado supo hallar también los elementos necesarios para crear un ejército que repentinamente lanzado al teatro de las operaciones militares, habia de mudar necesariamente la suerte de las armas. En un despacho remitido al general Brune, comandante superior de la provincia del Oeste, le dirigia estas notables palabras, que tan cumplidamente espresaban su modo de obrar, asi como la de todos los grandes maestros en la ciencia de la administración y en el arte de la guerra: «Decidme si aparte de las cinco medias brigadas que os he pedido en mi última carta, podeis todavía disponer de una ó dos mas, en la inteligencia que se os devolverán dentro de tres meses. *Preciso es resolvernos á medir palmo á palmo la Francia, como en otro tiempo el valle del Adige.*» (14 de ventoso del año VIII.—5 de marzo de 1800. Archivo de la Secretaria de Estado.)

Aunque los ingleses debian haber quedado poco inclinados á hacer nuevos desembarcos en el continente, despues de su aventura en el Texel, y sobre todo desde que los rusos se habian separado de la coalicion, no se podia sin embargo entregarles sin medio alguno de defensa la vasta estension de nuestras costas desde Zuiderzée hasta el golfo de Gascuña, sobre todo estando tan reciente la pacificacion de la Vendée. Por tanto el primer consul dejó en Holanda algunas fuerzas en su mitad francesas y holandesas para guardar este pais tan precioso, confiando el mando de ellas á Augereau. Componiase este ejército de divisiones activas, completas en todas armas y prontas á ponerse en camino, de suerte que una vez asegurado, por la consecucion misma de las operaciones,

de que no era de temer desembarco alguno, el objeto de Augereau se reducía á subir otra vez el Rhin y cubrir la retaguardia de Moreau en Alemania. Entre los sesenta mil hombres reunidos desde las costas de Normandía hasta las de Bretaña y Poitou, escogió el primer consul las medias brigadas que mas detrimento habian sufrido en la guerra, y les encomendó el cuidado de vigilar el pais insurgente. Dedicóse ademas á reducir todo lo posible la fuerza efectiva de este cuerpo de ejército, trasladando al ejército activo los soldados capaces de servir, poniéndolos así en disposicion de recibir mayor número de conscriptos á quienes estas brigadas debian instruir al mismo tiempo que guardasen las costas. Distribuyó estas brigadas en cinco reducidos campamentos, cada uno de los cuales tenia su correspondiente dotacion de artillería, caballería é infantería, pudiendo marchar á la primera señal, mandados como estaban por buenos oficiales. Dos de estos campamentos estaban en Bélgica, uno en Lieja y otro en Maestricht, ambos destinados á contener la efervescencia é indignacion de aquel pais prontas á estallar contra el clero, y á coadyuvar si necesario fuese á la defensa de Holanda. Otro de ellos estaba en Lila, preparado á arrojarse sobre el Somma y la Normandía, otro en Saint-Ló, otro finalmente en Rennes. Este último era el mas numeroso de todos, pues contaba de siete á ocho mil soldados; los demas eran de cuatro á cinco mil, siendo el total de fuerzas que estos campamentos reunian sobre treinta mil hombres, que debian aumentarse hasta doble número por lo menos, con la llegada de los conscriptos. Al mismo tiempo debian egerecer

la policia en los países recién conquistados tales como la Bélgica, y en los países recién pacificados, como la Normandía, la Bretaña y el Poitou; pues el primer consul había mandado registrar los bosques para buscar en ellos las armas que pudiera haber ocultas. Con el atractivo de un enganche ventajoso había principiado á formar tres ó cuatro batallones, compuestos de todos los individuos que habían contraído en la lucha civil algunas costumbres guerreras, y reservábase la intencion de enviarlos á Egipto. Con respecto á los gefes habiales señalado á todos residencias distantes del teatro de la guerra civil, dulcificando la amargura de este destierro con pensiones mas suficientes para proporcionarles un verdadero bienestar.

Tomadas estas disposiciones, quedaban, sobre los sesenta mil hombres reunidos para la pacificación del interior, cerca de treinta mil soldados excelentes, incorporados á las medias brigadas que menos habían sufrido. Muchos de ellos habían vuelto á París, verificadas que fueron las operaciones dirigidas en Normandía contra Mr. de Frotte y los demás permanecían en Bretaña y en la Vendée. El primer consul formó con ellos tres hermosas divisiones, dos en Bretaña, Rennes y Nantes y la tercera en París, debiendo hallarse completas todas lo mas pronto posible, proveerse del material que hubiese á mano y proporcionarse en el camino todo lo demás que pudiese necesitar por los medios que vamos á decir. En virtud de las ordenes que estas divisiones habían recibido, debían dirigirse á la frontera del Este, midiendo la Francia, según la espresion del primer consul, como en otro tiempo el ejército de Italia

media el valle del Adige, y su llegada á Suiza se verificaría irremisiblemente en todo el mes de abril.

Otro recurso quedaba y eran los depósitos del ejército de Egipto, estacionados en el mediodía de la Francia, los cuales no habían podido enviar los reclutas á sus cuerpos por la imposibilidad de atravesar la mar, que continuaban guardando los ingleses. Destinando á estos depósitos á algunos conscriptos podían sacarse de ellos catorce batallones brillantes y á proposito para hacer la guerra. Dióse, pues, la órden de encaminarlos hacia Lion, tan luego como estuviesen completos, pudiendo contar desde entonces con otra division mas, y esta excelente y capaz de prestar muy buenos servicios.

Lo mas difícil, lo que requiere mas tiempo en la formacion de un ejército es indudablemente la organizacion de la artillería; y por lo que hace á esta arma, el primer consul cuyas intenciones eran formar el ejército de reserva en la parte del este, tenia en los depósitos de Auxonne, de Besanzon, y de Brianzon, los medios de reunir una fuerza de sesenta piezas de artillería con el personal y material correspondientes. Dos oficiales de esta arma muy entendidos, los generales Marmont y Gasendi que profesaban una verdadera adhesion á Bonaparte; salieron de París comisionados para preparar estas sesenta piezas en aquellos diferentes depósitos sin decir donde debían concentrarse y reunirse.

Faltaba indicar el punto de reunion á todas estas fuerzas diseminadas. Si se hubiera tratado de ocultar por medio del silencio tales preparati-

vos, lo único que acaso se hubiera conseguido era dar la señal de alarma; así es que lo que el primer consul hizo fué engañar al enemigo con el mismo ruido que iba á hacer. Insertó, pues, en el *Monitor* un decreto de los cónsules sobre la creacion de un ejército de reserva en Dijon, cuyo número debía ascender á sesenta mil hombres. Berthier que, como ya digimos, habia quedado libre con la entrada de Carnot en el ministerio de la guerra, partió en posta á Dijon para principiar la organizacion del mencionado ejército, hizose un llamamiento á los voluntarios antiguos de la revolucion, que despues de una ó dos campañas se habian retirado á sus hogares, escitando su patriotismo á fin de que se presentasen en Dijon, á donde se habian enviado con grande ostentacion algun material de guerra y pocos conscriptos, cuya instruccion principiò á cargo de los oficiales experimentados que se habian dirigido con anticipacion á aquel punto, presentando todo esto una apariencia de cuadros formales. Los mismos periodistas á quienes no se permitia hablar sino con mucha sobriedad de asuntos militares, tuvieron amplias facultades para hablar del ejército que se organizaba en Dijon, y llenaron las columnas de sus diarios con todas las particularidades que le eran concernientes; lo cual bastaba para atraer á Dijon los espías de toda Europa, que en efecto no dejaron de acudir en gran número.

Si las divisiones formadas en Nantes, Rennes y París con las tropas sacadas de la Vendée, si la division formada en Tolon, Marsella y Aviñon con los depósitos del ejército de Egipto; si la artilleria preparada en Besanzon, Auxonne y Brianzon

con los recursos de aquellos arsenales, se hubiesen reunido en Dijon, se habria descubierto el secreto del primer consul. Todo el mundo creia en la formacion del ejército de reserva, y esto era para él mas que suficiente, fuera de esto se habria guardado bien de obrar de la manera que lo hacia. Estas divisiones fueron encaminadas hácia Ginebra y Lausana por caminos diferentes, de tal suerte que la atencion pública no pudo fijarse particularmente sobre ningun punto. Aquellos cuerpos eran considerados en la opinion general como refuerzos destinados al ejército del Rhin, el cual estendiéndose como se entendia desde Strasburgo á Constanza, podia muy bien aparecer como el objeto á que se dirigian estos refuerzos. Los preparativos de el material dispuestos en los arsenales de Auxonne y de Besanzon pasaban por un suplemento de artilleria destinado al mismo ejército, y por último los que se hacian en Brianzon se creia pertenecer á las tropas de Liguria. El primer consul mandó que se hiciera una remesa de aguardiente á Ginebra; remesa que no indicaba mejor su objeto, puesto que nuestro ejército de Alemania tenia su base de operaciones en Suiza. Además mandó fabricar en los departamentos ribereños del Ródano dos millones de raciones de galleta, destinados á alimentar el ejército de reserva en medio de la esterilidad de los Alpes; y mientras un millon ochocientas mil de estas raciones subian secretamente por el Ródano hasta Ginebra, enviábanse con grande ostentacion doscientas mil á Tolon, para dar á entender que estas desusadas remesas se hacian para la marina. Finalmente las divisiones que se habian

puesto en marcha, conducidas lentamente y sin fatigarlas, pues en efectotenian la mitad de marzo y todo abril para hacer la travesía, iban recibiendo por el camino cuanto les hacía falta, respecto á calzado, vestuario, fusiles y caballos, porque el primer consul que tenia trazado en su mente el camino que debian seguir, y provisto cuidadosamente los medios que pudieran cubrir sus necesidades, habia dispuesto que en cualquiera de los pueblos por donde tenian que atravesar, hallasen prontos y eficaces socorros, ya de una especie, ya de otra, cuidando muy particularmente de no despertar la atencion con la acumulacion de viveres en un solo punto; y así hizo todo esto con tal sigilo y reserva, que la correspondencia referente á los preparativos no obraba en las oficinas de la guerra, sino que se sostenia solamente entre el primer consul y los gefes de los cuerpos, siendo portadores de ella ayudantes de campo de confianza, iban y venian en posta, lo veian todo con sus propios ojos, hacian todo por sí mismos, armados de las órdenes irresistibles del primer consul, y hasta ignorando el plan general cuya ejecucion tan poderosamente secundaban.

Profundamente guardado fué este secreto, porque encerrado entre el primer consul, Berthier y dos ó tres generales de artillería é ingenieros, á quienes habia sido forzoso iniciar en el plan de campaña, no era posible que ninguno de ellos lo revelase, porque el secreto es un acto de obediencia que obtienen los gobiernos, en proporcion del ascendiente que egercen, y bajo este concepto, el del primer consul no temia, ni podia temer

indiscrecion alguna. Los espías extranjeros que habian acudido á Dijon, no viendo en esta ciudad sino algunos conscriptos, reducido número de voluntarios, y tal cual oficial antiguo, tuviéronse por los hombres mas sagaces del mundo, descubriendo que todos aquellos preparativos no tenian el menor fundamento y que indudablemente el primer consul los hacia con el único objeto de intimidar al baron de Melas, para impedirle que penetrase por las bocas del Ródano y persuadirle que hallaria en el mediodia de la Francia un ejército de reserva capaz de detenerle. Las mismas personas que se tenian por buenos jueces en la materia dieron á los preparativos la misma significacion que los espías, y los diarios ingleses no tardaron en llenar sus columnas de denuestos y sarcasmos y hasta los dibujantes de caricaturas dedicaron una al ejército de reserva, representándolo bajo la imágen de un niño dando la mano á un invalido con piernas de palo.

No necesitaba mas el primer consul, y su único deseo en aquel momento no era otro que el que se burlasen de él y de sus proyectos. Entretanto sus divisiones marchaban, ibase preparando el material de guerra en las fronteras del este, de modo que en los primeros dias de mayo, el ejército improvisado se hallaba ya dispuesto ora á secundar á Moreau, ora á lanzarse mas allá de los Alpes para cambiar un instante la faz de los acontecimientos.

El primer consul no habia descuidado la marina. Desde que el almirante Brux, armado en corso habia recorrido el año anterior el Mediterráneo, con las fuerzas combinadas de Francia y

España, la grande escuadra que él habia dirigido habia vuelto á tomar puerto en Brest. Componiase esta escuadra de quince buques españoles y veinte franceses, siendo cuarenta el número total á que ascendian, bloqueados á la sazón por veinte buques ingleses. El primer consul aprovechó los primeros recursos pecuniarios que habia podido proporcionarse; para enviar á la escuadra algunos víveres, y parte de sus atrasos, previniendo al almirante que no se dejase bloquear, aun cuando se presentasen treinta contra veinte, que saliese á la primera ocasion aunque fuese necesario dar la batalla, y que si podía mantenerse en la mar, pasase el estrecho, se presentase delante de Tolon, recogiese algunos buques encargados de llevar socorros al Egipto, y en seguida que se dirigiese á hacer levantar el bloqueo de Malta y Alejandria. Abiertos los caminos, el comercio solo bastaba para abastecer nuevamente á las guarniciones francesas diseminadas por la costa del Mediterráneo. Tales fueron los primeros cuidados que el primer consul consagró á los asuntos militares, al paso que en union con Sieyes, Cambacéres, Talleyrand, Gaudin y otros colaboradores se ocupaba en reorganizar el gobierno, restablecer la hacienda, crear una administracion civil y judicial, y negociar en fin con la Europa. No le bastaba sin embargo concebir planes y preparar su ejecucion; necesitaba además hacérselos comprender á sus lugar-tenientes, los cuales, aunque sometidos á su autoridad consular, no se demostraban tan completamente subordinados entonces como lo estuvieron despues, cuando bajo el título de mariscales del imperio, obedecian á un empe-

rador. Sobre todo, el plan prescripto á Moreau, le habia trastornado enteramente, porque apático y tímido como era, no pudo menos de aterrarse con la osadia del plan de operaciones que se le encomendaba. Ya hemos hablado del país en que debia operar este general. El Rhin, segun hemos dicho, corre de este á oeste, de Constanza hasta Basilea, y desde este punto se dirige hácia el norte pasando por Brisach, Strasburgo y Maguncia. En el ángulo que de este modo describe se halla el país conocido con el nombre de la Selva Negra, país lleno de bosques y montañas, cortadas por desfiladeros que conducen desde el valle del Rhin al del Danubio. Los ejércitos franceses y austriaco ocupaban en cierto modo los tres lados de un triángulo. El ejército francés ocupaba dos de ellos, desde Strasburgo á Basilea, y desde este punto á Schaffouse; y el ejército austriaco uno solo desde Strasburgo á Constanza. Este ejército tenia pues la ventaja de una concentracion mas fácil, pues apoyando Mr. de Kray su ala izquierda mandada por el príncipe de Reuss, en las cercanías de Constanza, su derecha en los desfiladeros de la Selva Negra hasta cerca de Strasburgo, y su centro en Donau-Eschingen en el punto de interceccion de todos aquellos caminos, podia concentrarse rápidamente en el punto mismo que Moreau escogiese para pasar el Rhin, bien fuera desde Strasburgo á Basilea, bien desde Basilea á Constanza. Tal era el motivo de los recelos del general francés, pues temia que presentándose el mariscal de Kray con todas sus fuerzas en el punto elegido para el paso, imposibilitara la operacion y aun causase desastres á los franceses.

El primer consul no abrigaba por su parte semejante temor; creia por el contrario que el ejército francés podia concentrarse muy fácilmente sobre el flanco izquierdo del mariscal y estrecharlo en su posicion; para lo que deseaba, como ya hemos dicho, que parapetándose tras de las orillas del Rhin, volviese á subir este rio de improviso, se reuniese entre Basilea y Schaffouse, que con barcos secretamente preparados en las afluencias del rio echase en una mañana cuatro puentes, y desembocando en número de ochenta á cien mil hombres entre Stokach y Donau-Eschingen, cayese sobre el flanco de Mr. Kray, le cortase su retaguardia y ala izquierda, y arrojase sus restos sobre el alto Danubio. Pensaba además que ejecutada esta operacion con prontitud y vigor podia derrotarse fácilmente al ejército austriaco de Alemania. Lo que él mismo hizo mas tarde partiendo de diferente punto, pero en los mismos sitios, cerca de Ulma, y lo que verificó aquel mismo año en el monte de San Bernardo, prueban suficientemente que este plan nada tenia de impracticable. Creia tambien que no operando el ejército francés en terreno enemigo, puesto que subiendo por la orilla izquierda, le seria tanto mas facil marchar quanto que no tenia necesidad de combatir, podria por medio de ciertas precauciones, ocultar dos ó tres jornadas al mariscal de Kray, y estar por consiguiente en el sitio del paso antes que este general hubiese reunido suficientes medios para impedirlo.

Tal era el plan que tanto habia intimidado el ánimo de Moreau, que poco habituado á estas atrevidas combinaciones, temia que avisado oportu-

tamente el mariscal de Kray, saliese con todo el grueso de su ejército al encuentro de las tropas francesas, y las rechazase hácia el rio. Moreau preferia valerse de los puentes que habia en Strasburgo, Brisach y Basilea, para desembocar en muchas columnas sobre la orilla derecha, y dividiendo de este modo la atencion de los austriacos atraerlos principalmente hácia los desfiladeros de la Selva-Negra, que correspondian á los puentes de Strasburgo y de Brisach, y en seguida, luego que los hubiese conducido á estos desfiladeros, ocultarse repentinamente, costear el Rhin con las columnas que hubiesen atravesado este rio, y venir á colocarse delante de Schaffouse para proteger allí el paso del resto del ejército.

El plan de Moreau no carecia de mérito, pero presentaba tambien graves inconvenientes, por que si aspiraba á evitar el peligro de un solo paso ejecutado en masa, tropezaba, dividiendo esta operacion, con el inconveniente de dividir asi mismo las fuerzas, lanzando sobre el terreno enemigo dos ó tres columnas, y obligándolas á ejecutar una sola marcha de flanco hasta Schaffouse, donde debian cubrir el último y mas importante paso del rio. Por último este plan tenia la desventaja de producir pocos ó ningun resultado, puesto que con él no se conseguia el objeto de arrojar á todo el ejército francés en masa y de un solo golpe sobre el flanco izquierdo del mariscal de Kray, unico medio de rebasarle y cortar su retirada á Baviera.

¡Espectáculo digno por cierto de la consideracion de la historia era el que aquellos dos hombres presentaban como opuestos uno á otro en circuns-

tancias tan graves y difíciles, y que tanto hacian resaltar la notable diferencia de talento y de carácter que entre ellos habia! El plan de Moreau, como acontece casi siempre con los de todos los hombres de segundo orden, no tenia mas que las apariencias de la prudencia: si bien la ejecucion podia darle buen resultado, por que no nos cansaremos de repetirlo, en la ejecucion consiste todo, siendo esto tan cierto que á veces se malogran por ella las mejores combinaciones, y salen bien las peores. Moreau pues persistia en su propósito; y queriendo el primer consul persuadirle que abrazase sus ideas, eligió para este fin la mediacion de una persona entre ambos, llamando á Paris al general Dessoles, gefe de estado mayor del ejército de Alemania, hombre de mucho talento y gran penetracion, y por lo tanto digno de servir de lazo entre dos hombres tan respetables por su poder, pero dotados de una sensibilidad exquisita. Llamóle pues el primer consul á Paris hácia mediados de marzo (fin de ventoso) y lo tuvo consigo muchos dias, durante los cuales le explicó sus ideas, logró que las comprendiera perfectamente, y hasta que las prefiriera á las de Moreau. No desistió por eso el general Dessoles de aconsejar al primer consul que adoptase el plan de Moreau, por que, en su opinion, era necesario dejar al general que dirige una operacion obrar segun sus ideas y carácter, principalmente cuando era digno del mando que se le confiaba. —Vuestro plan, dijo al primer consul, es mas grande, mas decisivo, y probablemente tambien de mas seguros resultados, pero no se adapta al genio de quien debe ejecutarlo. Teneis un modo de hacer

la guerra que es superior á todos; pero Moreau tiene tambien el suyo, inferior sin duda al vuestro, pero sin embargo excelente. Dejadle obrar, lo hará bien, acaso con lentitud, pero de un modo seguro, é indudablemente os dará cuantos resultados necesiteis para el buen exito de vuestras combinaciones generales. Si por el contrario le obligais á que adopte vuestras ideas, lo confundireis, ofendereis su amor propio, y nada conseguireis de él por haber querido obtener demasiado. — El primer consul, tan profundo conocedor de los hombres y de su arte, apreció en su justo valor el prudente consejo del general Dessoles, y se rindió. — Teneis razon, le dijo; Moreau no es capaz de comprender ni ejecutar el plan que he concebido; que obre, pues, como quiera, siempre que arroje al mariscal de Kray sobre Ulma y Ratisbona, y envíe oportunamente su ala derecha hácia la Suiza. Yo ejecutaré el plan, que no comprende ni se atreve á ejecutar, en otra parte del teatro de la guerra; yo haré sobre los Alpes lo que él no se atreve á hacer sobre el Rhin: dia llegará en que eche de menos la gloria que hoy me abandona. — Frase arrogante y profunda, que encerraba toda una profecía militar, como veremos muy pronto (1). Abandonado enteramente á Moreau la manera de atravesar el Rhin, quedaba todavia otro punto por arreglar. El deseo del primer consul era que el ala derecha, mandada por Lecourbe, permaneciese de reserva dentro del territorio suizo, dispuesta á secundar á Moreau cuando fuese necesario, mas sin penetrar en Alemania á no ser

(1) En mi juventud tuve la honra de oír esta relacion de boca misma del general Dessoles.

indispensable, á fin de que no tuviese que volverse atrás para situarse de nuevo en los Alpes. Por otra parte conocia lo difícil que es arrancar á un general en jefe cualquier destacamento de su ejército, despues de principiadas las operaciones. Moreau insistió en conserbar á su lado á Lecourbe, obligándose á enviarle al general Bonaparte, luego que hubiese logrado rechazar al mariscal de Kray sobre Ulma. El primer consul accedió tambien á este deseo, por que estaba resuelto el concederlo todo para mantener la buena armonia; pero quiso que Moreau firmase un convenio por el cual se comprometiese á destacar á Lecourbe con veinte ó veinte y cinco mil hombres hácia los Alpes, luego que hubiese rechazado á los austriacos sobre Ulma. El convenio se firmó efectivamente en Basilea por Moreau y Berthier, con el carácter oficial, éste último, de general en jefe del ejército de reserva.

El general Dessoles habia salido de París despues que arregló definitivamente con el primer consul los puntos que estaban pendientes; todos estaban conformes; todo estaba preparado para abrir la campaña, y era tanto mas urgente principiar las operaciones, quanto que, si Moreau ejecutaba en tiempo oportuno la parte del plan que le concernia, podria el primer consul arrojarse allende de los Alpes y socorrer á Massena antes de ser derrotado, pues luchaba con treinta y seis mil hombres contra ciento treinta mil. Quería el primer consul que Moreau obrase á mediados, ó á lo mas tarde á fines de abril; pero de nada servian sus instancias, por que Moreau no estaba preparado, y carecía de la actividad y

de ese genio fecundo en recursos que suplen la suficiencia de medios. Mientras él permanecia en esta inaccion, los austriacos fieles á su propósito de tomar la iniciativa en Italia, se arrojaban sobre Massena, y abrian con este general una lucha que la desproporcion de las fuerzas ha hecho digna de memoria eterna.

El ejército de Liguria presentaba á lo sumo treinta y seis mil hombres en estado de servicio activo, y distribuidos de la manera siguiente:

Trece ó catorce mil hombres, bajo las órdenes del general Suchet, formaban la izquierda del ejército y ocupaban la garganta de Tenda, Niza y la linea del Var. Un cuerpo de esta ala y compuesto de unos cuatro mil hombres, á las órdenes del general Thureau, se hallaba apostado en el monte Cenis. Habia por consiguiente diez y ocho mil hombres destinados á guardar la frontera de Francia desde el monte Cenis hasta la garganta de Tenda.

Diez ó doce mil hombres bajo el mando del general Soult formaban el centro del ejército y defendian los dos desfiladeros principales del Apenino el que por el Bormida superior conduce á Savona y Finale, y el de la Bocchetta que dirige á Génova.

Unos siete ú ocho mil hombres mandados por el intrepido Miollis, guarnecian á Génova y á una garganta que desemboca cerca de esta ciudad por el lado opuesto al de la Bocchetta. Así pues la segunda mitad de este ejército, sobre unos diez y ocho mil hombres, bajo las órdenes de los generales Soult y Miollis, defendian el Apenino y la Liguria, siendo evidente el peligro de una separacion entre estas dos columnas del ejército

la que ocupaba á Niza y la que guarnecía á Génova.

Estos treinta y seis mil franceses tenían en frente de sí doscientos veinte mil austriacos del baron de Melas, perfectamente descansados, alimentados y abastecidos de todo, gracias á la abundancia de Italia y á los subsidios que la Inglaterra suministraba al Austria. El general Kain con la artillería de grueso calibre, con la caballería y un cuerpo de infantería, cuyas fuerzas reunidas ascendían á cincuenta mil hombres, se habia quedado en el Piamonte para servir allí de retaguardia y observar las salidas de la Suiza. El baron de Melas con setenta mil hombres, la mayor parte de infantería, se habia adelantado hácia los desfiladeros del Apenino, teniendo además de la superioridad del número, la ventaja de una posición concéntrica; por que Massena se veia reducido á guardar con treinta mil hombres (el resto ocupaba el monte Cenis), el semicírculo que forman los Alpes marítimos y el Apenino, desde Niza hasta Génova, semicírculo que no tiene menos de cincuenta leguas de circunferencia. El general Melas por el contrario, situado al otro lado de los montes, en el centro de aquel mismo semicírculo entre Coni, Ceva y Gavi, tenia poco camino que andar para trasladarse á cualquiera de los dos puntos que queria atacar, y aun podia hacer fácilmente falsas demostraciones sobre uno de estos puntos, para lanzarse rápidamente sobre el otro, y obrar allí en masa. Amenazado Massena de esta suerte, tenia que recorrer nada menos que cuarenta leguas para ir desde Niza al socorro de Génova, ó desde Génova al socorro de Niza.

En el conjunto de estas circunstancias fundá-

banse los consejos que el primer consul habia dado á Massena, consejos de que ya hemos hablado arriba de una manera general, pero cuyos pormenores conviene dar á conocer ahora. Tres caminos habia á propósito para conducir la artillería de una falda á otra de los montes. El que por Turin, Coni y Tenda desemboca en Niza y en el Var; el que subiendo por el valle del Bormida, conduce por la garganta de Cadibona á Savona, y por último el de la Bocchetta, que por Tortona y Gavi descende al valle de la Polcevera á la izquierda de Génova. El mayor peligro consistia en que el baron de Melas se presentase con todas sus fuerzas por el desfiladero del medio, cortase el ejército francés en dos mitades, arrojando una hácia Niza y otra hácia Génova. Apercibiéndose, el primer consul de este peligro, dirigió á Massena dos cartas llenas de admirable prevision (5 y 12 de marzo) dándole instrucciones cuya sustancia venia á ser la siguiente. «Guardaos, le decia, de tener una línea demasiado estensa. Tened poca gente en los Alpes y en la garganta de Tenda, donde las nieves os defienden. Dejad algunos destacamentos en Niza y fuertes circunvecinos, y situad las cuatro quintas partes de vuestras fuerzas en Génova y en sus cercanias. El enemigo desembocará sobre vuestra derecha hácia Génova, sobre vuestro centro hacia Savona, y probablemente sobre estos dos puntos á la vez. Reusad uno de los dos ataques, y arrojaos con todas vuestras fuerzas reunidas sobre una de las columnas del enemigo. El terreno no le permitirá usar de su superioridad en las armas de artillería y caballería; no podrá atacaros sino con la infan-

teria; la vuestra es infinitamente superior á la suya, y favorecida por la naturaleza del país, podrá suplir al número. En terreno tan quebrado y desigual, si maniobrais bien, podeis con treinta mil hombres batir á sesenta mil; al paso que para llevar sesenta mil infantes á Liguria, necesita el baron de Melas poseer noventa mil, lo que supone un ejército de ciento veinte mil hombres por lo menos. No teniendo, como no tiene, el baron de Melas ni vuestra actividad ni vuestros talentos, no hay motivo alguno razonable para que le temais. Si cuando esteis en Génova se presentase hácia Niza dejadle marchar, no os inquieteis por eso, pues de seguro no se atreverá á internarse demasiado mientras permanezcais en Liguria, dispuesto á lanzaros sobre su retaguardia, ó sobre las tropas que haya dejado en el Piamonte.

Varias fueron las causas que impidieron á Massena seguir estos prudentes consejos. Primeramente se halló sorprendido por la repentina irrupcion de los austriacos, antes que hubiese podido rectificar la colocacion de sus tropas y dictar sus medidas definitivas; en segundo lugar no tenia suficientes provisiones en Génova, para concentrar en esta ciudad todo su ejército. Temiendo consumir allí los viveres que tanta falta habian de hacer á la plaza en caso de sitio, queria servirse de los recursos de Niza que eran mucho mas abundantes. En fin, puesto que es preciso decirlo, Massena no comprendia bastante toda la profundidad de las instrucciones de su gefe, para prescindir de los inconvenientes, por otra parte demasiado verdaderos, de una concentracion general en Génova. Massena era tal vez

el primero de los generales contemporáneos en el campo de batalla, y aun por lo que hace á carácter, no cedia á ninguno de los mas templados y firmes generales que ha habido en todas épocas; pero por mucho que fuese su talento natural, la estension de miras no igualaba en él á la prontitud con que concebía sus planes de campaña y á la energia de alma con que los ejecutaba.

La falta de tiempo, y de viveres, unida quizas tambien á la circunstancia de no conocer y apreciar debidamente la gravedad de los peligros que podian sobrevenir, fueron motivos mas que poderosos para que no se concentrase oportunamente en Génova, y se viese como se vió, sorprendido por los austriacos. Entraron estos en accion en 5 de abril (15 de germinal), es decir, mucho antes de la época en que se creía que volverian á romperse las hostilidades. El baron de Melas se adelantó con unos setenta ó setenta y cinco mil hombres para forzar la cadena del Apennino, y sus lugar-tenientes Ott y Hohenzollern se dirigieron con veinte y cinco mil hombres sobre Génova. El general Ott atravesó con quince mil hombres el valle de Trebia, y desembocó por las gargantas de Scoffera y de Monte-Creto, que caen sobre la derecha de Génova; el general Hohenzollern amenazó con diez mil hombres la Bocchetta que desemboca á la izquierda de esta plaza; y el baron de Melas con cincuenta mil hombres subió por el valle del Bormida, atacando simultáneamente todas las posiciones del camino que hemos llamado del medio, el cual conduce á Savona por Cadibona. Su in-

tención, según había previsto el primer consul era forzar nuestro centro, y separar al general Suchet del general Soult que se daban la mano en este punto. Trabose, pues, una lucha violenta desde las fuentes del Tánaro y del Bormida hasta las escarpadas cumbres que dominan á Génova. Los generales Elsuit y Melas sostuvieron encarnizados combates con el general Suchet en Rocca-Barbena, Sotte Pani, Melogno y Santiago; y con el general Soult en Montelegino, Stella, Cadibona y Savona. Aprovechando los soldados de la república la favorable circunstancia de ser el país montañoso, y sirviéndoles de parapeto todas las quebradas del terreno, se defendieron con incomparable bravura, causaron al enemigo una pérdida tres veces mayor que la que ellos tuvieron, porque su fuego caía sobre masas compactas y numerosas; pero obligados á pelear sin descanso contra tropas que se renovaban continuamente, abandonaron al fin el terreno, vencidos mas bien por el cansancio que por los austriacos. Los generales Suchet y Soult tuvieron que separarse, retirándose el uno á Borghetto y el otro á Sabona. Hallóse pues cortada la línea francesa, como era fácil preveer, habiendo sido arrojada la mitad del ejército de Liguria hacia Niza y viéndose obligada la otra mitad á encerrarse en Génova.

Cerca de esta misma ciudad había estado indecisa la victoria, pues el ataque de la Bocchetta intentado por el conde Hohenzollern con un número demasiado reducido de fuerzas para vencer á los franceses, es decir, con cinco mil hombres contra diez mil, fué rechazado por la división del

general Gazan; pero á la derecha de Génova, esto es hácia las posiciones del Monte-creto y de Scoffera, que dan salida al valle Bisagno, el general Ott vencedor de la división Miollis, que no podia oponer mas que cuatro mil hombres contra quince mil, bajó á la falda opuesta del Apenino, y envolviendo todos los fuertes que defienden la ciudad, mostró los colores de la bandera austriaca á los genoveses espantados; mientras que desplegándose al mismo tiempo la escuadra inglesa, les hizo ver el pabellon británico. Si los habitantes de la ciudad eran patriotas y aliados de los franceses, los campesinos de los valles cercanos, adictos al partido aristocrático, como los calabreses en el reino de Nápoles lo eran á la reina Carolina, y los vendeanos en Francia á los Borbones, se levantaron en masa al ver los soldados de la coalicion y tocaron alarma en todos los pueblos. Un tal baron de Aspres, que se hallaba al servicio imperial y gozaba de alguna influencia en el país, los escitaba á la rebelion. En la tarde del 5 de abril, viendo los desgraciados vecinos de Génova sobre las montañas circunvecinas los fuegos de los austriacos, y ondeando en el mar el pabellon inglés, temian ver restablecido dentro de pocos dias el absoluto y aborrecido poder de la oligarquía.

Pero el intrépido Massena se hallaba en medio de ellos. Aunque separado del general Suchet por el ataque dirigido contra su centro, contaba todavía de quince á diez ocho mil hombres, guarnicion mas que suficiente para poder desafiar á cualquiera enemigo del mundo á derribar á su vista las puertas de Génova.

Para comprender las operaciones que el general francés ejecutó durante este sitio memorable, fuerza es describir el teatro en el que se habia colocado. Hállase situada Génova en el mismo fondo del hermoso golfo que lleva su nombre y al pie de un estribo del Apenino. Este estribo, avanzando de norte á sur en medio de las aguas, se divide antes de sumergirse en ellas, en dos sierras, la una que se dirige hácia levante y la otra hácia poniente, formando de este modo un triángulo inclinado, cuya cumbre está unida al Apenino, y cuya base se apoya en el mar. Hácia la base de este triángulo y con la irregularidad que es comun á las obras de la naturaleza, se estiende Génova en largas calles formadas por magníficos palacios. La naturaleza y el arte habian hecho ya mucho para su defensa. Del lado del mar dos muelles que se dirigen uno hácia otro casi hasta cruzarse formaban el puerto y le protegian contra las escuadras enemigas. Por la parte de tierra una muralla fortificada cerraba la parte edificada y poblada de la ciudad. Otra muralla mas vasta y fortificada tambien como la precedente coronaba las alturas que segun hemos dicho, describen un triángulo al rededor de Génova. Dos fuertes, construidos uno encima de otro y llamados de la Espuela y del Diamante, defendian con su fuego dominador en la cumbre de esta figura triangular todo el conjunto de las fortificaciones.

Empero no era esto todo lo que se habia hecho para mantener al enemigo á respetable distancia. Volviendo la espalda al mar y mirando á Génova, queda el levante á la derecha y el po-

niente á la izquierda. Dos riachuelos, el Bisagno al levante ó á la derecha, y el Polcevera al poniente ó á la izquierda, bañan los dos lados de la muralla exterior. El primero de estos rios descendiendo de esas mismas alturas de Monte-Creto y de Scoffera que hay que atravesar cuando se viene del otro lado del Apenino, subiendo al valle de Trebbia. El lado de la llanura de Bisagno opuesta á la ciudad, se llama el Monte-Ratti, y presenta varias posiciones, desde cuyas cimas se hubiera podido hacer mucho daño á Génova, á no haber estado ocupadas, pues se habia tenido gran cuidado de coronarlas con tres fuertes, el de Quezzi, el de Richelieu y el de Santa Tecla. El valle de la Polcevera, que está situado á la izquierda de Génova, y descende desde las alturas de la Bocchetta, no ofrece posicion alguna dominante que el arte pudiese aprovechar para proteger á la ciudad. Pero un barrio de bastante estension, situado en la misma playa, y llamado de San Pedro de Arena, presentaba un monton de casas que era útil y fácil defender.

Así, pues, la fortificacion de Génova formaba un triángulo de quince grados de inclinacion hácia el horizonte, y sobre nueve mil toesas de estension, unido por su cumbre al Apenino, bañado en su base por el mar, y cercado por sus dos lados por el Bisagno al levante, y por el Polcevera al poniente. El fuerte de la Espuela, y encima de este el del Diamante, coronaban su cúspide; y los fuertes de Richelieu, de Santa Tecla y de Quezzi, impedian que desde los flancos del Monte-Ratti, se dirigiesen fuegos destructores contra aquella ciudad de palacios de mármol.

Tal era entonces la plaza de Génova; tales sus fortificaciones que el arte, el tiempo y las contribuciones impuestas á la Francia han perfeccionado despues en sumo grado.

Massena podia reunir todavia diez y ocho mil hombres. Si con semejante guarnicion, y en una plaza tan fuerte, hubiese tenido suficiente cantidad de viveres, habria sido invencible. Ahora veremos lo que el ingenio puede hacer en la guerra para reparar una falta de prevision ó algun descuido en el modo de ejecutar las operaciones.

Resuelto Massena á oponer al enemigo una fuerza enérgica, quiso desde luego hacer dos cosas á cual mas importantes: consistia la primera en rechazar al otro lado del Apenino á los austriacos que estrechaban desde muy cerca á Génova, y la segunda en unirse al general Suchet, por medio de un movimiento combinado de antemano con este general en el camino de la Cornisa.

Para realizar su primer proyecto, necesitaba traer de nuevo á los austriacos á lo largo del Bisagno por un lado, y del Polcevera por otro, y rechazarlos por el Monte-Creto y la Bocchetta, sobre los mismos montes de donde habian venido. Sin perder un solo dia, al siguiente de la primera aparicion del enemigo, es decir, el 7 de abril (17 de germinal), salió de Génova por el lado del levante, y atravesó el valle de Bisagno, seguido de la aguerrida division de Miollis, que la antevíspera se habia visto obligada á retirarse ante las fuerzas demasiado superiores del general Ott. Reforzóla con parte de la reserva, y poniéndose á su cabeza marchó en dos columnas: la de

la derecha, á las órdenes del general Arnaud, costeaba el mar y se dirigia hácia Quinto; y la de la izquierda mandada por Miollis, se encaminaba hácia las escarpadas alturas del Monte-Ratti. Seguia otra columna á las órdenes del general Petitot subiendo el valle del Bisagno, cuyas aguas circulan al pie de Monte-Ratti. La precision del movimiento de estas tres columnas fué tal, que sus fuegos se dejaron oír á un mismo tiempo en todos los puntos.

El general Arnaud por un lado, y el general Miollis por el otro, tomaron con el mayor vigor las alturas del Monte-Ratti. Animábanse los soldados con la presencia de Massena y con el deseo de vengarse de la sorpresa de la vispera. Los austriacos fueron precipitados á los torrentes, y perdieron todas sus posiciones. El general Arnaud pasó adelante, y avanzando de altura en altura, llegó á posesionarse de la cumbre del Apenino, en la garganta de Scoffera. Massena, seguido de algunas compañías de reserva, bajó al valle de Bisagno para incorporarse á la columna del general Petitot. Con este refuerzo rechazó al enemigo en todas partes, y volviendo á subir por las márgenes del rio, vino á secundar el movimiento del general Arnaud sobre Scoffera. Precipitados los austriacos en aquellos valles tortuosos, dejaron á Massena mil quinientos prisioneros, y á su cabeza al baron de Aspres, instigador de la insurreccion de los campesinos de la Fonte-Buona.

Cuando en la tarde de aquel mismo dia entró Massena en Génova, despues de haber librado á los genoveses de la vista del enemigo, y trayen-

do prisionero al oficial, cuya llegada triunfal se anunciaba como muy próxima, fué estremada la alegría de la población patriota, que era la mas numerosa. El general fué recibido con aclamaciones por todos los habitantes, que tenian preparadas camillas para llevar los heridos, vino y caldos para alimentarlos, disputándose todos el honor de recibirlos.

Realizada esta empresa por el lado de levante, la mas importante de todas; porque solamente por este lado estrechaban los austriacos de cerca la ciudad, quiso Massena aprovechar la tregua que le daba esta reciente ventaja para hacer un esfuerzo por la parte del poniente, es decir, hácia Savona, y restablecer por este medio sus comunicaciones con el general Suchet. A fin de asegurar á Génova de todo ataque, durante su ausencia; dividió las tropas que le quedaban en dos cuerpos, confiando el mando del de la derecha al general Miollis, y el de la izquierda al general Soult. El cuerpo del general Miollis estaba dispuesto á guarnecer á Génova con dos divisiones. La de Arnaud debia defender la parte de levante, haciendo frente á Bisagno, y la de Spital el lado de poniente dando frente á Polcevera. El cuerpo de la izquierda, bajo las órdenes del general Soult, estaba encargado de ocupar la campaña con las dos divisiones que mandaban los generales Gardanne y Gazan. Con esta fuerza que constaba de unos diez mil hombres, proyectó Massena acercarse á Savona, á cuyo efecto previno á Suchet secretamente que intentase un movimiento simultáneo sobre el mismo punto. La division de Gardanne se dirigió á lo largo de

la costa, y la de Gazan hácia las crestas del Apennino con el objeto de obligar al enemigo á dividir sus fuerzas, no pudiendo atender á un mismo tiempo á las dos columnas. Maniobrando despues Massena en este terreno que tenia muy conocido queria, segun lo permitieran las circunstancias, reunir en una sus dos divisiones, á fin de poder derrotar, ora en las alturas del Apennino, ora en la costa, al cuerpo enemigo que estuviera mas al alcance de sus tiros. El mismo mandó en persona la division de Gardanne, habiendo confiado al general Soult el mando de la de Gazan. Su proyecto era seguir el litoral por Voltri, Varaggio y Savona, mientras que su lugar-teniente el general Soult se encaminaba á Sassello subiendo por Agua Bianca y San Pietro del Alba.

En la mañana del 9 de abril, principiaron nuestras tropas su movimiento. El baron de Melas, despues de haber cortado en dos mitades al ejército francés, queria cerrar á Massena en Génova, y estrechar al mismo tiempo su linea que era demasiado estensa; pues abarcaba por lo menos desde el valle de Tanaro hasta el de la Trebbia, un espacio de quince leguas. Los dos ejércitos se encontraron en su movimiento, resultando de aqui trabarse en aquel terreno escabroso la lucha tan encarnizada como sostenida. Mientras que Massena marchaba con dos columnas, el baron de Melas llevaba tres, y el conde de Hohenzollern, formando la cuarta, procuraba emprender un nuevo ataque contra la Bochetta, de suerte que diez mil franceses iban á encontrarse con mas de cincuenta mil enemigos.

Desfilando el general Soult por Voltri, distin-

guió sobre su derecha á los austriacos que habian rebasado la Bochetta y coronaban las alturas circunvecinas, pudiendo, al llegar á un sitio llamado Agua-Santa, amenazar la retaguardia de las columnas francesas y cortarles la retirada á Génova. Creyendo prudente el general Soult rechazarlos, les dió un combate brillante, en que el coronel Monton, despues mariscal y conde de Lobau, comandante de la tercera media brigada, se portó con la mayor bizzarria. El general Soult cogió al enemigo algunas piezas de artilleria, le hizo muchos prisioneros, y logró, atravesando por entre sus mismas columnas, llegar al camino montañoso de Sassello. Sin embargo, el tiempo empleado en este combate que por otra parte no impidió los progresos ulteriores de los austriacos contra la retaguardia de nuestras columnas, fué causa de que el general Soult no pudiese llegar á Sassello, al otro lado del Apenino, en los momentos en que el general Massena le esperaba. Habia este marchado costeando el mar, y al dia siguiente, 40 de abril; se hallaba en las cercanias de Varaggio, formadas sus tropas en dos columnas, y procurando ponerse en comunicacion por las alturas con el cuerpo del general Soult, á quien suponía en Sassello. El enemigo, cuyas fuerzas eran décuplas de las nuestras, trató de envolver las dos reducidas columnas de Massena, y muy particularmente la de la izquierda que mandaba en persona. Contando este general con su columna de la derecha y con el movimiento del general Soult hácia Sassello, resistió largo tiempo con mil dociientos hombres á un cuerpo de ocho á diez mil, y desplegó en esta ocasion

una firmeza extraordinaria. Obligado á batirse en retirada, y habiendo perdido de vista su columna de la derecha, que se habia quedado á retaguardia á consecuencia de haber sido tardia la distribucion de viveres, se dirigió en su busca por entre horrosos precipicios y gavillas de campesinos sublevados. Habiendo logrado encontrarla, la condujo hácia el resto de la division de Gardanne, que no habia cesado de costear la mar por Varaggio y Coboletto. La dificultad de concertar sus movimientos, en medio de aquella multitud de enemigos y en un pais tan escabroso habia impedido que el cuerpo del general Soult encontrase oportunamente al del general Massena, y en su consecuencia resolvió este replegar sus tropas, trepar por su derecha á la cresta del Apenino, reunirse con su lugar-teniente y caer de este modo sobre los cuerpos austriacos dispersos en aquellos valles. Pero como nuestras tropas fatigadas se habian diseminado por los caminos, y era de todo punto imposible replegarlas á tiempo, Massena tomó el partido de enviar al general Soult el refuerzo de cuantas se hallaban en estado de marchar, y con las restantes, compuestas de heridos y de soldados aspeados llegó, costeandose siempre el mar á las inmediaciones de Génova, á fin de cubrir la retirada del cuerpo de ejército y proteger su entrada en la plaza. Reducido á un puñado de hombres tuvo que sostener repetidas veces las mas desiguales refriegas, y en una de ellas sorprendido un batallon francés, cedió á una carga de los húsares de Seckler, y él mismo cargó á estos húsares con treinta soldados de caballeria y los obligó á retirarse. Al fin pudo ocupar á Vol-

tri para esperar allí la vuelta del general Soult, que arrojado entre tanto á las montañas, en medio de destacamentos enemigos, cinco ó seis veces superiores en número, corría grandes peligros, y á pesar de sus mas gloriosos esfuerzos, habria tenido que sucumbir sin el oportuno socorro de Massena; pero reforzado á tiempo pudo volver á tomar el camino de Génova, despues de haber sostenido con ventaja la lucha mas difícil y desigual. Al fin logró reunirse con su general en jefe y ambos entraron en Génova, haciéndose paso, y llevando delante á cuatro mil prisioneros. El general Suchet habia procurado por su parte incorporarse á su general en jefe; pero no habia podido atravesar la enorme masa del ejército austriaco.

No sin gran sorpresa y admiracion vieron los genoveses entrar por segunda vez en su ciudad al general francés precedido de las columnas de prisioneros. El ascendiente que habia llegado á adquirir era tan extraordinario, que el ejército y la poblacion le obedecian con la mas completa sumision.

Desde este momento debia considerarse Massena como definitivamente encerrado en Génova, pero como no era su ánimo dejarse estrechar desde muy cerca, concibió el proyecto de mantener al enemigo alejado siempre de los muros, agotar sus fuerzas con continuos ataques y entretenerlo de tal manera que no le fuese posible forzar el Var, ni volver á Lombardia; ni oponerse á la proyectada marcha del primer consul al través de los Alpes.

Apenas entró en la plaza el 18 de abril (28 de

germinal) ocupóse de su policia interior y abastecimiento. Para evitar toda clase de sorpresa de parte de los nobles de Génova, cuya traicion temia, tomó diferentes medidas de precaucion. Al toque de generala debia reunirse la guardia nacional, compuesta de patriotas de Liguria, sostenida por alguna tropa francesa, que acampaba en la plaza principal de la ciudad, encendida la mecha de los cañones. A esta señal de alarma, los habitantes que no pertenecieran á sus filas tenian orden de retirarse á sus casas, y solo la tropa armada estaba autorizada para circular por las calles. Aun en aquellos dias en que no se turbaba la tranquilidad pública, debian los vecinos recogerse en sus casas á las diez de la noche, y no se les permitia reuniones de ningun género.

Massena habia mandado recoger todo el grano existente en Génova, ofreciendo pagarlo, y pagándolo en efecto, cuando se lo llevaban de buen grado; pero si habia alguno que se negaba á entregarlo, se apoderaba de él por medio de visitas domiciliarias. Despues de juntar estas previsiones habia puesto á racion al ejército y al pueblo, procurándose de este modo la manutencion de sus soldados y de los vecinos pobres, durante los quince primeros dias del sitio. Ya casi habian transcurrido estos quince dias; pero quedaban todavía víveres, que el oro de los ricos hacia salir á gran precio de ciertos depósitos ocultos, y para su propio uso. Hicieron grandes visitas de parte de Massena, las cuales dieron por resultado el descubrimiento de varios depósitos donde estaba encerrado bastante grano de todas especies, con particularidad centeno y avena, y hubo para ali-

mentar al pueblo y al ejército con pan malo por espacio de otros quince días, lisongeándose los sitiados con la esperanza de que una ráfaga de viento favorable alejaría á los ingleses y favorecería el desembarco de algunos víveres, para lo cual contaban con los corsarios de Córcega y Liguria á quienes habian dado patentes para perseguir los barcos cargados de granos. En fin, Massena estaba resuelto á recurrir al último extremo, y decidido antes que rendirse, alimentar sus tropas con el cacao, que abundaba en los almacenes de Génova. Provisto de algun dinero que le habia enviado el primer consul, arrostraba los mayores apuros, sirviéndose de él además para consolar de vez en cuando á sus infelices soldados de los crueles padecimientos que sufrían.

Entre tanto y á consecuencia de la multitud de encuentros con el enemigo habian quedado fuera de combate muchos miles de hombres, sin contar con el gran número de heridos y enfermos que gemían en los hospitales. Quedaba, pues, solamente en los fuertes, en los dos recintos de la plaza y en la reserva una fuerza activa de doce mil combatientes.

En medio de estos horribles apuros, Massena, mostrando todos los días una frente tranquila y serena, acabó por inspirar á los demás el valor de que él mismo estaba animado. Su ayudante de campo Franseschi se embarcó en un buque de menor porte para dirigirse á la costa de Niza y reunirse con el primer consul, á fin de manifestarle de viva voz la deplorable situación del ejército de Liguria.

En la mañana del 30 de abril (10 de floreal),

oyóse un cañoneo general en todos los puntos á la vez, por la parte de levante hácia Bisagno y por la de poniente hácia Polcevera, viéndose además una division de lanchas cañoneras, lo cual anunciaba un gran proyecto por parte del enemigo. En efecto, los austriacos desplegaron durante aquel día fuerzas considerables. El conde de Hohenzollern atacó el monte de los Dos Hermanos, sobre el cual se hallaba establecido el fuerte del Diamante. Despues de vivos esfuerzos, logró apoderarse de este monte, é intimó la rendición á la guarnicion del fuerte; pero el aguerrido oficial que lo mandaba, contestó que no entregaria el puesto que se habia confiado á su honor sino despues de haber sucumbido á un ataque de viva fuerza. Este fuerte era de la mayor importancia, puesto que dominaba el de la Espuela, y por consecuencia todo el recinto. El campo austriaco de la Coronata, situado á las márgenes del Polcevera, hácia el frente de poniente, rompió un fuego violento sobre el arrabal de San Pedro de Arena, intentándose muchos ataques á la vez para estrechar el terreno que ocupábamos en aquel sitio. Por el lado opuesto, es decir, hácia Bisagno, el enemigo envolvió el fuerte de Richelieu, y se apoderó desgraciadamente del de Quezzi, que no estaba concluido enteramente al principiarse el sitio. En fin, apoderóse tambien del pueblo de San Martín de Albaro, colocado bajo el fuerte de Santa Tecla, y hallábase muy próximo á ocupar una posicion temible, cual era la de Madona del Monte, desde donde podia abrasar la ciudad de Génova. Los soldados del general Arnaud habian ya abandonado las últimas casas del pueblo de San

Martin de Albaro; habian casi roto sus filas y muchos de ellos estaban dispersos como tiradores; pero acudiendo Massena con la rapidez del rayo logró reunirlos, restableció el combate y sujetó al enemigo.

Habia transcurrido la mitad del día: tiempo era ya de reparar el mal. Massena entró al punto en Génova, y dictó las disposiciones convenientes, confiando al general Soult el mando de las medias brigadas 73 y 106 y mandándole que volviera á apoderarse del monte de los Dos Hermanos; pero como quería antes reconquistar el fuerte de Quezzi, y hacer evacuar á San Martin de Albaro, dirigió el mismo sobre este punto la division de Miollis, despues de haberla reforzado con los batallones entresacados del segundo y tercero de línea.

La division de Arnaud, que marchaba á vanguardia, se apoderó de San Martin de Albaro, arrojó al enemigo al barranco de Sturla, le hizo algunos prisioneros, y cubrió de este modo la derecha de las columnas francesas que avanzaban contra el fuerte de Quezzi. Mientras que el bravo coronel Mouton, á la cabeza de dos batallones de la tercera, atacaba de frente á este fuerte, el ayudante general Hector estaba encargado de dar vuelta al Monte-Ratti, por las alturas del fuerte de Richelieu. A pesar de sus inauditos esfuerzos, el valiente coronel Mouton fué rechazado, pero no cedió el terreno sino despues de haber sido herido por una bala que le atravesó el pecho, y le dejó casi muerto en el campo de batalla. Massena que no tenia mas que dos batallones, lanzó uno sobre el flanco derecho de la posicion ocupada por

el enemigo, y dirigió la mitad del otro sobre el flanco izquierdo de la misma posicion. Trabajó entonces una accion reñidísima al rededor del fuerte de Quezzi. Demasiado próximos los combatientes unos á otros para hacerse fuego, peleaban á pedradas y á culatazos. Ya nuestros soldados iban á ceder al número, cuando poniéndose Massena á la cabeza del medio batallon que le quedaba, se lanzó con él en medio de la refriega y decidió la victoria, reconquistando el fuerte de Quezzi. Rechazados los austriacos de posicion, dejaron en el campo gran número de muertos, heridos y prisioneros. Aprovechóse en aquel instante Massena de las ventajas que le ofrecia la victoria para emprender contra el monte de los Dos Hermanos el ataque que habia diferido, pasando al general Soult las órdenes conducentes para tomarlo. El general de brigada Spital fué el encargado de atacar este monte que por largo tiempo le disputó el enemigo. En fin, nuestros soldados lograron apoderarse de él, recobrando de esta suerte en todo un día de batalla el monte de los Dos Hermanos, que dominaba el punto estremo de la plaza, el fuerte de Quezzi, los puestos de San Martin de Albaro y de la Madona del Monte, en una palabra, todas las posiciones decisivas, sin las cuales era imposible á los austriacos sitiar á Génova. Massena volvió á entrar en la ciudad aquella tarde, llevando consigo las escalas que el enemigo tenia preparadas para asaltar los muros. Los austriacos tuvieron en aquella jornada mil seiscientos prisioneros, dos mil cuatrocientos entre muertos y heridos, ascendiendo entre todos á cuatro mil hombres. Contan-

do estos últimos subian á doce ó catorce mil la pérdida que Massena les habia causado desde que se rompieron las hostilidades, y lo que era mas grave todavia, habia desalentado al ejército enemigo con los inauditos esfuerzos que le habia obligado á hacer.

Principióse sin tardanza á reparar el castillo de Quezzi, y esta obra que parecia no poder ejecutarse en un mes, se concluyó en tres dias por medio de quinientos ó seiscientos toneles de tierra que transportaron los soldados, y sirvieron para levantar trincheras. El 5 de mayo (15 de floreal) un buque de menor porte cargado de granos trajo viveres para cinco dias, socorro tanto mas precioso en aquellos momentos de tanta escasez, cuanto que sin él no hubiera podido la plaza sostenerse por mas tiempo, pues hasta el pan iba á faltar muy pronto.

Viendo por su parte el general Suchet diseminadas sus fuerzas por las crestas del Apenino, habia tenido que abandonar la posicion de Borghetto y aun la de Roya, que no era ya sostenible, pues el enemigo andaba libremente por la garganta de Tenda, y amenazaba á Niza y al Var. El baron de Melas llegó á ocupar la misma Nizza, donde entró triunfante y gozoso por pisar un suelo que la República habia declarado territorio francés: entre tanto el general Suchet se habia replegado detras del Var, en una posicion que nuestros ingenieros habian reconocido hacia ya mucho tiempo. El puente de San Lorenzo, situado sobre el Var, y cubierto por una cabeza de puente, presentaba un desfiladero de cuatrocientas toesas que era necesario atravesar, y podia considerarse

como un obstáculo insuperable. Toda la orilla derecha, guardada por los franceses estaba cubierta de baterias desde la embocadura del rio hasta las montañas. Los fuertes de Montalban y Vintimille, situados delante del Var, habian sido ocupados por guarniciones francesas, en el momento de evacuar á Niza. En el de Montalban colocado á retaguardia de los austriacos, á una altura que le hacia visible desde el campamento de los franceses, habia un telégrafo, por medio del cual recibió el general Suchet los partes de todos los movimientos del enemigo. De los departamentos circunvecinos se le habian reunido las tropas de todas armas que habia disponibles, y contaba todavia, con catorce mil soldados, defendidos por buenos atrincheramientos y en una posicion difícil de forzar.

Al recibir el primer cónsul estas noticias de la Liguria dirigió vivas instancias á Moreau para decidirle á romper las hostilidades. Hacia ya un mes que todo estaba convenido entre ellos, y que ninguna dificultad, imputable al gobierno, detenía al ejército del Rin; pero Moreau, naturalmente calmoso, no queriendo comprometerse en el territorio enemigo sino con entera seguridad de buen éxito, difería desafortunadamente el principio de las operaciones; porque cualquiera tardanza suya en entrar en campaña lo era tambien para que entrase el ejército de reserva, y prolongaba cruelmente los trabajos y apuros que Massena sobrellevaba con sus valientes soldados — Apesuraos, escribian de Paris á Moreau, apesuraos por vuestro propio interés á socorrer á Massena, que falto de viveres, hace quince dias que está

sosteniendo con soldados estenuados una lucha desesperada. Nos dirigimos á vuestro patriotismo y á vuestro mismo interés, porque si Massena llega á capitular, será preciso desmembrar vuestras fuerzas para correr hácia el Ródano en ayuda de los departamentos del mediodía.» En fin por medio del telégrafo se le dió la orden formal de pasar el Rhin.

Las razones que impedían á Moreau entrar en acción habrían sido buenas en cualquiera otra ocasión menos apremiante; pues la Alsacia estaba exhausta de todo; la Suiza principalmente asolada durante dos años por los ejércitos de toda Europa, se hallaba tan desprovista de recursos que los naturales se veían en la necesidad de transportar enjambres de muchachos desde los cantones pobres á los ricos para que comiesen, y las familias arruinadas los encomendaban á la beneficencia de las que conservaban todavía algunos medios de subsistencia. Nada pues podía pedirse á semejante país, que por otra parte era preciso no exasperar, por ser el punto de apoyo de nuestros dos principales ejércitos. Moreau, como hemos dicho, vivía á costa de las provisiones de sitio de nuestras plazas del Rhin. Sin embargo no era esta la verdadera causa de su tardanza; antes por el contrario debía haberlo sido para apresurarse á ir á buscar en país enemigo los medios de subsistencia; pero su artillería y caballería carecían de caballos. Tampoco tenía efectos, ni útiles de campaña, y apenas contaba con lo puramente necesario para construir un puente. Sin embargo como las circunstancias apremiasen, se resignó á pasar sin lo que le hacía falta, á menos

que pudiera proporcionárselo en el camino. Su ejército estaba tan bien organizado, que podía suplir lo que no tenía, pasarse sin ello ó conquistarlo. A fines de abril (4.º de floreal) resolvióse pues Moreau á principiar aquella campaña la mas brillante de su vida y una de las mas memorables de nuestros anales.

Disponía este general, como ya hemos visto, de una fuerza compuesta de ciento treinta mil hombres, antes mas que menos, de los cuales cerca de treinta mil ocupaban las plazas de Strasburgo, Landau, Maguncia, las cabezas de los puentes de Basilea, Brisach, Kehl y Cassel. De estos treinta mil, una division de seis á siete mil mandada por el general Moncey defendía los valles de San Gotardo y del Simplon, para cerrarlos á los austriacos, dado caso que quisiesen penetrar en ellos. Quedaban, pues, al ejército activo diez mil hombres dispuestos á entrar en campaña. La infantería sobre todo era soberbia, y se componía de ochenta y dos mil hombres, la artillería de cinco mil para el servicio de ciento diez y seis piezas, y la caballería constaba de trece mil hombres. Vese pues que los dos ejércitos de artillería y caballería eran menos numerosos que lo que ordinariamente exigen estas armas, pero estaban perfectamente organizados y el sobresaliente mérito de la infantería permitía hasta cierto punto pasarse sin las demas armas auxiliares.

Moreau dividió su ejército en cuatro cuerpos: Lecourbe mandaba el de la derecha, cuya fuerza ascendía á veinte y cinco mil hombres y se hallaba estacionado desde el lago de Constanza hasta

Schaffousse: el segundo cuerpo titulado de reserva, compuesto de treinta mil hombres poco mas ó menos, y á las inmediatas órdenes de Moreau, ocupaba el territorio de Basilea, el tercero de veinte y cinco mil hombres y que formaba el centro bajo las órdenes de Saint-Cyr, y por último, el general Sainte-Suzanne á la cabeza de veinte mil hombres, despues de haber subido desde Maguncia hasta Strasburgo, ocupaba esta ciudad y Kehl y formaba la izquierda del ejército.

Largo tiempo hacia que Moreau habia adoptado este método de dividir su ejército en cuerpos, completo cada uno de infantería, artillería y caballería. De modo que cada cual se bastase á sí mismo donde quiera que se hallase, pero con el inconveniente, como muy pronto lo demostró la esperiencia de aislarse voluntariamente y obrar cada uno por su propia cuenta, sobre todo cuando el general en gefe no egereia su autoridad con bastante vigor para atraerlos sin cesar á una accion comun. Agrahóse este inconveniente con una disposicion particular que adoptó Moreau en esta campaña, cual fué la de encargarse directamente del mando de uno de estos cuerpos de ejército, bajo el nombre de reserva. Saint-Cyr, que hacia mucho tiempo servia con Moreau, quejle tenia en gran aprecio, se opuso fuertemente á esta combinacion, (1) á la cual achacaban el defecto de que absorvia toda la atencion del general en gefe, obligándole á representar un papel que no era el suyo, y sobre todo perjudicando á las demas partes del ejército, raras veces tan bien aten-

(1) Véase sobre este punto las memorias del mariscal Saint-Cyr, campaña de 1800.

didias como las tropas que dependen directamente del estado mayor general; pero estas criticas, cuya exactitud fué comprobada mas de una vez en esta campaña, no prevalecieron, pues Moreau persistió en su resolucion por deferencia á intereses de parcialidad. Habiendo confiado ya la direccion de su estado mayor al general Dessoles, y queriendo sin embargo dar colocacion al general Lahorie, uno de los amigos peligrosos que contribuyeron á perderle mas adelante, le dió el mando de la reserva en calidad de segundo, cuya circunstancia engendró entre Moreau y Saint-Cyr cierta tibieza que no tardó en convertirse en abierta enemistad.

Mr. de Kray, contrincante de Moreau, tenia, como ya hemos dicho, ciento cincuenta mil hombres, de los cuales cuarenta mil guarnecian las plazas del Rhin y del Danubio y ciento diez mil formaban el ejército activo. La infantería compuesta de bávaros, de soldados de Wurtemberg y de Maguncia era mediana; la caballería sobervia, pues reunia hasta veinte y seis mil caballos; la artillería numerosa y bien servida contaba trescientas piezas. La derecha de los austriacos estaba en observacion del Rhin, á las órdenes de Mr. de Sztarray entre Maguncia y Rastadt, y se comunicaba con las levas de campesinos de Maguncia, mandadas por el baron de Albini. El general Kienmayer cubria la salida de Strasburgo, mas allá del Kinzig. El mayor Giulay, con su brigada guarnecia el Valle del Infierno, y observaba al Viejo-Brisach. El grueso del ejército austriaco estaba acampado detrás de los desfiladeros de la Selva Negra, Donan-Eschingen y

Villingen, en el punto de confluencia de los caminos que del Rhin conducen al Danubio. Cuarenta mil hombres se hallaban reunidos en este punto. Mr. de Kray habia situado en los pueblos de la Selva una fuerte vanguardia á las órdenes del archiduque Fernando, con el encargo de observar el camino de Basilea, habia dejado una numerosa retaguardia bajo las órdenes del príncipe José de Lorena en Stokach, para defender sus almacenes establecidos en aquella ciudad, guardar los caminos de Ulma y de Munich, y comunicarse con el lago de Constanza donde el inglés William mandaba una escuadrilla. En fin el príncipe de Reuss, á la cabeza de treinta mil hombres, procedentes de los regimientos austriacos y de las milicias tirolesas, ocupaba el Rheintal, desde los Grisones hasta el lago de Constanza, el cual era considerado como la izquierda del ejército imperial. Mr. de Kray en medio de esta red tendida á su alrededor, se lisonjaba de estar instruido hasta del menor movimiento de los franceses.

El plan de Moreau, que ya hemos espuesto, y que consistia en desembocar por los tres puentes de Strasburgo, Brisach y Basilea, para ocultarse en seguida y subir por la ribera del Rhin hasta Schaffouse, habia sido adoptado sin modificacion alguna (1). El 25 de abril Moreau puso sus tropas en movimiento, habiéndose presentado de antemano en Strasburgo, en medio del cuerpo

(1) El mariscal Saint-Cyr padece en sus memorias una equivocacion sobre este particular. El primer consul habia adoptado el plan por entero, como consta de una carta del general Dessoles, contenida en el *Memorial de la Guerra*, y por la correspondencia manuscrita.

del general Sainte-Suzanne, para dar á creer con su presencia en aquel punto que era su ánimo obrar por el camino directo de Strasburgo al través de la Selva Negra. Para ocultar mejor sus movimientos habia tomado otra precaucion, cual era el no reunir anticipadamente sus tropas, sino hacer que las medias brigadas saliesen de sus acantonamientos encaminándose desde luego al punto por donde debian pasar el Rhin, y poniéndose así en marcha reunidas al cuerpo de que formaban parte. Dispuesto así el plan, tres imponentes cabezas de columna obrando simultáneamente en un espacio de treinta leguas, atravesaron al mismo tiempo en el mismo 25 de abril los puentes de Strasburgo, del Viejo-Brisach y Basilea.

El general Sainte-Suzanne que mandaba el extremo izquierdo y partia de Strasburgo, barrió cuanto encontró al paso que fueron algunos cuerpos destacados, los cuales no podian oponer una grande resistencia. Sin embargo no queriendo empeñarse en combates serios, detúvose en Ruchen y Ofbemburgo, amenazando á la vez los dos valles del Ruchen y de Kinzig; pero procurando sobre todo persuadir á los austriacos de que su intencion era llegar al Danubio por la Selva Negra siguiendo el valle de Kinzig. Al mismo tiempo Saint-Cyr salia del Viejo-Brisach y se dirigia hacia Friburgo, llevándose delante de sí á los destacamentos enemigos, pero observando, como Sainte-Suzanne la precaucion de no adelantarse demasiado. Algunos obstáculos halló al frente de Friburgo, porque los austriacos habian atrincherado las alturas que circundan esta ciudad, y habian

situado detras de las trincheras tropas de campesinos que habian sido enganchados en las montañas de Suabia, bajo pretesto de defender sus hogares de la asolacion de los franceses. Poca duracion debian tener todos estos medios de resistencia; así es que no tardó en ser tomado Friburgo, y acuchillados algunos de aquellos campesinos, y no se volvió á ver á los demas en lo restante de la campaña. Entonces Saint-Cyr se situó de manera que se creyese que intentaba penetrar en el Valle del Infierno.

La reserva desembocó aquel mismo día por el puente de Basilea, sin hallar obstáculo, y envió una division, la de Richepanse, hácia Schliengen y Kanderu, para darse la mano con el cuerpo de Saint Cyr que iba á emplear dos días en subir por las márgenes del Rhin.

Durante todo el día 26 de abril (6 de floreal), Sainte-Suzanne se mantuvo en posicion mas allá de Strasburgo y Saint-Cyr mas allá de Brisach. La reserva, que habia salido de Basilea, acabó de desplegarse, esperando el movimiento de los dos cuerpos destinados á subir por las márgenes del Rhin hasta coronar su altura. Moreau abandonó á Strasburgo, para dirigirse á su cuartel general que estaba colocado en medio de la reserva.

El día 27 se empleó tambien en engañar al enemigo respecto á la direccion de nuestras columnas. Los austriacos debian esperar un movimiento decisivo por el Kinzig y el Valle del Infierno. Estos dos desfiladeros son en efecto el camino mas directo para un ejército que desde el Rhin quiere trasladarse al Danubio, porque á cierta distancia se separan uno de otro, se estienden en la

misma direccion y vienen á reunirse al fin entre Donau-Eschingen y Hufingen, no lejos de Schaffouse, punto donde se hallaba el cuerpo del general Lecourbe. Natural era suponer que las dos fuertes columnas, compuesta cada una de veinte á veinte y cinco mil hombres, que se presentaban á la entrada de estos desfiladeros, iban verdaderamente á empeñarse en ellos para darse la mano con el general Lecourbe, y á fin de guardarlos mejor Mr. de Kray destacó de Villingen doce escuadrones y nueve batallones, y los envió como refuerzos al general Kienmayer, viéndose obligado á debilitar á Stocach para reemplazar en Villingen las tropas que sacaba de este punto.

Pero en la noche del 27 y en la mañana del 28, mientras que Mr. de Kray caía en el lazo, cambió de pronto la direccion de las columnas francesas. Sainte-Suzanne se replegó sobre Strasburgo, volvió á pasar el Rhin con todas sus tropas y subió por la orilla izquierda para no verse obligado á hacer en terreno enemigo un movimiento de flanco demasiado estenso. Luego que llegó á Nuevo-Brisach, pasó otra vez á la margen derecha y reemplazó á Saint-Cyr delante de Friburgo, como si fuese á empeñarse en el Valle del Infierno. Saint-Cyr por su parte volviéndose á la derecha, pero sin abandonar la margen alemana del rio, costeó el Rhin con su artilleria, caballeria y bagages, y mientras estos seguian el país llano, gran parte de su infanteria marchaba por la falda de los montes, por San Huberto, Neuhof, Todnau y San Blas. Con semejante disposicion habia querido Moreau dejar espeditas las márgenes del Rhin, desembarazar las alturas de la Selva Negra, llenas de destaca-

mentos austriacos, y pasar cerca de sus manantiales los rios Wiesch, Alb y Wutach, que desde aquellas alturas descienden al Rhin atravesando el territorio de los pueblos inmediatos. Como desgraciadamente se habia contado con caminos que no existian, Saint-Cyr hubo de atravesar paises escabrosos, siempre á la inmediacion del enemigo y sin artilleria. Sin embargo no tardó mucho ni se vió en la imposibilidad de llegar á San Blas, sobre el Alb, el día convenido.

Al mismo tiempo Moreau volvió á subir el Rhin con la reserva, manteniéndose como Saint-Cyr en la orilla alemana. Richepanse que mandaba la vanguardia, despues de ver desembocar la artilleria y caballeria de Saint-Cyr que, como hemos dicho, seguia las márgenes del Rhin, se puso en marcha para San Blas, á fin de reunirse con la infanteria del mismo cuerpo. Los generales Delmas y Leclerc, que mandaban las otras dos divisiones de la reserva, se dirigieron sobre Soeckingen, y despues sobre el Alb, delante del puente de Albruck, que estaba fortificado. El ayudante general Cohorn, marchando á la cabeza de un batallon del 44.º de ligeros, de dos batallones del 45.º y del 4.º de húsares, marchó en columna sobre las trincheras y las tomó: saltó en seguida sobre los hombros de un granadero, pasó de esta suerte el Alb y no dió tiempo al enemigo para destruir el puente. Apoderóse de algunas piezas de artilleria é hizo muchos prisioneros.

El 29 de abril (9 de floreal) el centro que mandaba Saint-Cyr, y la reserva bajo las órdenes de Moreau, se hallaban en linea sobre el Alb, desde la abadía de San Blas hasta confluencia del Alb

con el Rhin; Sainte-Suzanne llegaba á Nuevo-Brisach por la orilla izquierda, y á nuestro extremo derecho Lecourbe reunia sus tropas entre Diesenhofen y Schaffouse, dispuesto á ejecutar su paso, cuando Saint-Cyr y Moreau hubiesen subido por el Rhin hasta su altura. El 30 de abril Sainte-Suzanne pasó el Rhin y se presentó á la entrada del valle del Infierno; Saint-Cyr permaneció en las cercanias de San Blas, Moreau se adelantó sobre el Wustach; y finalmente el primero de mayo (11 de floreal) el ejército dió el último y mas decisivo paso, y lo dió felizmente. Mr. de Kray habia comenzado á conocer su yerro, y á llamar hácia sí las tropas de su ejército que se habian empeñado demasiado en los desfiladeros de la Selva Negra. Sainte-Suzanne, encargado de atravesar el valle del Infierno, el cual desemboca sobre las mismas posiciones que el ejército francés debia ocupar, luego que hubiese verificado su movimiento, halló las tropas de Kienmayer en retirada y las siguió paso á paso. Saint-Cyr no cesó de flanquear al cuerpo del archiduque Fernando y lo rechazó de Bettmaringen á Stuhlingen sobre el Wustach, á donde llegó por la tarde. Las tropas de Moreau pasaron este rio sin sufrir gran resistencia, restablecieron el puente, al que apenas faltaban algunos tablones, y procuraron comunicarse por su derecha con Schaffouse, donde estaba Lecourbe, y por su izquierda con Stuhlingen, donde se hallaba Saint-Cyr. Este era el momento que Lecourbe, situado cerca de Schaffouse, debia escoger para atravesar el Rhin. En la mañana del primero de mayo se colocaron sobre las alturas de la orilla izquierda del rio 24 piezas artilleria para barrer

con sus fuegos las inmediaciones del pueblo de Reichingen y 25 barcos trasladaron á la orilla derecha al general Molitor con dos batallones, para proteger la colocacion de un puente, que hacia ya mucho tiempo estaba preparado en el Aar. En hora y media quedó echado el puente; el general Vandamme lo pasó con gran parte de las tropas que mandaba Lecourbe y ocupó en un instante los caminos que conducen á Eugen y Stokach, puntos importantes de la linea enemiga. Tomó la pequeña ciudad de Stein y el fuerte de Hohentwiel, tenido por inespugnable, y muy bien provisto, tanto deviveres como de artilleria. La brigada de Gouho pasando al mismo tiempo hácia Paradis, encontró en la aldea de Busingen una resistencia bastante fuerte, pero de la cual triunfó muy pronto: en fin la division de Lorges entró aquella tarde en Schaffouse, y se reunió con las tropas de Moreau.

De esta suerte el 4.º de mayo por la tarde se hallaba el ejército entero al otro lado del Rhin. Los tres cuerpos principales, los de Saint-Cyr, Moreau y Lecourbe, formando una masa de setenta y cinco á ochenta mil hombres ocupaban una línea que se estendia por Bondorf, Stuhlingen, Schaffouse, y Radolfzel hasta la punta del lago de Constanza, estando pronto á marchar sobre Engen y Stokach, y amenazado á la vez la retirada y los almacenes del enemigo. Sainte-Suzanne con la izquierda, cuya fuerza ascendia á veinte mil hombres, seguia á los austriacos por el desfiladero del Valle del Infierno, esperando para desembocar sobre el Danubio superior, y reunirse con el grueso del ejército francés, que este hubiese abandonado el desfiladero pasando mas adelante.

Este movimiento se habia verificado en 6 dias y de la manera mas feliz. Moreau presentando tres cabezas de columna por los puentes de Strasburgo, Brisach y Basilea, habia atraído al enemigo hácia estas tres salidas; retirándose despues repentinamente; y marchando por su derecha á lo largo del Rhin con dos de sus cuerpos de ejército por la orilla alemana y uno por la francesa, habia subido hasta la altura de Schaffouse, donde habia protegido el paso de Lecourbe. Habia hecho mil quinientos prisioneros, tomado seis piezas de campaña con sus trenes, euarenta piezas montadas en el fuerte de Hohentwiel, y algunos almacenes. Las tropas se habian portado con una resolucion y una serenidad, que no podia esperarse sino de tropas veteranas, llenas de confianza en sí mismas y en sus gefes.

Todas las objeciones dirigidas á este plan se desvanecen indudablemente en presencia de su resultado. Es imposible ver coronados con mas felicidad movimientos tan complicados, prestarse á este fin con mas credulidad el enemigo, ni concurrir á el con mas precision los gefes de los cuerpos. Sin embargo este plan de Moreau presentaba por lo menos tantos peligros como el del primer consul, desechado por demasiado temerario, porque Saint-Cyr y Moreau habian descubierto su flanco por espacio de muchos dias, en una marcha á lo largo del Rhin, cerrados entre las montañas y el rio; Saint-Cyr se habia visto por un instante separado de su artilleria, y Sainte-Suzanne marchaba solo á la sazón por el Valle del Infierno. Si el mariscal de Kray, súbitamente inspirado, hubiese caído sobre Saint-Cyr, Moreau

ó Sainte Suzanne, habria tal vez derrotado á un cuerpo de estos, lo que hubiera podido causar un movimiento retrógrado en todo el ejército francés. Pero Moreau tenia en su favor dos ventajas: primera, la de tomar la ofensiva, lo cual desconcertaba siempre al enemigo; y la segunda, la de mandar tropas excelentes, capaces de reparar con su firmeza cualquier accidente imprevisto, y las cuales hasta repararon como veremos pronto, con su valor en los combates mas de una falta del general en jefe.

Acercábase el momento en que los dos ejércitos, despues de haber maniobrado, el uno para pasar el Rhin y el otro para impedirlo, iban por fin á encontrarse al otro lado del rio. El 2 de mayo (12 de floreal) Moreau se preparaba á este encuentro, pero no suponiéndolo tan próximo como efectivamente estaba, no tomó medidas de concentracion, tan prontas y completas como se necesitaban. Resolvió enviar á Lecourbe con sus veinte y cinco mil hombres sobre Stokach, donde se hallaban á la vez la retaguardia de los austriacos, sus almacenes y sus comunicaciones con el Vorarlberg, y el príncipe de Reuss. Tal era la ejecución rigurosa del plan convenido con el primer consul; porque Mr. de Kray, incomunicado con Stokach, estaba separado tambien del lago de Constanza y por consecuencia de los Alpes. Mandó, pues, Moreau á Lecourbe partir el 3 de mayo (13 de floreal) por la mañana para apoderarse de Stokach, punto muy importante que el príncipe de Lorena Vaudemont guardaba con doce mil hombres. Por lo que hace á Moreau, marchó con toda la reserva sobre Engen, no perdiendo de vista la

suerte de Lecourbe y dispuesto á venir en su socorro si era necesario. Finalmente mandó á Saint-Cyr adelantarse á ocupar una posición estendida desde Bettmaringen y Bondorf hasta Engen, á fin de ponerse por una parte en comunicacion con él, y por la otra darse la mano con Sainte-Suzanne, quien debia salir pronto del Valle del Infierno.

Moreau marchaba así en batalla, dando la espalda al Rhin, la derecha al lago de Constanza y la izquierda á las avenidas de la Selva Negra, presentando un frente de 15 leguas, asaciamente paralelo á la línea de retirada que debian correr los austriacos, si se retiraban desde Donau-Eschingen á Stokach, donde muchos intereses los llamaban. Esta era una posición demasiado estensa, sobre todo estando tan cerca del enemigo, y que ante un adversario activo y resuelto habria espuesto al ejército francés á graves consecuencias. Afortunadamente para nosotros, el ejército de Mr. de Kray estaba mucho menos concentrado que el de Moreau. Mr. de Kray, cuya disposición se prestaba mejor que la nuestra á una concentracion rápida, puesto que ocupaba desde Constanza hasta Strasburgo la base de un triángulo cuyos dos lados ocupábamos nosotros, sorprendido ahora por nuestro movimiento, y teniendo ya sobre su flanco izquierdo á los franceses reunidos al otro lado del rio, se encontraba en una situación muy difícil; así es que dió á los destacamentos de los ejércitos austriacos que se hallaban cerca del Rhin órdenes precipitadas para que cayesen por la Selva Negra sobre el alto Danubio; pero solo una resolución pronta y bien concertada, podia sacarle del peligro. Para conocer bien

esta situación, preciso es pasar la vista por el teatro de tan complicadas operaciones.

Ese país aspero y montañoso que se llama Selva Negra, al rededor del cual corre el Rhin sin penetrarle, y del cual se aleja para correr hacia el Norte, ese país produce bajo la forma de un simple manantial, un río muy modesto en su nacimiento, aunque destinado á ser uno de los mas caudalosos del mundo; este río es el Danubio. Dale salida al este, á donde se dirige, inclinando sin embargo un poco al norte, hacia donde lo encamina el pie de los Alpes que recorre hasta Viena. En su curso recoge todas las aguas que descienden de aquella larga cordillera de montañas, lo que es causa de su repentina grandeza despues de tan humilde origen.

Los generales austriacos que defienden contra los franceses el valle del Danubio, camino ordinario á su patria, pueden adoptar dos planes; ó bien seguir, cuando los franceses han penetrado por la Suiza y la Selva Negra, la falda de los Alpes, apoyando su izquierda en las montañas y su derecha en el Danubio y defendiendo sucesivamente todos los rios que en él desaguan; tales como Iller, el Lech, el Isar y el Inn, ó bien abandonar los Alpes, ocupar el Danubio, seguir su curso, deteniéndose en las grandes posiciones que presenta, como las de Ulm, Ratisbona etc. Prontos á resguardarse con su cauce que progresivamente se ensancha, ó arrojarse sobre el adversario imprudente que hiciese una maniobra falsa. Este segundo plan es el que ha merecido siempre la preferencia de los austriacos.

El mariscal de Kray podia adoptar cualquiera

de los dos: apoyarse en los Alpes ó maniobrar sobre el Danubio. Apoyándose en los Alpes, contrariaba sin saberlo el plan del primer consul, que para descender con seguridad desde estas altas montañas y caer sobre la retaguardia del baron de Melas, deseaba alejar de la Suiza y del Tirol al ejército imperial de Suabia; si bien sacrificaba su ala derecha empeñada demasiado adelante por las márgenes del Rhin, sin saber cual seria su suerte. Adoptando por el contrario el partido de maniobrar en ambas orillas del Danubio, se aproximaba indudablemente á su ala derecha, pero se alejaba de su izquierda mandada por el príncipe de Reuss, aunque sin sacrificarla, pues tenia en el Tirol asilo y ocupacion para sus fuerzas. Cierto es que, alejándose de los Alpes, se prestaba también sin saberlo á las miras del primer consul; pero el mal no era grande, pues aun apoyándose en los mismos montes, no era probable que hubiese pensado en penetrar en Lombardia para dar socorro al baron de Melas. El plan, pues, que menos inconvenientes presentaba, y mejor se avenia con la marcha ordinaria de los ejércitos imperiales, era concentrarse sobre el alto Danubio. Pero para lograr este objeto era preciso adoptar el plan sin pérdida de tiempo y resueltamente. Por desgracia Mr. de Kray tenia inmensos almacenes en Stokach, cerca del lago de Constanza, con una fuerte retaguardia de doce mil hombres, á las órdenes del príncipe de Lorena Vaudemont. Era, pues, indispensable que inmediatamente trasladase su retaguardia desde Stokach al alto Danubio, abandonando sus almacenes que en ningun caso ha-

bria tiempo de evacuar. Empero, no fué esto lo que hizo, y aunque con intencion de maniobrar mas tarde sobre el Danubio, envió á Mr. Nauendorff con el céntró del ejército austriaco sobre Engen; á fin de socorrer á Stokach, mandando al mismo tiempo al príncipe Fernando que se hallaba en la Selva Negra, dirigirse al mismo punto y á su derecha, mandada por los señores de Sztarray y Kienmayer abandonar el Rhin para incorporarse á él sin pérdida de tiempo.

Inconveniente de no leve monta es haber de sujetar los movimientos de un ejército á la conservación de esos vastos almacenes de viveres que acostumbran tener los alemanes. Los franceses se pasan bien sin ellos, pues como son activos é industriosos saben acudir á un mismo tiempo á sus banderas y al merodeo á que se entregan de noche recorriendo las campañas sin gran perjuicio de su disciplina militar. Las tropas alemanas por el contrario, rara vez se esponen á semejante prueba sin desbandarse y desorganizarse. Una ventaja sin embargo proporcionan los almacenes, y es la de vejar menos al pais ocupado, y no exasperarlo contra el ejército invasor.

Marchando, pues, Moreau con su derecha sobre Stokach, y con su reserva sobre Engen, en tanto que el cuerpo de Saint-Cyr se estendia para proteger al de Sainte-Suzanne, iba á encontrar en Stokach la retaguardia de Mr. de Kray y su centro en Engen, y á flanquear las tropas del príncipe Fernando, que estaban en marcha para incorporarse al grueso del ejército austriaco. De este encuentro debia resultar una batalla inesperada, como acontece frecuentemente en la guer-

ra, cuando los acontecimientos no son conducidos por hombres de genio, capaces de preveerlos y dirigirlos.

Desde por la mañana pasó Lecourbe hácia Stokach, enviando á la izquierda la division de Lorges para comunicarse con Moreau, y por delante en la carretera de Schaffouse á Stokach, á la division de Montrichard, con la reserva de la caballería de Nansouty, y por último llevando la division de Vandamme á la derecha entre Stokach y al lago de Constanza. Dividióse esta en dos brigadas, una de las cuales maniobrando á las órdenes del general Leval para incomunicar á Stokach con el lago de Constanza, por Bodmann y Sernadingen, no halló obstáculo alguno, porque el príncipe de Reuss, que hubiera podido ponerlo, curábase poco de recibir instrucciones de su general en jefe; y la otra mandada por el general Molitor, dirigida por Vandamme en persona, se encaminó á la espalda de Stokach por un sendero de travesía, mientras Nansouty y Montrichard marchaban directamente por la carretera de Schaffouse. Vióse en la espesura del bosque una fuerza de infantería que se replegaba, y otra de caballería que despejaba la campiña replegándose tambien. Las tropas francesas llegaron en fin á las posiciones que los austriacos parecian resueltos á defender. Montrichard los halló en batalla al otro lado de la aldea de Steusslingen, protegidos por numerosa fuerza de caballería. La artillería francesa atravesó este pueblo en dos columnas, y se desplegó á derecha é izquierda, amenazando los flancos del enemigo. Al mismo tiempo la caballería de la division de Montri-

chard , apoyada por toda la reserva de Nansouty , salió de Steusslingen , cargó vigorosamente y arrolló á los imperiales , obligándoles á retirarse á Neuzingen . Esta posicion era la segunda y principal de las que defendian á Stokach , y se apoyaba en la de Wachlwyes , que Vandamme amenazaba en aquel momento con la brigada de Molitor . Divisábase numerosa infantería ocupando el pueblo de Neuzingen , apoyada en los bosques por derecha é izquierda , y protegida por alguna fuerza de artillería . Grande esfuerzo fué menester para desalojarla , lo que se consiguió flanqueándole Montrichard por una altura llamada el Hellemberg , mientras Vandamme , que habia logrado pasar á Wachlwyes , desembocaba á espaldas de Neuzingen . La posicion fué tomada , y todo el cuerpo de Lecourbe reunido , desembocó en masa sobre Stokach de que consiguió apoderarse . Todavía quisieron los austriacos hacernos frente al otro lado de Stokach , y presentaron cuatro mil hombres de infantería en batalla , cubiertos por toda su caballería ; pero los regimientos de Nansouty cargaron á esta última , y la arrojaron en desórden sobre la infantería , que esta vez no pensó mas que en rendirse . Lecourbe hizo cuatro mil prisioneros , apoderóse de ocho piezas de artillería , de cien caballos y de los inmensos almacenes de Stokach . No podia suceder de otro modo ; pues Lecourbe con tropas capaces de batirse con un enemigo superior en número , tenia doble gente que el principe de Lorena , á pesar de haber destacado la division de Lorges para que operase de acuerdo con la de Moreau . Habia , pues terminado muy pronto su tarea , y si al

conjunto de las operaciones hubiese presidido una direccion vigorosa , habria podido y debido emplearse en otra parte , como ahora mismo veremos . La division de Lorges destinada á servir de conducto intermedio á Lecourbe y Moreau , se habia dividido en dos brigadas . La de Goulu habia marchado sobre Aach para despejar el espacio comprendido entre Stokach , y no encontrando enemigo á quien combatir , se habia replegado sobre Stokach , donde fué enteramente inútil ; y el general Lorges incorporándose con el resto de su division á las tropas de Moreau , las acompañó hácia Engen .

Moreau con todo lo que se llamaba el cuerpo de reserva , marchaba desde por la mañana sobre Engen ; al mismo tiempo que Mr. de Kray atravesaba esta poblacion para dirigirse hácia Stokach y defender sus almacenes . Pronto conoció por el número de tropas que se desplegaban á su vista que iba á haber una batalla en vez de verificarse un reconocimiento , y dispúsose desde luego á combatir , fiado en la masa de cuarenta mil hombres que tenia á la mano y en las fuertes posiciones donde la casualidad acababa de situarlo . Al dejar hácia Schaffouse las orillas del Rhin en direccion de las del Danubio , en aquella tierra escabrosa , cuyas pendientes son indecisas se encuentra un reducido valle , el de el Aach que lleva al lago de Constanza las aguas que no van ni al Rhin ni al Danubio . En este valle se halla situada la aldea de Engen á la cual no puede bajarse sin pasar una série de elevados bosques de difícil acceso . Los austriacos ocupaban estas alturas con su infantería , y con su caballería el llano de En-

gen; siendo pues preciso á Moreau tomar las primeras y bajar despues al llano para arrollar allí la caballeria imperial. El mismo marchaba á la oabeza de las divisiones de Delmas y Bastoul, y de la mitad de la de Lorges; habiendo dirigido sobre su izquierda por el camino llamado de Blumenfeld la division de Richepanse, la cual penetrando en una série de valles debia flanquear las posiciones del enemigo por los puntos menos defendidos, y todas estas fuerzas juntas debian caer en masa sobre Engen.

Lorges, que se habia adelantado un breve espacio á las tropas de la reserva, halló un cuerpo de enemigos cerca de Waterdingen y antes de atacar esperó á la division de Delmas, que no tardó en llegar, y entonces todos juntos cargaron y desalojaron á los austriacos. Llegados á este punto, tenían que salvar todavia las alturas que rodean á Engen, y para ello era preciso que atravesasen mesetas muy escarpadas, dominadas á la derecha por una posicion llamada el Maulberg, y á la izquierda por un pico elevadísimo, conocido con el nombre de pico de Hohenhewen. Lorges estaba encargado de atacar el Maulberg, y despues de un ligero cañoneo, marchó adelante y cedió el enemigo. Entonces Delmas tomando la izquierda se dirigió sobre un bosque que rodeaba el pico de Hohenhewen, y que á la sazón ocupaban ocho batallones de infanteria enemiga. Dos de la brigada cuarenta y seis avanzaron hácia este bosque sin disparar un tiro, mientras que el general Grandjean y el ayudante general Cohorn lo flanqueaban con un destacamento. Apenas los dos batallones recibieron una descarga, cargaron

á la bayoneta, y viéndose los ocho batallones austriacos atacados de frente con tanto arrojo, y flanqueados por la derecha, abandonaron el bosque. Tomadas por nuestras tropas las principales posiciones, que defendian las avenidas del valle de Engen, no tenían que hacer ya otra cosa sino bajar á este valle atravesado por un riachuelo caudaloso. El enemigo se habia retirado al pico de Hohenhewen en cuyas pendientes habia colocado su artilleria á infanteria, formando en orden de batalla en el llano de Engen á doce mil hombres de caballeria. El primer proposito de Moreau fué apoderarse del espresado pico, mandando á la division de Delmas que lo atacase inmediatamente; pero al dejar esta el bosque de que se habia posesionado; se vió espuesta á un fuego mortífero que sin embargo sufrió heroicamente. El general Jocopiu, poniéndose á la cabeza de la infanteria principió á subir las pendientes del pico cuando una bala le átravesó un muslo; pero el general Grandjean flanqueó la posicion, y el ayudante general Cohorn, á quien hemos visto pasar el Alb sobre los hombros de un granadero, se lanzó sobre la cumbre con un batallon y desalojó á los austriacos. Nuestras tropas se hallaron entonces en posesion de todas las alturas que dominan el llano de Engen y pudieron desplegarse allí sin dificultad. El enemigo se retiró á el otro lado de este llano, mas allá del riachuelo que lo cruzaba y al pie de una cadena de collados que formaban su opuesto limite, colocando á vanguardia su numerosa caballeria con la mayor parte de su artilleria, y á retaguardia en la hondonada de un valle, á cuya entrada se encuentra la aldehuella de

Ehingen, una fuerte reserva de granaderos. Tal era la masa de fuerzas que era preciso arrollar para terminar la batalla de una manera ventajosa á nuestras armas.

Durante este tiempo oíase un fuego muy vivo al otro lado del pico de Hohenhewen, muy lejos á lo largo de aquella cadena de elevados montes que rodean á Engen. Este fuego era causado por la division de Richepanse que se batia con las tropas de que Mr. de Kray habia coronado esta parte del campo de batalla. El general Richepanse se habia visto obligado á partir su division en dos brigadas para tomar dos posiciones, llamada la una de Leipherdingen y la otra de Waterdingen, en el fondo mismo de los valles en que se habia empeñado, y donde sostenia un combate obstinado y azaroso cuando para bien suyo asomaron las primeras tropas del cuerpo de Saint-Cyr. Demasiado tarde llegaban estas tropas á consecuencia de falta de conjunto en las disposiciones de Moreau; pues Saint-Cyr habia tenido que proteger á Sainte Suzanne con una division, vistose obligado á esperar á Ney á quien la falta de víveres detenia, y á esperar tambien su artilleria, retrasada siempre desde que se pasó el Rhin, y por último habia encontrado sin cesar en su camino al príncipe Fernando, y no pudiendo oponerle mas que una division de las tres que llevaba, se habia visto forzado á marchar paulatinamente y con suma precaucion. Llegaba en fin al socorro de Richepanse, en ocasion en que Mr. de Kray hacia el último y mas vigoroso esfuerzo para impedirle caer sobre Engen.

Juzgando Moreau por lo nutrido del fuego el

peligro de Richepanse, quiso atraer á los austriacos sobre su izquierda, para cuyo fin creyó deber atacar al pueblo de Ehingen que formaba el apoyo de la posicion del enemigo al otro lado del llano. Como acabamos de ver los austriacos se habian colocado allí al pie de una cadena de collados, su artilleria, caballeria y ademas una reserva de granaderos en un valle á cuya entrada está el pueblo de Ehingen. El general Bontemps cayó sobre aquel punto con la media brigada sesenta y siete, dos batallones del diez de ligeros y diez escuadrones del quinto de húsares, siguiendo el general Hautpoult, con la reserva de caballeria. Todas estas tropas, marchando en columnas por el llano bajo los fuegos de una bateria de doce piezas, llegaron animosamente al pueblo de Ehingen y se apoderaron de él; pero repentinamente caen sobre ellas los ocho batallones de granaderos que habia de reserva, apoyándolos la caballeria austriaca por medio de una vigorosa carga, y ante tan brusco é inesperado ataque víéronse nuestros soldados en la dura necesidad de abandonar el pueblo. La caballeria del general Hautpoult fué arrollada por la gran masa de la caballeria imperial, recibiendo el valiente general Bontemps una grave herida en medio de aquella confusion. Al mismo tiempo redoblaba el fuego á nuestra izquierda al otro lado del pico de Hohenhewen, lo cual anunciaba los peligros de Richepanse, que vanamente se obstinaba en forzar la cadena de montes.

Moreau, que en los momentos críticos, tenia toda la firmeza de un ánimo verdaderamente guerrero, comprende al punto la gravedad de aque-

lla situación, y se decide á dar un golpe de mano vigoroso para quedar dueño del campo de batalla. Manda avanzar los restos de la división de Bastoul, toma él mismo algunas compañías de granaderos que tenía á la mano, las impele hácia adelante, arrastra todo lo que encuentra y conduce nuestras tropas victoriosas á Ehingen. Mientras que fija la fortuna en este punto, por su parte Richepanse hace prodigios de valor. Saint-Cyr, á quien ya se había incorporado Ney, y definitivamente desembarazado del archiduque Fernando, envía delante de sí á la brigada del general Roussel, la cual rivalizaba en valor con las tropas de Richepanse, que hacia ya mucho tiempo se hallaban empeñadas en la refriega, y las ayuda á ganar las alturas tan vivamente disputadas. Decidese, pues, la victoria en todas partes en nuestro favor, pero á costa de muchos esfuerzos y sangre derramada; pues la cuarta media brigada acababa de perder ella sola en estos combates de cinco á seis mil hombres. Principiaba á anohecer: los franceses redoblaban su valor, mientras que los austriacos, sabedores de la derrota del príncipe de Lorena Vaudemont en Stokach comenzaban á desanimarse. Temiendo Mr. de Kray ser flanqueado por Stokach, mandó tocar retirada y se apresuró á volver á las márgenes del Danubio por Tuttlingen y Liptingen.

Considerable había sido la pérdida del ejército francés en esta serie de luchas encarnizadas, quedando fuera de combate entre muertos y heridos sobre dos mil hombres; pero el ejército austriaco había perdido tres mil, dejando en nuestro poder de cuatro á cinco mil prisioneros. El herói-

co valor con que las tropas francesas se habían conducido en esta ocasión había reparado las faltas del plan general, plan que efectivamente dejaba mucho que desear y cuyos defectos podemos ahora apreciar debidamente: desde luego es fácil conocer por los resultados mismos lo inconveniente de haber pasado el Rhin por diferentes puntos, pues á consecuencia de esta manera de obrar no se había podido disponer mas que de tres cuerpos que marchasen juntos, y aun el tercero, el de Saint-Cyr, se había visto paralizado por la necesidad de no separarse demasiado del cuarto que quedaba atrás. Había ocasionado además este pernicioso sistema de pasar el Rhin por varios puntos, la tardanza de la artillería de Saint-Cyr, tardanza que no poco había contribuido á diferir el socorro dado á Richepanse. Por lo que hace á la batalla misma, Moreau se había visto en la necesidad de lidiar en Engen con veinte y cinco mil hombres contra cuarenta mil, mientras Lecourbe con veinte mil no había tenido que combatir en Stokach mas que doce mil, y mientras Saint-Cyr se hallaba casi ocioso, ó reducido al papel de simple observador. Acusado de haber llegado demasiado tarde, afirmaba de no haber visto en todo el día un solo ayudante de campo del cuartel general; cosa que jamás acaeció, y si acaso pocas veces, en los campos de batalla donde mandó el primer consul. Sin embargo para obrar como obraba Moreau, menester era también ser general de relevante mérito; pues jamás perdió la serenidad en presencia del peligro, y secundado por el valor de sus tropas había alcanzado al fin la victoria y adquirido sobre el enemigo una superioridad decidida.

Acampó su ejército en el mismo campo de batalla; y si al día siguiente hubiese perseguido vivamente á Mr. de Kray por el camino de Stokach al Danubio, probablemente le habria puesto en desorden; pero Moreau no tenia viveza de carácter y miraba demasiado por sus tropas para ejecutar esos movimientos rápidos, que sin duda fatigan por un momento á los hombres, pero que en realidad economizan su sangre y sus fuerzas precipitando los resultados. Empleóse el 4 de mayo (14 de floreal) en rectificar la posición del ejército y en marchar lentamente hácia el Danubio, á donde marchó tambien Saint-Cyr por Tuttlingen, y se encaminaron Moreau y Lecourbe por Mœsskirch, vigilando siempre su derecha y las avenidas del Vorarlberg, por donde el príncipe de Reuss habria podido venir.

Mr. de Kray no se hallaba resignado todavía á ceder el terreno sin pelear. Su ejército estaba ya muy desordenado, y disminuido además en diez mil hombres ó poco menos. Cometió el yerro de esponerlo á un nuevo encuentro con los franceses antes de atravesar el Danubio y reunirse con los generales Kienmayer y Sztarray que volvian de las orillas del Rhin atravesando la Selva Negra, al mismo tiempo que el cuerpo francés de Sainte-Suzanne. Para que el ejército austriaco hubiese podido recobrar su fuerza moral, habria necesitado el abrigo de un gran río, algunos días de descanso y tropas de refuerzo. La posición de Mœsskirch, en que Moreau le dejó serenarse inspiró á Mr. de Kray la resolución imprudente pero valerosa de pelear otra vez.

Era en efecto muy fuerte la posición de

Mœsskirch. La gran carretera que por Engen y Stokach va á parar al Danubio, pasa un poco antes de llegar á Mœsskirch bajo los fuegos de una meseta ancha y elevada, que llaman la meseta de Krumbach; dejando esta á la izquierda, penetra luego en un terreno montuoso, donde forma un largo desfiladero, y desemboca en seguida en un yermo en cuyo centro se descubre á la derecha la aldea de Mœsskirch se estiende una línea de alturas que continúan hasta Heudorf, y que desde este punto van á reunirse por detras y á la izquierda con la meseta de Krumbach: de suerte que pasando al principio del camino por bajo de la meseta de Krumbach y perdiéndose luego en un bosque, sale al fin á campo raso bajo los fuegos de las colinas que se estienden desde Mœsskirch hasta Heudorf.

Mr. de Kray habia coronado esta posición con una artillería formidable: el príncipe de Lorena formandola izquierda de los austriacos ocupaba á Mœsskirch y alturas circunvecinas: Mr. de Nauendorf, formando el centro, estaba desplegado sobre Heudorf con una reserva de granaderos á retaguardia y Mr. Wrede con los bávaros, el archiduque Fernando y el general Giulay reunidos componian la derecha del ejército imperial sobre la meseta de Krumbach.

Moreau no contaba mucho mas con dar una batalla en Mœsskirch, que habia contado darla en Engen. Recelando sin embargo que podria encontrar alguna resistencia en Mœsskirch lo habia así prevenido á Lecourbe, mandándole á decir que acaso seria necesario hacer un esfuerzo en este punto, pero no le dió las órdenes precisas de

concentraci3n que reclama la inminencia de una gran batalla. Lecourbe á la cabeza del ejército y marchando con tres divisiones, habia enviado á bastante distancia sobre su derecha la division de Vandamme para que continuase observando los movimientos del príncipe de Reuss hacia el Voralberg. Parte de esta division al mando del general Molitor debia dirigirse por el camino de Pfulledorff y Klosterwld, sobre el flanco de M3esskirch. Lecourbe con las divisiones de Montrichard y Lorges, y con la reserva de caballeria debia avanzar por la carretera que acabamos de describir, y la cual despues de haber pasado por debajo de Krumbach, desemboca atravesando los bosques enfrente de M3esskirch. Moreau seguia el mismo camino manteniéndose á cierta distancia á retaguardia. Saint-Cyr flanqueaba de lejos la izquierda de Moreau ocupando las dos orillas del Danubio hacia Tuttlingen. No eran est3s ciertamente preparativos para una gran batalla y en lugar de haber enviado á Vandamme solo con media division sobre el flanco de la posicion de M3esskirch, debia haberse dirigido por aquel lado á Lecourbe con todas sus tropas. Tampoco Moreau debia haber partido tan tarde, ni reunirse con Lecourbe en un mismo camino y en el desfiladero de un bosque, ni Saint-Cyr, en fin debia haberse colocado tan lejos.

Empero sea de esto lo que quiera, Lecourbe se puso en movimiento desde por la mañana conforme á las disposiciones adoptadas, y al llegar á la altura de Krumbach, dejó esta meseta á su izquierda y se internó en el largo desfiladero del bosque, donde encontró algunas avanzadas que

pronto se replegaron, y llegó á la salida. Entonces se descubrió la llanura en cuyo fondo se encuentra M3esskirch rodeado por todas partes de montes que coronaba la artilleria austriaca. Desde que asomaron las cabezas de columna rompieron el fuego de frente cinco piezas por el lado de M3esskirch, y otras veinte de flanco por el lado de Fleudorf, vomitando una granizada de balas y metralla. Situáronse á la orilla del bosque dos batallones de infanteria ligera, y tres regimientos de caballeria, el 9 de húsares, el 12 de cazadores, y el 41 de dragones, avanzaron rápidamente para proteger la colocacion de nuestra artilleria: pero rechazados por el fuego de estas 25 piezas que los acribillaban por todos lados, tuvieron que replegarse, y quince cañones que el general Montrichard habia querido oponer á la artilleria austriaca fueron en parte desmontados. La misma infanteria ligera se vió obligada á guarecerse en el bosque; la caballeria austriaca quiso á su vez cargarnos, pero fué rechazada con vigor. Sin embargo cada vez que el general Montrichard queria salir del bosque, un fuego violento detenia sus columnas. Muy pronto se hizo evidente que aquel punto no era el verdadero de ataque contra M3esskirch, sino que al contrario debia ser por la derecha, en direccion del camino transversal de Klosterwald, por donde Vandamme venia avanzando. Pero como era grande la distancia que tenia que recorrer, debia tardar todavía en llegar. Lecourbe entre tanto hizo una tentativa sobre Heudorf desfilando por la izquierda á lo largo de la orilla del bosque, de cuyas resultas la brigada 40 de ligeros logró entrar en es-

te pueblo, á pesar de un vivo fuego de artilleria y mosqueteria, pero fué rechazada por fuerzas superiores; y mientras la caballeria llegaba á su socorro, la artilleria austriaca que estaba colocada sobre el escarpo detras de Heudorf, la obligó á hacer un movimiento retrógrado. Así que esta segunda tentativa para desembocar por la izquierda, no tuvo mejor resultado que la que se habia hecho para desembocar directamente sobre Mœsskirch.

Alentados con nuestros reveses los austriacos intentan tomar entonces la ofensiva, y salir del pueblo de Heudorf para caer sobre la division de Lorges: pero semejante empresa era demasiado aventurada contra tropas tan aguerridas. La 38 se forma en columna y marcha hácia adelante, y á pesar de la metralla con que es acribillada por ocho piezas de artilleria, avanza con admirable serenidad y penetra en Heudorf á bayoneta calada. Sobre el terreno escarpado que se eleva detras de este pueblo se hallaban emboscadas las nutridas columnas de la infanteria austriaca, la cual precipita sobre aquella media brigada, fuerzas superiores, y vencida por el número, cede, pero llega á su socorro la 67, y consigue rehacerla al momento. Entonces cargan ambas de nuevo, acude la division entera, deja atrás al pueblo, pasa aquellas formidables alturas y se apodera de aquel asilo cuajado de árboles desde donde el enemigo vomitaba contra nosotros un fuego incesante y nutrido. Mientras que á nuestra izquierda y en rededor del pueblo de Heudorf se empeña tan reñido combate; Vandamme desemboca por nuestra derecha y á la cabeza de la bri-

gada de Molitor sobre Mœsskirch. La dispone hábilmente para el ataque, á pesar de la infanteria austriaca, que hace un fuego mortifero desde el arrabal de Mœsskirch, en cuyo pueblo penetra despues de haber cargado con furor, y mientras dos batallones flanqueaban la posicion por las alturas. Montrichard, encerrado todavia en el bosque, aprovechó este momento para salir al llano que tan fatal nos habia sido al principio. Precipitase con cuatro columnas y enfrente de la artilleria de los austriacos, turbados ya algun tanto por la simultaneidad de estos ataques. Llegan estas cuatro columnas, pasan un barranco que se estiende al pié de las alturas, y trepan á la meseta de Mœsskirch en el instante mismo en que las tropas de Vandamme, que se habian apoderado de este pueblo, comenzaban á evacuarla. Los austriacos son por todas partes puestos en fuga, y queriendo entonces su reserva, que estaba situada á la espalda en Rohrdorf, tomar parte en la accion, es contenida por las divisiones de Vandamme y Montrichard.

En aquellos momentos, éramos dueños de toda la línea desde Mœsskirch hasta Heudorf, pero calculando entonces con gran exactitud Mr. de Kray cuál era el punto vulnerable de nuestra posicion, destaca parte de sus fuerzas y las lleva á nuestra izquierda sobre la meseta de Krumbach desde donde amenaza nuestro flanco y nuestra retaguardia. La division de Lorges que ocupaba á Heudorf corria peligro á ser derrotada. La reserva de granaderos austriacos se habia arrojado toda entera sobre esta desgraciada division, que despues de haber tomado varias veces á Heudorf

se hallaba rendida de cansancio, abrumada á la vez bajo el fuego de la artilleria y la masa de la infanteria austriaca. Afortunadamente, Moreau advertido por la viveza del cañoneo, habia acelerado su marcha, llegando al fin á la entrada del bosque con su cuerpo formado de las divisiones de Delmas, Bastoul y Richepanse, y apresúrase á llevar á la izquierda sobre Heudorf la division de Delmas en auxilio de la de Lorges. Estas valientes tropas cambian el aspecto de la guerra, derrotan á los granaderos austriacos y vuelven á apoderarse de Heudorf, así como de los bosques que lo dominan. Pero no éramos nosotros solamente los que recibiamos refuerzos, recibialos tambien Mr. de Krey, cuya derecha compuesta por el archiduque Fernando y el general Guilay, á la cual seguia Saint-Cyr palmo á palmo, aunque demasiado lejos, desde el principio de las operaciones, trasladada rapidamente al campo de batalla, dirigese por Heudorf y Krumbach sobre el flanco mismo de la division de Delmas y la pone en peligro de ser arrollada. Parte de esta se vuelve inmediatamente al lado izquierdo: la brigada 57, que habia merecido en Italia el sobrenombre de Terrible, se forma en batalla, lucha por espacio de una hora contra las masas austriacas, acribillada por 16 piezas de artilleria á las que el general Delmas no pudo oponer mas que cinco, que no tardan en ser desmontadas. Esta heroica tropa permanece impasible bajo aquel fuego mortífero y aun logra contener al enemigo. Corriendo Moreau de un cuerpo á otro para sitiarnos ó sostenerlos, conduce la division de Bastoul con objeto de socorrer á la de Delmas,

y llega en el momento mismo en que los austriacos, no pudiendo arrollar á esta última, intentaban privarla de los socorros de la division de Bastoul, desplegándose sobre la meseta de Krumbach, para interceptar nuestras comunicaciones y llevando su atrevimiento hasta el punto de bajar al camino y mezclarse con nuestra columna de bagages. De esta suerte la batalla que habia comenzado en Mœsskirch, se estiende hasta Heudorf, y desde Heudorf hasta Krumbach, abrazando el ángulo entero de aquella vasta posicion, é inundándolo de fuego, sangre y despojos. En circunstancias tan criticas la division de Bastoul sostiene dignamente los esfuerzos de la de Delmas, aunque con inminente riesgo de ser envuelta, si el enemigo logra descender de la meseta de Krumbach y apoderarse de la carretera por donde llegan nuestras tropas. Por fortuna la division de Richepanse llega oportunamente al punto decisivo, y formándose en columnas de ataque; á pesar del vivísimo fuego que desde arriba le hacian, logra dejar atrás al archiduque Fernando, que queria hacer lo mismo con nuestras tropas. Despues de este esfuerzo, no quedaban ya fuerzas á Mr. de Kray para obrar sobre Richepanse, y se vé obligado á mandar tocar retirada, quedando nuestras tropas victoriosas en todas partes desde Krumbach á Heudorf y desde Heudorf á Mœsskirch.

Entre tanto el cuerpo de Saint-Cyr permanecia á algunas leguas de distancia de Neuhausen-ob-Eke. Si se hubiera adelantado, era infalible la derrota del ejército austriaco, y en lugar de una victoria ordinaria habriamos alcanzado uno

de esos brillantes triunfos que terminan una campaña. ¿Qué fatal inacción le detenía, pues, tan cerca del lugar donde podía decidir de la suerte de la guerra? Dificil es de esplicar. Saint-Cyr sostenía el día siguiente que no se le había dado orden alguna; Moreau respondía que se las había mandado con diferentes ayudantes de campo; replicaba Saint-Cyr que se hallaba tan cerca del lugar del combate que si se le hubiese enviado un solo oficial, habría este llegado infaliblemente y los parciales de Moreau contestaban que Saint-Cyr, mal compañero de armas, había querido dejar espuestos á una derrota á sus vecinos, lo mismo en Mœsskirch que en Engen.

¡Ay! en la vida militar como en la vida civil, reinan las rivalidades, las acusaciones y las calumnias, porque las pasiones humanas son en todas partes las mismas, y no es ciertamente la guerra la mas á propósito para entiviarlas, moderarlas y hacerlas justas. La verdad es que Saint-Cyr descontento de la pandilla que se había apoderado de Moreau, afectaba limitarse al mando de su cuerpo, á cuya cabeza obraba con particular perfeccion, si bien no hacia lo que incumbe á un general en jefe, esperando siempre para obrar, órdenes que hasta un simple teniente debe saber prevenir, sobre todo cuando oye el estampido del cañon. Saint-Cyr que alegaba la proximidad para probar que si le hubieran enviado órdenes, las hubiera recibido, se acusaba á sí propio; porque esta misma proximidad lo hacia culpable de no acudir con una division por lo menos al sitio donde un espantoso cañoneo anunciaba reñida pelea y probablemente graves peligros. Por lo demas Saint-

Cyr iba á reparar bien pronto por medio de grandes servicios los yerros, que en aquella ocasion habia cometido.

Franceses y austriacos se hallaban rendidos de cansancio despues de aquella jornada. En medio de la confusion de las batallas jamás se sabe á punto fijo el número de muertos y heridos; pero debio ser grande en Mœsskirch; en el ejército francés debieron sucumbir tres mil hombres y cerca del doble en el austriaco. Sin embargo el ejército francés estaba lleno de confianza; habia conquistado el campo de batalla, y queria partir al día siguiente para continuar aquella série de combates, que sin proporcionarle hasta entonces resultados decisivos, asegurábanle no obstante una superioridad continua sobre el enemigo. El ejército austriaco por el contrario, profundamente turbado, no podia proseguir por mucho tiempo semejante lucha.

Fácil es adivinar despues de la relacion que acabamos de hacer, las censuras dirigidas contra las operaciones de Moreau (1). Habia entrado este en un campo de batalla sin reconocerle de antemano, habia dirigido muy pocas fuerzas al verdadero punto de ataque, que era el camino de Klosterwald á Mœsskirch, el cual cae hácia el flanco de esta reducida poblacion; se habia detenido demasiado, y empeñado imprudentemente todas sus divisiones unas tras otras en un bosque de donde no podian salir sin perder mucha gente; en fin, no habia traído á Saint-Cyr al terreno donde su sola

(1) Véanse las memorias de Saint-Cyr, págs. 215 y siguientes, tomo VI, campaña de 1800.

presencia lo hubiera decidido todo. Mr. de Kray por su parte, despues de haber dirigido acertadamente sus esfuerzos hácia el punto vulnerable que era nuestra izquierda, cometió la falta de dejar que le tomaran á Mœsskirch; pero fuerza es decir para justificarlo, que sus tropas estaban lejos de igualar á las francesas en pericia y serenidad. Además principiaban ya á perder la confianza y no era fácil hacerles soportar la vista é impetuosos ataques de los franceses.

Al siguiente día 6 de mayo (16 de floreal), Mr. de Kray se apresuró á guarecerse detras del Danubio para maniobrar, en fin, en esta gran línea de operaciones. Esta era la ocasion de perseguirle, para imposibilitarle ó dificultarle á lo menos el paso del rio. Moreau marchó en línea, dando la izquierda al Danubio, muy próximo al punto por donde pasaban los austriacos, pudiendo desbaratarlos si repentinamente se hubiese revuelto á la izquierda. Saint-Cyr formaba en aquel momento el ala apoyada en el Danubio, y como no habia entrado en acción el día antes, estaba en disposición de obrar y deseaba hacerlo. Con sus propios ojos vió á las tropas imperiales aglomerarse precipitadamente en el punto de Sigmaringen, donde el Danubio forma un recodo y donde se reunia el ejército austriaco presuroso por pasar á la otra orilla. Veíale Saint-Cyr distintamente, á un tiro escaso de cañon, en un espacio que apenas hubiera podido bastar á una division, y tan sorprendido á vista de los franceses que á la sola aparicion de una brigada de Ney, suspendió el paso del rio, se puso en batalla y se amparó con sesenta cañones. Al verle Saint-Cyr así agrupado y

confuso, estaba seguro de precipitarle en el Danubio, dándole una carga con todas sus fuerzas. Mandó, pues, avanzar algunas piezas de artilleria que de cada tiro barrian filas enteras, pero las cuales no podian permanecer en bateria por mucho tiempo delante de los sesenta cañones de Mr. de Kray. Con el ruido de este cañoneo esperaba llamar la atencion de Moreau y traerle del cuerpo de reserva al de la izquierda; pero no viéndole llegar le envió un oficial para avisarle lo que ocurría y obtener la orden de atacar. Por desgracia no existía ya la union entre ellos, y se creyó en el estado mayor, ó se fingió creer, que Saint-Cyr queria dirigirse otra vez á la izquierda para aislarse mas y obrar por sí solo. Contestósele con la orden de girar hácia la derecha para comunicarse mas estrechamente de lo que acostumbraba con el cuerpo de reserva, que formaba el centro del ejército. «Esta medida es indispensable, le decian, á fin de que el general en jefe pueda disponer de vuestras tropas cuando las necesite (1).» El sentido de esta orden indicaba muy claramente la disposicion en que se hallaban el general en jefe y sus allegados, siendo evidente que Moreau tenia sobrada ocupacion con el mando de un solo cuerpo, y que la debilidad de su carácter daba margen á divisiones intestinas, funestas siempre, y mucho mas en los ejércitos que en otra parte alguna.

Mr. de Kray pudo salvarse sin peligro y rehacer su ejército al otro lado del Danubio, donde Mr. de Kienmayer acababa de unirsele con las

(1) Saint-Cyr, pág. 201, tomo ya citado.

tropas procedentes de las orillas del Rhin; Mr. de Sztarray seguia á este de cerca.

El ejército de Moreau habia encontrado en Stokach y en Donau-Eschingen grandes almacenes; nada le faltaba; hallábase animado por el triunfo y por la ofensiva continua que habia tomado. El 7 y 8 de mayo (17 y 18 de floreal) Moreau continuó marchando dando su izquierda al Danubio, presentando siempre una línea de batalla demasiado estensa y haciendo muy cortas jornadas para dar á Sainte-Suzanne, el tiempo necesario á incorporársele.

El día 9 (19 de floreal), sabiendo Moreau que Sainte-Suzanne, el cual venia por la orilla izquierda del Danubio, se hallaba ya á la altura del ejército, dejó por un día su cuartel general y pasó el Danubio para ir á revistar las tropas recién llegadas, las cuales formaban desde entonces su ala izquierda, mientras Saint-Cyr constituia el centro y el cuerpo de reserva iba á representar el verdadero papel de una reserva, conforme á su título. Segun todas las probabilidades, Mr. de Kray, ocupado en dar descanso á su ejército, se mantendria al otro lado del Danubio, y nosotros podiamos continuar avanzando el 9 sin encontrar al enemigo. Moreau dió orden á la derecha, es decir, á Lecourbe, de interponerse el espresado día 9 entre Wurzach y Pehsenhausen; á la reserva, la de dirigirse á este mismo punto, y en fin al centro, esto es, á Saint-Cyr la de dejar atrás á Biberach, conservando su izquierda en observacion hácia el Danubio. De esta suerte el ejército avanzaba bastante cerca del Iller, describiendo una línea paralela á este afluente de aquel río. En la mañana

del 9 partió Moreau, creyendo poder emplear un día entero en revistar el cuerpo de Sainte-Suzanne.

Pero Mr. de Kray había tomado una resolución nueva é inesperada, debida al dictámen de un consejo de guerra que habia juzgado conveniente salvar los inmensos almacenes de Biberach para no entregarlos como los de Engen y Stokach á los franceses. Volvió pues á pasar con todo su ejército á la orilla derecha del Danubio por Riedlingen, y fué á situarse á vanguardia y retaguardia de Biberach que ya habia sido teatro de una batalla ganada en 1796 por Moreau, gracias sobre todo á Saint-Cyr. Este teatro volvió á ser dichoso para el ejército y para el mismo Saint-Cyr.

Hállase situado Biberach en un valle inundado por el Riess y tan pantanoso que un hombre á caballo no puede entrar en él sin peligro, y es necesario pasarle por el mismo Biberach, y por el puente que se hallaba inmediato á esta corta poblacion. Para entrar en este valle, hay que atravesar una especie de desfiladero abierto entre los montes, los de Galgemberg por un lado, y los de Mittelbiberach por el otro, y pasado este desfiladero, preséntase de pronto á la vista Biberach; se atraviesa el pantano de Riess por el puente del pueblo, y al otro lado se descubre una posicion soberbia, llamada de Mettemberg, en la cual puede fortificarse perfectamente un ejército bien provisto de artilleria. Mr. de Kray no queria situarse delante del desfiladero, que tan estrecha salida tenia para la retirada, y no podia colocarse sino detras de Biberach, mas allá del Riess, en el mismo Mettemberg; pero como tampoco le convenia dejar á Biberach descubierto, estableció el

grueso de su ejército en la posición de Mettemberg, y situó un cuerpo compuesto de ocho á diez batallones y de una docena de escuadrones delante el desfiladero de Mittelbiberach para retardar la marcha de los franceses y tener tiempo de evacuar ó destruir la mayor parte de sus almacenes.

Este proyecto era peligroso, sobre todo con un ejército desmoralizado. Habiendo Saint-Cyr recibido orden de ir á pernoctar mas allá de Biberach, no tardó en descubrir la posición que habian tomado los austriacos, y estaba pesaroso por no tener cerca al general en jefe, ó á lo menos á su jefe de estado mayor, para poder dar las órdenes convenientes y sacar partido de aquel encuentro; pero por desgracia tanto Moreau como el general Dessoles estaban ausentes. Si Saint-Cyr hubiese tenido sus fuerzas reunidas, no habria vacilado en arriesgar un ataque con solo el cuerpo de su mando; pero desgraciadamente parte de ellas estaban dispersas, porque obligado á observar el Danubio por su izquierda, habia consagrado á este objeto la mejor de sus divisiones, la de Ney. Envió muchos oficiales en busca de este general, mas no era facil alcanzarle y traerle, porque andaba á lo largo de las sinuosidades del rio por sendas horrorosas. Saint-Cyr no tenia para atacar á una masa de sesenta mil hombres lo menos, mas que las dos divisiones de Thareau y Baraguay de Hilliers con la reserva de caballeria del general Sahuc agregada á su cuerpo.

Mucho le tentaba la desmoralizacion del enemigo; pero haciale titubear la desproporcion de las fuerzas, cuando oyó de pronto los fuegos del

general Richepanse, el cual teniendo orden de mantenerse en comunicacion con Saint-Cyr, y pasar al otro lado de Riess por el puente de Biberach, llegaba al mismo punto por un camino transversal, el de Reichenbach. Teniendo Saint-Cyr á su disposicion la brillante division de Richepanse para llenar el vacio que habia dejado en su cuerpo la ausencia de Ney, ya no vaciló; pues pensaba con razon que si el destacamento que ocupaba la entrada del desfiladero que precede á Biberach era derrotado, la derrota de este cuerpo de ocho á diez mil hombres seria algo mas grave que la de una simple vanguardia, y no podria menos de infundir el desaliento en el enemigo; asi es que no tomándose siquiera tiempo para preparar sus tropas á un ataque, hizo marchar á paso redobladó á los diez y ocho batallones y al trote á los veinte y cuatro escuadrones que tenia á sus órdenes, y cargó con ellos á los diez mil austriacos que impedian el paso del desfiladero. Trastornados por esta brusca acometida los austriacos se precipitaron en el mayor desorden en Biberach y en el valle del Riess. Fácil habria sido hacerlos prisioneros á casi todos, pero no le intentó Saint-Cyr temiendo que si permitia á sus soldados perseguirlos no pudiera ya reunir sus divisiones para acudir á la operacion principal; contentóse pues, con entrar en Biberach, establecerse alli y asegurar la conservacion de los almacenes. Despues de haber ocupado bien este punto y preparádose una retirada á todo evento, pasó el Riess. Richepanse acababa de llegar sobre su derecha por el camino de Reichenbach. Reforzado Saint-Cyr con esta nueva division pasó el Riess por el puen-

te de Biberach, y se adelantó personalmente para observar la posición del enemigo. En aquel momento los soldados precipitados tan bruscamente en el Riess, iban subiendo por entre las filas del ejército austriaco, que se abrían para dejarlos pasar, y en su aspecto podía conocerse fácilmente cuán sobrecogido y turbado estaba aquel ejército. Saint-Cyr destacó unas cuantas guerrillas para provocar al enemigo; pero en lugar de enviar otras para arrojarlos en el barranco, contentóse con recibir á estos soldados destacados con descargas generales, como hacen tropas asustadas que procuran serenarse con el ruido. Era Saint-Cyr en el campo de batalla uno de los tácticos más hábiles que ha habido entre nosotros; así que viendo el estado del ejército austriaco, tomó en el acto su partido distribuyendo en dos columnas las divisiones de Tareau y Baraguay, formando otra con la división de Richepanse y colocando la caballería en escalones por los dos flancos. Desplegadas así sus fuerzas, las movió todas á la vez y principiaron á subir por las pendientes de Mettemberg con una serenidad sin igual. Al ver los austriacos aquellos soldados atacar con tanta calma una posición formidable, desde donde ellos, tres veces superiores en número, podían precipitarlos en los pantanos del Riess, quedaron sobrecogidos de admiración y espanto. Mr. de Kray ordenó un movimiento retrógrado: pero sus soldados no lo ejecutaron como él habría deseado, por que después de un corto tiroteo abandonaron el terreno de Mettemberg y acabaron por huir en desorden, dejando al cuerpo de Saint-Cyr muchos miles de prisioneros y almaneces inmensos que sirvieron

para abastecer largo tiempo al ejército francés. La noche impidió perseguir al enemigo. Entre tanto llegó Moreau, y á pesar de su tibieza con Saint-Cyr le dió al día siguiente en presencia de Carnot, ministro de la guerra, un relevante testimonio de satisfacción. Desembarazado Moreau en aquel momento de los amigos molestos que hasta entonces le habían asediado en el cuartel general, supo ser justo con un lugar-teniente que había vencido sin su presencia y sin sus órdenes.

El ejército francés había quedado completamente victorioso; los austriacos no estaban ya en disposición de contenerlo, y no tenía que hacer otra cosa sino marcharse adelante. Mr. de Kray había enviado, no sé por qué, un destacamento para defender los almacenes de Memmingen, situado en el camino que seguía Lecourbe, el cual fué ocupado, deshecho el destacamento y tomados los almacenes. Sucedió esto el 40 de mayo (20 de floreal): el 41 y 42 Mr. de Kray se retiró definitivamente á Ulma, y Moreau siguió marchando sobre una línea estensa casi perpendicular al Danubio. El 13 de mayo ya se hallaba al otro lado del Iller, sin haber encontrado gran resistencia en el paso de este río. La derecha y la reserva estaban en Ungerhausen, Kellmuntz, Iller-Aicheim é Illertissen. Saint-Cyr se sitúa en la confluencia del Iller y del Danubio, sobre ambas márgenes del primero, ocupando el puente de Unterkirchberg, y dándose la mano con Sainte-Suzanne, que avanzaba por la orilla izquierda del Danubio. Desde la aldea de Wiblingen, donde se hallaba la división de Ney, y donde Saint-Cyr tenía su cuartel

general, se podia ver distintamente á las tropas austriacas en el vasto campo atrincherado de Ulma.

Los dos ejércitos acababan de ser reforzados con todos sus respectivos cuerpos destacados. El mariscal de Kray habia hecho que se le reuniesen dias antes Mr. de Kiemmayer, y despues Mr. Harray. Moreau, á quien ya se habia reunido el cuerpo de Sainte-Suzanne, tenia completas sus fuerzas. Ambos ejércitos habian sufrido pérdidas, pero las de los austriacos eran mucho mas considerables que las nuestras, y se calculaban en treinta mil hombres entre prisioneros, muertos y heridos. La historia en esta parte tiene que limitarse á nuevas conjeturas, porque en los dias de batalla los generales atenuan siempre las pérdidas, y cuando reclaman socorros de su gobierno, exageran constantemente el número de muertos, heridos y enfermos, no sabiéndose nunca con cabal exactitud el total de los soldados presentes en las filas. Mr. de Kray que habia entrado en campaña con ciento diez ó ciento quince mil hombres de ejército activo y treinta y cinco ó cuarenta mil en las plazas fuertes, debia contar al presente con ochenta mil todo lo mas, estenuados de fatiga y completamente desalentados.

Calculábase la pérdida del ejército francés en cuatro mil muertos, seis ó siete mil heridos, varios enfermos y algunos prisioneros, siendo entre todos de doce á trece mil hombres los que se hallaban fuera del servicio, y de los cuales podia el ejército reponerse todavia con cuatro ó cinco mil, luego que hubiesen descansado un poco. Este cálculo reducia por el pronto á noventa mil soldados ó poco menos, el ejército activo de Moreau, el

cual iba á verse obligado á desprenderse de un gran número, conforme al convenio firmado por el general Berthier al abrirse la campaña. Habíase estipulado en este convenio que una vez rechazado Mr. de Kray á ocho ó diez jornadas del lago de Constanza, se replegaria Lecourbe sobre los Alpes para reunirse con el ejército de reserva. Los peligros de Massena hacian urgente la ejecucion de esta empresa, y no era por cierto el frivolo motivo de detener á Moreau en medio de la carrera de sus triunfos, el que mandaba á llamar el cuerpo de Lecourbe, sino la mas legitima de las razones, la de salvar á Génova y la Liguria. El ejército de reserva, formado á costa de tantos esfuerzos, no contenia ya mas de cuarenta mil hombres de tropas aguerridas, y preciso le era un refuerzo para ponerse en aptitud de intentar la operacion extraordinaria que debia ejecutar al otro lado de los Alpes.

El primer consul, ansioso de obrar por la parte de Italia, y queriendo á la vez contemplar á Moreau y asegurar sin embargo la ejecucion de sus órdenes, eligió al mismo ministro de la guerra Carnot, para llevar al cuartel general del ejército del Rhin la orden formal de que Lecourbe saliera hácia San Gotardo. Demasiado sabia el primer consul que no le enviarian á Lecourbe y veinte y cinco mil hombres; pero si le enviaban de quince á diez y seis mil se daba por satisfecho.

Moreau recibió á Carnot con sentimiento, pero ejecutó con fidelidad las órdenes que este ministro le llevaba, y el cual á fuer de buen ciudadano procuró disipar hasta el menor recelo que hubiese podido inquietar el espíritu de aquel general

tan débil y fácil de ser engañado, é hizo renacer en él la confianza hácia el primer consul, confianza que algunos mal intencionados intentaban destruir.

Algunos historiadores lisongeros de Moreau, pero lisongeros desde 1815, han hecho subir á veinte y ocho mil hombres las fuerzas destacadas del ejército de Alemania, y el mismo Moreau contestando al primer consul, no las hizo pasar de diez y siete mil ochocientos, y aun este número era exagerado; pues no atravesaron la Suiza para pasar el monte de San Gotardo mas que quince ó diez y seis mil soldados. Quedaron, pues á Moreau cerca de setenta y dos mil combatientes, que pronto ascendieron á setenta y cinco mil, con los que regresaban de los hospitales (1), fuerza mas que suficiente para batir á ochenta mil austriacos, pues en efecto no tenia mas Mr. de Kray, y esos estaban enteramente desanimados y abatidos, incapaces de soportar el menor encuentro formal con los franceses.

Para no disminuir su ejército á vista del enemigo, Moreau le dejó subsistir en el mismo orden que tenia, y temó entre todos los cuerpos existentes, los diez y seis mil hombres que destinaba al primer consul. Cada uno de estos cuerpos dió su contingente, y de este modo se disimuló lo mejor

(1) Establezco estos números segun lo que resulta de la correspondencia misma de Moreau. Todos los cálculos de esta correspondencia están exagerados en favor de Moreau, quien estima la fuerza de sus batallones en seiscientos cincuenta hombres y en setecientos la del destacamento enviado á Italia; cálculo que no puede ser exacto, porque enviando los cuerpos tales como ellos eran, si los batallones de su ejército estaban reducidos á seiscientos cincuenta hombres, no podian tener setecientos los del cuerpo destacado.

que se pudo la disminucion de fuerzas. Moreau quiso conservar á su lado á Lecourbe, que por sí solo valia miles de hombres. Accedióse á sus deseos y se confirió al bizarro general Lorges el mando del destacamento. Carnot se volvió inmediatamente á Paris, despues de haber visto encaminarse las tropas destinadas á pasar el monte de San Gotardo.

Ejecutóse esta operacion en los dias 11, 12 y 13 de mayo (21, 22 y 23 de floreal), y el ejército francés quedó con la fuerza de setenta y dos mil combatientes, poco mas ó menos, sin contar las guarniciones de las plazas, la division de Helvecia y los que debian salir de los hospitales. Por lo demás conservaba la misma fuerza efectiva que tenia antes de la llegada del cuerpo de Sainte-Suzanne, fuerza que le habia bastado siempre para salir victorioso.

Mr. de Kray se habia establecido en Ulma, donde, hacia mucho tiempo estaba preparado un campo atrincherado para servir de asilo á las tropas imperiales. De los dos sistemas de defensa de que ya hemos hablado, el de faldear los Alpes, cubriéndose con todos los afluentes del Danubio, ó el de ocupar ambas márgenes, para maniobrar en ellas, el segundo habia sido preferido por el Consejo áulico, y Mr. de Kray lo siguió perfectamente. El primero seria bueno en el caso en que se quiera tener en comunicacion permanente á los dos ejércitos de Italia y Alemania; pero presentaba poca fuerza en sus primeros escalones, porque el Iller, el Lesch, el Isar y el Inn, no son sino sucesivamente obstáculos de alguna importancia, y solamente el último lo es considerable, aunque

no invencible, por que no los hay en la guerra. Pero un ejército que renunciando las comunicaciones con la Italia, se coloca sobre el mismo Danubio teniendo á su disposicion todos los puentes, destruyéndolos sucesivamente á medida que se retira, pudiendo pasar á una y otra orilla, mientras que el enemigo tiene que fijarse en una sola; pudiendo si este enemigo quiere penetrar directamente en Viena, seguirle al abrigo del Danubio y arrojarle sobre su retaguardia en la primera imprevisión que cometa, un ejército así colocado se halla en la posición generalmente conocida como la mejor para cubrir el Austria.

Mr. de Kray, pues, se habia situado en Ulma, donde se habian hecho grandes trabajos de antemano para recibirle. Sabido es que en este punto la orilla izquierda del Danubio, formada de los primeros escarpes de las montañas de Suabia, domina siempre la orilla derecha. Ulma está al pie de las alturas de la orilla izquierda junto al mismo Danubio. Su recinto habia sido reparado, y construida una cabeza de puente en la orilla opuesta: Todas las alturas á espaldas de Ulma especialmente el Michelsberg estaban cubiertas de artilleria. Si los franceses se presentaban por la orilla derecha, el ejército austriaco apoyando una de sus alas en Ulma y otra en el convento de Elchingen, cubierto por el rio, y acribillando á balazos el terreno llano de la orilla derecha, era inatacable; y si se presentaban por la izquierda, entonces el ejército austriaco ocupaba una posición igualmente segura. Para comprenderla mejor es preciso saber que la posición de Ulma se halla defendida en la orilla izquierda por el rio Blau,

que descende de las montañas de Suabia, para arrojarle en el Danubio muy cerca de Ulma, formando un barranco profundo. Pero si los franceses pasaban el Danubio mas arriba de Ulma, para atacar por la orilla izquierda, el ejército austriaco cambiaba de posición, y en lugar de hacer frente al curso del Danubio, le volvía la espalda, y se guarecia con el curso del Blau. Teniendo su izquierda en Ulma, su centro en Michelsberg y su derecha en Lahry Jungingen, para doblar esta nueva posición era preciso hacer muchas marchas por la orilla izquierda, y abandonar entonces enteramente la derecha, lo que podia trastornar todas las combinaciones de la campaña, porque quedaba descubierto el camino de los Alpes. Tal fué el campamento donde los soldados aspeados de Mr. de Kray hallaron asilo por algun tiempo.

Saint-Cyr ocupaba el convento de Wiblingen, desde cuyas ventanas distinguia perfectamente, aun sin necesidad de antejo de larga vista, la posición de los austriacos. Lleno de confianza en la audacia de los franceses, ofrecia, y muchos generales ofrecian con él, apoderarse del campo enemigo á viva fuerza, respondiéndolo del resultado con sus cabezas. Preciso es confesar que si bien podia desconfiarse de la audacia de algunos de ellos, como Ney ó Richepanse, merecia completa confianza Saint-Cyr, por su carácter frio y desapasionado y por su entendimiento metódico y seguro. Pero Moreau era demasiado prudente para aventurar un asalto de esta naturaleza, y dar á Mr. de Kray ocasion de ganar una batalla defensiva. Ciertó que si Moreau venia, precipitado en el Danubio el ejército austriaco, debia quedar me-

dio destruido y terminada la campaña; pero si se malograba su ataque, era preciso retroceder, se comprometia la campaña de Alemania, y lo que es mas, se hacia acaso imposible la campaña decisiva de Italia. Moreau obraba en la guerra sin grandeza, pero con seguridad. Dejó, pues, hablar á los valientes que se comprometian á derrotar á los austriacos, y rehusó emprender un ataque á viva fuerza. Quedaba la guerra de maniobras. Se podia pasar á la orilla izquierda por mas arriba de Ulma, movimiento que acabamos de describir; pero era preciso entonces para envolver á los austriacos en esta posicion, empeñarse de tal manera en la orilla izquierda que quedase descubierta la Suiza y comprometido el destacamento enviado á los Alpes. Tambien se podia, manteniéndose en la orilla derecha, seguir el curso del Danubio hasta mas abajo de Ulma, pasarlo á larga distancia de los austriacos, é inutilizar su posicion, dejándolos incomunicados con el bajo Danubio. Pero siguiendo el curso del rio demasiado abajo se comprometia la retaguardia del ejército y quedaba tambien descubierto el camino de Suiza. Moreau, pues, renunció á desalojar á Mr. de Kray por ninguno de estos medios; y aunque con la calidad de sus tropas podia atreverse á todo, no merece censura por tanta prudencia, y mucho menos por su escrupulosidad en seguir el plan que mejor secundaba las operaciones del primer consul, gefe y émulo suyo.

Entonces resolvió hacer una evolucion que era la mas conveniente y consistia en dirigirse sobre Augsburgo, ó lo que es lo mismo, en abandonar el curso del Danubio para atravesar sus afluentes,

y hacer caer todas las líneas de defensa de los austriacos, por medio de una marcha directa al corazon del Imperio. Esta evolucion, hábilmente ejecutada, habria separado infaliblemente á Mr. de Kray del Danubio y de su campamento de Ulma para atraerlo á la retaguardia del ejército francés. La empresa era demasiado atrevida, pues aunque no dejaba descubiertos los Alpes, situaba á Moreau siempre al pie de estos montes; pero no era ocasion de tomar medidas á medias, siendo preciso ó permanecer inmovil delante de Ulma, ó marchar resueltamente sobre Augsburgo y Munich; porque no bastaba una simple demostracion para engañar á Mr. de Kray, y podia solamente comprometer á los cuerpos que quedaban en observacion cerca de Ulma. Moreau cometió en esta ocasion una falta que pudo producir graves y fatales consecuencias.

En los dias 13, 14 y 15 de mayo pasó mas allá del Iller, y dejando solo á Sainte-Suzanne en la izquierda del Danubio, y á Saint-Cyr en la confluencia de estos dos rios, condujo el cuerpo de la reserva por el Guntz á Babenhausen, á Lecourbe mas allá de Guntz á Eskheim, y un cuerpo de flaqueadores á Kempten, camino del Tirol. Esta posicion singular de veinte leguas de estension, tocando en Ulma por un lado, y amenazando á Augsburgo, por el otro, no podia engañar á Mr. de Kray sobre el peligro de una marcha hácia Munich, y cuando mas debia inspirarle la tentacion de caer en masa sobre el cuerpo de Sainte-Suzanne, que habia quedado solo en la izquierda del Danubio. Si Mr. de Kray hubiera llevado á cabo este pensamiento, empleando para ello to-

das sus fuerzas, Sainte-Suzanne estaba perdido.

Cuando en la mañana del 16 se principió á poner en ejecucion las órdenes dadas á Saint-Cyr el 15 (25 de floreal), vióse Sainte-Suzanne acometido en Erbach por una masa enorme de caballería. Hallábase su division de la derecha, mandada por el general Legrand, en Erbach y Papelau, á lo largo del Danubio; la de la izquierda, mandada por Souham, ocupaba á Blaubeureu, sobre ambas márgenes del Blau; y la reserva á las órdenes del general Colaud, á corta distancia y á retaguardia de las dos. Principió el combate por una nube de caballería que por todos lados envolvió á nuestras columnas. Mientras nuestros soldados se veian así cargados por numerosos escuadrones, preparaban un ataque mas serio las masas de infantería que habian salido de Ulma y subian por las márgenes del Danubio. Dirigiéronse dos columnas de infantería y caballería, la una sobre Erbach para embestir y envolver á las dos brigadas de que se componía la division de Legrand, y la otra sobre Papelau, para cortar la division de Legrand de la de Souham. El general Legrand mandó entonces retroceder á sus tropas las cuales se retiraron lentamente por entre el bosque, y desembocaron en las mesetas de los montes que hay entre Donaurieden y Risegingen. Las tropas ejecutaron este movimiento de retirada con singular aplomo, y tardaron muchas horas en ceder un terreno poco estenso, haciendo alto á cada instante, formándose en cuadro y rechazando con un fuego terrible á la caballería que las perseguía. La division de Souham por su parte, acometida por ambos flancos, tuvo que eje-

cutar una evolucion semejante y concentrarse en Blaubeureu detrás del Blau, precipitando en el profundo barranco que forma este rio á los austriacos que la ostigaban demasiado cerca.

La division de Legrand era la que corria mayor peligro, por hallarse situada cerca del Danubio y que por este mismo motivo estaba empeñado el enemigo en desbaratarla, á fin de interceptar todos los socorros que pudieran llegar del otro lado del rio. Defendianse denodadamente las dos brigadas de que se componia, cuando en el momento en que la infantería se retiraba y la artillería ligera montaba sus piezas sobre los avantrenes para retirarse tambien, volviendo á la carga la caballería enemiga, cayó de repente sobre aquella malhadada division; pero el bizarro ayudante general Lebasseur, que habia sido desmontado en una carga, cogió un caballo, corrió hácia el regimiento 40 de caballería que se alejaba del campo de batalla, le hizo volver cara al enemigo, cargó á los escuadrones austriacos, diez veces superiores en número, y contuvo su marcha. La artillería tuvo tiempo de retirar sus piezas, tomar una posicion á retaguardia, y proteger á su vez á la caballería que acababa de salvarla.

En este intervalo de tiempo llegó el general Sainte-Suzanne con parte de la division de Colaut, para socorrer á la de Legrand, mientras que el general Decaen con el resto habia ido á proteger á la division de Souham en Blaubeureu. Restablecióse, pues, el combate, pero á pesar de este refuerzo podia acabar de una manera desastrosa, porque era de temer que el ejército austriaco cayese en masa sobre el cuerpo de Sainte-Suzanne.

ne. Afortunadamente acudió á toda prisa Saint-Cyr, que colocado al otro lado del Danubio, no consintió esta vez que fuesen maltratados sus camaradas, de lo cual se le ha acusado frecuentemente. Al oír el cañoneo sobre la orilla izquierda, había enviado sin cesar ayudantes de campo para traer sus divisiones desde las márgenes del Iller á las del Danubio. Había además mandado que no se perdiera tiempo, que se replegaran en el acto los puestos avanzados y partiese inmediatamente el grueso de las tropas sin esperar estas avanzadas que debían ser recogidas por un cuerpo que al efecto dejaba atrás. Por lo que hace á él, se había colocado en el puente de Unterkirchberg, que se halla sobre el Iller, conforme iban llegando los cuerpos de infantería, caballería ó artillería los lanzaba á la carrera sobre el Danubio, prefiriendo este desórden de un momento á la pérdida de tiempo. En seguida se había presentado él mismo en la orilla del Danubio, y temiendo el enemigo que fuese socorrido Sainte-Suzanne rompió todos los puentes que hay hasta Dischingen. Viendo á Saint-Cyr que procuraba encontrar un vado ó restablecer un puente había formado parte de sus tropas á la orilla izquierda, á fin de hacer frente á las de Saint-Cyr que llegaban por la derecha. Había además roto un vivo cañoneo, al que Saint-Cyr se había puesto á contestar á toda prisa. Este combate á cañonazos, empuñado de una á otra orilla, inspiró á los austriacos que habían salido de Ulma temores sobre su retirada, les obligó á retroceder, desembarazó un poco á Sainte-Suzanne y esparció la mayor alegría y el mas vivo entusiasmo en las filas de

nuestros desgraciados soldados que hacia ya doce horas que estaban sosteniendo una lucha desesperada. Cobrando, pues, nuevos bríos pidieron á Sainte-Suzanne marchar adelante, lo cual les fué concedido. Entonces todas nuestras divisiones se movieron á la vez, y se hizo retroceder á los austriacos hasta ponerse al abrigo de la artillería de Ulma, pero al recorrer el campo de batalla con la alegría de haberle recuperado, se le encontró cubierto de nuestros muertos y heridos. Por lo demas la pérdida de los austriacos no había sido menor que la nuestra. Quince mil franceses se habían batido durante todo un dia contra treinta y seis mil hombres, de los cuales doce mil eran de caballería. Mr. de Kray no se había apartado un momento del campo de batalla.

Sin el valor de las tropas, y sin la energía y talento de los generales, la falta cometida por Moreau habria ocasionado la pérdida de nuestra ala izquierda. Moreau se dirigió inmediatamente á esta ala, y como movido por un pensamiento repentino y accidental, resolvió trasladar todo su ejército á la orilla izquierda del rio.

El 17 (27 de floreal) dejando á Sainte-Suzanne descansar en las posiciones de la vispera, volvió á situar el cuerpo de Saint-Cyr entre el Iller y el Danubio, condujo la reserva que tenia á sus órdenes á Unterkirchberg, sobre el Iller mismo, y mandó á Lecourbe que se situara entre el Gunz y Weissenhorn. El 18 hizo el ejército segundo movimiento hácia su izquierda; Sainte-Suzanne fué enviado mas allá del Blau, Saint-Cyr mas allá del Danubio, y la reserva á Gocklingen, sobre el mismo Danubio, pronta á atravesar el rio.

El 19 se hizo mucho mas clara la evolucion. Sainte-Suzanne habia dado vuelta completamente á Ulma, y tenia su cuartel general en Urspring; Saint-Cyr ocupaba las dos márgenes del Blau, y su cuartel general se hallaba en Blaubeureu; la reserva habia pasado el Danubio entre Erbach y Blau, y Lecourbe estaba pronto para atravesar este rio.

Todo parecia anunciar un ataque á viva fuerza contra el campo atrincherado de Ulma. En esta nueva posicion Mr. de Kray tenia su izquierda en Ulma, su centro sobre el Blau, y su derecha en Elchingen, dando así la espalda al Danubio, y defecadiendo la de la posicion de Ulma. Moreau, despues de haber hecho un reconocimiento detenido, engañó las esperanzas de sus lugar-tenientes, que creían ver en aquella evolucion sobre la izquierda un proyecto formal, y que además deseaban una empresa atrevida contra el campo de los austriacos, porque miraban su buen éxito como infalible. Insistió de nuevo Saint-Cyr, pero no fué escuchado, y Moreau tomó el partido de retirarse, no queriendo aventurar un ataque á viva fuerza á lo largo del Blau, ni dar la vuelta á la posicion por su izquierda, temeroso de dejar demasiado descubierta á la Suiza. Mandó además otra vez á todo el ejército volver á la orilla derecha, y el 20 de mayo y dias subsiguientes levantó el campo con gran disgusto de sus soldados y generales, que esperaban dar un asalto y con gran asombro de los austriacos que lo temian.

Estos falsos movimientos tuvieron el grande inconveniente de reanimar algun tanto el ejército austriaco, aunque sin abatir al francés en quien

no era fácil entrarse el desaliento, convencido como estaba de su superioridad. Moreau pudo haber intentado un movimiento que mas arriba hemos indicado, y que efectuado mas tarde le valió un hermoso triunfo. Consistia este movimiento en bajar el Danubio, amenazar á Mr. de Kray con atravesar el rio mas abajo de Ulma, y obligarle á levantar el campo, inspirándole el recelo de que fuese rota su línea de comunicacion; pero Moreau temia siempre dejar descubierto el camino de los Alpes, y por lo tanto pensó hacer otra demostracion contra Augsburgo para enganar de nuevo á los austriacos y persuadirles de que dejando atrás á Ulma, marchaba definitivamente contra Baviera, y acaso tambien contra la misma Austria. El 22 de mayo (2 de pradiel) todo el ejército francés habia pasado otra vez el Danubio; Lecourbe con el ala derecha amenazaba á Augsburgo por Landsberg, y Sainte-Suzanne con la izquierda se mantenía á corta distancia del Danubio, entre Delmensingen y Achstetten. El mismo dia 22, el principe Fernando á la cabeza de doce mil hombres, de los cuales la mitad por lo menos era de caballeria, ora quisiera retenernos cerca de Ulma, ora reconocer nuestras intenciones, dirigió contra Sainte-Suzanne un ataque que fué vigorosamente rechazado, y en el cual se distinguió el general Decaen, y se portaron las tropas con su valor acostumbrado. En los dias siguientes continuó Moreau sus movimientos, y el 27 de mayo (7 de pradiel) se apoderó Lecourbe con tanto valor como pericia del puente de Landsberg sobre el Lesch, entrando el 28 en Augsburgo; demostracion que no intimidó en lo mas mí-

nimo á Mr. Kray, quien por el contrario permanecia obstinadamente en Ulma. Preciso es confesar que esta determinacion era la mejor que podia tomar, y la que mas honor hace á su firmeza y buen juicio.

Desde aquel instante se encerró Moreau en una inaccion calculada, rectificando y mejorando su posicion, pues en lugar de formar una larga linea que tocase al Danubio por uno solo de sus extremos, posicion que esponia á nuestro cuerpo de la izquierda á combates desiguales con todo el ejército austriaco, ejecutó un cambio de frente hacia el Danubio, y situóse paralelamente á este río á gran distancia, apoyando su izquierda en el Iller, su derecha en el Guntz, ocupando con su retaguardia á Augsburgo y observando el Tirol con un cuerpo de flanqueadores. De esta suerte presentaba el ejército francés una masa demasiado compacta para temer un ataque aislado contra cualquiera de sus alas, y no podia correr mas riesgo que el de una gran batalla, que todos nuestros soldados deseaban, porque habria sido la pérdida definitiva del ejército imperial.

En esta posicion, que ya no merecia censura, se proponia Moreau esperar los resultados de la campaña, que el primer consul pensaba abrir en aquel momento al otro lado de los Alpes. Instado vivamente por sus lugar-tenientes á salir de su inaccion, se obstinaba en contestarles que seria gran imprudencia hacer otra cosa, antes de recibir noticias de Italia; que si el general Bonaparte era afortunado en aquella parte del teatro de la guerra, se emprenderia entonces un movimiento decisivo contra Mr. de Kray; pero

que por el contrario el ejército francés no era feliz allende los Alpes, servirian de embarazo los mismos progresos que se hubiesen hecho en Baviera. La empresa del general Bonaparte, cuyo secreto conocia Moreau, tenia algo de extraordinario para un caracter pusilánime como el suyo y por lo tanto no es de estrañar que concibiese inquietudes, y que no quisiese pasar adelante sin conocer con certidumbre la suerte del ejército de reserva.

A consecuencia de estas resoluciones tuvo Moreau vivos altercados con algunos de sus lugar-tenientes, especialmente con Saint-Cyr, que se quejaba de la inaccion en que se tenia á las tropas, y sobre todo de la parcialidad con que se distribuian las provisiones entre los diversos cuerpos del ejército. El suyo, decia, carecia frecuentemente de pan, mientras el del general en jefe que estaba contiguo, vivia en la abundancia. No eran recursos los que faltaban despues de tomados los almacenes del enemigo, sino los medios de transporte. Saint-Cyr tuvo sobre este particular mas de una disputa; hallábase evidentemente enemistado con el estado mayor que rodeaba á Moreau, y este era el motivo principal de aquellas desagradables desavenencias. El general Grenier acababa de llegar, y Saint-Cyr quiso que Moreau diese á este general el mando de la reserva, á fin de que pudiera desprenderse de las preocupaciones y de la parcialidad, que son inevitables consecuencias de un mando particular; pero desgraciadamente no quiso Moreau acceder á esta exigencia, y se retiró entonces Saint-Cyr prestando falta de salud y privando al ejército

del mas hábil de sus oficiales generales. Por lo demas Saint-Cyr habia nacido solo para mandar y no para obedecer. El general Sainte-Suzanne se retiró tambien por causa de las mismas desavenencias, y fué enviado al Rhin para organizar un cuerpo destinado á proteger la retaguardia del ejército de Alemania y contener las fuerzas del baron de Albini. El general Grenier reemplazó á Saint-Cyr, y Richepanse á Sainte-Suzanne. Moreau cuyos soldados estaban bien provistos de víveres y que se hallaban fuertemente establecidos en su nueva posicion, tomó el partido de esperar y escribió al primer consul las palabras siguientes, que pintan perfectamente su situacion é intenciones:

«Babenhausen, 7 de Pradial, año VIII (27 de mayo de 1800.)

«Esperamos con impaciencia, ciudadano consul, noticia de vuestras victorias, Mr. de Kray y yo obramos por aqui con bastante timidez é irresolucion procurando el mantenerse al rededor de Ulma, y yo hacerle dejar el puesto.

«Peligroso seria, sobre todo para vos, el que yo llevase la guerra á la orilla izquierda del Danubio. Nuestra posicion actual ha obligado al principe de Reuss á situarse en la entrada del Tirolo, en el nacimiento del Lech y del Iller; de suerte que no puede daros cuidado.

«Os suplico que me enviéis noticia, y me mandeis á decir todo lo que pueda hacer en vuestro favor....

«Si Mr. de Kray me ataca seguiré retrocediendo hasta Memmingen, donde haré que se me

reuna el general Lecourbe y nos batiremos. Si marcha hacia Augsburgo, marcharé yo tambien en la misma direccion; en cuyo caso abandonaria su apoyo de Ulma y veremos lo que puede hacerse para protegeros.

«Mas ventajoso nos seria pelear en la orilla izquierda del Danubio, y exigir contribuciones en Wurtemberg y la Franconia; pero esto no os convendria, porque el enemigo podria destacar tropas á Italia, mientras nos dejaba asolar el Imperio.

«Contad siempre con mi adhesion. — Firmado — MOREAU.»

Un mes y dos dias habian transcurrido, y si Moreau no habia alcanzado esos resultados prontos y decisivos, que terminan de un solo golpe toda una campaña, como hubiera podido obtenerlos pasando el Rhin por un solo punto hacia Schaffouse, lanzándose en masa sobre la izquierda de Mr. de Kray y dando las batallas de Eugen y de Mæsskirch con todas sus fuerzas reunidas, ó como hubiera podido conseguirlas tambien, rechazando al ejército austriaco hácia el Danubio en Sigmaringen, tomando á viva fuerza el campo de Ulma, ó obligándole á levantarlo con una evolucion decidida contra Augsburgo; habia no obstante cumplido la condicion esencial del plan de campaña, pasado el Rhin sin accidente en presencia del ejército austriaco, y dado á este dos grandes batallas que ganó con su firmeza y acierto, á pesar de no haber concentrado bastante sus fuerzas; finalmente, apesar de su indecision en frente de Ulma, habia encerrado á los austriacos

al rededor de esta plaza y los tenia bloqueados en ella, interceptándoles el camino de Baviera y del Tirol, y pudiendo él mismo, situado en una buena posición, esperar el éxito de los acontecimientos de Italia. Si en todo esto no se descubre aquel talento superior y decidido que constituye los grandes capitanes, hállase en cambio un carácter prudente y sosegado que repara con su aplomo los errores de un entendimiento algo limitado y de un carácter poco resuelto; y hállase en fin, un excelente general, como frecuentemente deben deseárselo las naciones, y como no habia otro en Europa; porque en aquella época fué dado á la Francia, que ya se envanecía con el general Bonaparte, poseer además á Moreau, Kleber, Desaix, Massena y Saint-Cyr, es decir, los mejores generales de segundo orden, y hay que añadir que ya habia producido á Dumouriez y Pichegrú. Tiempo de prodigiosa memoria, que debe inspirarnos alguna confianza en nosotros mismos y probar á la Europa que toda nuestra gloria de este siglo no es debida á un hombre solo, ni es el producto de esa fortuna tan rara que dá á luz los grandes génius como Anibal, Cesar ó Napoleon.

Lo que sobre todo podia tacharse á Moreau era la falta de firmeza en el mando; el dejarse rodear y dominar por una bandería militar; el permitir que se suscitasen desavenencias á su alrededor, privándose así de sus mejores oficiales, y el no saber corregir con la fuerza de su voluntad una organizacion de ejército viciosa, que arrastraba sus lugar-tenientes al aislamiento y actos de mala confraternidad militar. Moreau, como lo hemos dicho ya muchas veces, y como habremos

de repetirlo con demasiada frecuencia, pecaba por su falta de carácter. ¡Ojala tuviésemos delante de los ojos un velo que ocultase á nosotros mismos, y pudiese ocultar á los demás, la triste serie de los tiempos, permitiéndonos gozar completamente de las nobles y prudentes hazañas de este guerrero, cuyo corazon no habia enviado todavía la envidia y el destierro!

Preciso nos es trasladarnos ahora á otro teatro diferente, para ser testigos de un espectáculo muy diferente tambien, porque la Providencia, tan rica en contrastes, va á mostrarnos otro génius, otro carácter y otra fortuna, y para gloria de nuestra patria soldados siempre los mismos, es decir, siempre entendidos, entusiastas y valientes.

ciudad.—Posicion de la Stradella, escogida por el primer consul para envolver á Mr. de Melas.—Aguarda en esta posicion algunos dias.—Creyendo el primer consul que los austriacos se han puesto en cobro, corre en su busca y los encuentra de improviso en las llanuras de Marengo.—Batalla de Marengo, perdida primero y ganada despues.—Feliz inspiracion de Desaix, y su muerte.—Sentimiento del primer consul.—Desesperacion de los austriacos, y convenio de Alejandria, por medio del cual entregan al ejército francés la Italia con todas sus plazas.—El primer consul emplea algunos dias en Milan en arreglar los asuntos de Italia.—Cónclave en Venecia y promocion de Pio VII al pontificado.—Vuelta del primer consul á Paris.—Entusiasmo que escita su presencia.—Siguen las operaciones cerca del Danubio.—Paso de este rio mas abajo de Ulma.—Victoria de Hochstadt.—Moreau conquista toda la Baviera hasta el Inn.—Armisticio en Alemania y en Italia.—Principio de las negociaciones de paz.—Llega á Paris Mr. de Saint-Julien, enviado por el emperador de Alemania.—Fiesta del 14 de julio en el cuartel de los Inválidos.

El primer consul no esperaba mas que los triunfos del ejército del Rhin para bajar á las llanuras de Italia, porque antes de estos triunfos no podia pedir á Moreau un destacamento de sus tropas, ni Mr. de Kray se habia separado lo bastante de Mr. de Melas, para que se pudiera emprender todo á retaguardia de este. Los aguardaba, pues, el primer consul con viva impaciencia, resuelto á abandonar á Paris y tomar el mando del ejército de reserva tan luego como recibiera noticias ciertas y favorables de las operaciones de Moreau. En efecto urgia el tiempo, puesto que Massena estaba reducido al último apuro en Génova, donde lo dejamos luchando contra todas las fuerzas de los austriacos con un ejército estenuado de fatiga, y causando diariamente al enemigo, á pesar de su inferioridad extraordinaria, pérdidas considerables. Habiendo hecho uso el general Ott en el día 10 de mayo de una baladronada ino-

LIBRO CUARTO.

Marengo.

El primer consul espera con impaciencia noticias de Alemania.—Recibidas estas noticias que anuncian victorias se decide á partir para Italia.—Apurada situacion de la guarnicion de Génova.—Constancia de Massena.—El primer consul se apresura á llegar en su auxilio, ejecutando el proyecto de atravesar los grandes Alpes.—Partida del primer consul, su fingida aparicion en Dijon, y su llegada á Martigny en el Vallés.—Elige el monte de San Bernardo para atravesar la gran cordillera.—Medios proyectados para transportar la artilleria, las municiones, los viveres y todo el material.—Principio del paso.—Dificultades inauditas superadas por el arrojio de las tropas.—Obstáculo imprevisto del fuerte de Bard.—Sorpresa y dolor del ejército á vista de aquel fuerte que habia tenido por inespugnable.—La infanteria y caballeria dan un rodeo para salvar el obstáculo.—Arrastrada la artilleria á brazo pasa bajo los fuegos del fuerte.—Toma de Ivrea; el ejército se despliega en las llanuras del Piemonte antes que los austriacos se aperciban de su existencia y marcha á paso simultáneo del monte San Gotardo por el destacamento formado con las tropas de Alemania.—Plan del general Bonaparte despues de haber bajado á Lombardia.—Decídese á marchar á Milan para reunir las tropas procedentes de Alemania, y envolver en seguida á Mr. Melas.—Ilusiones de Mr. de Melas destruidas de repente.—Dolor de este anciano general.—Sus órdenes al principio inciertas y despues positivas de evacuar las orillas del Bard y las cercanias de Génova.—Apurada situacion de Massena.—La imposibilidad absoluta de sustentar á los soldados y al pueblo de Génova le obliga á rendirse.—Capitulacion honrosa.—Tomada Génova, los austriacos se reconcentran en el Piemonte.—Importancia del camino de Alejandria á Plasencia.—Ambos ejércitos se dan prisa por ocupar á Plasencia.—Los franceses son los primeros que llegan á esta

portuna, anunciando á Massena que hacia salvas de artilleria para celebrar la victoria obtenida sobre el general Suchet, noticia absolutamente falsa, el ilustre defensor de Génova preparó una brillante respuesta á esta bravata. Salió de aquella ciudad dividiendo sus fuerzas en dos columnas: la de la izquierda mandada por el general Soult, subió al Bisagno, y dió la vuelta al monte Ratti; y la otra mandada por Miollis atacó al monte Ratti de frente. Acometidos vigorosamente los austriacos fueron precipitados en los barrancos, perdiendo aquella posicion importante y mil quinientos prisioneros. Massena, pues, entró triunfante aquella noche en la ciudad de Génova, y á la mañana siguiente escribió al general Ott que hacia salvas de artilleria por la victoria que habia alcanzado la vispera. ¡Venganza heroica y digna de aquel corazon grande!

Pero aquel era el término de sus triunfos, porque sus soldados rendidos de cansancio apenas podian ya sostener el peso de sus armas. El 13 de mayo (23 de floreal), aquel hombre tan enérgico, cediendo al dictamen de sus generales, consintió casi mal de su grado, en una operacion cuyo resultado fué de los mas desastrosos. Esta operacion tenia por objeto apoderarse del Monte-Creto, posicion importante y que habria sido muy conveniente quitar á los austriacos, porque habrian sido entonces rechazados muy lejos de Génova; pero por desgracia habia pocas probabilidades de conseguirlo. Massena que de seguro no desconfiaba de su ejército, pues cada dia le exigia y lo graba de él los mayores esfuerzos, no le suponía ya capaz de ganar una posicion que el enemigo

defenderia con todas sus fuerzas; y por lo tanto preferia emprender una espedicion hacia Porto-Fino por la costapara apoderarse de un gran convoy de viveres que le constaba habia de venir por aquel punto. Cedió no obstante, contra su costumbre, al parecer de sus lugar-tenientes, y en la mañana del 13 marchó sobre el Monte-Creto. El combate fué al principio muy brillante; pero por desgracia una tempestad horrible que duró por espacio de algunas horas, quebrantó la fuerza de nuestras tropas. El enemigo habia concentrado sobre aquel punto numerosos cuerpos, y rechazó hácia los valles á nuestros soldados moribundos de hambre y de fatiga. Considerando el general Soult como un gran honor el buen éxito de una espedicion que él habia aconsejado, reunió en torno suyo la tercera media brigada, la condujo valerosamente á presencia del enemigo y tal vez habria vencido si un tiro no le hubiese fracturado una pierna, dejándole tendido en el campo de batalla. Sus soldados quisieron llevárselo, pero les faltó tiempo, y aquel general que tan dignamente habia secundado á Massena durante todo el sitio quedó en poder del enemigo.

Volvióse el ejército á Génova sumamente contristado, aunque trayendo consigo algunos prisioneros. Mientras luchaba en el campo habia estallado en lo interior de la ciudad un motin de mugeres. Acosadas estas infelices por el hambre recorrian las calles con campanillas pidiendo pan. Fueron dispersadas, y desde entonces el general francés tuvo que ocuparse casi esclusivamente del cuidado de alimentar la poblacion de Génova, que por otra parte le mostraba la mas noble adhe-

sion. Como ya hemos visto, se habia proporcionado sucesivamente granos, primero para quince dias, y despues para otros quince. En fin, un barco que habia llegado á Génova de improviso, trajo granos para cinco dias, y de este modo tuvo medios de subsistencia para mas de un mes. Bloqueado desde el 3 de abril, estos recursos le habian durado hasta el 10 de mayo; pero viendo disminuirse sus provisiones, redujo la racion que se daba diariamente al pueblo y al ejército, y se suplió á ella por medio de una sopa compuesta de verdura y un poco de carne que quedaba todavia en la ciudad. Los habitantes ricos encontraban aun con que alimentarse, comprando á peso de oro algunos víveres ocultos que las investigaciones de la policia no habian podido descubrir para destinarlos al comun sustento. De esta suerte Massena no tenia que inquietarse mas que por los pobres en quienes mas particularmente cebaba la miseria. Para aliviar, pues, su suerte impuso una contribucion á la clase opulenta, logrando por este medio atraerlos al partido de los franceses. Por lo demás temiendo la mayoría de la poblacion á los austriacos y al régimen político de que eran defensores, estaba decidida á ayudar con su resignacion á Massena, á quien prestaba obediencia y admiracion, como tributo debido á la energia de su carácter. Valiéndose, sin embargo, el partido oligárquico de algunos infelices hambrientos, le suscitaba todos los obstáculos imaginables. Para contenerlos Massena dispuso que parte de sus batallones vivaquease con la mecha de sus cañones encendida en las principales plazas de la ciudad. Pero ya

escaseaban el poco pan que quedaba, y el cual estaba amasado con avena, habas y todos los granos que pudieron ser habidos, y tambien iba á faltar la carne. Para el 20 de mayo no quedarían mas que materias casi imposibles de ser empleadas como alimentos. Era, pues, urgente levantar el bloqueo de la plaza antes del 20 de mayo si no se queria que Massena cayese prisionero con todo su ejército, y que el baron de Meles, pudiendo desde entonces disponer de treinta mil hombres mas, volviera al Piamonte para cerrar los desfiladeros de los Alpes.

Encargado el ayudante de campo Franseschi, de llevar noticias al gobierno, y habiendo conseguido á fuerza de audacia y destreza pasar por entre los austriacos é ingleses, habia dado á conocer al primer consul el estado deplorable de la plaza de Génova; así es que éste nada descuidó para poner el ejército de reserva en estado de pasar los Alpes, por cuyo motivo envió á Carnot á Alemania con orden espresa de los consules para que se pusiese en marcha el destacamento destinado á pasar el monte de San Gotardo. El mismo, trabajando dia y noche en correspondencia con Berthier que organizaba las divisiones de infanteria y caballeria, con Gassendi y Marmont que organizaban la artilleria, y con Marescot que practicaba reconocimientos en toda la linea de los Alpes, aguijaba á todos con aquel ardor impetuoso que le sirvió para llevar á los franceses desde las márgenes del Pó hasta las del Jordan, y desde las del Jordan al Danubio y del Boristenes. No queriendo abandonar el gobierno político de la Francia ni dejar libre el puesto

los intrigantes y conspiradores, sino por el menor plazo posible, habia resuelto no salir personalmente de Paris sino hasta el último instante. Entretanto las divisiones que habian salido de la Vendée, de la Bretaña, de Paris y de las orillas del Ródano, atravesaban la vasta estension del territorio de la República, y las cabezas de sus columnas se presentaban ya en Suiza. Continuaban en Dijon los depósitos de los cuerpos, y además algunos conscriptos y voluntarios, enviados á aquella ciudad para acreditar en Europa la opinion de que el ejército de Dijon era una pura fabula, destinada únicamente á intimidar á Mr. de Melas. Hasta entonces todo salia á medida del deseo, y era completísima la ilusion de los austriacos, pues reparaban muy poco en los movimientos de las tropas que se dirigian á Suiza, merced á la dispersion de los cuerpos, y se imaginaban que serian refuerzos enviados al ejército de Alemania.

En fin, cuando todo estaba ya dispuesto, dictó el primer consul sus últimas disposiciones. Habiendo recibido un mensaje del Senado, del Tribunalado y del Cuerpo legislativo, en que le manifestaban los votos que la nacion hacia para que volviese en breve *vencedor y pacificador*, contestó con una solemnidad calculada, debiendo contribuir su respuesta con los artículos del *Monitor* á probar que su viage anunciado con tanto aparato, era una ficcion como el ejército de reserva y nada mas. Nombró al consul Cambaceres para que presidiese por él el Consejo de estado, que entonces constituia en cierto modo todo el gobierno, y confió al consul Lebrun el cuidado de la

administracion de la hacienda, diciendo á cada uno de ellos.—Mantenéos firmes; si sobreviniese algun acontecimiento, no os turbeis: yo volveré con la velocidad del rayo á destruir á los atrevidos que pongan la mano en el gobierno.—Encargó muy particularmente á sus hermanos que le eran adictos por su interés personal, que le tuviesen al corriente de todos los sucesos, y le avisasen con la debida oportunidad para regresar á Paris cuando considerasen necesaria su presencia. Mientras publicaba su partida con ostentacion, los consules y los ministros debian por el contrario decir en confianza á los propagadores de noticias que el primer consul dejaba á Paris por pocos dias, y únicamente para ir á pasar revista á las tropas próximas á entrar en campaña.

Por lo demás marchaba lleno de esperanza y satisfaccion. Su ejército contenia muchos conscriptos; pero tambien contenia gran número de soldados aguerridos, acostumbrados á vencer y mandados por oficiales formados en su escuela; tenia en fin una confianza absoluta en su bien meditado plan. Segun las noticias mas recientes, obstinábase Mr. de Melas en engolfarse en la Liguria, desnando la mitad de sus fuerzas contra Génova y la otra mitad contra el Var. No dudando ya el primer consul del buen éxito de su empresa, segun fundadamente podia esperarse de aquellas noticias, veia en su ardiente imaginacion el punto mismo donde encontraria y aniquilaria al ejército austriaco. Un dia, antes de partir tendido boca abajo sobre sus mapas y haciendo en ellos señales de diferentes colores, para figurar la posicion de los cuerpos franceses y austriacos,

decía delante de su secretario que le escuchaba con sorpresa y curiosidad: «Ese pobre Mr. de Me- las pasará por Turin, se replegará hácia Alejandria... yo pasaré el Pó, le alcanzaré cerca del camino de Plasencia, en las mismas llanuras de la Scrivia y le batiré aquí... aquí...» y al decir estas palabras, ponía una de sus señales en San Guiliano. Muy en breve podrá apreciarse cuan extraordinaria era aquella especie de vision de lo futuro.

Antes del amanecer del día 6 de mayo salió de Paris llevando en su compañía á su ayudante de campo Duroc y á su secretario Mr. de Bourrienne. Luego que llegó á Dijon, pasó revista á los depósitos y á los conscriptos que se habian allí reunido aunque sin material y sin ninguno de los accesorios indispensables para un ejército próximo á entrar en campaña. Despues de esta revista que debió de persuadir mucho mas á los espías de que el ejército de Dijon no era mas que una pura invencion, se dirigió á Ginebra, y desde Ginebra á Lausana, donde todo era formal, donde todo lo que se hacia debía principiar á desengañar á los incrédulos, aunque demasiado tarde para que pudiesen comunicar á Viena avisos que aun fueran provechosos.

El 13 de mayo pasó revista el general Bonaparte á muchas de sus tropas, y empezó á conferenciar con los oficiales que habian sido llamados para que le diesen cuenta de lo que habian hecho, y recibir sus últimas órdenes. El general Marescot, encargado del reconocimiento de los Alpes, era el que mostraba mayor impaciencia por oír. Comparados todos los pasos, el monte de

San Bernardo era el punto que mas cuadraba á este oficial de ingenieros, si bien consideraba la operacion dificilísima.—Será difícil, contestó el primer consul, pero no es imposible.—Así lo creo yo tambien, replicó el general Marescot, pero será menester hacer esfuerzos extraordinarios.—Pues bien, marchemos, fue la única respuesta del primer consul.

Ocasion es de dar á conocer los motivos que le decidieron á elegir el paso de San Bernardo. El de San Gotardo estaba reservado á las tropas que venian de Alemania mandadas por el general Moncey. Este monte estaba situado en su camino, y á lo sumo podia proporcionar sustento á mil quinientos hombres, porque los valles de la alta Suiza estaban enteramente asolados por la presencia de los ejércitos beligerantes. Quedaban los pasos del Simpton, del gran San Bernardo y del monte Cenís, los cuales no se hallaban entonces atravesados por muchos caminos como en el día. Era menester desmontar los carros al pie de las gargantas y trasportarlos en trineos al otro lado de los montes. Todos estos tres pasos ofrecian poco mas ó menos las mismas dificultades. Sin embargo el monte Cenís, frecuentado mas á menudo, estaba mas trillado que lo demás, y acaso presentaba por esto mismo menos obstáculos materiales; pero desembocaba cerca de Turin, es decir, en medio de los austriacos, demasiado cerca de ellos y no se prestaba lo suficiente al proyecto de envolverlos. Por el contrario el Simpton, que era el mas distante de los tres, con respecto al punto de partida, ofrecia inconvenientes opuestos. Ciertamente que desembocaba en las inmediaciones de Milan

en un hermoso pais, bastante lejos de los austriacos y enteramente á su retaguardia; pero presentaba una gran dificultad, cual era la de las distancias. Era preciso en efecto para llegar allí subir con el material del ejército toda la estension del Vallés, lo que hubiera exigido medios de transporte que no teniamos á nuestra disposicion. En medio de los valles áridos y cubiertos de nieve que era preciso atravesar, se veian los traseuntes en la necesidad de llevarlo todo consigo, y no era por cierto cosa indiferente tener que andar veinte leguas mas. Por el contrario en el caso de pasar el monte de San Bernardo, no habia que andar mas que desde Villanueva á Martigny, es decir, desde el confin del lago de Ginebra, punto donde cesaba el medio de la navegacion, hasta el pie de las gargantas de los montes. Habia, pues, que atravesar cortisima distancia. Desembocaba luego el monte de San Bernardo en el valle de Aosta, junto á Ivrea, entre los dos caminos de Turin y Milan y en muy buena direccion para envolver á los austriacos. Este paso aunque era mas difícil y tal vez mas peligroso, merecia la preferencia á causa de la brevedad de la travesia.

Decidióse, pues, el primer consul á conducir la masa principal de sus fuerzas por el mismo monte de San Bernardo. Llevaba consigo lo mas florido del ejército de reserva, cerca de cuarenta mil hombres, treinta y cinco mil de infanteria y artilleria y cinco mil de caballeria; pero que queriendo dividir la atencion de los austriacos, dispuso que bajasen por otros puntos algunos destacamentos que no habian podido unirse al grueso

del ejército. No lejos del gran San Bernardo se halla el pequeño San Bernardo, el cual desde las alturas de la Saboya desemboca tambien en el valle de Aosta. El primer consul dirigió hácia aquel paso al general Chabran con la 70.^a media brigada, y algunos batallones de Oriente llenos de concriptos. Era esta una division de cinco á seis mil hombres que debia reunirse con la columna principal cerca de Ivrea. En fin, el general Thurreau, que con cuatro mil hombres de tropas de Liguria defendia el monte Cenís, tenia orden de presentarse en aquel paso y hacer lo posible por penetrar hasta Turin. De este modo el ejército francés debia bajar de los Alpes por cuatro puntos á la vez, el San Gotardo, el grande y pequeño San Bernardo y el monte Cenís. Operando en el centro de este semicírculo la masa principal, cuya fuerza ascendia á cuarenta mil hombres, tenia la certidumbre de incorporarse á los quince mil que venian de Alemania así como á las tropas del general Chabran y aun tal vez á las del general Thurreau, con las cuales debia formarse una fuerza total de sesenta y cinco mil soldados poco mas ó menos, introduciendo de este modo el desórden, la turbacion y el desaliento en las filas del enemigo, que á presencia de todos aquellos cuerpos no sabia hácia qué punto dirigir su resistencia.

Una vez designados los puntos del paso, era menester ocuparse de la misma operacion, la cual consistia en trasladar á sesenta mil hombres con todo el material al otro lado de los Alpes, sin caminos abiertos, al través de las peñas y de los ventisqueros, y en la época mas temible del año,

por ser la de la licuacion de las nieves. Ya es molesto y embarazoso de suyo llevar consigo un parque de artilleria, porque cada pieza exige muchos carros para su servicio, y sesenta cañones necesitan lo menos trescientos; pero en aquellos altos valles, estériles los unos por reinar allí un eterno invierno, y poco espaciosos los otros para alimentar al escaso número de sus habitantes, no podía encontrarse medio alguno de subsistencia, siendo preciso llevar el pan para los hombres y hasta el forrage para los caballos. La dificultad, pues era inmensa. Desde Ginebra hasta Villanueva todo era facil, gracias al lago Léman y á una navegacion de diez y ocho leguas tan cómoda quanto rápida; pero desde Villanueva, limite del lago, hasta Ivrea, desfiladero por el cual se entra en la fértil llanura del Piamonte, habia que andar cuarenta y cinco leguas, diez de ellas sobre las peñas y ventisqueros de la gran cordillera. El camino de Villanueva á Martigny y de Martigny á San Pedro era bueno para los carros. Desde allí se empezaba á subir por senderos cubiertos de nieve, cercados de precipicios de dos ó tres pies de anchura, y espuestos, cuando iba sintiéndose el calor del día, al choque violento de enormes aludes que se desprendian de las cumbres de las montañas. Cerca de diez leguas habia que caminar por estos senderos para pasar al otro lado de San Bernardo, y llegar á la aldea de San Remigio en el valle de Aosta, donde se encontraba un camino transitable para carros, el cual conducia por Aosta, Chantillon, Bard é Ivrea á la llanura del Piamonte. De todos aquellos puntos, uno solo podia ofrecer algunas dificultades, y era el de

Bard, donde, segun decian, existia un fuerte del cual habian oido hablar algunos oficiales italianos, pero que al parecer no debia presentar obstáculos importantes. Habia, pues, que atravesar, como acabamos de decir, cuarenta y cinco leguas desde el lago de Ginebra, hasta la llanura del Piamonte, y de estas cuarenta y cinco leguas habia que andar diez por caminos que no eran transitables para carros.

He aqui las disposiciones imaginadas por el primer consul, para el transporte del material y ejecutadas bajo la direccion de los generales Marescot, Marmont y Gassendi. Habianse enviado por el lago de Ginebra á Villanueva, inmensas provisiones de granos y galleta. Sabiendo el general Bonaparte que con dinero se proporcionaria fácilmente el auxilio de los robustos montañeses de los Alpes, habia enviado á los sitios convenientes considerables fondos en numerario. Se habian, pues, reunido en aquel punto, á gran costa, si bien solo en los últimos días, todos los carros, caballerias y labriegos del pais. Por este medio se habia conseguido transportar desde Villanueva á Martigny y desde Martigny hasta San Pedro, al pie de las gargantas de los montes, pan, galleta, forrage, vino y aguardiente. Tambien se habia conducido allí bastante cantidad de reses vivas, y la artilleria con sus cajas de municiones. Una compania de obreros, establecida al pie de las gargantas, en San Pedro, tenia orden de desmontar las piezas, dividir las cureñas en fragmentos numerados, á fin de poder transportarlas á lomo en dos caballerias. Los mismos cañones, separados de las cureñas, habian de ir colocados

en trineos de ruedas preparados en Auxona. En cuanto á las municiones de artilleria é infanteria se habian preparado muchos cajones pequeños para transportarlos fácilmente por medio de las bestias de carga del pais. Otra compañía de obreros, provista de fraguas de campaña, debia pasar la montaña con la primera division y situarse en la aldea de San Remigio, donde ya comenzaba el camino transitable, para montar de nuevo los trenes de la artilleria y volver á colocar las piezas en sus cureñas. Tal era la enorme tarea que era preciso llevar á cabo. Habíase agregado al ejército una compañía de pontoneros desprovista del material á propósito para la construcción de los puentes, pero destinada á emplear el que indudablemente conquistarían en Italia.

Habia pensado además el primer consul valerse del socorro de los religiosos establecidos en el hospicio del gran San Bernardo. Todo el mundo sabe que en aquellas espantosas soledades y encima de las regiones habitadas, viven, hace muchos siglos, piadosos cenobitas, para socorrer á los viajeros sorprendidos por los temporales y á veces sepultados bajo la nieve. Habíales enviado el primer consul á última hora una suma de dinero, á fin de que pudieran reunir gran cantidad de pan, queso y vino. Habíase preparado un hospital en San Pedro al pié del puerto, y otro á espaldas de los montes en San Remigio. Desde cuyos hospitales debían ser trasladados los heridos y enfermos á otros mas vastos establecidos en Martigny y Villanueva.

Terminadas estas disposiciones, comenzaron á presentarse las tropas. El general Bonaparte si-

tuado en Laussana las inspeccionaba detenidamente y les hablaba animándolas con el fuego que le inflamaba, y preparándolas á la inmortal empresa que debia ocupar en la historia un brillante lugar, al lado de la gran expedición de Anibal. Habia tenido cuidado de disponer dos inspecciones, una en Laussana y otra en Villanueva. Allí se pasaba revista á cada infante y á cada soldado de caballeria, y por medio de almacenes improvisados en cada uno de aquellos lugares, se les proporcionaba calzado, y vestuarios y armas de que carecian. La precaucion era buena, porque á pesar de todos sus esfuerzos, el primer consul veia continuamente llegar veteranos, cuyo uniforme y armas estaban inútiles para el servicio. Quejábase de ello amargamente, y reparaba las omisiones, hijas de la precipitación ó descuido de los empleados, siempre inevitables hasta cierto grado. Habia llevado su prevision hasta el punto de colocar al pié de los montes talleres de guarnicioneros, para reparar los arneses de la artilleria. Habia escrito muchas cartas de su puño sobre este asunto, tan trivial en la apariencia, y citamos esta circunstancia para instruccion de los generales y gobiernos á quienes está confiada la vida de los hombres, y que por pereza ó vanidad descuidan frecuentemente semejantes menudencias. Nada en efecto de cuanto puede contribuir al buen éxito de las operaciones y á la seguridad de los soldados es inferior al genio ó categoría de los gefes que mandan.

Para evitar embarazos se habian escalonado las divisiones desde el Jura hasta el pié de San Bernardo. El primer consul estaba en Martigny

en un convento de Bernardos, desde cuyo punto disponia todo, y sostenia una correspondencia activa con Paris y con los demas ejércitos de la República. Tenia noticias de la Liguria, segun las cuales Mr. de Melas entregado siempre á las mas lisonjeras ilusiones, dedicaba todo su celo á tomar á Génova y forzar el puente del Var. Tranquilo sobre este objeto importante, dió por fin la orden del paso, y permaneció aquende del monte de San Bernardo para sostener todo el tiempo que pudiera su correspondencia con el gobierno y para despacharlo todo por sí mismo allende los montes. Berthier por el contrario debia trasladarse al otro lado de San Bernardo, para recibir las divisiones y el material que el primer consul iba á enviarle.

El primero que pasó fue Lannes á la cabeza de la vanguardia en la noche del 14 al 15 de mayo (24 al 25 de floreal.) Mandaba seis regimientos de tropas escogidas, perfectamente armados, y que á las órdenes de aquel gefe fogoso, y á veces insubordinado, iban á acometer alegremente aquella arriesgada empresa. Pusieronse en camino entre las doce de la noche y dos de la madrugada, con objeto de anticiparse al momento en que derritiendo el calor del sol las nieves, precipitaba montañas de hielo sobre la cabeza de los viajeros temerarios que se empeñaban en aquellas peligrosas gargantas. Necesitábanse ocho horas para llegar á la cumbre del desfiladero, al mismo hospicio de San Bernardo, y dos horas solamente para bajar á San Remigio. Habia pues tiempo suficiente para pasar antes del momento del mayor peligro. Los soldados vencieron con ar-

dor las dificultades de aquella marcha. Iban muy cargados, pues se les habia obligado á tomar galleta para muchos dias, y con la galleta gran cantidad de cartuchos. Trepaban por aquellos escarpados senderos, cantando en medio de los precipicios, pensando en la conquista de aquella Italia, donde tantas veces habian gustado los placeres de la victoria y estimulados por el noble presentimiento de la gloria inmortal que iban á adquirir. Menos duro y penoso era el camino para los infantes que para los soldados de caballeria, los cuales subian á pie conduciendo sus caballos de la brida. Ningun peligro les ofrecia la subida, pero al bajar, como el sendero era muy estrecho y tenian que marchar delante de sus caballos, estaban espuestos, si estos daban un paso en falso á ser arrastrados con ellos á los precipicios. Ocurrieron en efecto algunos accidentes de este género, aunque en corto número, y perecieron algunos caballos, pero casi ningun jinete. Al amanecer llegaron al hospicio, donde la sorpresa preparada por el primer consul reanimó las fuerzas y el buen humor de aquellas valientes tropas. Habiendo recibido de antemano los religiosos las provisiones necesarias, tenian dispuestas mesas y sirvieron á cada soldado una ración de pan, vino y queso. Despues de un momento de descanso volvieron á ponerse en camino, y bajaron á San Remigio sin ningun contratiempo. Lannes se estableció inmediatamente á espaldas de la montaña, y adoptó todas las medidas necesarias para recibir á las demas divisiones y particularmente el material.

Cada dia habia de pasar una de las divisiones

del ejército, operacion que debia durar muchos dias, principalmente á causa del material que era preciso pasar con las divisiones. Se dió principio á aquella obra mientras las tropas se sucedian en el paso de los Alpes, trasportandose ante todas cosas los viveres y las municiones. No fué tan grande como para todo lo demas la dificultad de trasladar esta parte del material que podia dividirse y colocarse en pequeños cajones sobre el lomo de las caballerias. Toda ella no consistia mas que en la insuficiencia de los medios de transporte, pues á pesar de haberse prodigado el dinero á manos llenas, no se contaba con todas las acémilas que se necesitaban para trasladar tan enorme peso al otro lado de San Bernardo. Sin embargo habiendo pasado los viveres y las municiones en pos de las divisiones del ejército, y con el socorro de los soldados, hubo que ocuparse al fin de la artilleria. Como ya hemos dicho, se habian desmontado las cajas y las cureñas, y colocado sobre las caballerias. Quedaban los cañones cuyo peso no podia disminuirse dividiendo la carga: principalmente para las piezas de doce y los obuses la dificultad fué mucho mayor de lo que se habia creido al principio, pues no pudieron servir los trineos de ruedas contruidos en los arsenales. Discurriose otro medio que fue ensayado al punto y produjo el efecto que se deseaba: consistia este en partir por la mitad troncos de abeto y ahuecándolos cubrir los cañones con dos de estos medios troncos y arrastrarlos así envueltos á lo largo de los barrancos: gracias á estas precauciones, no podian estropearse con ningun choque. Acémilas enganchadas á tan singu-

lar carga sirvieron para subir algunas piezas hasta la cumbre del monte; pero la bajada era mas difícil, pues no podia verificarse sino á fuerza de brazos y corriendo infinitos peligros, porque era preciso detener la pieza, é impedir al detenerla que rodase á los precipicios. Desgraciadamente empezaban á faltar las caballerias, y los mozos de acémilas de los que se necesitaban gran número, estaban rendidos de cansancio. Entonces fué preciso recurrir á otros medios, y se ofreció á los campesinos de aquellas cercanias hasta mil francos por cada pieza que arrastrasen desde San Pedro hasta San Remigio. Necesitábase cien hombres para arrastrar cada una de ellas y además, un dia para la subida y otro para la bajada. Presentáronse con efecto algunos centenares de campesinos y transportaron algunas piezas dirigidos por los artilleros; pero ni aun el cebo de la ganancia pudo decidirlos á renovar este esfuerzo. Desaparecieron todos, y á pesar de haber enviado en su busca algunos oficiales, que prodigaban el dinero para atraérselos, fué preciso renunciar á este proyecto, y pedir á los soldados de las divisiones que arrastrasen por sí mismos su artilleria. Todo podia conseguirse de soldados tan valientes y sufridos. Para animarlos se los prometió el dinero que no querian ya ganar los campesinos abrumados de fatiga, pero lo reusaron diciendo que era deber de honor para una tropa salvar sus cañones, y se avalanzaron á las piezas abandonadas, comenzando á arrastrarlas compañías de cien hombres, sacadas sucesivamente de las filas, y las cuales se relevaban de tiempo en tiempo para hacer mas llevadera la fa-

tiga. En los pasos mas difíciles tocaba la música aires animados y los alentaba á superar aquellos obstáculos de tan nueva especie. Al llegar á la cumbre de los montes, hallaban el refrigerio preparado por los religiosos de San Bernardo y descansaban breve rato para desplegar en el descenso mayores y mas peligrosos esfuerzos. De esta suerte se vio á las divisiones de Chambarlhac y Monnier arrastrar por sí mismas su artillería, y como lo avanzado de la hora no les permitiese bajar en el mismo día, preferían vivaquear en la nieve á separarse de sus cañones. Por fortuna el cielo estaba sereno, y no hubo que arrostrar, además de las dificultades de aquellos sitios, la inclemencia del tiempo.

Durante los días 16, 17, 18, 19 y 20 de mayo, continuaron pasando las divisiones con los viveres, las municiones y artillería. Situado constantemente el primer consul en Martigny, aceleraba la expedición del material, Berthier lo recibía al otro lado de los Alpes, y cuidaba de que lo reparasen los obreros. El primer consul, cuya prevision era inagotable, dispuso en seguida á Lannes que tenía ya su división reunida, y algunas piezas de á cuatro habilitadas para el servicio, se apoderase del desfiladero de las montañas, mandándole además que avanzase hasta Ivrea y se posesionara de esta ciudad, á fin de asegurarse por este medio la entrada en la llanura del Piamonte. Lannes marchó el 16 y 17 de mayo sobre Aosta, donde se hallaban algunos croatas que fueron rechazados hasta el fondo del valle, y despues se encaminó á la aldea de Chatillon á donde llegó el 18. Un batallón enemigo, que se hallaba en aquel punto,

fué arrollado y perdió gran número de prisioneros. Lannes se internó despues en el valle, el cual, á medida que se bajaba, se ensanchaba visiblemente, y mostraba á los ojos encantados de nuestros soldados, caseríos, árboles y campos cultivados, en una palabra, todas las vanguardias de la fertilidad italiana. Aquellas valientes tropas marchaban alegremente, cuando angostándose de nuevo el valle les presentó una garganta estrecha y cerrada por medio de un fuerte erizado de cañones. Este fuerte era el de Bard, designado ya como un obstáculo por muchos oficiales italianos, pero como un obstáculo que podía ser vencido. Avanzaron los oficiales de ingenieros agregados á la vanguardia, y despues de un breve reconocimiento declararon que el fuerte obstruía completamente el camino del valle, y que no se podía pasar sin forzar aquella barrera, que á primera vista parecía casi insuperable. Esparcida esta noticia entre la división produjo en todos los soldados la mas dolorosa sorpresa. Hé aqui cual era la naturaleza de aquel obstáculo improvisado.

El valle de Aosta se halla fortificado por un rio que recibe todas las aguas del monte de San Bernardo y que bajo el nombre de Dora-Battea va á derramarlas en el Pó. Al aproximarse á Bard se estrecha el valle, y pasando el camino entre la falda de los montes y el cauce del rio, aparece cada vez mas angosto, y por último cierra el valle casi enteramente un peñasco que parece caído desde las inmediatas alturas. El rio corre por un lado del peñasco y el camino pasa por el otro. Este camino con casas á los lados compone toda la aldea de Bard. Un fuerte inespugnable por su

posicion, aunque mal construido en la cumbre de la roca, abraza con sus fuegos por la derecha el curso del Dora-Battea y por la izquierda la prolongada calle que forma la reducida aldea de Bard. Puentes levadizos cerraban la entrada y salida de esta calle, y una guarnicion poco numerosa, pero bien mandada, ocupaba el fuerte.

Lannes, á quien ningun obstáculo detenia, destacó inmediatamente algunas compañías de granaderos que bajaron los puentes levadizos y penetraron en Bard, á pesar del vivísimo fuego que se les hacia. El comandante del fuerte mandó disparar multitud de balas y aun de granadas sobre aquella desgraciada aldea; pero al fin se suspendió el fuego por consideracion á sus habitantes. La division de Lannes se apostó en las afueras. Era evidente que no podia pasar el material de un ejército bajo los fuegos del fuerte que dominaba el camino en todas direcciones. Lannes dió inmediatamente parte á Berthier, que se apresuró á llegar y reconoció con asombro cuán difícil era vencer el obstáculo que tan inesperadamente acababa de presentarse. Se llamó tambien al general Marescot, quien examinando el fuerte, le declaró casi inexpugnable, no por su construccion, que era mediana, sino por su posicion enteramente aislada. Lo escarpado de la roca no permitia el escalamiento; y aunque sus muros no estaban terraplenados, no podian ser batidos en brecha, por que no habia medio de establecer una bateria á su alcance. Era no obstante posible izar á fuerza de brazos sobre las cercanas alturas algunas piezas de corto calibre. Berthier dió sus órdenes al efecto, y aquellos soldados que estaban

acostumbrados á empresas mas difíciles, trabajaron en subir dos piezas de á cuatro, y aun dos de á ocho, y al fin lograron colocarlas sobre la montaña de Albaredo, que domina la roca y el fuerte de Bard. Roto de repente el fuego de esta bateria causó alguna sorpresa á la guarnicion. Sin embargo no se desanimó por eso, contestó al fuego y desmontó una de nuestras piezas que era de muy corto calibre.

Marescot declaró que no habia esperanza de tomar el fuerte, y que era preciso pensar en vencer aquel obstáculo de otra manera. Hicieronse varios reconocimientos por la izquierda á lo largo de las sinuosidades de la montaña de Albaredo, y hallóse al fin un sendero que al través de muchos peligros, mayores aun que los que habia presentado el mismo San Bernardo, venia á juntarse con la carretera del valle en Saint-Donat, por debajo del fuerte. Aunque este sendero atravesaba una montaña de segundo orden, era por lo ménos de tan difícil paso como el de San Bernardo, pues no le frecuentaban mas que pastores y rebaños. Si era preciso intentar otra operacion como la que acababa de ejecutarse, y pasar aquel nuevo desfiladero desmontando y volviendo á montar otra vez la artilleria, y arrastrándola con tantos esfuerzos como antes, podria suceder que no bastasen los brazos del ejército, y que quedase inservible aquel material tantas veces manoseado. Aterrado Berthier dió al punto contraórden á las columnas que llegaban sucesivamente y mandó suspender por todas partes la marcha de las tropas y del material, para no comprometerlas demasiado pasando mas adelante, si por acaso era

preciso retroceder. En un instante cundió la alarma por la retaguardia, creyéndose los soldados atajados en aquella gloriosa empresa, y Berthier despachó muchos correos al primer consul, dándole parte de aquel contratiempo inesperado.

Este se hallaba aun en Martigny, pues no quería atravesar el monte de San Bernardo si no hasta despues de haber presenciado con sus propios ojos la expedicion de las últimas partes del material. Al saber la noticia de la existencia de un obstáculo que se juzgaba insuperable, sintió al pronto cierta especie de sobresalto; pero no tardó en recobrase y se negó obstinadamente á admitir la suposicion de un movimiento retrógrado, porque nada en el mundo podia resignarle á tan duro extremo. Reflexionaba que si una de las mas altas montañas del globo no habia podido arredrarle, mucho menos sería capaz de vencer su valor y denuedo, una roca de poca importancia. «Con la audacia se tomará el fuerte, decia, y si no es facil tomarlo, puede rebasarsele dando un rodeo. Por otra parte, si la infanteria y caballeria pudieran pasar con algunas piezas de á cuatro, se encaminarian á Ivrea, á la entrada de la llanura, y allí aguardarian á que las siguiesen la artilleria de grueso calibre. Si esta artilleria no puede vencer el obstáculo que acaba de presentarse, y si para conseguirlo es preciso tomar la del enemigo, la infanteria francesa es bastante numerosa y sobrado aguerrida para arrojarle sobre los austriacos y quitarles sus cañones.» Además de esto, estudió de nuevo sus mapas, consultó con multitud de oficiales italianos y sabiendo por ellos que habia otros caminos que

conducian desde Aosta á los valles circunvecinos escribió cartas sobre cartas á Berthier, prohibiéndole que interrumpiese el movimiento del ejército, é indicándole con admirable exactitud los reconocimientos que convenia practicar al rededor del fuerte de Bard. Creyendo que no habia peligro grave si no en la llegada de un cuerpo enemigo que llegase á cerrar el desfiladero de Ivrea, mandó á Berthier que encaminase á Lannes hácia aquel punto por el sendero de Albaredo, haciéndole tomar una fuerte posicion que estuviese al abrigo de la artilleria y caballeria austriacas. «Luego que Lannes guarde la entrada del valle, añadia el primer consul, poco importa cuanto pueda sobrevenir, pues todo consistirá en la pérdida de algun tiempo. Tenemos víveres en suficiente cantidad para esperar, y lograremos al fin nuestro objeto, ora dando un rodeo, ora venciendo el obstáculo que en este momento nos detiene.»

Dadas estas instrucciones á Berthier, dirigió sus últimas órdenes al general Mancey, que debia desembocar por el monte de San Gotardo, y al general Chabran que debia salir por el pequeño San Bernardo delante del fuerte de Bard, y se decidió al fin á pasar en persona los montes. Antes de partir recibió noticias del Var; y segun ellas el 14 de mayo (24 de floreal) el baron de Melas permanecia todavia en Niza. Como fuese entonces el 20 de mayo, no se podia suponer que el general austriaco hubiese acudido desde Niza á Ivrea en el espacio de seis dias. Púsose pues en marcha antes del amanecer del dia 20 para atravesar el desfiladero, acompañándole su ayu-

dante de campo Duroc y su secretario Bourrienne. Las artes lo han pintado salvando las nieves de los Alpes en un brioso caballo; he aquí la verdad. Subió el monte de San Bernardo montado en un mulo, con la lebita gris que llevaba siempre, conducido por un guía del país, mostrando en los pasos difíciles la distracción de un hombre que tiene su imaginación ocupada en otra cosa, conversando con los oficiales esparcidos por el camino, y preguntando de vez en cuando al conductor que le acompañaba, acerca de su vida, sus placeres y sus penas, como un viagero ocioso que no tiene otra cosa que hacer. Este conductor, que era muy joven todavía, le manifestó ingenuamente todas las particularidades de su oscura existencia, y sobre todo la pesadumbre que le ocasionaba no poder, por falta de recursos, casarse con una doncella de aquel valle. El primer consul, unas veces escuchándole y otras preguntando á los muchos transeuntes que habia por la montaña, llegó al hospicio, donde los buenos religiosos le recibieron con las mayores muestras de afecto é interés. Apenas se apeó de su cabalgadura, escribió un billete, y entregándolo á su guía le encargó que lo pusiera en manos propias del administrador del ejército que quedaba al otro lado de San Bernardo. Al regresar aquella noche á San Pedro supo el joven con sorpresa cuan poderoso era el viagero que habia conducido por la mañana, y que el general Bonaparte mandaba darle un campo, una casa, en fin, los medios de casarse y realizar todas las ilusiones de su modesta ambición. Este montañés acaba de morir en nuestros días y en su país

siendo propietario del campo que debia á la munificencia del dominador del mundo. De notar es este singular rasgo de beneficencia en momentos de que asuntos de grande importancia debian embargar la imaginación del primer consul. Aun cuando no fuese mas que mero capricho de conquistador el que movia al general Bonaparte á sembrar al acaso el bien ó el mal, derribando alternativamente imperios ó edificando cabañas, convendria siempre citar semejantes caprichos, aunque no fuese mas que para escitar á la imitación á los soberanos de la tierra. Pero aquel acto de generosidad revela otra cosa. El alma humana se inclina á la bondad en los momentos en que la agitan vehementes deseos; y hace el bien, como para merecer el que ella solicita de la Providencia.

El primer consul pasó algunos instantes en compañía de los religiosos, les agradeció las atenciones que habian guardado con el ejército, y les hizo un don espléndido para socorrer á los pobres y viageros.

Descendió rápidamente, dejándose deslizar sobre la nieve, segun la costumbre del país; y llegó á Etroubles aquella misma tarde. A la mañana siguiente despues de dedicar algunos cuidados al parque de artilleria y á los viveres, partió para Aosta y Bard. Conociendo que era cierto cuanto le habian dicho, resolvió que su infanteria, su caballeria y las piezas de artilleria de á cuatro pasasen por la senda de Albaredo, lo cual era posible reparando el camino. Todas las tropas debian ir á tomar posesion del desfiladero de las montañas delante de Ivrea, mientras el pri-

mer consul haria una tentativa sobre el fuerte, ó buscaba medios de salvar aquel obstáculo haciendo pasar su artilleria por una de las gargantas inmediatas. Encargó al general Lecchi que á la cabeza de los italianos subiese por la izquierda y penetrase por el camino de Grassoney en el valle de la Sesia, que terminaba cerca del Simplon y del Lago Mayor. Aquel movimiento tenia por objeto despejar el camino del Simplon, dar la mano á un destacamento que por allí descendia y reconocer en fin todas las sendas transitables para carros. Ocupóse el primer consul al mismo tiempo del fuerte de Bard. Estaba en posesion de la única calle de la aldea, pero con el gran inconveniente de tener que atravesarla bajo tal lluvia de balas que no habia medio de pasar por allí con un material de artilleria, aun cuando la travesia no fuese mas que de doscientas á trescientas toesas. Intimóse la rendicion al comandante del fuerte, pero este contestó con firmeza y como hombre que apreciaba la importancia del puesto confiado á su valor. Solo la fuerza podia hacernos dueños de aquel paso. La artilleria que estaba asendada sobre la montaña de Albaredo no producía grande efecto; intentóse escalar el primer recinto del fuerte; pero perecieron allí inutilmente ó cayeron heridos algunos bravos granaderos, y entre ellos el escelente oficial Dufourd. En aquel momento marchaban las tropas por la senda de Albaredo, en la que quinientos trabajadores habian hecho las obras mas urgentes. Habianse ensanchado los parages mas estrechos por medio de algunos arrecifes de tierra, disminuido las pendientes demasiado rápidas formando

escalones para apoyar los pies, y por último arrojado algunos troncos de árboles para formar puentes sobre algunos barrancos demasiado difíciles de salvar. Avanzaba el ejército marchando los soldados uno tras otro, y conduciendo los ginetes de la brida á sus caballos. De esta suerte veía el oficial austriaco, que mandaba el fuerte Bard, desfilar nuestras columnas, desesperado de no poder contener su marcha, y daba parte á Mr. de Melas de como era testigo del paso de todo un ejército con su infanteria y caballeria, sin que pudiese estorbarlo, pero respondia con su cabeza de que llegaria sin un solo cañon.

Durante aquel tiempo nuestra artilleria emprendia una tentativa de las mas arriesgadas, como lo era el hacer pasar una pieza bajo el fuego mismo del fuerte á favor de la noche. Desgraciadamente advertido el enemigo por el ruido, disparó cohetes de luz, que iluminaron el camino como si fuese de dia, y le permitieron cubrirlo con una granizada de proyectiles. De trece artilleros que se habian arriesgado á arrastrar aquella pieza, siete quedaron muertos ó heridos; motivo suficiente para hacer desmayar aun á los de ánimo mas esforzado; pero lejos de infundir el desaliento esta catástrofe en nuestros valientes soldados, solo sirvió para sugerir otro medio ingenioso, pero que ofrecia tambien graves peligros. Cubrióse el camino con estiércol y paja, se colocaron estopas al rededor de las piezas á fin de impedir que hicieran el menor ruido aquellas moles de metal sobre sus cureñas, y desenganchando las mulas, esforzados artilleros las arrastraron á brazo y se aventuraron á pasarlas á lo

largo de la calle de Bard bajo las baterías del fuerte. Este medio les dió el resultado mas completo. El enemigo que de vez en cuando hacia algunos disparos solo por precaucion, hirió á un corto número de nuestros artilleros, pero bien pronto á pesar de este fuego se halló transportada toda la artillería de grueso calibre superándose aquel temible obstáculo, que habia dado al primer consul mas cuidado que el paso del San Bernardo. Los caballos de la artillería habian tomado el camino de la senda de Albaredo.

Mientras se ejecutaba esta operacion tan atrevida, avanzando Lannes al frente de su infantería, tomó el 22 de mayo la ciudad de Ivrea, que desde las guerras de Luis XIV no habia sido reparada, y á la cual, por un presentimiento singular aunque tardío, hacia fortificar en aquel momento el estado mayor austriaco. Todas las defensas de Ivrea consistian en una ciudadela separada del recinto de la plaza, y en un cerco de murallas guarnecidas con baluartes. El valiente general Watrin á la cabeza de su division asaltó la ciudadela, Lannes se dirigió en persona contra la plaza, y los soldados tomaron una y otra por asalto. Habia en ellas de cinco á seis mil austriacos, siendo la mitad de caballería, que se retiró á todo escape. Lannes les hizo muchos prisioneros, y arrojándolos fuera del valle, vino á tomar posicion á la entrada del llano del Piamonte y en los mismos puntos designados por el primer consul. Algunos dias despues la ciudad de Ivrea que habian defendido los austriacos, era, sino un obstáculo insuperable, por lo menos un grave estorbo. Se encontraron allí víveres y artillería; se lle-

varon á cabo sus fortificaciones, y se la abasteció con suficientes provisiones para que en caso de algun revés, fuese uno de los apoyos de nuestra línea de retirada.

Entre tanto, bajaba el general Chabran con su division por el pequeño San Bernardo, y como esta division contaba muchos conscriptos recientemente incorporados en sus filas, se le confió el bloqueo del fuerte de Bard, que no debia tardar en rendirse, cuando se viese sin recursos y rebasado ademas por la artillería, cuya marcha no podia ya contener. El general Thurreau, á la cabeza de un cuerpo de cuatro mil hombres, se apoderaba de la salida de Suza, hacia mil quinientos prisioneros y cogia algunos cañones; pero se veia obligado á detenerse á la entrada del valle entre Suza y Bussolino. El general Lecchi con los italianos daba la vuelta al valle de la Sesia, rechazaba la division de Rohan, le arrebatava algunos centenares de hombres y venia á despejar el desfiladero del Simplon y dar la mano á un destacamento de la division que habia quedado en Suiza al principio de la campaña. En fin el cuerpo del general Moncey, que hacia mucho tiempo estaba escalonado en el valle de San-Gotardo, trepaba á sus alturas.

De esta suerte se efectuaba el movimiento general del ejército en todas partes con un éxito completo. Era en fin indispensable salir del valle de Aosta. Lannes, siempre á vanguardia, dejó este valle el 26 de mayo (6 de pradiel) y no vaciló en presentarse en la llanura. El general austriaco Haddick tenia á su cargo cerrar aquella salida de los Alpes con algunos miles de hombres de in-

fanteria y su numerosa caballería, hallándose defendido por un riachuelo, el Chin-Sella, que desagua en el Dora-Baltea, y sobre el cual había un puente. Lannes se encaminó allí rápidamente con su infantería. Un fuego de artillería repentino y bien dirigido, recibió á nuestros batallones, pero no les impidió avanzar. El valiente coronel Macon entró en el cauce del río con su media brigada, lo vadeó por mas arriba y mas abajo del puente y ganó la opuesta orilla. La caballería austriaca mandada por el general Palfy, quiso entonces cargar á aquella media brigada, pero este general cayó muerto y fueron dispersadas sus tropas. Reforzados los franceses con el resto de la division de Lannes, avanzaron en persecucion del enemigo con su vivacidad acostumbrada. Aprovechándose el general Haddick del desórden de aquella persecucion, lanzó sus escuadrones con suma oportunidad. El 6.º de ligeros se vió obligado á detenerse; pero la 22.ª formada en columna cerrada, rechazó solo con sus fuegos aquella nueva carga de la caballería austriaca. Algunos miles de caballos se movieron entonces á la vez para hacer el último esfuerzo contra nuestra infantería. Las 40.ª y 22.ª medias brigadas formadas en cuadro sostuvieron con prodigiosa firmeza aquella embestida formidable. Tres veces fueron cargadas y otras tantas vinieron los escuadrones enemigos á estrellarse contra las puntas de sus bayonetas. Viéndose el general Haddick en la imposibilidad de resistir á la vanguardia del ejército francés, dió la órden de retirada, y despues de haber perdido muchos hombres entre muertos y heridos y algunos prisioneros, cedió á

Lannes la llanura del Piamonte y se retiró detras del Oreo. Lannes continuó su marcha, y el 28 de mayo (8 de pradiel), se presentó en Chivasso á orillas del Pó. Aterrados los austriacos con esta invasion repentina se apresuraban á evacuar á Turin. Bajaban por el Pó barcos cargados de trigo, arroz, municiones y heridos. Lannes se apoderó de todos estos convoyes, de suerte que la abundancia preparada por los austriacos para su ejército iba á servir al nuestro de regalo.

Trece dias habian transcurrido, en cuyo tiempo se habia realizado completamente la prodigiosa empresa del primer consul. Un ejército de cuarenta mil hombres con su infantería, caballería y artillería, habia pasado sin caminos transitables las montañas mas elevadas de Europa, arrastrando á fuerza de brazo su material por encima de la nieve ó empujándole bajo el fuego mortífero de un fuerte que disparaba á boca de jarro. Una division de cinco mil hombres habia bajado el pequeño San Bernardo; otra de cuatro mil habia desembocado por el monte Cenís, un destacamento ocupaba el Simplon, y por último un cuerpo de quince mil franceses, bajo las órdenes del general Moncey, se hallaba en la cumbre de San Gortardo, ascendiendo á mas de sesenta mil soldados los que iban á entrar en Italia, y aunque es cierto que los separaban todavia grandes distancias, estaban seguros de reunirse muy en breve al rededor de la masa principal de cuarenta mil hombres que desembocaba por Ivrea al centro del semicírculo de los Alpes. ¡Y aquella marcha extraordinaria no era locura de un general que por envolver á su adversario se esponia él mismo

á una derrota! Dueño el general Bonaparte del valle de Aosta, del Simplon y del San Gotardo, tenia la certidumbre, si perdía una batalla, de poder regresar al punto de donde había partido sacrificando á lo mas alguna artillería, si se veía muy ostigado en su marcha. No teniendo ya necesidad de guardar misterio, vino á Chivasso en persona, arengó á las tropas, les felicitó por su firmeza delante de la caballería austriaca, les anunció los grandes resultados que preveía, y se mostró no solo á sus soldados, sino también á los italianos y austriacos, para intimidar ahora con su temible presencia al enemigo á quien poco antes quería dejar dormir en una seguridad profunda.

¿Qué hacía durante este tiempo el baron de Melas? Tranquilo siempre este general con las noticias que le dirigian el gabinete de Viena y sus propios agentes, relativas á aquel fabuloso ejército de reserva, continuaba el sitio de Génova y el ataque del puente del Var. En ambos puntos había sufrido pérdidas considerables, pero por lo demas persistía en creer que las reuniones verificadas en Dijon, no eran mas que un acinamiento de conscriptos, destinados á llenar las bajas de los cuadros de los dos ejércitos del Rhin y de Liguria. Un parte que recibió á mediados de mayo le inspiró serios temores acerca de su retaguardia; sin embargo, se tranquilizó muy en breve y volvió á creer que las fuerzas que se habían reunido en Dijon debían bajar directamente por el Saona y el Ródano para juntarse con el cuerpo del general Suchet á orillas del Var. En lugar de enviar tropas por la garganta de Tenda

al Piamonte, conservó todas sus fuerzas delante del puente del Var, á las órdenes del general Elsnitz. Entre tanto las columnas francesas que desembocaban á la vez por todos los valles de los Alpes, reconocidas y designadas con la mayor exactitud por el general Wakassowich, le sacaron al fin de sus ilusiones, aunque sin desengañarle completamente. Dejó al general Ott con treinta mil hombres delante de Génova, al general Elsnitz con veinte mil delante del puente del Var, debiendo ser reforzadas estas últimas con las tropas del general Saint-Julien, disponibles desde la toma de Savona, y volvió á pasar con un destacamento de diez mil hombres la garganta de Tenda para dirigirse á Coni. El 22 de mayo se hallaba en esta última plaza. Hasta entonces creía el general austriaco que las tropas francesas que se habían presentado, eran solamente partidas de conscriptos, empleados en hacer una demostración á su retaguardia para desviarle del sitio de Génova, y todavía no imaginaba que pudiese ser el mismo general Bonaparte á la cabeza de un poderoso ejército. Pero no tardó en ver desvanecida esta última ilusión, pues habiendo enviado á Chivasso, sobre las márgenes del Pó, á uno de sus oficiales, que conocía perfectamente al general Bonaparte, vió este con sus propios ojos al vencedor de Castiglione y de Rivoli, y enteró de ello á su general en jefe, quien solamente entonces pudo calcular toda la extensión de sus peligros, porque se convenció de que no era un peloton de conscriptos los que el primer consul venía mandando. No era esto todo; habíase dudado de que los franceses tu-

viesen artillería, pero acababa de oirse en el Chiusela el estampido de sus cañones. Este anciano respetable que en la campaña anterior había desplegado vastos conocimientos, se entregó entonces á la mas cruel desesperacion, la cual se aumentaba de dia en dia, porque no tardó en saber que las cabezas de columna del general Moncey descendian del San Gotardo.

Hallábase con efecto en una situacion extraordinariamente grave. De ciento veinte mil hombres habia perdido por lo menos veinte y cinco mil delante de Génova y del puente del Var. Los que le quedaban se hallaban dispersos; el general Ott estaba delante de Génova con treinta mil hombres; el general Elnistz con veinte y cinco mil delante del puente del Var; el general Kaim, encargado de guardar las salidas de Suza y de Pignerol con doce mil hombres habia perdido á Suzay se retiraba á Turin; el general Haddick que con nueve mil hombres poco mas ó menos debia guardar los valles de Aosta y de la Sesia acababa de retirarse delante de Lannes, y el general Wukasowich que con diez mil hombres observaba los valles del Simplon y del San Gotardo, ¿no podia considerarse perdido teniendo delante al general Moncey? El mismo baron de Melas se hallaba en Turin con un cuerpo de diez mil hombres procedente de Niza, y por último el general Bonaparte, ¿no iba á caer en medio de estos cuerpos dispersos, batirlos unos tras otros y derrotarlos completamente? Tal vez habia tiempo de tomar determinaciones saludables, siempre que se concibieran y ejecutaran sobre la marcha, pero el general austriaco perdió algunos dias en reco-

brarse, en enterarse de los proyectos de su adversario, en formar los suyos propios y resignarse en fin á los sacrificios que debia producir una concentracion de fuerzas, pues era preciso abandonar á un mismo tiempo el Var, tal vez á Génova y de seguro gran parte del Piamonte.

Mientras él deliberaba, el general Bonaparte tomaba sus medidas con aquella prontitud y resolucion que tanto le distinguian. Las determinaciones que debia tomar no eran menos graves que las de su adversario. Si dispersos estaban los austriacos, tambien lo estaban los franceses, porque bajaban del monte Cenís, del grande y pequeño San Bernardo, del Simplon y del San Gotardo. Preciso era reunirlos, cortar en seguida toda retirada al baron de Melas, y en fin, libertar á Massena que en aquellos momentos debia estar reducido al último apuro.

Al bajar el general Bonaparte de San Bernardo, tenia á su derecha al monte Cenís y á Turin, á su izquierda el San Gotardo y Milan, y á cincuenta leguas delante de él á Génova y á Massena. ¿Que partido pues debia tomar en aquella circunstancia? Apoyarse por la derecha en el monte Cenís para reunir á los cuatro mil hombres del general Thurreau, era un resultado de muy poca importancia, porque de este modo se esponia á tropezar desde luego con Mr. Melas, lo que no era muy peligroso sin duda en el estado de dispersion de sus fuerzas; pero apoyándose en la derecha, le dejaba por la izquierda espeditos para su retirada los caminos de Milan y de Plasencia. Y en verdad que no merecia haberse hecho tan grandes esfuerzos para trasladarse al través de los

Alpes á los puntos de comunicacion del enemigo, si despues de haberlos ocupado eran abandonados. Marchar en derechura al frente, atravesar el Pó, y encaminarse á Génova por entre los cuerpos dispersos del ejército austriaco, despreciando á la derecha al general Thurreau, al general Moncey á la izquierda y comprometiendo todas sus comunicaciones, no era acertado, ni digno de la prudencia profunda que habia combinado todas las partes de aquel plan con tanta reflexion como audacia. Ignorábase que reunion de fuerzas podia encontrarse por aquel camino, sacrificábase la linea de retirada á los Alpes, y se dejaba abandonados á sí propios á los generales Thurreau y Moncey, reducidos probablemente á replegarse hácia el monte Cenís y el San Gotardo, despues de arrostrar mil peligrosas aventuras. Preferible hubiera sido socorrer directamente á Massena, por Tolon, Niza y Génova. Segun todas estas consideraciones, no quedaba evidentemente otro partido mas que apoyarse por la izquierda en San Gotardo y Milan, y dar la mano á los quince mil hombres del general Moncey. De esta suerte se unia al ejército su principal destacamento, con lo cual ascendia á sesenta mil el número de combatientes; se ocupaba la capital de la alta Italia; se subleaban los pueblos á retaguardia de los austriacos; se tomaban todos sus almacenes; se ganaba la linea del Pó y todos los puentes de este caudaloso rio, y por último, poniéndose en estado de operar sobre ambas orillas se detenia á Mr. de Melas, cualquiera que fuese el camino que eligiera para escaparse. Cierto que con este plan se retrasaban por espacio

de ocho ó diez dias los socorros que debian darse á Massena, lo cual no dejaba de ser muy sensible: pero el general Bonaparte creia que su presencia en Italia bastaria á librar al ejército de Liguria de todos sus apuros y peligros, porque Mr. de Melas se apresuraria á llamar á sí los cuerpos que atacaban á Génova á al puente del Var, de todos modos los generales Massena y Suchet habian llenado el objeto que les estaba impuesto, reteniendo á Mr. de Melas en el Apenino, fatigándole, agotando sus fuerzas, y sobre todo, impidiéndole cerrar los desfiladeros de los Alpes. Aunque tuviese que sucumbir el defensor de Génova, no hacia mas que consumir la larga série de sacrificios impuestos al noble y malhadado ejército de Liguria para dar feliz cima á una vasta combinacion.

Una vez tomado su partido, dió el general Bonaparte sus disposiciones con la mayor prontitud, y dirigió todo su ejército á la orilla izquierda del Pó. Reunió su parque de artilleria que acababa de ser habilitado; mandó á Lannes que juntase todos los barcos tomados en Chivasso, y los preparase como si se fuese á echar un puente y á pasar al Piamonte. Era su intencion engañar otra vez á Mr. de Melas acerca de sus proyectos, y lo consiguió con tan buen éxito como la primera. A la vista de los movimientos dirigidos por el general Bonaparte, procuró Mr. de Melas lisonjearse hasta el último momento; complaciéndose en creer que los franceses no habian podido bajar por los Alpes sino en corto número, y que si el general Bonaparte, como todo parecia indicarlo, queria solamente cruzar el Pó para entrar en Turin y dar la mano por el monte Cenís al general

Thurreau, se le podía hacer frente, cortando todos los puentes y disputándole el paso del Pó con treinta mil hombres. Concibió, pues, la esperanza de poder defenderse sobre esta línea, sin perder las posiciones ocupadas contra el Var, y el fruto de los progresos hechos delante de Génova. En su consecuencia Mr. de Melas reunió al general Haddick, que había vuelto del valle de Aosta, al general Kaim, situado á la salida de Suiza, á los diez mil hombres que había traído consigo de Niza, y además á un nuevo destacamento sacado del Var, formando así un total de treinta mil hombres, y no suponiéndonos con mayor fuerza, esperó disputar con aquellas tropas el río que separaba los dos ejércitos.

No quiso el primer consul destruir esta nueva ilusión de su adversario, y dejándole ocupado hácia Turin en aquella semi-concentración de fuerzas, se replegó repentinamente sobre Milan. Lannes que al parecer debía subir por la orilla del Pó para marchar desde Chivasso á Turin, descendió de repente por el contrario por ella, y siguió adelante por Crescentino y Trino hasta Pavia, donde se hallaban los inmensos almacenes de los imperiales, de viveres, municiones y artillería, y la comunicacion mas importante, puesto que domina á la vez el paso del Pó y del Tessino. Murat marchó por Verceci hácia Buffalora, y el ejército en masa siguió el movimiento general sobre Milan. El 31 de mayo llegaron nuestras tropas delante del Tessino. Este río es ancho y profundo: no había en él barcas para pasarlo, y en la opuesta orilla se divisaba numerosa caballería perteneciente al cuerpo de Wukassowich,

que guardaba el Simplon y aquella parte de los desfiladeros de los Alpes. Detrás del Tessino corre el Naviglio-Grande, anchuroso canal que hasta Milan atraviesa toda la comarca, y el cual sigue durante alguna distancia un curso paralelo al del río de que forma un brazo, hallándose además muy aproximado á él. Agrupada la caballería enemiga en una lengua de tierra sumamente angosta entre el canal y el Tessino, ejecutaba con dificultad sus movimientos y no podía hacer uso de sus fuerzas. El ayudante general Girard se apoderó de algunas embarcaciones que los aldeanos de las cercanías habían ocultado junto á Galiata, y las cuales se apresuraron á facilitar al ejército. Pasó el río siguiéndole escaso número de soldados, y se arrojó sobre la vanguardia austriaca. Reforzado sucesivamente por las idas y venidas de aquellas barcas, y apoyado por el fuego de la artillería, rechazó á la caballería, la cual ya no se atrevió á aventurarse demasiado en aquel terreno tan ingrato para ella, y la obligó á pasar otra vez el Naviglio-Grande por un punto denominado el puente de Turbigo. De este modo el ayudante general Girard atravesó de un solo golpe el Naviglio y el Tessino, pero como se presentase el general Wukassowich con la brigada de infantería de Laudon, y tratase de penetrar en la aldea de Turbigo, se vió acometido por cuatro ó cinco mil hombres de infantería, sin que pudiera oponerles mas que algunos centenares de soldados. Por espacio de muchas horas consecutivas se defendió con gran presencia de ánimo y suma bizarria, logrando salvar el puente de Turbigo, cuya pérdida hubiera rechazado á los frau-

ceses mas allá del Naviglio-Grande; y acaso del mismo Tessino. Mientras se defendía tan denodadamente, vino en su socorro el general Monnier, que había logrado pasar el rio un poco mas abajo, cayó sobre las tropas de Laudon y las arrojó de Turbigo. Quedó, pues, rota aquella línea que había de contener á los franceses con un mero combate de vanguardia. Al dia siguiente 4.º de junio (12 de pradial), pasó la division de Boudet por Buffalora, y y el ejército todo se dirigió á Milan. Temiendo Wukassowich ser cogido entre el ejército principal que venía *avanzando* por Lombardia, y el cuerpo de Moncey que bajaba de San Gotardo, se retiró apresuradamente, y dió orden á la brigada de Dedovich, que se hallaba al pie de las montañas, para que se replegara por Cassano detrás del Adda. El mismo fué á buscar refugio detrás del Adda por Milan y Lodi, despues de haber dejado una guarnicion de dos mil ochocientos hombres en el castillo de Milan.

Ningun obstáculo detenia ya al ejército frances y podia entrar en la capital de Lombardia, que hacía mas de un año gemía bajo el yugo de los austriacos. Hasta entonces aquellos infelices italianos no habían oido hablar mas que de los triunfos de Mr. de Melas y de la apurada situacion de los franceses. Las caricaturas del ejército de reserva habían circulado en Milan lo mismo que en Viena y Lóndres, representándolo en ellas como una turba de viejos y niños, armados de palos, montados en burros, y llevando dos trabucos por artillería. Mientras se ridiculizaba de este modo á la República francesa, lo cual no causaba

grave daño pesaba la mas dura opresion sobre los desgraciados italianos. Los hombres mas distinguidos de Lombardia por sus riquezas ó sus luces, principalmente aquellos que habían tomado parte en los asuntos de la república Cisalpina, gemían en un calabozo en el destierro. Y, cosa digna de notarse, la persecucion había oprimido menos á los patriotas exaltados, y que eran semejantes á los jacobinos franceses, que á los hombres moderados, cuyo ejemplo podia ser mas contagioso para los pueblos. Esceptuando algunas hechuras del gobierno austriaco, cuyo número era muy limitado, y algunos nobles adictos al partido oligárquico, todo el mundo suspiraba por la vuelta de los franceses; pero nadie se atrevía á esperar aquella vuelta, y mucho menos viendo al baron de Melas que había avanzado tanto en Liguria y que tan próximo se hallaba á tomar á Génova y pasar el Var, y observando al primer consul tan ocupado, por lo menos en la apariencia, en hacer frente á los peligros de invasion que amenazaban á Francia por la parte del Rhin. Divulgábase ademas entre el pueblo la noticia de que aquel general Bonaparte, tan conocido en Italia, había muerto en Egipto; que cual otro Faraon se había ahogado en el mar Rojo, y que aquel cuyo nombre figuraba á la sazón en Paris era uno de sus hermanos.

Facil es adivinar la sorpresa de los italianos cuando se les anunció de repente la aparicion de un ejército francés en Ivrea, su marcha sobre el Tessino, y por último el paso de este rio. Figúrese la agitacion que reinó en Milan, la multitud de noticias, ora afirmativas, ora negativas, que por

espacio de veinte y cuatro horas dieron pábulo á todas las conversaciones, y la alegría en fin que estalló cuando confirmó esta noticia la presencia del general Bonaparte, marchando con su estado mayor á la cabeza de la vanguardia. El día 2 de junio (13 de pradiel) corrió todo el pueblo á recibir al ejército francés, y reconociendo al ilustre general que tantas veces habia visto dentro de sus muros, le acogió con frenético entusiasmo y como á un salvador bajado del cielo. Los sentimientos de los italianos siempre tan vehementes y espresivos, jamás habian estallado con tanta energia, porque jamás tampoco se habian reunido tantas circunstancias para hacer la alegría de un pueblo tan repentina y profunda. Apenas entró en Milan el general francés, se apresuró á abrir las prisiones y á restituir el gobierno del pais á los amigos de la Francia. Dotó á la república Cisalpina de una administracion provisional, compuesta de los hombres mas respetables. Sin embargo fiel en Italia al sistema que seguia en Francia, no permitió violencia ni reaccion, y al restituir el poder á los italianos de su partido, no les permitió que lo ejercieran contra los italianos del partido contrario.

Despues de consagrar sus primeros cuidados á los negocios de los milaneses, se apresuró á estender sus columnas en todas direcciones, hasta los lagos, hasta el Adda y hasta el Pó, á fin de propagar la insurreccion en provecho de los franceses, apoderarse de los almacenes del enemigo, interceptar sus comunicaciones y cortarle toda retirada. Hasta entonces todo habia salido á medida de su deseo, porque Lannes, que se habia dirigido sobre Pavía,

acababa de entrar en esta ciudad el 4.º de junio y de hacerse dueño de abundantes almacenes. Este general habia encontrado en Pavía los hospitales austriacos, depósitos considerables de granos, forrages, municiones, armas y particularmente trescientos cañones, de los cuales la mitad eran de campaña. Allí se habia proporcionado mucho material de puentes, de que carecian las compañías de pontoneros franceses, y que iban á emplear sobre el Pó. La division de Chabran que habia quedado enfrente de Bard, se habia apoderado de aquel fuerte el 4.º de junio, hallando dentro de él diez y ocho cañones. Despues de guarnecer el general Chabran aquel punto, del mismo modo que á Ivrea, vino á ocupar el curso del Pó, desde el Dora Baltea hasta el Sesia. Lannes le ocupaba desde aquel punto hasta Pavía. El cuerpo del general Bethencour, que venia del Simplon, se situó delante de Arona, hácia la punta del lago mayor. La legion italiana se dirigió por Brescia en persecucion de los austriacos que se retiraban apresuradamente. Al mismo tiempo las divisiones de Duhesme y Loison pasaban el Adda y se dirigian á Lodi, á Crema y Pizzighittone. El general Wukassowich no queriendo ya guardar el Adda se retiraba detras del Mincio, bajo los fuegos de la artilleria de Mantua.

Nada detenia ya la marcha del general Moncey, si se exceptua la dificultad de vivir en los áridos valles de la alta Suiza. Acababan de asomar sus primeras columnas; pero era preciso esperar á las demas por espacio de algunos dias, y éste era el mayor inconveniente de la situacion, pues importaba darse prisa si se queria evitar que cayera

Génova en manos de los austriacos. El general Bonaparte tenia ya la seguridad de reunir todas sus columnas, escepto una sola, la del general Thurreau, que se hallaba atrincherado en el desfiladero del monte Cenís, sin poder pasarle. Por lo demas nuestro ejército se hallaba en una excelente posición en medio del Milanesado, teniendo asegurada su retirada por el monte Cenís, el San Bernardo, el Simplon y el San Gotardo, dueño del Adda, del Tessino y del Pó, sustentándose con los almacenes de los austriacos; interceptándoles todos los caminos, y en disposición de darles una batalla decisiva, despues de la cual, si eran vencidos, no les quedaba otro recurso que entregar las armas. Si llegaba á rendirse Génova, seria un accidente funesto, en primer lugar para el valiente ejército que la defendia, y funesto tambien porque el cuerpo austriaco de asedio, acudiria á reforzar al general Melas, haciendo de este modo mas difícil la gran batalla que debia terminar la campaña. Pero si el general Bonaparte alcanzaba la victoria, Génova é Italia quedaban reconquistadas de un solo golpe. Sin embargo tenia en mucho la salvación de Génova; pero no habia que esperar la reunion del cuerpo de Moneev antes del 5 ó 6 de junio, y de consiguiente que Génova pudiese sostenerse hasta aquella época.

El baron de Melas, en virtud de las últimas noticias habia descubierto todo y veia á su adversario dentro de Milan, dando la mano á todas las columnas que iban bajando sucesivamente de los Alpes, y comprendia ahora el vasto plan urdido contra él. Para colmo de desdicha acababa de saber los desastres de Mr. de Kray y su retirada de

Ulma. Renunció en fin al sistema de tomar disposiciones á medias, y dió la órden imperativa al general Elsnitz de avanzar el puente del Var, mandando al general Ott que renunciase al sitio de Génova, para que ambos se reuniesen en Alejandria. Esto era lo que el general Bonaparte habia esperado para la salvacion de Génova; pero estaba decretado que el noble y desgraciado ejército de Liguria pagase hasta el fin con su sangre, con sus padecimientos y en fin con una rendición dolorosa los triunfos del ejército de reserva.

El carácter firme de Massena se habia sostenido hasta el último punto. *Antes de rendirse*, decian los soldados, *nos dará á comer hasta sus botas*. Habiéndose acabado todas las reses, comian carne de caballo, y cuando esta faltó, se alimentaban con la de los animales mas inmundos. Fue devorado así mismo el miserable pan hecho con avena y habas. Desde el 23 de mayo (3 de pradiel), se vió Massena en la necesidad de recoger el almidon, la linaza y el cacao existentes en los almacenes de Génova, y dispuso que se amasase un pan que apenas podian tragar los soldados, y que muy pocos de ellos lograban digerir. Casi todos iban á atestar los hospitales. Reducido el pueblo á una sopa de yerbas por único alimento, sufría todas las angustias del hambre. Las calles estaban sembradas de infelices que morian de inanición y de mugeres estenuadas que esponian á la caridad pública los hijos á quienes no podian alimentar. Otro espectáculo espantaba á la ciudad y al ejército, y era el gran número de prisioneros que habia hecho Massena, y á los cuales no tenia alimento que darles. Se resistia á ponerlos en li-

bertad bajo palabra, despues de haber visto á los que de este modo la habian obtenido, aparecer nuevamente en las filas enemigas. Propuso pues al general Ott y en seguida al almirante Keith que le suministrasen los víveres necesarios para el consumo diario de estos prisioneros, empeñando su palabra de honor de que no distraeria la mas pequeña parte para la guarnicion. Bien merecia crédito la palabra de un hombre como Massena; pero era tan grande el encarnizamiento contra él que se resolvió imponerle la carga de alimentar los prisioneros aun cuando hubiesen de sufrir crueles privaciones. De modo que los generales enemigos cometieron la barbarie de condenar sus soldados á los terribles tormentos del hambre por aumentar la miseria de Génova, dejando en su recinto algunos miles de bocas mas que necesitaban alimento. Massena dió á estos prisioneros la sopa de yerbas que repartia á los habitantes, alimento asaz insuficiente para hombres robustos, y habituados á la abundancia en las ricas campiñas de Italia, asi es que siempre estaban en visperas de sublevarse, pero para quitarles este pensamiento, mandó Massena encerrarlos en cascós viejos de buques, colocados al efecto en medio del puerto, y en los cuales habia constantemente asendada contra ellos una formidable artilleria pronta á vomitar la muerte. Aquellos infelices lanzaban horrosos ahullidos que conmovian á la poblacion toda, ya sobrado afectada con sus propios padecimientos.

Mermaba de dia en dia el número de nuestros soldados, se les veia espirar en las calles y habia sido necesario permitirles sentarse al montar las

guardias, pues tal era el estado de debilidad en que se encontraban. Desalentados los genoveses no prestaban ya el servicio de la guardia nacional, temiendo ser comprometidos cuando el partido oligárquico viniera en pos de los austriacos, lo cual no tardaria en acontecer; de vez en cuando anunciaban sordos rumores que la desesperacion de los habitantes iba á estallar, y para evitar su esplosion ocupaban algunos batallones las principales plazas con los cañones cargados.

Massena imponia al pueblo y al ejército con su actitud impasible. El respeto que inspiraba este héroe comiendo el horrible pan de los soldados, viviendo con ellos bajo el fuego del enemigo, y soportando ademas de sus padecimientos físicos, los desvelos del mando con inalterable firmeza, tenia á raya á todo el mundo, egerciendo en medio de la desconsolada Génova el ascendiente de una alma sublime.

Sin embargo, un resto de esperanza sostenia todavía á los sitiados. Muchos ayudantes de campo del general habian atravesado el bloqueo á costa de grandes esfuerzos, y traído algunas noticias. Los coroneles Reille, Franceschi y Ortoni habian pasado, y averiguado, ora que el primer consul se ponía en camino, ora que pasaba los Alpes. Uno de ellos, Franceschi, le habia dejado bajando el monte de San Bernardo; pero desde el 20 de mayo no se habia vuelto á recibir noticia alguna suya. Diez ó doce dias transcurridos en esta situacion parecian siglos, y todos se preguntaban con desesperacion como podia ser que en diez dias no hubiese podido atravesar el general Bonaparte el espacio que separa los Alpes

del Apenino. Tal como le conocemos, decían, á estas horas es vencedor ó vencido; sino llega consiste en que ha sucumbido en esta empresa temeraria. Si hubiera podido bajar á Italia, habría ya logrado separar al general austriaco de los muros de Génova. Otros creían que el general Bonaparte había considerado al ejército de Liguria como un cuerpo sacrificado á una operación importante; que solo había aspirado á una cosa, cual era detener al baron de Melas en el Apenino, pero que conseguido este objeto, no pensaba ya en levantar el bloqueo, y se proponía otro plan mas vasto.—Pues bien, añadian los genoveses y nuestros mismos soldados, si nos han sacrificado á la gloria de la Francia, sea en buen hora, pero una vez conseguido el objeto, ¿porqué se pretende que espere hasta el último de nosotros? ¿Si al fin cayésemos bajo el fuego del enemigo con las armas en la mano, en hora buena; pero morir de hambre y de enfermedad, es cosa imposible! Ya ha llegado la hora de rendirse.—Muchos soldados llevaron su desesperación hasta el punto de romper sus armas. Anuncióse al mismo tiempo un complot fraguado por algunos hombres estraviados por sus largos padecimientos. Massena les dirigió una brillante proclama en la que les recordaba las obligaciones del soldado que consisten no solo en soportar las privaciones y padecimientos, sino tambien en arrostrar los peligros, presentándoles el ejemplo de sus oficiales que comían los mismos alimentos y caían diariamente muertos ó heridos al frente de sus filas. Deciales además que el primer consul venia avanzando con un ejército para libertarlos; que si

capitulaban era perder en un instante el resultado de dos meses de esfuerzos y heroismo. Aguardad algunos dias mas, les decia, tal vez algunas horas, y os vereis libres despues de haber prestado eminentes servicios á la patria!

A cada rumor, á cada ruido que resonaba hácia el horizonte creían todos oír el estampido de los cañones del general Bonaparte. Cierta dia se persuadieron de que tronaba la artillería en la Bochetta; por todas partes cundió un gozo frenético, y el mismo Massena se trasladó á las murallas. Vana ilusión, era el ruido de una tempestad en las gargantas del Apenino, y todos volvieron á caer en el mas silencioso abatimiento.

En fin el 4 de junio no quedaban ya mas que dos onzas para cada hombre de ese pan horrible hecho de almidon y cacao. Era, pues, preciso entregar la plaza porque no se podia reducir á nuestros infelices soldados á devorarse unos á otros y la imposibilidad material de existir ponía un término inevitable á la resistencia. Por otra parte el ejército tenia el íntimo convencimiento de haber hecho cuanto se podia exigir de su valor, y segun esta creencia, no estaba ya cubriendo las Termópilas de Francia, sino sirviendo para favorecer una maniobra, que á la sazón debia haber tenido ya un éxito feliz ó desgraciado. Comenzaba á creer sobre todo que el primer consul pensaba mas en estender sus combinaciones que en socorrerlo. Massena participaba de esta misma opinion sin confesarlo; pero no consideraba llenar completamente sus deberes, sino hasta despues de haber apurado el último recurso posible de la resistencia. Consumidas ya aquellas dos misera-

bles onzas de pan que habian quedado por plaza, forzoso era rendirse, y resignóse en fin á este sacrificio con el mas amargo dolor.

Habia enviado el general Ott un parlamentario, porque no urgía menos á los austriacos que á los franceses acabar pronto. Aquel general tenia en efecto órdenes terminantes de levantar el sitio de Génova, para replegarse sobre Alejandria. Aquellas ofertas del enemigo, segun dicen algunos historiadores, debian dar luz á Massena sobre su verdadero estado. Indudablemente sabia que aguardando un dia ó dos mas acaso seria socorrido; pero no contaba con aquellos dos dias. —Dadme, decia á los genoveses, dos dias de viveres, y os libro del yugo austriaco y á mi ejército del dolor de rendirse.

Por último el 3 de junio se vió obligado Massena á entrar en negociaciones. Hablábase de capitulacion, pero él rechazó semejante idea hasta el punto de no permitir que volviera á ser mentada. Quería que el ejército pudiera retirarse libremente con armas y bagages, á banderas desplegadas y con facultad de servir y luchar cuando hubiese pasado la linea de los sitiadores. —En caso contrario, decia á los parlamentarios austriacos, saldré de Génova con las armas en la mano, me presentaré en vuestro campamento con ocho mil hombres hambrientos y pelearé hasta abrimme paso. —Los sitiadores consentian en dejar partir la guarnicion siempre que Massena quedase prisionero, pues temian que al dirigirse aquella guarnicion desde Génova á Savona, con semejante gefe á la cabeza, se reuniria á las tropas de Suchet, é intentaria alguna otra empresa temi-

ble á retaguardia del baron de Melas. Para calmar la indignacion de Massena se le confesó el motivo, tan honorífico para él, de aquella condicion; pero él no quiso volver á oír hablar de semejante asunto. Entonces pidieron que la guarnicion se retirase por mar á fin de que no tuviera tiempo de incorporarse á las tropas de Suchet. A todas estas proposiciones opuso su respuesta acostumbrada, á saber que se abriria paso. Por último consintieron en dejar pasar por tierra ocho mil hombres, es decir, todos los que aun podian sostener el peso de sus armas. Los convalecientes habian de ser sucesivamente embarcados y trasladados al cuartel general de Suchet. Quedaban cuatro mil enfermos á quienes los austriacos se comprometian sustentar, cuidar y resituir en seguida al ejército francés. Se les dejó al general Miollis para mandarlos. Massena no descuidó en sus estipulaciones los intereses de los genoveses, antes por el contrario, exigió como condicion espresa que ninguno de ellos fuese perseguido por sus opiniones durante nuestra ocupacion y que las personas y las propiedades fueran fielmente respetadas. Mr. de Corbetto, célebre genovés, despues ministro en Francia, fué admitido á aquellas conferencias, y tuvo ocasion de presenciar los esfuerzos hechos en favor de los genoveses. Massena exigió ademas que se les dejase su gobierno actual que debian á la revolucion francesa, pero los generales austriacos se negaron á contraer ningun compromiso sobre este punto. —Bien está, les dijo Massena, haced lo que os plazca, pero os declaro que antes de quince dias estaré de vuelta en Génova. —¡Palabras

proféticas á las que el oficial austriaco, Mr. de Saint-Julien dió esta respuesta noble y delicada. —Hallareis en esta plaza, señor general, hombres á quienes habeis enseñado á defenderla!

En la mañana del 4 de junio se celebró la conferencia definitiva en una capilla situada en el puente de Cornigliano. El artículo que tenia por objeto conducir á una parte del ejército por tierra, dio margen á otra dificultad; pero no presentándoles Massena mas alternativa que la de acceder á lo que él deseaba, ó sostener al dia siguiente un combate desesperado, hubieron de acceder los generales austriacos, y se estipuló que aquella misma tarde quedaria firmado el convenio de evacuacion del cual se habia eliminado cuidadosamente la palabra capitulacion. Por lo demás; admirados los oficiales enemigos de la conducta del general francés le prodigaron toda clase de consideraciones y muestras de respeto.

Llegada la noche, todavía vacilaba Massena en firmar el convenio, pues no habia perdido las esperanzas de ser socorrido de un momento á otro. En fin cuando ya no pudo diferirlo sin faltar á la palabra dada, otorgo su firma. En la mañana siguiente salieron nuestras tropas con el general Gazan á la cabeza, y se hallaron raciones en la avanzada del enemigo. Massena se embarcó para llegar mas pronto al cuartel general de Suchet, saliendo del puerto en un buque que llevaba izada la bandera tricolor y bajo las balas de la escuadra inglesa.

Así concluyó este sitio memorable, durante el cual acababa de señalarse un ejército francés por sus relevantes virtudes y servicios, habiendo he-

cho mas prisioneros y muerto mas enemigos que soldados contaba en sus filas. Con quince mil hombres habia apresado ó puesto fuera de combate á mas de diez y ocho mil austriacos, y sobre todo habia destruido la fortaleza de ánimo del ejército imperial, obligándole á esfuerzos continuos y extraordinarios. ¿Pero se quiere saber á cuánta costa habia dado cima á tales hechos la denodada guarnicion de Génova? De quince mil combatientes habian muerto tres mil atravesados por las balas enemigas; otros cuatro mil habian sido heridos gravemente; y solo ocho mil iban á incorporarse al ejército activo. Soult, segundo de Massena, habia quedado en poder del enemigo, despues de recibir un balazo en una pierna. De tres generales de division, uno de ellos, Marbot, habia muerto de epidemia, y otro, Gazan, habia sido gravemente herido. De seis generales de brigada salieron heridos cuatro, Gardanne, Petitot, Fressinet y Arnaud. De doce ayudantes generales, fueron heridos seis, uno prisionero y otro muerto. Dos oficiales de estado mayor, fueron muertos, siete prisioneros y catorce heridos. De diez y siete coroneles, once quedaron fuera de combate ó hechos prisioneros. La misma suerte cupo á las dos cuartas partes de los oficiales. Se vé, pues, que solo dando ejemplo de abnegacion y heroismo, fué como los gefes de aquel brillante ejército le sostuvieron en medio de pruebas tan duras y difíciles. Por lo demás el ejército se mostró digno de los que le mandaban, y jamás el soldado francés desplegó tanta constancia y heroismo. ¡Gloria, pues, á las tropas desgraciadas, pero valientes, que con su ilimitado herois-

mo contribuyeron á los triunfos de las tropas valientes, pero afortunadas, cuyas hazañas vamos á referir ahora!

Mientras que estrechado el general Ott á levantar el sitio de Génova, concedía á Massena las honrosas condiciones, de que hemos hablado, el general Elsnitz, llamado por orden del baron de Melas, abandonaba el puente del Var. Tardios fueron los ataques que los austriacos dirigieron contra este punto, porque su artillería de grueso calibre, transportada por mar, se había hecho aguardar largo tiempo. Hicieronse sucesivamente varias tentativas en los días 22 y 27 de mayo, y la última sobre todo fué un verdadero arranque de desesperacion del general Elsnitz, que antes de retirarse, no quiso perdonar esfuerzo alguno. Estos ataques fueron vigorosamente rechazados. Conociendo el general Elsnitz que no le quedaba probabilidad alguna de triunfo, pensó al fin en volver á pasar los montes; pero como penetrarse Suchet con una ojeada rápida y certera las intenciones del general austriaco, tomó sus medidas para no dejarle efectuar con seguridad su retirada. Conoció perfectamente, que maniobrando siempre por la izquierda, á lo largo de los montes, pondría á los austriacos en una situacion peligrosa, y conseguiría probablemente cogerles algun cuerpo destacado. Con efecto, fuera de la línea del Var que había detenido la invasion, se estiende paralelamente la línea del río Roya, cuyo nacimiento se halla en la misma garganta de Tenda. Si, adelantándose los franceses mas allá del Var, llegaban antes que los austriacos á las fuentes de Roya, se hacian dueños de la

garganta de Tenda, y obligaban á sus adversarios á correr á lo largo de las cumbres del Apennino para encontrar allí paso. Pensamiento tan acertado, y con bizarría llevado á efecto, no pudo menos de proporcionar al general Suchet los mas ventajosos resultados. Empezó por desalojar de Ronciglione al general Gorupp, continuó marchando con presteza por su izquierda, sobre la derecha de los austriacos puestos en movimiento, se apoderó sucesivamente de la garganta de Rauss, que dá paso desde el valle del Var al del Roya, tomó el famoso campo de las Mil-Horcas, y dueño de la garganta de Tenda, se encontró situado el día primero de junio, en la línea de retirada del general Elsnitz. Rechazado y puesto en desorden el general Gorupp, hacia la parte alta del Roya, aun tuvo espacio para llegar á la garganta de Tenda, si bien dejando en el camino muchos muertos y prisioneros. El general Elsnitz con el resto de su ejército, no tuvo mas recurso que seguir la vertiente marítima del Apennino hasta Oneille, y retroceder por Pieva y Santiago al valle de Tánaro. Tenia que atravesar formidables montañas, con soldados desalentados por aquella especie de fuga, y perseguidos por un enemigo que pasaba con gusto de la defensiva á la ofensiva. Por espacio de cinco dias consecutivos, fueron perseguidos los austriacos sin descanso, sufriendo continuos descabros: y por último el 6 de junio cuando llegó el general Elsnitz á Ormea, el número de sus tropas estaba reducido á diez mil hombres. El día 7 se hallaba en Ceva. El general Gorupp se había retirado con una débil division, calculándose en diez

mil hombres la pérdida que habia sufrido el cuerpo austriaco del Var.

El general Suchet, separado por tanto tiempo de Massena, le encontró al fin á lo largo de la ribera en las cercanías de Savona. Uniéronse los doce mil franceses que venian del Var con los ocho mil que salian de Génova, formando así un cuerpo de veinte mil hombres, perfectamente situado para caer sobre la retaguardia de Mr. de Melas, pero al desembarcar Massena se habia hecho una herida de bastante gravedad que le impedia montar á caballo; los ocho mil hombres que conducía estaban estenuados de fatiga, y preciso es decirlo, en el corazon de todos los defensores de Génova ardía secreta irritacion contra el primer consul, de quien sabian que habia entrado triunfante en Milan mientras el ejército de Liguria se veia reducido á capitular. Massena no quiso que el general Suchet corriese los peligros de bajar á Italia, ignorando los movimientos que iban á hacer mas allá de los Alpes, los dos generales enemigos. Habiendo reunido el baron de Melas á todos sus lugar-tenientes, Haddick, Kaim, Elsnitz y Ott, podia hallarse á la cabeza de formidables fuerzas, arrojarse sobre el general Suchet, y destruirle, antes de que pudiese subir al encuentro del general Bonaparte. Massena permitió á su lugar-teniente Suchet pasar el Apenino, y situarse delante de Acqui, y le mandó que sin moverse de aquella posicion, observase é inquietase al ejército austriaco, permaneciendo suspendido sobre su cabeza, como la espada de Damocles. Ya se verá ahora cuantos servicios prestó todavía el ejército de Liguria, solo con

con presentarse en la cumbre del Apenino.

Massena pensaba que terminando aquel valiente ejército con un movimiento amenazador la memorable defensa de Génova, habia hecho demasiado por el triunfo del primer consul; y que no le era posible hacer mas sin cometer una grave imprudencia. Este gran guerrero tenia razon! Entregaba á los austriacos, estenuados y reducidos en mas de un tercio, al general Bonaparte: de los setenta mil hombres que habian pasado el Apenino no volvian mas que cuarenta mil, contando el destacamento llamado á Turin por Mr. de Melas: los cincuenta mil hombres que habian quedado en Lombardia, se hallaban tambien muy reducidos y sobre todo dispersos en su mayor parte: Los generales Haddick y Kaim que guardaban, el uno el valle de Aosta y el otro el de Suza, habian tenido pérdidas considerables: el general Wukassowich, rechazado mas allá del Mincio y separado de su general en jefe por el ejército francés que habia bajado del monte de San Bernardo, estaba paralizado para el resto de la campaña: en fin, un cuerpo de algunos miles de hombres se habia aventurado en Toscana. Reuniendo inmediatamente el baron de Melas los generales Elsnitz y Ott, que venian de las márgenes del Var y de Génova, á los generales Haddick y Kaim, que volvian de los valles de Aosta y Suza, podia formar todavía una masa de cerca de setenta y cinco mil hombres; pero necesitaba dejar guarniciones en las plazas del Piemonte y de la Liguria, tales como Génova, Savona, Gavi, Acqui, Coni, Turin, Alejandria y Tortona, y no debian quedarle mas que unos cin-

cuenta mil soldados que poder presentar en linea en un dia de batalla, aun suponiendo que no sacrificase demasiada gente á la guarnicion de las plazas, y que se verificase sin ningun contratiempo la reunion de sus generales.

Era, pues, muy critica la situacion del generalissimo austriaco, aun despues de la toma de Génova, y lo era no solo bajo el aspecto de la dispersion y disminucion de sus fuerzas, sino tambien bajo el de la marcha que debia seguir para salir del estrecho recinto del Piamonte, donde el general Bonaparte acababa de encerrarle. Necesitaba en efecto volver á pasar el Pó á vista de los franceses y tomar otra vez el camino real del Tirol ó del Frioul, atravesando la Lombardia que tenian aquellos ocupada. Inmensa era la dificultad ante un adversario que tanto sobresalta en la guerra por el arte de los grandes movimientos.

Mr. de Melas continuaba siendo dueño del curso superior del Pó desde su nacimiento hasta Valencia. Podia pasar fácilmente aquel rio por Turin, Chibasso, Casal ó Valencia, segun mas le conviniera; pero pasándolo por cualquiera de estos puntos iba á caer sobre el Tessino, ocupado por el general Bonaparte, y sobre Milan centro de todas las fuerzas francesas. Habia, pues, pocas probabilidades de escaparse por aquel lado. Quedaba el recurso de apoyarse en la derecha y dirigirse hácia el curso interior del Pó, esto es, encaminarse á Plasencia ó Cremona, á fin de ganar la carretera de Mantua. Por tanto Plasencia venia á ser para los dos ejércitos el punto capital que debian ocupar con preferencia. Por lo que hace á Mr. de Melas era casi el único medio de librarse de caer en las

Horcas Caudinas, y para el general Bonaparte era el modo de obtener el premio de su marcha atrevida al través de los Alpes. En efecto, si este último dejaba escapar á los austriacos, aun cuando así libertase al Piamonte, alcanzaba ventajas harto mezquinas en compensacion de los peligros que habia arrostrado, esponiéndose al mismo tiempo á hacer un papel ridiculo á los ojos de toda Europa, atenta á aquella campaña, porque se frustraba su maniobra, cuya intencion era ya de todos conocida. Plasencia era pues, la llave del Piamonte y tenian necesidad de poseerla, tanto el que aspiraba á salir de aquel recinto, como el que queria encerrar en él á su adversario.

Por estas razones fijó Mr. de Melas dos puntos de concentracion á sus tropas: El de Alejandria, á las que se hallaban en el alto Piamonte; y el de Plasencia, á las que estaban en las cercanias de Génova. Mandó á los generales, Kaim y Haddick marchar desde Turin por Asti sobre Alejandria, y al general Elsnitz, que habia vuelto de las márgenes del Var, dirigirse allí por Geva y Cherasco. Una vez reunidos estos tres cuerpos debian trasladarse de Alejandria á Plasencia. Recomendó al general Ott que acababa de llegar de Génova que bajase directamente sobre Plasencia por la Bochetta y Tortona. Un cuerpo de infanteria, desembarazado de cuantos obstáculos dificultan la marcha de un ejército, tuvo orden de encaminarse allí mas directamente por el camino de Bobbio que se estiende á lo largo del valle de la Trebbia. Por último el general O'Reilly, que se hallaba ya en los alrededores de Alejandria con un fuerte destacamento de caballeria, recibió instrucciones

para que sin aguardar la concentracion de las tropas del alto Piamonte, se trasladase á Plasencia con toda la velocidad de sus caballos. El reducido cuerpo aventurado en Toscana recibió tambien órden de dirigirse á aquel punto por el ducado de Parma y el camino de Fiorenzuola. De este modo, mientras la parte principal del ejército austriaco se concentraba sobre Alejandria para marchar desde allí sobre Plasencia; los cuerpos mas próximos á este último punto tenían igualmente órden de dirigirse á él en linea recta y sin pérdida de tiempo.

Peró era dudoso que pudiera anticiparse al general Bonaparte en tan importante objeto, pues habia perdido en Milan cinco ó seis dias en reunir la fuerza que habian venido por el monte de San Gotardo, tiempo precioso, porque en este intervalo habia sucumbido Génova; pero ahora que el general Moncey habia atravesado el San Gotardo con las tropas sacadas de Alemania, no tenia que perder ya ni un minuto. Dueño del camino por donde transitaban los correos dirigidos desde Viena á Turin para Mr. de Melas, y despachados por este desde Turin á Viena, se hallaba á la sazón iniciado en todos los pensamientos del gobierno imperial. Por ejemplo, habia leído los singulares partes en que tranquilizando Mr. de Thugut al general austriaco, le recomendaba que desechara todo recelo, y no desistiese de su propósito dando crédito á la fabula del ejército de reserva, y que se apoderase cuanto antes de Génova y de la linea del Var, á fin de poder formar un destacamento en provecho del ejército del mariscal de Kray acorralado junto á Ulma. Tambien habia

leído los partes de Mr. de Melas, llenos al principio de confianza, y despues de zozobra é inquietud. Aquellos gozos fueron no obstante perturbados el 8 de junio, porque se supo por aquella misma correspondencia que Massena acababa de verse obligado á entregar la plaza de Génova el dia 4. Por lo demás esta noticia no alteraba en nada su plan de campaña, pues habiéndose propuesto caer sobre la retaguardia del enemigo para arrollarle y hacerle rendir las armas, si lo conseguia, quedaban reconquistadas en un solo instante Italia y la ciudad de Génova. El único inconveniente verdaderamente grave que resaltaba de la toma de Génova, consistia en tener encima las tropas disponibles del general Ott; pero el parte interceptado traia en su propio contenido el consuelo de aquel mal, porque en él se decia que el ejército de Massena no era prisionero de guerra. De consiguiente, si por un lado iban á descender del Apenino tropas austriacas mas considerables, por otro lado bajarían tambien de los mismos montes detras de las fuerzas austriacas, tropas francesas con las cuales no se contaba al principio.

Abiertas ya las puertas de Génova, el primer consul no tenia tanta urgencia de encontrarse con Mr. de Melas; pero sí la tenia, y muy grande, de ocupar la linea del Pó, desde Pavía hasta Plasencia y Cremona; y para apoderarse de estos puntos importantes, principalmente de Plasencia, daba disposiciones tan activas como las de Mr. de Melas. Mientras se ocupaba en Milan en reunir las tropas llegadas de los diferentes puntos de los Alpes, dirigia sobre el Pó las que habia traído por el monte de San Bernardo. Lannes habia ya to-

mado posesion de Pavia con la division de Watrin habiendo este general recibido órdenes de pasar el Pó un poco mas abajo de su confluencia con el Tessino, por Belgiojoso: Murat debia pasarlo por Plasencia con las divisiones de Boudet y Monnier, y Duhesme con la division de Loison, por Cremona.

Habiendo reunido Lannes en Pavia el 6 de junio sobre el Tessino todas las barcas disponibles, las llevó al Pó, y luego que se halló entre Belgiojoso y San Cipriano, dió principio al paso. El general Watrin, que se hallaba bajo sus órdenes, pasó el rio con un destacamento, y apenas se trasladó á la orilla derecha, tuvo que habérselas con las tropas que habian salido de Valencia y de Alejandria en direccion de Plasencia. Corrió el riesgo de ser arrojado al rio; pero el general Watrin se mantuvo firme, dando lugar á que las barcas le trajesen refuerzos, con los cuales logró quedar dueño del terreno. El resto de la division de Watrin conducido por Lannes pasó en seguida el Pó y fué á tomar posicion un poco mas arriba, amenazando la carretera de Alejandria á Plasencia.

Aquel mismo dia llegó Murat á Plasencia, en cuya ciudad existian todas las admiainstraciones austriacas, y algunos centenares de hombres para guardarlas. Al ver el oficial austriaco tan próximo el peligro mandó coronar de cañones la cabeza del puente de Plasencia que caia sobre la orilla izquierda del Pó, y resolvió defenderse allí, hasta la llegada de las tropas que venian en su socorro. La vanguardia de la division Monnier, que creía presentarse delante de una posicion sin defensa,

fué recibida con un fuego horrible de metralla, y no pudo apoderarse de aquella posicion acometiéndola de frente, y tuvo que aplazar para el siguiente dia un ataque en regla. El general Oreilly, que habia recibido órdenes de Mr. de Melas para correr de Alejandria á Plasencia con su caballeria, llegó á esta ciudad en la mañana del 7 de junio. Aun no habian aparecido los demás cuerpos austriacos, ni el que subia de Parma por Fiorenzuola, ni el que bajaba con el general Göttesheim por Bobbio, ni el que venia con el general Ott por Tortona. El general Oreilly solo con sus escuadrones no estaba en disposicion de defender á Plasencia. Algunos centenares de hombres que habian querido hacer resistencia en la cabeza del puente, perdieron la cuarta parte de sus fuerzas. En esta situacion, el comandante austriaco mandó retirar la artilleria, y cortar el puente de Plasencia sostenido sobre barcas, y cuando el general Boudet acudia á reparar el descalabro que habia sufrido la vispera, halló evacuada la cabeza del puente y destruido el mismo puente. Pero quedaban parte de las barcas que habian servido para construirlo; Murat se apoderó de ellas, é hizo que se trasladase á la otra orilla del Po por medio de desembarques sucesivos la brigada de Monnier, cruzándole un poco mas abajo por Noceto. Aquella brigada se arroja sobre Plasencia, y penetró en su recinto despues de un combate muy empeñado. El general Oreilly se apresuró á retroceder, para hallarse á tiempo de salvar el parque de artilleria, que le enviaban de Alejandria y el cual estaba espuesto á caer en manos de los franceses, si se presentaba delante de Plasencia. Re-

trocedió en efecto con bastante celeridad para impedir que cayera este parque en las manos de Murat ó en las de Lannes. Tuvo que dar mas de una carga de caballería á las tropas avanzadas de Lannes, que habian pasado el Pó por Belgiojoso, pero logró verse desembarazado de aquel peligro y dió contra orden al parque, el cual se encerró en Tortona. Mientras el general O'Reilly retrocedía á Alejandria, pasando felizmente por medio de nuestras avanzadas; presentábase delante de Plasencia la vanguardia de la infantería del general Gottesheim, que habia bajado á lo largo del Trebbia por Bobbio. De este modo el regimiento de Klebeck venia á dar sobre toda la division de Boudet y á ser derrotado por ella. Acometido por fuerzas superiores este desgraciado regimiento, perdió multitud de prisioneros, replegándose en desorden hacia el cuerpo principal de Gottesheim que venia detrás, y el cual asustado de tan repentina refriega, volvió á subir con extraordinaria presteza las pendientes del Apenino para dirigirse por las montañas á Tortona y Alejandria, lo cual le puso en la necesidad de andar errante muchos dias consecutivos. Por último el regimiento que venia de Toscana por el camino de Parma y Fiorenzuola, llegó á los arrabales de Plasencia en aquel mismo dia. Esta fué una nueva derrota para aquel cuerpo destacado el cual cayendo de improviso en medio de un ejército enemigo, fué rechazado en desorden sobre el camino de Parma. Resulta, pues, que de cuatro cuerpos que marchaban á Plasencia, tres, si bien los menos importantes, habian sido arrollados, y habian dejado muchos prisioneros. El cuarto cuerpo y el mas

considerable de todos, que era el del general Ott, como habia tenido que dar un largo rodeo, se hallaba todavía á retaguardia, é iba á encontrarse con Lannes delante de Belgiojoso. Desde este momento los franceses eran dueños del Pó y estaban en posesion de los dos principales pasos, el de Belgiojoso, cerca de Pavia y el del mismo Plasencia. No tardaron en ocupar otro, porque el general Duhesme, á la cabeza de la division de Loison, se apoderó al dia siguiente de Cremona, defendida por un destacamento que habia dejado el general Wukassowich, y recogió allí material é hizo dos mil prisioneros.

El general Bonaparte dirigia desde Milan todas estas operaciones. Habia enviado á Berthier á orillas del Pó, y dia por dia, y frecuentemente hora por hora, le prescribia en su continua correspondencia los movimientos que debia ejecutar.

Aunque es cierto que apoderándose del Pó, desde Pavia á Plasencia se hacia dueño de la línea de retirada que sin duda Mr. de Melas intentaba seguir, no se habia sin embargo logrado todo; porque lo que hacia de este camino de Plasencia la verdadera línea de retirada para los austriacos, era la presencia de los franceses á espaldas del Tessino y al rededor de Milan. En efecto, en aquella posicion, cerraban los franceses el paso que hubieran podido abrirse los austriacos atravesando el Pó entre Turin y Valencia; pero si ahora, con el fin de salir al encuentro de Mr. de Melas, pasaban los franceses el Pó entre Pavia y Plasencia, y abandonaban á Milan de este modo, debilitando el Tessino, podian inspirar á Mr. de Melas tentacion de pasarlo por Turin, Casal ó Valen-

cia, de atravesar por nuestra retaguardia abandonada y hasta por la misma ciudad de Milan, y de volvernos con corta diferencia el golpe que habia recibido de nosotros al bajar de los Alpes.

Tampoco era imposible que decidiéndose Mr. de Melas al sacrificio de una porcion de sus bagages y artilleria de grueso calibre, que por otra parte podia dejar en las plazas del Piamonte, retrocediese hacia Génova, y subiendo por Tortona y Novi hasta la Bochetta, y descendiendo desde allí al valle del Trebbia, viniera a caer sobre el Pó, mas abajo de Plasencia en las cercanias de Cremona ó de Parma, y lograrse llegar, dando este rodeo á Mantua, y á los estados austriacos. Aquella marcha por entre la Liguria y los estribos del Apenino, la misma que se acababa de prescribir al general Gottesheim, era la menos probable, porque presentaba grandes dificultades, y exigia el sacrificio de parte del material; pero en rigor era posible, y convenia preveerla como todas las demas. A precaverse contra tan diversas vicisitudes dedicó el general Bonaparte todos sus desvelos, y acaso no haya ejemplo en la historia de disposiciones mas hábiles y mas profundamente concebidas que las que imaginó en aquella ocasion decisiva.

Era preciso resolver este triple problema: cerrar con una Larrera de hierro el camino principal que directamente conduce de Alejandria á Plasencia, ocupar, de modo que se pudiese acudir pronto allí en caso necesario, el que por el Pó superior cae sobre el Tessino, y por último hallarse en actitud de bajar á tiempo hácia el Pó inferior, si procurando los austriacos evadirse por la parte

opuesta del Apenino, intentasen pasar el rio mas abajo de Plasencia, junto á Cremona ó Parma. Estudiando incesantemente el general Bonaparte el mapa de Italia, para hallar en él un puesto que llenase estas tres condiciones, hizo una eleccion digna de ser eternamente admirada.

Si se examina la direccion de la cordillera del Apenino, se verá que á consecuencia de la curva que forma para abarcar el golfo de Génova, sube hácia el norte y presenta varios estribos que vienen á estrechar el Pó de muy cerca, desde la posicion de la Stradella hasta las inmediaciones de Plasencia. En toda aquella parte del Piamonte y del ducado de Parma, la falda de los montes se aproximan al rio hasta el punto de no dejar mas que un trecho muy angosto á la carretera de Plasencia. Difícil es desalojar á un ejército situado delante de la Stradella, á la entrada de una especie de desfiladero de muchas leguas de largo, que esté apoyando la izquierda en las alturas, el centro en el camino, y la derecha á lo largo del Pó y de los terrenos pantanosos que le rodean. Conviene añadir que el camino está sembrado de villas y aldeas, cuyas casas están construidas de cal y canto y de consiguiente capaces de resistir á los cañonazos. Prescindiendo de las ventajas naturales que aquella posicion presentaba contra el ejército imperial, el cual contaba con mucha artilleria y caballeria, tenia ademas la propiedad de inutilizar las maniobras de estas dos armas.

Presentaba tambien otras ventajas especiales. Muy cerca de esta posicion es donde vienen á juntarse los afluentes de la otra orilla del Pó,

cuya ocupacion es mas importante, tales como el Tessino y el Adda. El Tessino, pues, se reune al Pó un poco mas abajo de Pavia, y algo mas arriba de Belgiojoso, casi enfrente de la Stradella á dos leguas de distancia á lo sumo. Siguiendo el Adda su curso mas adelante, antes de juntarse con el Pó, viene á desaguar en esterior entre Plasencia y Cremona. Fácilmente se comprende que situado el general Bonaparte en la Stradella y dueño de los puentes de Belgiojoso, Plasencia y Cremona, poseía los puntos mas decisivos, porque cerraba el camino principal, el de Alejandria á Plasencia, y podia al mismo tiempo con una marcha forzada correr sobre el Tessino, ó volver á bajar el Pó hasta Cremona, y volver hácia el Adda que protegía su retaguardia contra las fuerzas de Wukassowich.

El primer consul distribuyó sus fuerzas en aquella especie de red formada por el Apenino, el Pó, el Tessino y el Adda, y resolvió encaminarse desde luego á la Stradella con treinta mil soldados, los mejores de su ejército, esto es, con las divisiones de Watrin y Chambarlhac; las de Gardanne, Boudet y Monnier, se situaron bajo las órdenes de Murat, Victor y Lannes, en la posicion que hemos descrito, apoyando la izquierda en las montañas, el centro en el camino real y la derecha á lo largo del Pó. La division de Charbran que habia bajado por el pequeño San Bernardo, ocupando en seguida á Ivrea, fue trasladada á Verceil con orden de replegarse sobre el Tessino en caso de aproximarse el enemigo. La division de Lapoype, que habia bajado del monte de San Gotardo se situó sobre el Tessino en las

inmediaciones de Pavia. Constaba de nueve á diez mil hombres que debian replegarse unos tras otros á disputar el paso del Tessino á todo trance y dar tiempo al general Bonaparte para que acudiese á su socorro en una jornada. El destacamento del Simplon, á las órdenes del general Bethencourt, guardaba hácia la parte de Arona el camino de San Gotardo, retirada del ejército francés en caso de algun descalabro. La division de Gilly debia guardar á Milan, lo cual hacia necesaria la presencia de una guarnicion austriaca en el castillo de esta ciudad, debiendo por lo tanto destinarse para estos dos objetos, tres ó cuatro mil hombres. Por último la division de Lorges, venida de Alemania, tenia orden de establecerse en Lodi junto al Adda. La division de Loison que formaba parte del ejército de reserva, estaba encargada, bajo las órdenes del general Duhesme, de defender á Plasencia y Cremona, ascendiendo á diez ú once mil hombres la fuerza empleada en estos dos puntos.

Tal era la distribucion de los cincuenta mil soldados de que podia disponer el general Bonaparte en aquel momento: treinta y dos mil se hallaban en el punto central de la Stradella, nueve ó diez mil sobre el Tessino, tres ó cuatro mil en Milan y Arona, y en fin, diez ú once mil junto al curso inferior del Pó y del Adda, colocados todos de manera que pudiesen protegerse reciprocamente con suma prontitud. En efecto, al primer aviso que viniese del Tessino, podia el general Bonaparte acudir en un solo dia al socorro de los diez mil franceses que lo guardaban; y al primero que recibiese del ba-

jo Pó, podía en el mismo espacio de tiempo bajar sobre Plasencia y Cremona, mientras que el general Loison defendiendo el paso del río le daba tiempo para acudir. Unos y otros podían bajar á la Stradella, y reforzar al general Bonaparte en tan corto espacio como este podía emplear en juntarse con ellos.

Parecía que el general Bonaparte abandonaba aquí su principio ordinario de concentrar sus fuerzas en visperas de una gran batalla. Si tal concentración pasa por una obra maestra del arte, cuando se ejecuta oportunamente en el momento de una acción decisiva, y en el caso de que dos adversarios marchan uno contra otro, no sucede lo mismo cuando uno de los dos tiene que huir, y cuando el arte consiste en estrecharle antes de entrar con él en combate. Tal era el caso presente. Necesario era en efecto que el general Bonaparte tendiese una red en torno del ejército austriaco, y que esta red fuese bastante fuerte para sujetarle, porque si no hubiese tenido sobre el Tessino y sobre el Pó inferior, mas que algunas avanzadas útiles á lo sumo para correr un aviso, pero no para cerrar el camino, vendría á frustrarse completamente el objeto. Necesitábanse, pues, en todos los puntos fuerzas capaces de anunciar y detener á un mismo tiempo á los austriacos, conservando en el centro una masa principal, pronta á acudir con fuerza decisiva á cualquiera parte donde fuese necesaria su presencia. Imposible era combinar con arte mas profundo el empleo de sus fuerzas ni modificar con mas habilidad la aplicación de sus propios principios, que lo hizo el general Bonaparte en aquella oca-

sion. En el modo de aplicar á las circunstancias un principio verdadero, pero general; es en lo que mas principalmente se conoce á los hombres de genio y de acción.

Decidido este plan, el general Bonaparte dió las órdenes convenientes para llevarlo á efecto. Lanues con la division de Watrin, se habia trasladado á la Stradella por Pavia y Belgiojoso. Importaba mucho que las divisiones de Chambarlhac, Gardanne, Monnier y Bondet, dirigidas á Plasencia, trajesen en su socorro sus fuerzas antes de que tuviesen tiempo de abrumarle los cuerpos austriacos que rechazados de Plasencia iban á reunirse con el general Ott hácia Tortona. Esto es lo que el general Bonaparte habia previsto con su prodigiosa sagacidad. No pudiendo salir de Milan hasta el dia 8 para trasladarse el 9 á Stradella, envió á Berthier, Lanues y Murat las instrucciones siguientes.—Reconcentraos, les decía en la Stradella. El 8 ó el 9 lo mas tarde, tendreis encima á quince á diez y ocho mil austriacos procedentes de Génova. Salid á su encuentro y derrotadlos. Esos enemigos menos habrá que combatir el dia de la batalla decisiva que nos espera con todo el ejército de Mr. de Melas.—Espedidas estas órdenes partió de Milan el 8 para pasar el Pó en persona y hallarse al siguiente dia en la Stradella.

No era posible adivinar con mas exactitud los movimientos del enemigo. Hemos dicho hace poco que tres destacamentos austriacos se habian presentado inútilmente delante de Plasencia; que el destacamento que habia llegado de Toscana por Fiorenzuola habia sido allí mismo rechazado;

que el del general Gotesheim, el cual habia bajado con la infanteria por el Trebbia, acababa de ser arrollado en este valle; en fin, que el general Oreilly acudiendo desde Alejandria con la caballeria, se habia visto obligado á retroceder hácia Tortona. Pero el general Ott por su parte, marchando con el cuerpo principal por el camino de Génova á Tortona, llegaba á la Stradella en la mañana del 9 de junio, segun habia previsto el general Bonaparte. Llevaba delante á los generales Gotesheim y Oreilly, á quienes habia encontrado de retirada, y queria hacer un esfuerzo vigoroso sobre Plasencia, no imaginando que el ejército francés pudiese estar escalonado casi todo en el desfiladero de la Stradella. Inklusas las fuerzas que acababan de incorporársele, tenia á sus órdenes diez y siete ó diez y ocho mil hombres. Lannes no podia reunir en la mañana del 9 mas que siete ú ocho mil; pero gracias á los partes reiterados del general en jefe, iban á agregársele otros cinco ó seis mil en todo aquel dia. El campo de batalla era el que hemos descrito. Presentábase Lannes apoyando su izquierda en las alturas del Apenino, el centro en la calzada hácia el burgo de Casteggio, y la derecha en la llanura del Pó. Habia cometido el error de situarse demasiado adelante de la Stradella hácia Casteggio y Montebello, donde el camino cesa de formar un desfiladero por lo estenso del llano. Pero llenos de confianza los franceses, aunque inferiores en número, eran capaces de hacer los mayores esfuerzos de heroismo, especialmente estando á las órdenes de un jefe como Lannes que poseia en el mas

alto grado el arte de captarse sus simpatias, su adhesion, y sus voluntades. Lannes rechazó las avanzadas del Oreilly, dirigiéndose vigorosamente con la division de Watrin sobre Casteggio. Consistia su plan en apoderarse de este burgo, situado delante de él y en medio del camino, ya atacándolo de frente, ya cercándolo por el llano del Pó por una parte, y las asperezas del Apenino por otra. Colocada en el camino la numerosa artilleria de los austriacos, barria el terreno en todas direcciones. Dos batallones del 6.º de ligeros se esforzaron por tomar aquella mortifera artilleria, cercándola por la derecha, mientras el tercer batallon del 6.º regimiento y todo el 40 se esforzaban por ganar los repechos inmediatos situados á la izquierda, y el resto de la division de Watrin marchaba sobre Casteggio, donde se hallaba el centro del enemigo. Trabóse en todas partes un combate encarnizado, y ya estaban los franceses á punto de apoderarse de las posiciones atacadas, cuando el general Gotesheim acudió con su infanteria en apoyo de Oreilly y arrolló á los batallones que habian trepado á las alturas. Lannes, á pesar del horroroso fuego que sufría, sostuvo á sus tropas y logró impedir que cediesen al número: sin embargo iban á sucumbir cuando llegó la division de Chambarlhac, que formaba parte del cuerpo del general Victor. El general Rivaut, á la cabeza del 43, subió de nuevo á las cimas, rehizo los batallones franceses que acababan de ser rechazados, y logró sostenerse allí á costa de esfuerzos inauditos. En el centro, es decir, en el camino real, vino el 96 á auxiliar al general Watrin en su ataque contra

el burgo de Casteggio, y estendiéndose el 24 hácia la derecha por la llanura, intentó dar la vuelta á la izquierda del enemigo, á fin de apagar los fuegos de su artillería. Mientras se verificaba este esfuerzo combinado sobre las alas, tuvo que sostener el bizarro Watrin una refriega encarnizada en Casteggio, perdiendo y volviendo á ganar este burgo repetidas veces. Lannes, presente en todas partes, dió el impulso decisivo. Con arreglo á sus órdenes, el general Rivaut, dueño por la izquierda de las alturas y habiéndolas atravesado, bajó por detrás de Casteggio, las tropas, dirigidas por la derecha hácia la llanura, lograron pasar al otro lado del burgo tan disputado; unos y otros marcharon sobre Montebello, mientras haciendo el general Watrin su último esfuerzo contra el centro enemigo, lo destrozaba y pasaba al fin mas allá de Casteggio. Viéndose en aquel momento los austriacos rechazados de todas partes, huyeron hácia Montebello, dejando en nuestro poder considerable número de prisioneros.

La acción habia durado desde las once de la mañana hasta las ocho de la noche, los austriacos del bloqueo de Génova, acostumbrados por Masena á los combates mas rudos, eran los que se encontraban en las llanuras del Piamonte, pugnando desesperadamente por abrirse paso. Protegidos por una numerosa artillería desplegaron una bravura extraordinaria. Llegó el primer consul en el momento mismo en que terminaba esta batalla, que con tanta exactitud habia previsto, marcando hasta el lugar y el dia en que habia de verificarse. Encontró á Lannes cubierto de sangre

pero ébrio de alegría y á las tropas entusiasmadas con su triunfo, pues tenían, como despues él dijo, el convencimiento de lo bien que se habian portado. Los conscriptos se habian mostrado dignos de rivalzar con los veteranos; habiamos hecho cuatro mil prisioneros, y herido ó muerto cerca de tres mil hombres. Difícil nos habia sido alcanzar la victoria, por que doce mil combatientes á lo sumo, habian lidiado contra diez y ocho mil.

Tal fué la batalla de Montebello, que ha dado á Lannes y á su familia el titulo que la distingue entre las familias francesas contemporáneas: título glorioso que deben llevar sus hijos con orgullo.

Escelente preludio era aquel primer encuentro, el cual anunciaba á Mr. de Melas que no se abriría tan fácilmente el camino delante de él. Merced á las fuerzas del general Ott en siete mil hombres retiróse consternado á Alejandría, al paso que el entusiasmo del ejército francés subía al mas alto grado de exaltación que puede imaginarse.

Apresuróse el primer consul á reunir todas sus divisiones, y á ocupar fuertemente el camino de Alejandría á Plasencia, que iba á seguir Mr. de Melas, segun indicaban todas las probabilidades. Habiéndose adelantado Lannes demasiado, retrocedió el primer consul un poco, hasta el mismo punto llamado la Stradella, por que estrechándose mas por aquel sitio el desfiladero, á consecuencia de la inmediación de las alturas al rio, hace la posición mas segura.

Se pasaron los dias 10 y 11 de junio en observar los movimientos de los austriacos, en concentrar el ejército, en darle algun descanso despues de sus

rápidas marchas, y en organizar lo mejor posible la artillería, por que hasta entonces no se habían podido reunir en aquel punto mas que cuarenta piezas de campaña.

El día 11 se vió llegar al cuartel general á uno de los generales mas distinguidos de aquella época, á Desaix, que igualaba acaso á Moreau, á Massena, á Kleber y á Lannes en talentos militares, pero que eclipsaba á todos por las raras perfecciones de su carácter. Venía de Egipto, donde Kleber acababa de cometer faltas políticas que pronto tendremos el sentimiento de referir; faltas que Desaix había procurado inútilmente evitar, y de cuyo triste espectáculo quiso apartarse regresando á Europa. Por lo demás estas faltas fueron despues gloriosamente reparadas. Detenido Desaix cerca de las costas de Francia, se había visto tratado por los ingleses de una manera odiosa. Llegaba indignado y ansioso de vengarse con las armas en la mano. Amaba al primer consul apasionadamente, y enternecido este por un afecto tan noble y desinteresado le correspondia con la amistad mas entrañable que profesó á persona alguna en toda su vida. Pasaron juntos toda una noche refiriéndose los sucesos de Egipto y de Francia, y el primer consul le confirió en el acto el mando de las divisiones de Monnier y Boudet reunidas.

Al día siguiente 12 de junio, sorprendido el general Bonaparte de no ver aparecer á los austriacos, no pudo menos de concebir algunos temores. Admirado de que en situación semejante vacilase Mr. de Melas, perdiere tiempo y dejase que se le cerraran todas las salidas á su alrede-

dor, dijese á sí mismo, juzgando mas de lo que debiera de las ideas de su adversario por las suyas propias, que Mr. de Melas no había podido perder un tiempo tan precioso, y que sin duda se había escapado, ya subiendo hácia Génova, ya pasando el Pó superior para forzar el Tessino. Cansado de esperar, abandonó en la tarde del día 12 su posicion de la Stradella, y avanzó al frente de todo el ejército hasta la altura de Tortona. Dispuso el bloqueo de esta plaza, y estableció su cuartel general en Voghera. En la mañana del 13 pasó el Scrivia, y desembocó en la inmensa llanura que se estiende entre el Scrivia y el Bormida, la cual solo se conoce hoy con el nombre de llanura de Marengo. Esta era la misma en que muchos meses antes le representaba su imaginacion previsora una gran batalla con Mr. de Melas. En este punto se halla el Pó bastante separado del Apenino, dejando vastos espacios, por entre los cuales deslizan el Bormida y el Tanaro sus corrientes menosrápidas, que confundiéndose cerca de Alejandria, van á desaguar en seguida en el cauce del Pó. Prolongándose el camino al pie del Apenino hasta Tortona, se separa de allí á la altura de esta plaza, tuerce á la derecha, pasa el Scrivia, y desemboca en una vasta llanura. Atraviésala primero por una aldea llamada San Giuliano, pasa por otra llamada Marengo, y por último atravesando el Bormida va á parar á la célebre fortaleza de Alejandria. «Si el enemigo quisiera seguir la carretera de Plasencia á Mantua, me aguardaria en este sitio, se dijo á sí mismo el general Bonaparte; aqui tendria grandes ventajas su numerosa artillería y brillante caballería, y

pelearia con todos sus recursos reunidos». Hecha esta reflexion, para confirmarse mas en sus conjeturas, mandó el general Bonaparte á la caballeria ligera que explorase el campo, pero esta no halló ni un solo destacamento austriaco. Hacia la caída de la tarde, envió adelante hasta Marengo al cuerpo del general Victor compuesto de las divisiones de Gardanne y Chambarlhac. Hallábase en aquel punto un destacamento, el de O'Reilly, el cual despues de haber defendido por un instante el pueblo de Marengo, le abandonó en seguida y volvió á pasar el Bormida. Un reconocimiento mal practicado, dió lugar á creer que el enemigo no tenía sobre aquel rio puente alguno.

A vista de todas estas señales ya no abrigó la menor duda el general Bonaparte, creyendo que se le habia escapado Mr. de Melas. De seguro no hubiera abandonado el llano, y mucho menos la aldea de Marengo, que forma su entrada, si hubiese querido atravesarlo para dar una batalla y hacerse dueño del camino de Alejandria á Placencia. Engañado por esta reflexion tan exacta, dejó al general Victor con sus dos divisiones en Marengo; escalonó á Lannes en el llano con la division de Watrin; y corrió á su cuartel general de Voghera, para adquirir noticias del general Monecy establecido sobre el Tessino, del general Duhesme situado sobre el Pó inferior, y averiguar de esta suerte el paradero de Mr. de Melas. En su cuartel general debian reunirse varios oficiales de estado mayor, despachados de todos aquellos puntos; pero habiendo salido de madre el Scrivia, tuvo que detenerse afortunadamente en Torre-di-Garofolo. Las noticias llega-

das del Tessino y del Pó aquel mismo dia anunciaban un reposo completo. Mr. de Melas nada habia intentado por aquel lado. ¿Cuál podia ser su paradero?.... El general Bonaparte creyó que habria subido hacia Génova por Novi, á fin de pasar al valle del Trebia y caer sobre Cremona. Parecia en efecto que no hallándose en Alejandria, ni en marcha hacia el Tessino, no podia haber adoptado otro partido. Tambien se podia suponer que imitando el ejemplo de Wurmser en Mantua, iria á encerrarse en Génova, donde apoyado por los ingleses y con una guarnicion de cincuenta mil hombres tendria medios de prolongar la guerra, y en esta persuasion mandó el primer consul á Desaix que solo con la division de Boudet se encaminase hacia Rivalta y Novi, porque en efecto por este último punto debia pasar Mr. de Melas para dirigirse desde Alejandria á Génova.

Sin embargo, guiado de un feliz presentimiento, dispuso que quedase de reserva en el cuartel general la division de Monnier que era la segunda de Desaix, y atendió á todo en cuanto le fué posible, dejando á Victor en Marengo con dos divisiones, á Lannes con una en la llanura, y á Murat á sus flancos con toda caballeria. Extrañeza debe causar la dispersion de las tropas francesas, si se medita en su distribucion general en aquel momento, esparcidas parte de ellas sobre el Tessino, parte sobre el Pó inferior y el Adda y parte sobre el camino de Génova; empero esto era consecuencia forzosa de la situacion general y de las circunstancias del dia.

En la tarde del 43, vispera de una de las grandes jornadas de la historia, pernoctó el ge-

neral Bonaparte en la aldea de Torre-di-Garofolo, y se quedó dormido esperando las noticias del siguiente día.

Durante este tiempo reinaba gran confusión en Alejandria. El ejército austriaco estaba desesperado. Acababa de reunirse un consejo de guerra en el que no se había adoptado ninguna de las resoluciones que temía el general francés. Hubo opiniones acerca de retirarse por el Pó superior y el Tessino, ó de encerrarse en Génova; pero los generales austriacos, á fuer de valientes, prefirieron seguir los consejos del honor. Despues de todo, decían, hace 18 meses que peleamos como buenos soldados; habíamos reconquistado la Italia, y marchábamos sobre las fronteras de Francia hácia las cuales nos empujaba nuestro gobierno; ayer todavía nos daba órdenes para dirigirnos allí, á él correspondía advertirnos del peligro que amenazaba nuestra retaguardia. Si ha habido algo de malo en nuestra situación, á nadie más que á él debe achacarse la culpa. Todos los medios propuestos para evitar un encuentro con el ejército francés, son complicados, difíciles y azarosos; solo nos queda un recurso sencillo y honroso y es el de abrimos el paso. Mañana mismo es necesario que nos hagamos camino á costa de nuestra sangre: Si triunfamos, ganaremos despues de una victoria el camino de Plasencia y de Mántua, y si quedásemos vencidos, despues de haber cumplido con nuestro deber, la responsabilidad de nuestro desastre, no pesará seguramente sobre nosotros.

No había imaginado el primer consul que se pudiera perder tanto tiempo en deliberar en se-

mejantes circunstancias; pero nadie le igualaba en la prontitud de sus determinaciones, y la posición de Mr. de Melas era demasiado crítica para no perdonarle las crueles perplejidades que retardaban su resolución definitiva. Al adoptar el general austriaco el partido de dar una batalla, se condujo como soldado lleno de honor, pero se le podía censurar por haber dejado veinte y cinco mil hombres en las plazas de Coni, Turin, Tortona, Génova, Acqui, Gavi y Alejandria, especialmente despues de las pérdidas que acababa de tener el general Ott en Montebello. Con veinte y cinco mil hombres en las plazas, tres mil en Toscana y doce mil entre Mántua y Venecia, quedabanle á lo sumo cuarenta mil hombres que poder presentar en el campo de batalla donde iba á decidirse la suerte de la guerra. He aquí en lo que había venido á parar aquel brillante ejército de ciento veinte mil hombres que al principio de la campaña había de forzar las fronteras meridionales de la Francia. Cuarenta mil habían perecido, cuarenta mil se hallaban diseminados y cuarenta mil iban á lidiar para libertarse de las Horcas Caudinas; pero estos últimos contaban con una numerosa caballería y doscientas piezas de artillería.

Quedó resuelto que á la mañana siguiente desembocaría todo el ejército por los puentes de Bormida; pues había dos cubiertos por una misma cabeza de puente, á pesar de los falsos avisos dados al general Bonaparte; que el general Ott á la cabeza de diez mil hombres mitad de caballería mitad de infantería, desembocaría en el Bormida, y tomando la izquierda se encaminaría

hacia una aldea llamada Castel-Ceriolo; que los generales Haddick y Kaim á la cabeza del grueso del ejército con cerca de veinte mil hombres, se apoderarian de la aldea de Marengo, que da entrada al llano, y en fin que el general Oreilly con cinco ó seis mil soldados, tomara la derecha, subiendo á lo largo del Bormida. Numerosa artillería habia de apoyar aquel movimiento. A espaldas de Alejandria y junto al camino de Acqui quedó un destacamento considerable, especialmente de caballería, para observar á las tropas de Suchet, sobre cuya llegada circulaban vagas noticias.

Ya hemos descrito aquella vasta llanura de Marengo, atravesada en toda su estension por la carretera de Alejandria á Plasencia, y que se halla encerrada entre el Scrivia y el Bormida. Los franceses, viniendo de Plasencia y del Scrivia encontraban primero á San Giuliano, despues á tres cuartos de legua mas adelante á Marengo, que tocaba casi en el Bormida, y formaba el punto principal que el ejército austriaco habia de conquistar para la salida de Alejandria. Entre San Giuliano y Marengo se prolongaba en linea recta el camino que iba á ser disputado, y por cada uno de sus lados se estendia una llanura cubierta de mieses y viñedos. Mas abajo de Marengo, á la derecha de los franceses y á la izquierda de los austriacos, se hallaba Castel-Ceriolo, pueblo estenso por donde tenia que pasar el general Ott, á fin de sortear las tropas del general Victor que estaba situado en Marengo. Por tanto, contra este pueblo iba á dirigirse el principal ataque de los austriacos, puesto que servia de entrada á la llanura.

Al rayar el día pasó el ejército austriaco los dos puentes del Bormida; pero su operacion fué lenta, porque para desembocar no habia mas que una cabeza de puente. Oreilly fué el primero que pasó y encontró á la division de Gardanne, la cual habia avanzado, segun órdenes del general Victor despues de haber ocupado á Marengo. Esta division estaba solo formada de la 101.^a y 44.^a medias brigadas. Apoyado Oreilly por numerosa artillería y con duplicadas fuerzas, la obligó á replegarse y encerrarse en Marengo. Afortunadamente no se arrojó detras de ella: y esperó á que el centro mandado por el general Haddick, pudiera sostenerle. La lentitud de la marcha por el desfiladero formado por los puentes, hizo perder dos ó tres horas á los austriacos. En fin los generales Haddick y Kaim desplegaron sus fuerzas á espaldas de Oreilly, y el general Ott pasó estos mismos puentes para encaminarse á Castel-Ceriolo.

El general Victor reunió inmediatamente sus dos divisiones para defender á Marengo, y envió á decir al primer consul que el ejército austriaco avanzaba en masa con intencion evidente de dar la batalla.

Un obstáculo del terreno vino á secundar muy oportunamente el valor de nuestros soldados. Delante de Marengo entre los austriacos y franceses habia un arroyo profundo y cenagoso, llamado el Fontanona, el cual corria entre Marengo y el Bormida, desaguando en este mismo rio un poco mas abajo. Victor colocó hacia su derecha, es decir, en la aldea de Marengo las 101.^a y 44.^a medias brigadas mandadas por el general Gardanne, á la

izquierda de la aldea las 24.^a 43.^a y 96.^a al mando del general Chambarlhac; y algo mas á la espalda al general Kellermann con la 20.^a, 2.^a y 8.^a de caballeria y un escuadron de la 12.^a El resto de esta fué enviado al Bormida superior para observar los movimientos lejanos del enemigo.

El general Haddick avanzó hácia el arroyo protegido por veinte y cinco piezas de artilleria que causaban mucho daño á los franceses. Arrojóse con valentia al cauce del Fontanona á la cabeza de la division de Bellegarde. Dejando el general Ribaud, el abrigo de la aldea con las 44.^a y 101.^a medias brigadas, se puso á disparar á boca de jarro contra los austriacos que pugnaban por desembocar en aquel punto, trabándose entre ambas fuerzas á lo largo del Fontanona una de las mas encarnizadas refriegas. Haddick embistió reiteradas veces; pero manteniéndose firme el general Ribaud bajo las baterias de los austriacos, contuvo con un fuego de mosqueteria ejecutado desde muy cerca al cuerpo de Haddick rechazándole en desorden al otro lado del arroyo. El desgraciado general Haddick recibió una herida mortal y sus soldados se retiraron. Mr. de Melas mandó entonces avanzar á las tropas del general Kaim, y á Oreilly seguir á lo largo el Bormida, subir por su orilla hasta un sitio llamado la Stortigliona, para dar sobre nuestra izquierda una carga con la caballeria de Pilati; pero en aquel instante se encontraba á caballo el general Kellermann á la cabeza de su division de caballeria observando el movimiento de los escuadrones enemigos; y Lannes, que habia pernoctado á la derecha de Victor en la llanura, acababa de

entrar en línea entre Marengo y Castel-Ceriolo. Los austriacos, pues, hicieron otro esfuerzo: alineadas las divisiones de Gardanne y Chambarlhac en semicírculo, alrededor del cauce semicircular del Fontanona se hallaban en buena situacion para hacer un fuego convergente sobre el punto de ataque, y destrozaron con el fuego de su mosqueteria á las tropas del general Kaim. Entre tanto subiendo mas arriba el general Pilati, habia logrado pasar el Fontanona á la cabeza de dos mil caballos. El valiente Kellermann que en aquella jornada añadió muchos títulos á las glorias de Valmy unidas á su nombre, cayó sobre los escuadrones de Pilati, desde el momento en que intentaron desembocar por aquel punto, y los acuchilló precipitándolos en el fangoso cauce de aquella escasa corriente de agua que el arte no hubiera podido trazar mejor para proteger la posicion de los franceses.

En aquel momento, aun cuando nuestro ejército sorprendido no tenia en línea mas que los dos cuerpos de Victor y Lannes, es decir, de quinientos á diez y seis mil hombres para resistir á treinta y seis mil poco mas ó menos, sin embargo, gracias á la falta cometida la víspera por los austriacos de no haber ocupado á Marengo, falta que por otra parte les habia proporcionado ventajas, puesto que indujo á error al general Bonaparte, nuestro ejército habia tenido tiempo de esperar á su gefe y á las reservas que habian quedado á retaguardia, ó sido enviadas al camino de Novi. ®

Tal era el estado de las cosas, cuando decidido Mr. de Melas á hacer los últimos esfuerzos para salvar el honor y la libertad de su ejército, y per-

fectamente secundado por sus soldados, veteranos todos y ensoberbecidos por las victorias de la campaña precedente, mandó acometer otra vez la línea francesa. El general Ott, que había empleado mucho tiempo en desfilar, comenzaba á hallarse en disposición de operar á la izquierda de los austriacos. Manióbró para sortearnos, atravesó á Castel Ceriolo, y envolvió al general Lannes que situado al lado de Victor entre Marengo y Castel-Ceriolo, formaba la derecha de nuestra línea. Mientras la columna del general Ott ocupaba la atención de Lannes, reunidos los cuerpos de Oreilly, Haddick y Kaim se dirigieron de nuevo sobre el Fontanona enfrente de Marengo, apoyando todos sus movimientos una formidable artillería. Los granaderos de Lattermann entraron en el arroyo, lo pasaron y treparon á la opuesta orilla. La división de Chambarlhac colocada á la izquierda y á los flancos de los granaderos austriacos, hizo contra ellos un fuego mortífero. No obstante, un batallón de aquellos granaderos consiguió mantenerse firme al otro lado del Fontanona, redoblando Mr. de Melas el cañoneo contra la división de Chambarlhac, que no estaba protegida por las casas del pueblo, como la que defendía á Marengo. Entre tanto los gastadores austriacos construyeron á toda prisa un puente de caballetes, saliendo entonces el valiente Rivaud de la aldea de Marengo á la cabeza de la 44.^a y marchando contra los sitiadores á pesar de la metralla, iba ya á precipitarlos en el Fontanona, cuando horribles descargas de artillería contuvieron á la 44.^a rendida ya por aquella lucha obstinada en que el mismo Rivaud quedó herido. Aprove-

chando aquel momento los granaderos de Lattermann, avanzaron en masa y penetraron en Marengo. Rivaud, cubierto todo de sangre, se puso otra vez á la cabeza de la 44.^a, dió una vigorosa carga contra aquellos granaderos y los arrojó fuera de Marengo; pero recibido por un fuego espantoso de artillería, apenas dejó el abrigo de las casas, no pudo obligarles á pasar otra vez el arroyo que tan bien había protegido hasta entonces á nuestro ejército. Debilitado por la sangre que perdió aquel valiente oficial y sosteniéndose apenas, tuvo que resignarse á dejarse conducir lejos del campo de batalla. Por tanto los granaderos austriacos se mantuvieron en la posición que acababan de conquistar. En aquel mismo instante fué casi destruida la división de Chambarlhac, que como ya hemos dicho, no estaba protegida por ningún abrigo y recibía la metralla á cuerpo descubierto. El general Oreilly rechazó á la 96.^a situada á nuestro extremo izquierdo, y desde entonces comenzó á envolverla. Hacia la derecha Lannes, que solo había tenido que habérselas al principio con el cuerpo de el general Kaim, estaba á punto de arrollarle sobre el cauce del Fontanona, cuando se vió acometido de repente por el general Ott, desembocando de Castel-Ceriolo con numerosa caballería. Estériles fueron las brillantes cargas dadas por la brigada de caballería de Champeaux, situada á retaguardia del cuerpo de Lannes, así como por la de Kellermann á retaguardia del cuerpo de Victor. El infortunado Champeaux fué mortalmente herido. Desamparado nuestro ejército por sus dos alas y separado de aquel punto de Marengo á que tan fuertemente se adhirió al principio, ya no se ha-

llaba capaz de sostenerle, y corría peligro de verse lanzado á la llanura que tenía á la espalda, donde no podía protegerle ningun apoyo contra doscientos cañones y una inmensa caballería.

Eran las diez de la mañana: habia sido horrible la carnicería, y una masa considerable de heridos obstruía el camino entre Marengo y San Giuliano. Abrumadas ya por el número de sus contrarios algunas tropas de Victor se retiraban en desorden gritando que todo estaba perdido. Lo estaba efectivamente, si no llegaba un refuerzo de tropas nuevas, que no estuviesen rendidas de cansancio, y sobre todo si no las dirigia un capitán capaz de recuperar la victoria.

Advertido el general Bonaparte de que el ejército austriaco, lejos de escapársele como temia, le sorprendia en aquella llanura de Marengo que el día anterior estaba tan desierta, corrió á ella desde Torre-di-Garofolo, bendiciendo la feliz avenida del Scrivia que le habia impedido ir á pernoctar á Voghera. Traía consigo la guardia consular, tropa poco numerosa, pero de valor incomparable, la cual vino á ser posteriormente la guardia imperial; traía la division de Monnier, compuesta de tres medias brigadas excelentes, y seguiale á poca distancia una reserva de dos regimientos de caballería, y por último enviaba á Desaix orden de marchar aceleradamente sobre San Giuliano.

Al frente de aquellas reservas el primer consul llevo á galope al campo de batalla. Encuentra á Lannes envuelto á la derecha por la infantería y caballería del general Ott, procurando sin embargo sostenerse á la izquierda en las cercanías

de Marengo; á Gardanne defendiéndose todavía en los vallados de aquella aldea, objeto de una lucha tan encarnizada, y por el otro lado á la division de Chambarlhac derrotada y dispersándose bajo el fuego de los austriacos.

En vista de aquel espectáculo calcula con su talento extraordinario y acreditada prevision en los lances de la guerra, lo que conviene hacer para restablecer la suerte de aquella jornada. Destrozada ya su izquierda se halla en una verdadera derrota, pero su derecha está solamente amenazada y se mantiene todavía; por tanto necesario es socorrerla. Situándola en Castel-Ceriolo, tendrá un punto de apoyo en medio de aquella vasta llanura, y sirviéndole de ege su ala repuesta y animada, podía traer su ala vencida á la espalda para ponerla á salvo de los tiros del enemigo; y aunque por este movimiento perdiere el camino principal que va de Marengo á San Giuliano, seria muy reparable el mal, porque detrás de su nueva posición hay otro camino que va á Salé, y de Salé á las orillas del Pó, quedándole así asegurada la línea de retirada hácia Pavia. Situado además á la derecha del llano, coge de flanco á los austriacos, los cuales tendrán que empeñarse en la carretera de Marengo á San Giuliano si quieren aprovecharse de la victoria.

Hechas estas reflexiones con la rapidez del rayo el general Bonaparte ejecuta al punto el proyecto que acaba de concebir. Manda que avancen por la llanura á la derecha de Lannes los ochocientos granaderos de la guardia consular con orden de contener á la caballería austriaca, esperando la llegada de las tres medias brigadas

de Monnier. Formados en cuadro aquellos valientes soldados reciben con admirable sangre fría las cargas de los dragones de Lobkowitz y permanecen inmóviles entre los reiterados asaltos de multitud de ginetes. Algo á su derecha, manda el general Bonaparte que se dirijan hácia Castel-Ceriolo dos medias brigadas de Monnier llegadas en aquel momento. Guiadas por el general Carra-Saint-Cyr, marchan adelante, y ora pronto formadas en cuadro para contener la caballería, ora en columna de ataque para embestir á la infantería, logran recobrar el terreno perdido, y situarse en los vallados y jardines de Castel-Ceriolo. Al mismo tiempo el general Bonaparte á la cabeza de la 72.^a viene á sostener la izquierda de Lannes mientras que Dupont jefe de estado mayor va á reunir á retaguardia los restos del cuerpo de Victor perseguidos por los caballos de O'Reilly, pero protegidos por Murat con la reserva de caballería. La presencia del primer consul y la vista de las gorras de pelo de sus guardias de á caballo reaniman á sus tropas, y vuelve á trabarse la batalla con nueva furia. El valiente Watrin, del cuerpo de Lannes, rechaza á la bayoneta hácia el Fontanona con la 6.^a de línea y la 22.^a á los soldados de Kaim. Entusiasmando Lannes á la 40.^a y la 28.^a con el fuego de su alma heroica empuja á ambas contra los austriacos. Donde quiera se lidia con encarnizamiento en aquella inmensa llanura. Gardanne aspira á reconquistar á Marengo; Lannes trata de apoderarse del arroyo que tanto habia protegido al principio á nuestras tropas; y los granaderos de la guardia consular, formados siempre en cuadro como una ciudadela

viva en medio de aquel campo de batalla, llenan el vacío entre Lannes y las columnas de Carra-Saint-Cyr, que ocupaban las primeras casas de Castel-Ceriolo; pero el baron de Melas guiando con el arroyo de la desesperacion á sus tropas reunidas en Marengo, sale al fin del pueblo, rechaza á los soldados estenuados de Gardanne, que en vano se guarecen con todos los obstáculos. O'Reilly acabó de destrozar á metrallazos á la division de Chambarlhac que continuaba recibiendo á cuerpo descubierto los disparos de una inmensa artillería.

Ya no hay medio de sostenerse y es preciso ceder el terreno. El general Bonaparte manda cederlo poco á poco mostrando gran presencia de ánimo; pero mientras su izquierda falta de apoyo, por haber perdido á Marengo, retrocede rápidamente hasta San Giuliano, donde vá á buscar un abrigo, continúa ocupando la derecha del llano, y se defiende lentamente, gracias al punto de Castel-Ceriolo, á la energía de la guardia consular, y sobre todo á los inauditos esfuerzos de Lannes. Mientras éste se sostiene á la derecha, el primer consul conserva una línea de retirada segura por Salé hácia las orillas del Pó; y si Desaix, que se habia dirigido á Novi el dia antecedente, regresa á tiempo puede reconquistar el campo de batalla é inclinar á su parte la victoria.

En aquel momento es cuando Lannes y sus cuatro medias brigadas hacen esfuerzos dignos de los homenajes de la posteridad. El enemigo que ha salido en masa de Marengo á la llanura, vomita por ochenta bocas de fuego una granizada de balas y de metralla. Lannes al frente de estas

cuatro medias brigadas emplea dos horas en andar tres cuartos de legua. Cuando el enemigo se acerca y le acosa demasiado, se detiene y lo carga á la bayoneta. Apesar de hallarse desmontada su artilleria, algunas piezas ligeras enganchadas á los mejores caballos y servidas con tanta habilidad como audacia, auxilian con su fuego á las medias brigadas, perseguidas muy de cerca, y se atreven á ponerse en bateria enfrente de la formidable artilleria austriaca. La guardia consular, á la que no han podido poner en desorden las muchas cargas de caballeria, se vé ahora atacada á cañonazos. Procuran batirla en brecha, como una muralla, y en seguida lanzan contra ella los caballos de Frimont, sufre pérdidas sensibles y retrocede, pero sin romperse. Carra-Saint-Cyr se repliega tambien y abandona á Castel-Ceriolo, conservando sin embargo su último apoyo en los viñedos detrás de la aldea. Quedamos á pesar de todo dueños del camino de Castel-Ceriolo á Salé. Por todas partes presenta la llanura un vasto campo de carniceria, donde el fuego de las explosiones se agrega al de la artilleria, porque Lannes hace volar las cajas de municiones que no puede llevar consigo.

Ya ha transcurrido la mitad del dia. Mr. de Melas cree al fin conseguir la victoria comprada á tan subido precio. Este anciano, que á lo menos por su valor se muestra digno de su adversario en aquella jornada memorable, entra en Alejandria estenuado de fatiga. Deja el mando á su gefe de estado mayor, Mr. de Zach, y despacha correos á toda Europa para anunciar su victoria y la derrota del general Bonaparte en Marengo. Este gefe

de estado mayor, encargado del mando, forma entonces el grueso del ejército austriaco en columna de marcha, en la carretera de Marengo á San Giuliano. Coloca á la cabeza dos regimientos de infanteria, en seguida la columna de granaderos de Lattermann y despues los bagages: sitúa á la izquierda el general Oreilly y á la derecha á los generales Kaim y Haddick y se esfuerza por ganar de este modo aquel camino real de Plasencia, objeto de tantos esfuerzos y salvacion del ejército austriaco.

Son las tres de la tarde: si no sobreviene algun otro incidente, puede considerarse como perdida la batalla para los franceses, salvo si logran reparar al siguiente dia el descalabro de aquella jornada, con las tropas que bajen del Tessino y del Adda sobre el Pó. Sin embargo queda todavia Desaix con toda la division de Boudet: ¿llegará á tiempo?... tal es la condicion de que depende el éxito de la batalla. Los ayudantes de campo del primer consul habian corrido en su busca desde por la mañana; pero mucho antes de que logran alcanzarle, habia mandado Desaix hacer alto al oír el primer cañonazo disparado en la llanura de Marengo, deduciendo de esto que el enemigo que se le enviaba á buscar á Novi, camino de Génova se hallaba en el mismo Marengo. Inmediatamente despachó á Savary con algunos centenares de caballos sobre Novi para averiguar lo que allí ocurría, quedándose con su division á la expectativa y oyendo siempre los cañonazos de los austriacos y franceses que no cesaban de resonar en direccion del Bormida. Como Savary no encontrase á nadie en las cercanias de Novi, confir-

móse Desaix en su acertada conjetura, y sin mas demora marchó sobre Marengo, mandando que le precedieran muchos ayudantes de campo para anunciar su llegada al primer consul. Caminó durante todo el día y á las tres de la tarde en efecto empezaban á asomar las cabezas de sus columnas por la entrada del llano en las inmediaciones de San Giuliano; y adelantándose el mismo á ellas á galope corrió cerca de la persona del primer consul. Feliz inspiracion de un lugar-teniente tan entendido como leal! Venturosa suerte de la juventud! Si quince años mas tarde hubiese encontrado el primer consul, entonces tan bien secundado por sus generales, un Desaix en el campo de batalla de Waterloo, habria conservado el imperio, y la Francia su posicion dominadora entre las potencias de Europa!

La presencia de Desaix va á cambiar el aspecto de las cosas. Le rodean, le refieren lo ocurrido en la jornada, los generales forman corro en torno suyo y del primer consul y discuten acaloradamente sobre aquella situacion tan grave. Casi todos opinan por la retirada. No participa el primer consul de esta opinion, é invita encarecidamente á Desaix á que emita la suya. Tendiendo este su vista hácia el devastado campo de batalla saca su reloj, mira la hora y responde al general Bonaparte con estas sencillas y nobles palabras: «Si, la batalla está perdida; pero no son mas que las tres de la tarde y todavia nos queda tiempo de ganar una hora.» Encantado el general Bonaparte del dictamen de Desaix se dispone á aprovechar los recursos que le trae este general y las ventajas que le asegura la posicion tomada desde

aquella mañana. Hállase en efecto á la derecha de la llanura, mientras el enemigo ocupa la izquierda en columna de marcha sobre el camino real avanzando hácia San Giuliano. Llegando Desaix por este punto con seis mil hombres de tropas descansadas, y cayendo de frente sobre los austriacos, puede detenerlos mientras reunido el grueso del ejército los acomete por el flanco. Inmediatamente se dan las disposiciones convenientes para la realizacion de este proyecto.

Las tres medias brigadas de Desaix se hallan formadas delante de San Giuliano y un poco á la derecha del camino real: la 30.^a desplegada en línea, la 9.^a y la 59.^a y en columna cerrada sobre las alas de la primera: ocúltalas á la vista del enemigo una leve ondulacion del terreno, á su izquierda se encuentran reunidos y un poco recobrados los restos de las tropas de Chambarlhac y Gardanne, mandadas por el general Victor; á su derecha en la llanura Lannes, que ha interrumpido su movimiento de retirada; despues la guardia consular, y en seguida Carra-Saint-Cyr que se ha sostenido lo mas cerca posible de Castel-Cerriolo. Asi forma el ejército una línea larga oblicua desde San Giuliano á Castel-Cerriolo. Entre Desaix y Lannes y algo á la espalda está colocada la caballeria de Kellermann. Al frente del cuerpo de Desaix se ve diseminada una bateria de doce piezas, único resto de toda la artilleria del ejército. ®

Dadas estas disposiciones, el primer consul recorre á caballo las filas de sus soldados y dirige la palabra á los diferentes cuerpos.—Amigos míos, les dijo, basta ya de retroceder: no olvideis

que tengo costumbre de pernoctar en el campo de batalla.—Después de haber reanimado á sus tropas, que tranquilizadas por la llegada de la reserva arden en deseos de vencer, da la señal y se toca á la carga en toda la línea.

Los austriacos, en orden de marcha mas bien que de batalla, se dirigen por el camino real. La columna mandada por Mr. Desaix, marchaba la primera y un poco atras venia el centro medio desplegado por la llanura y haciendo frente á Lannes.

De improviso presenta el general Marmont doce cañones. Caen espesa metralla sobre la cabeza de la columna austriaca sorprendida, pues no aguardaba nueva resistencia; creyendo á los franceses en completa retirada. Apenas se habia recobrado de aquella súbita emocion, cuando Desaix se pone en movimiento con la 9.^a de ligeros.—Id á participar al primer consul, dijo á su ayudante de campo Savary que voy á cargar y necesito ser apoyado por la caballería.—Desaix á caballo marcha en persona á la cabeza de aquella media brigada; atraviesa con ella el leve repecho que la ocultaba a la vista de los austriacos, y se anuncia de repente con una descarga de mosquetería á boca de jarro. Contestan á ella los austriacos, y cae Desaix al punto atravesado el pecho de una bala.—Ocultad mi muerte, dijo el general Boudet que era su gefe de división, para que no decaigan de ánimo las tropas.—¡Inútil precaucion de aquel héroe! le han visto caer y sus soldados como los de Turena, piden á voces vengar á su gefe. La 9.^a de ligeros que aquel día mereció el título de *incomparable*, título que conser-

vó hasta el fin de nuestras guerras, después de haber hecho sus descargas, se forma en columna y cae sobre la espesa masa de los austriacos. Sorprendidos á su vista los dos primeros regimientos que abrían la marcha, se precipitan en desorden sobre la segunda línea y desaparecen entre sus filas. Entonces se encuentra sola la cabeza de la columna de granaderos de Lattermann y recibe aquel choque como tropa escogida. Mantiénese firme, y estiéndese el combate por ambos lados del camino real. La 9.^a de ligeros está apoyada á la derecha por las tropas de Victor reunidas, y á la izquierda por las 30.^a y 59.^a medias brigadas de la división de Boudet que han seguido el movimiento. Desfíendense con trabajo los granaderos de Lattermann cuando de repente viene á estallar sobre sus cabezas una tempestad imprevista. El general Kellermann, que á petición de Desaix, habia recibido orden de cargar, parte al galope y pasando entre Lannes y Desaix, coloca parte de sus escuadrones en disposicion de hacer frente á la caballería austriaca que veia delante de él, y con el resto se arroja sobre el flanco de la columna de granaderos, acometidos ya de frente por la infantería de Boudet. Ejecutada esta carga con extraordinario vigor y presteza divide en dos la columna. Los escuadrones de Kellermann acuchillan á derecha é izquierda, hasta que acosados por todas partes los infelices granaderos rinden las armas entregándose prisioneros hasta dos mil de entre ellos. El mismo general Zach, que los mandaba, se vé obligado á entregar su espada, quedando así los austriacos privados de dirección para el fin de la

batalla, porque Mr. de Melas, como ya se ha visto, habia regresado á Alejandria creyendo asegurada la victoria. No se detiene allí Kellermann, sino que se arroja sobre los dragones de Lichiensten y los pone en fuga, obligándolos á replegarse sobre el centro de los austriacos, que en aquel momento se desplegaba en la llanura enfrente de Lannes, lo cual ocasiona algun desorden. Lannes avanza entonces y embiste vigorosamente á aquel combatido centro de los austriacos, mientras los granaderos de la guardia consular y Carra-Saint-Cyr se dirigen de nuevo á Castel-Ceriolo, de donde no se hallaban muy distantes. Los franceses han vuelto á tomar la ofensiva en toda la linea de San Giuliano á Castel-Ceriolo, y avanzan enagenados de alegría y entusiasmo al ver que la victoria les presenta otra vez su faz risueña, y que la sorpresa y el desaliento han pasado á las filas de los austriacos.

¡Admirable poder de la voluntad que se obstina, y obstinándose consigue dominar á la fortuna! Desde San Giuliano á Castel-Ceriolo, avanza á paso de carga aquella linea oblicua de los franceses, rechazando á los austriacos llenos de asombro al ver que tienen que dar una nueva batalla. Carra-Saint-Cyr reconquista pronto la aldea de Castel-Ceriolo, y el general Ott que se habia adelantado mas allá de esta aldea, temiendo verse envuelto, trata de retroceder antes de perder sus comunicaciones. Un movimiento de terror pánico se comunica á su caballeria que huye al galope gritando: ¡a los puentes! Entonces solo piensan en ver quien llega primero á los puentes del Bormida. Volviendo á pasar el general Ott por Castel-Ce-

riolo con las tropas de Vogelsang se ve obligado á abrirse paso por entre las filas de los franceses. Lo consigue y llega aceleradamente á las orillas del Bormida, donde todos se precipitan con furia. En vano intentan los generales Kaim y Haddick sostener el centro; Lannes se lo impide, los arroja á Marengo y desde allí los repele al Fontanona y del Fontanona al Bormida. Pero los granaderos de Weidenfeld se mantienen firmes por un instante para dar tiempo de retroceder á Oreilly, que se habia adelantado hasta Cassina-Grossa. Por su parte la caballeria austriaca intenta dar algunas cargas para contener en su marcha los franceses; pero la resisten los granaderos de á caballo de la guardia consular, dirigidos por Bessieres y el jóven Beauharnais. Lannes y Victor con sus cuerpos reunidos se lanzan al fin sobre Marengo, y derrotan á Oreilly, así como los granaderos de Weidenfeld. Aumentase á cada instante la confusion al rededor de los puentes del Bormida, amontonándose allí en desorden infantes, ginetes y artilleros, y no teniendo los puentes suficiente cabida para todos, se arrojan muchos al Bormida para pasarlo á nado. Un conductor de artilleria hace la prueba de atravesarlo con el cañon que conduce y lo consigue: entonces toda la caballeria quiere imitar su ejemplo pero se atascan muchos carrros en el cauce del rio. Los franceses, ganosos de la persecucion del enemigo, le cogen hombres, caballos, cañones y bagages. El desgraciado baron de Melas, que dos horas antes habia dejado á su ejército victorioso, corrió al rumor de este desastre y apenas pudo dar crédito á sus ojos llegando al colmo su desesperacion.

Tal fué la sangrienta batalla de Marengo, la cual, como veremos en breve, ejerció una inmensa influencia sobre los destinos de la Francia y del mundo; efectivamente dió por el pronto la paz á la República, y algo mas tarde el Imperio al primer consul. Fué cruelmente disputada, y en verdad que lo merecia, por que nunca podian presentarse consecuencias mas graves para cualquiera de los dos adversarios. Mr. de Melas peleaba á fin de evitar una capitulacion deshonrosa, el general Bonaparte jugaba en aquel dia toda su fortuna. Atendido el número de combatientes las pérdidas fueron inmensas y superiores á los cálculos mas exagerados. Los austriacos perdieron cerca de ocho mil hombres entre muertos ó heridos y mas de cuatro mil prisioneros. Su estado mayor fué cruelmente diezmado; el general Haddick muerto; los generales Vogelsang, Lattermann, Bellegarde, Lamarsaille, y Gotesheim heridos, y con ellos gran numero de oficiales. Perdieron, pues, entre los soldados que quedaron fuera de combate ó prisioneros la tercera parte de su ejército, si como se ha dicho generalmente, ascendia de treinta y seis á cuarentamil hombres. Por lo que hace á los franceses su pérdida consistió en seis mil hombres muertos ó heridos y unos mil prisioneros, lo cual equivale á la cuarta parte de los veinte y ocho mil soldados que se hallaron presentes á la batalla. Su estado mayor habia quedado tan mal parado como el de los austriacos. Los generales Mainoy, Rivaud, Malher y Campeaux, habian salido heridos y el último mortalmente. La pérdida mas considerable fué la de Desaix. La Francia no habia experimentado otra

mas sensible en diez años de guerra; esta pérdida fué tan grande para el primer consul que bastó á disminuirle el júbilo de la victoria, en términos, que cuando se le presentó su secretario Mr. de Bourienne para felicitarle por aquel milagroso triunfo diciéndole: — ¡qué magnífica jornada! — Si, muy magnífica, contestó el primer consul, si me hubiese sido dado abrazar á Desaix en el campo de batalla. Iba á nombrarle ministro de la guerra añadió, y hasta le hubiera hecho príncipe si hubiera estado en mi mano. — El vencedor de Marengo no sospechaba todavia que muy en breve podria dar coronas á los que le servian. El malogrado Desaix yacia cerca de San Giuliano en medio de aquel vasto campo de carniceria. Su ayudante de campo Savary que hacia mucho tiempo le profesaba el mayor cariño, buscándolo entre los muertos, le conoció por su abundante cabellera, lo recogió con piadoso cuidado, lo envolvió en la capa de un husar, y colocándolo sobre su caballo, le trasladó al cuartel general de Torredi-Garofolo.

A pesar de hallarse el llano de Marengo inundado de sangre francesa, reinaba la alegría en el ejército. Soldados y generales conocian el mérito de su conducta, y apreciaban la inmensa importancia de una victoria ganada á retaguardia del enemigo. Los austriacos por el contrario estaban consternados, porque se consideraban arrollados y reducidos á sufrir la ley del vencedor. El baron de Melas, á quien habian matado dos caballos en aquella jornada, y el cual á pesar de su edad avanzada se habia portado, como hubiera podido hacerlo el mas jóven y valiente soldado

de su ejército, se hallaba sumergido en el mas profundo dolor. Habia vuelto á Alejandria para tomar un poco de descanso, considerándose vencedor, ahora veia a su ejército casi destrozado, huyendo en todas direcciones, abandonando su artilleria á los franceses, ó dejándola atascada en los pantanos del Bormida. Para colmo de desgracia, su gefe de estado mayor Zach, que merecia toda su confianza, hallábase en aquel momento prisionero de los franceses. En vano volvía sus ojos a todos sus generales; ninguno queria darle un consejo; todos maldecian al gabinete de Viena, que los habia alimentado con tan funestas ilusiones, precipitándolos á un abismo. Sin embargo; era forzoso tomar un partido; ¿pero cuál seria este?.... ¿Pelear hasta abrirse paso? acababan de intentarlo y no lo habian conseguido. ¿Retirarse hácia Génova ó atravesar el Pó superior para forzar el Tessino? Pero estos partidos dificiles antes de la batalla, eran imposibles despues de dada y perdida. El general Suchet se hallaba á pocas leguas de distancia á la espalda con el ejército de Liguria hácia Aegui, y el general Bonaparte delante de Alejandria con el ejército de reserva victorioso. Ambos iban á reunirse y á cortar el camino de Génova. El general Monecy que con los destacamentos traídos á Alemania guardaba el Tessino, podia ser socorrido por el general Bonaparte en tan corto tiempo como se empleara en marchar hácia él. No habia pues probabilidad de salvacion por parte alguna, y era preciso fijarse en la cruel idea de capitulacion; dándose por contentos, si abandonando la Italia, se aseguraba la libertad del ejército austriaco, y se

conseguia de la generosidad del vencedor que este desgraciado ejército no quedase prisionero de guerra. Por tanto, se resolvió enviar un parlamentario al general Bonaparte para entrar en negociaciones, eligiéndose al principe de Lichtenstein, el cual debia dirigirse á la mañana siguiente 15 de junio (26 de pradiel) al cuartel general francés. Por su parte, el primer consul tenia muchas razones para tratar con los austriacos. Habia conseguido su objeto principal, puesto que la Italia habia quedado libre en una sola batalla. Despues de la victoria que acababa de alcanzar, y que dejaba completamente acordonados y cerrados á los austriacos, estaba seguro de conseguir la evacuacion de la Italia, y en rigor hasta hubiera podido exigir que los vencidos depusieran las armas y se constituyeran prisioneros; pero humillando el honor de aquellos valientes, acaso se los impelia á cometer un acto de desesperacion; lo cual ocasionaria inútil derramamiento de sangre, y sobre todo la pérdida de un tiempo tan precioso, pues ausente de París hacia ya mas de un mes, lo que mas le importaba era regresar cuanto antes á aquella ciudad. Teniamos un prisionero que podia servir de excelente medianero, y era Mr. de Zach. El primer consul se franqueó con él, manifestó en su presencia su deseo sincero de hacer la paz, y lo dispuesto que se hallaba á conceder al ejército imperial las mas honorosas condiciones. Habiendo llegado entretanto el parlamentario austriaco, le repitió las mismas intenciones y deseos que ya habia revelado á Mr. de Zach, y encargó á ambos que se dirigieran con Berthier á donde estaba Mr. de Melas para fijar las

bases de una capitulacion. Segun su costumbre en todas las circunstancias de este género, declaró irrevocablemente las condiciones resueltas ya en su pensamiento, anunciando que no se las haria modificar conferencia alguna. Segun estas condiciones se avenia á no exigir que el ejército austriaco fuese declarado prisionero, y consentia en dejarlo pasar con los honores de la guerra; pero exigia en cambio que se entregaran inmediatamente á la Francia todas las plazas de la Liguria, del Piamonte, de la Lombardia y de las Legaciones, y que los austriacos evacuasen toda la Italia hasta el Mincio. Los negociadores partieron inmediatamente para el cuartel general austriaco. Aunque rigurosas las condiciones que llevaban eran naturales, y aun puede decirse que generosas. Una sola era dura y casi humillante la entrega de Génova, despues de vertida tanta sangre, y de haberla ocupado solamente unos pocos dias; pero era evidente que el vencedor no podia renunciar á esta condicion. Mr. de Melas sin embargo, envió su principal negociador cerca del primer consul para suscitar algunas contestaciones sobre el armisticio propuesto.—Caballero, le dijo con vivacidad el primer consul, mis condiciones son irrevocables. No he principiado ayer el ejercicio de la guerra; conozco vuestra posicion tanto como vosotros mismos. Os hallais en Alejandria obstruidos por el número de muertos, heridos y enfermos; desprovistos de víveres, privados de la flor de vuestro ejército y envueltos por todas partes. Podria exigirlo todo; pero respeto las canas de vuestro general, y el valor de vuestros soldados, y no pido mas que lo que exi-

je la situacion actual de los negocios. Volveos á Alejandria; serán inútiles cuantos esfuerzos hagais para lograr de mí otras condiciones.

El convenio fué firmado en Alejandria el mismo dia 15, con arreglo á las bases propuestas por el general Bonaparte. Se convino ante todo que habria suspension de armas en Italia hasta despues de haber recibido la respuesta de Viena. Si se aceptaba el convenio, los austriacos tenian la facultad de retirarse con los honores de la guerra detrás de la línea del Mincio. Al retirarse se comprometian á entregar á los franceses todas las plazas fuertes que ocupaban. Los castillos de Tortona, Alejandria, Milan, Arona y Plasencia, debian ser entregados del 16 al 20 de junio (del 27 de pradiar al 1.º de mesidor); los castillos de Ceva y de Savona, y las plazas de Coni y de Génova del 16 al 24 de junio; y por último el fuerte de Urbino el 26. Debia dividirse el ejército austriaco en tres columnas que se retirarian una en pos de otra, á medida que fuesen entregando las plazas. Habian de repartirse por mitad las inmensas provisiones acumuladas por Mr. de Melas en Italia: el ejército francés se quedaria con la artilleria de las fundiciones italianas, y el ejército imperial se llevaria la de las fundiciones austriacas. Despues de evacuar los imperiales la Lombardia hasta el Mincio, debian encerrarse detrás de la línea siguiente: el Mincio, la Fossa-Maestra, y la orilla izquierda del Pó desde Borgo-Forte hasta la embocadura de este rio en el Adriático. Quedaba el ejército austriaco en posesion de Peschiera y Mantua. Habíase dicho sin mas esplicaciones que el destacamento de aquel

ejército situado á la sazón en Toscana, continuaria ocupando aquella provincia. No se podia hablar en la capitulacion de los estados del papa y del rey de Nápoles, porque aquellos príncipes eran estraños á los sucesos de la alta Italia. Si el emperador no ratificaba aquel convenio, habia diez dias de término para anunciar la vuelta á las hostilidades, pero entre tanto no se podia enviar destacamento alguno á Alemania ni por una ni por otra parte.

Tal fué el espíritu de aquel célebre convenio de Alejandria, que proporcionó á la Francia en un solo dia la restitucion de la alta Italia, la qual traía consigo la restitucion de la Italia entera. Se ha censurado mucho y muy severamente á Mr. de Melas por aquella campaña y aquel convenio. Necesario es ser justo en la desgracia y especialmente cuando la redime una conducta altamente honrosa: Mr. de Melas fué engañado sobre la existencia del ejército de reserva por el gabinete de Viena, que no cesó de alimentarle con las mas funestas ilusiones. Una vez desengañado se le pudo criticar por no haber reunido sus tropas ni muy pronto ni de una manera completa y por haber dejado demasiada gente dentro de las plazas. En efecto, no era detrás de los muros de aquellas plazas, sino en el campo de batalla de Marengo, donde convenia defenderlas. Admitida esta falta, fuerza es reconocer que Mr. de Melas observó la conducta de todo hombre intrépido cuando se ve arrollado, la de abrirse camino, espada en mano. Lo intentó briosamente y fué vencido. Desde entonces ya no habia para él mas que una cosa posible, salvar la libertad de su ejército, puesto que

en su concepto estaba irrevocablemente perdida la Italia. No podia obtener mas de lo que obtuvo; y todavia habria podido padecer mas humillaciones, si así lo hubiese exigido la voluntad del vencedor, pero este obró con acierto en no exigir mas, porque humillando á aquellos valientes se habria espuesto á reducirlos á actos desesperados, y á perder un tiempo precioso, siendo como era indispensable en aquel momento su presencia en Paris. Compadezcamos, pues, á Mr. de Melas, y admiremos la conducta del vencedor que debió los prodigiosos resultados de aquella campaña, no á la casualidad, sino á las combinaciones mas profundas y mas maravillosamente ejecutadas.

Algunos detractores han pretendido atribuir al general Kellermann el buen éxito de la batalla de Marengo, y todos los resultados que produjo aquella jornada memorable. Si ha de despojarse de esta gloria al general Bonaparte, ¿porqué no se atribuye á Desaix, noble víctima de una de las mas felices ideas, que adivinando las órdenes de su gefe antes de recibirlas, corrió á traerle la victoria y su vida con ella?; porqué no ha de atribuirse tambien á aquel intrépido defensor de Génova que deteniendo á los austriacos junto á el Apenino dió tiempo al general Bonaparte para bajar de los Alpes, y se los entregó casi destrozados? segun eso serian los generales Kellermann, Desaix y Massena los verdaderos vencedores de Marengo, todos, excepto el general Bonaparte. Pero en este mundo la voz de los pueblos ha adjudicado siempre la gloria, y la voz de los pueblos ha proclamado vencedor de Marengo al que descubriendo con una ojeada de superior talento el partido que

se podia sacar de los altos Alpes para desembocar á espaldas de los austriacos, burló su vigilancia por tres meses consecutivos, creó un ejército que no existia; hizo esta creacion increíble á los ojos de toda Europa; atravesó el monte de San Bernardo sin caminos transitables; apareció de improviso en medio de Italia llena de asombro; arrolló con arte maravillosa á su desdichado adversario, y le dió una batalla decisiva, perdida por la mañana, ganada por la tarde y de seguro ganada á la mañana siguiente, á no haberlo sido aquel mismo dia; pues además de los seis mil hombres de Desaix, diez mil que hubiesen venido del Tessino y otros diez mil situados junto al Pó inferior, presentaban un medio infalible de destruir al ejército enemigo. Supóngase en efecto á los austriacos vencedores en 14 de junio, empeñados en el desfiladero de la Stradella, encontrando en Plasencia á los generales Duhesme y Loison con diez mil hombres para disputarles el paso del Pó, y teniendo detrás al general Bonaparte reforzado por los generales Desaix y Moncey: ¿Qué hubieran hecho los austriacos en aquel mal paso, detenidos por un rio bien defendido, y perseguidos por un ejército superior en número? Habrian sucumbido mucho mas desastrosamente que en los campos del Bormida. El verdadero vencedor de Marengo fué pues el que avasalló la fortuna con sus combinaciones, profundas, admirables, únicas en la historia de los grandes capitanes.

Además de esto, sus lugar-tenientes le secundaron demasiado bien para que sea necesario en carecer su gloria á costa de la de otro alguno. Contribuyeron á su triunfo Massena con la heroica

defensa de Génova, Desaix con su acertada resolución, Lannes con su incomparable firmeza en la llanura de Marengo y Kellermann con una carga brillante de caballería. A todos los recompensó de la manera mas espléndida, y en cuanto á Desaix pagó su muerte tributándole el mas noble y delicado sentimiento, mandando que se celebraran magníficos funerales por el hombre que acababa de prestar á la Francia tan eminente servicio, y hasta tuvo cuidado de recoger á su familia militar y admitió á su lado á los dos ayudantes de campo, los coroneles Rapp y Sávary, que por la muerte de su general habian quedado sin empleo.

Antes de abandonar el campo de batalla de Marengo quiso escribir otra carta al emperador de Alemania, pues aunque la primera no le habia valido mas que una contestacion indirecta, dirigida por Mr. de Thugut á Mr. de Talleyrand, creia que la victoria le permitia renovar las instancias rechazadas. En aquel momento deseaba la paz con estremado ardor, conociendo que el verdadero papel que le tocaba representar era el de pacificar la Francia esteriormente, despues de haberla pacificado en lo interior, y que desempeñada esta tarea legitimaria su autoridad naciente mucho mejor que pudieran hacerlo nuevas victorias. Susceptible por otra parte de las impresiones mas vivas, habiase enternecido sobre manera al ver aquel llano de Marengo en el que yacia la cuarta parte de los dos ejércitos. Dominado por estos sentimientos escribió al emperador una carta muy estraña.—En medio del campo de batalla, le decia, en medio de las agonias de multitud de heridos y rodeado de quince mil cadáveres, suplico

á V. M. que escuche la voz de la humanidad y no permita que se deguellen dos naciones valientes por intereses á que son ajenas. A mí me corresponde instar á V. M. porque me hallo mas cerca del teatro de la guerra. Su corazon no puede estar tan vivamente afligido como el mio...

La carta era larga: en ella discutia el primer consul con la elocuencia que le era propia y en un lenguaje que no era por cierto el de la diplomacia, los motivos que aun pudiesen asistir á la Francia y á el Austria para permanecer armadas una contra otra. ¿Peleais acaso por la religion? le decia. En ese caso haced la guerra á los rusos y á los ingleses, que son los enemigos de vuestra fé, y no seais su aliado! ¿Peleais para preservaros de los principios revolucionarios? La guerra los ha propagado en medio continente, estendiendo las conquistas de la Francia, y los propagaria mas cada dia. ¿Peleais por conservar el equilibrio europeo? Los ingleses amenazan mas que nosotros ese equilibrio, porque han llegado á hacerse señores y tiranos del comercio, y nadie puede luchar con ellos, al paso que la Europa podria siempre contener á la Francia, si tratase seriamente de amenazar la independencia de las naciones. (Raciocinio muy justo y exacto por desgracia, y que han venido á justificar 15 años de guerra.) ¿Peleais, añadia el diplomata guerrero, por la integridad del imperio germánico? V. M. misma nos ha entregado á Maguncia y los estados alemanes de la orilla izquierda del Rhin. Además el imperio pide á V. M. la paz con vivas instancias. ¿Peleais en fin por los intereses de la casa de Austria? Nada mas natural; pero

cumplamos el tratado de Campo-Formio, que da á V. M. grandes indemnizaciones en compensacion de las provincias perdidas en los Países Bajos, asegurándoselas á V. M. donde prefriere obtenerlas, es decir, en Italia. Envie V. M. negociadores donde mejor le plazca, y añadiremos al tratado de Campo-Formio estipulaciones capaces de tranquilizarle respecto á la existencia de los estados secundarios, pues se acusa á la República francesa de haberlos puesto á todos en conmocion. Aquí aludia el primer consul á Holanda, Suiza, el Piamonte, el estado Romano, Toscana y Nápoles, puntos que el Directorio habia revolucionado. Con estas condiciones, añadia puede considerarse concluida la paz; hagamos comun el armisticio á todos los ejércitos y entremos desde luego en negociaciones.

Mr. de Saint-Julien, uno de los generales que merecian la confianza del emperador, fué el encargado de llevar á Viena esta carta y el convenio de Alejandria.

Pocos dias despues algo recobrado el primer consul de sus primeras impresiones, experimentaba uno de aquellos pesares que solia experimentar á menudo, cuando le acontecia escribir un documento importante, arrastrado de su primera inspiracion y sin contar antes con hombres de cabeza mas fria que la suya. Dando cuenta de aquel paso á los consules, les decia: Hé despachado un correo al emperador con una carta que os comunicará el ministro de relaciones exteriores. *Os parecerá algo original*, pero está escrita en el campo de batalla, (22 de junio.) Despues de haberse despedido de su ejército, partió para Milan

en la mañana del 17 de junio (28 de pradiel,) tres dias despues de la batalla de Marengo. Aguardábase allí con suma impaciencia, y llegó por la noche. Avisada la poblacion se agolpó á las calles para verle en su tránsito, prorumpiendo en gritos de júbilo y arrojando flores á su carruage. La ciudad estaba iluminada con ese lujo que solo los italianos saben desplegar en sus fiestas. Los lombardos que acababan de soportar por espacio de diez ó doce meses el yugo de los austriacos, yugo que habian hecho mas duro la guerra y la violencia de las circunstancias, temian volver á verse bajo el dominio de su insoportable autoridad. Durante los diferentes azares de aquella corta campaña habian oido correr los mas contrarios rumores, habian sufrido las mas crueles zozobras, y considerábanse felices al ver en fin asegurada su libertad. El general Bonaparte dispuso que se proclamase al punto el restablecimiento de la República Cisalpina, y se apresuró á poner orden en los negocios de Italia, que mudaban enteramente de aspecto con su última victoria.

Ya hemos dicho que la guerra emprendida por la formidable coalicion de los rusos, ingleses y austriacos, para restablecer en sus estados á los príncipes caidos por las supuestas invasiones del Directorio, no habia restaurado á uno solo de ellos en su puesto. El rey del Piamonte estaba en Roma; el gran duque de Toscana en Austria, el papa habia muerto en Valencia, y sus provincias eran invadidas por los napolitanos. La familia real de Nápoles entregada enteramente á los ingleses se encontraba sola en sus estados donde

sufría la reaccion mas sanguinaria que puede imaginarse. La reina de Nápoles, el caballero Acton, y lord Nelson toleraban, ya que no mandasen, las mas abominables crueldades. Todo esto iba á cambiar con la victoria de la República francesa, pues tan interesada estaba en ello la humanidad como la política.

El primer consul instituyó un gobierno provisional en Milan mientras se podia reorganizar la República Cisalpina y señalarle fronteras definitivas, lo cual no era posible sino hasta despues de realizada la paz. No se creyó obligado á guardar al rey del Piamonte mas consideraciones que las que habia mostrado el Austria, y en su consecuencia no se apresuró á restablecerle en sus estados. Sustituyóle un gobierno provisional, y nombró al general Jourdan comisario cerca de este gobierno con encargo de dirigirle. Largo tiempo hacia que el primer consul queria emplear y quitar á sus enemigos aquel hombre honrado y entendido, poco apropiado para gefe de los anarquistas en Francia. De este modo quedaba guardado el Piamonte como en reserva, con intencion de disponer de él cuando se celebrara, la paz, ora fuese en provecho de la República francesa, ora como prenda de reconciliacion con la Europa, reconstituyendo los estados secundarios, destruidos en tiempo del Directorio. La Toscana debia quedar ocupada por un cuerpo austriaco. El primer consul mandó observar aquel punto estando pronto á invadirle, si bajaban á él los ingleses, ó se continuaba haciendo levás de gente contra la Francia. En cuanto á Nápoles, nada dijo, ni hizo aguardando las consecuencias de su

victoria sobre el espíritu de aquella corte. Ya la reina de Nápoles, asustada, se disponía á marchar á Viena para invocar el apoyo de el Austria y especialmente el de la Rusia.

Quedaba la corte de Roma, donde los intereses temporales se complicaban con los espirituales mas graves. Como ya se há visto, Pio VI acababa de morir en Francia prisionero del Directorio. El primer consul, fiel á su política, habia mandado que se le hiciesen solemnes exequias. Habíase reunido un cónclave en Venecia, alcanzando con mucha dificultad permiso del gabinete austriaco para nombrar sucesor al difunto papa. Treinta y cinco cardenales asistieron á aquel cónclave de que era secretario un prelado llamado monseñor Consalvi, sacerdote romano, jóven, ambicioso, notable por la flexibilidad, penetracion y amenidad de su entendimiento y que despues intervino en los mas graves negocios del siglo. Habíase dividido el cónclave segun acontece en toda eleccion política ó religiosa. Veinte y dos de sus individuos se adhirieron al cardenal Braschi, y designaban para el pontificado al cardenal Bellisomi, obispo de Cesena. Los que no querían perpetuar en Roma la dominacion de la familia de Braschi, se unieron al cardenal Antonelli, y presentaban por candidato al cardenal Mattei, signatario del tratado de Tolentino; pero no le daban mas que trece votos. Muchos meses se habian empleado en sostener aquella lucha silenciosa, pero obstinada entre ambos partidos, sin que ninguno de los dos hubiese podido hasta entonces vencer á su contrario. Se pensó en fin en el sabio cardenal Gerdil, que habia figurado en las controversias del último siglo. Este nuevo

candidato era saboyano, habia llegado á ser súbdito de la Francia despues de las victorias de la República. El Austria ejerció contra su persona el derecho de exclusion. Para concluir de una vez con semejante incidencia, se separaron dos individuos de los que apoyaban la candidatura del cardenal Mattei, y prometiéron unirse el cardenal Bellisomi, lo cualle aseguraba veinte y cuatro votos, es decir, las dos terceras partes de sufragios, número rigurosamente exigido por las leyes de la iglesia para que una eleccion sea válida; pero como se hallaban en los estados del Austria, habian creído necesario someter previamente á aquella corte este nombramiento á fin de obtener su consentimiento tácito. La corte de Viena cometió el yerro de dejar transcurrir mas de un mes sin dar contestacion, conducta que no pudo menos de ofender la susceptibilidad de los padres de la iglesia, dislocándose á un mismo tiempo todos los partidos y haciéndose imposible la eleccion del cardenal Bellisomi. Este momento de desorden y cansancio, era el que aguardaba el astuto secretario del cónclave, el prelado Consalvi, para presentar una nueva candidatura, objeto de sus largas y secretas meditaciones. Hablando á todos los partidos el lenguaje que mas podia influir en sus ánimos, manifestó á los unos los inconvenientes de la dominacion de los Braschi, á los otros lo poco que se podia esperar del Austria y de las diversas cortes cristianas; despues, dirigiéndose al antiguo interés romano tan sagaz y profundo, descubrió á sus ojos sorprendidos una perspectiva enteramente nueva para ellos.—De la Francia, les dijo, es de donde nos

han venido las persecuciones que hace diez años sufrimos. Pues bien, acaso de la Francia nos vendrán en lo futuro los socorros y los consuelos. Desde Carlo-Magno ha sido siempre la Francia la protectora mas útil y menos molesta para la iglesia. Allí domina á la sazón un jóven extraordinario y difícil de juzgar todavía. Muy en breve, no lo dudeis, habra reconquistado á Italia. (Aun no se habia dado la batalla de Marengo) acordaos de que él protegió á los sacerdotes en 1797, y de que ha tributado recientemente los honores fúnebres á Pio VI. Testigos fidedignos nos han repetido las singulares palabras que le han oido pronunciar sobre la religión y sobre la corte de Roma. No despreciemos los recursos que por este lado se nos presenten. Convengamos en una eleccion que no pueda ser considerada como hostilidad contra la Francia, sino que hasta cierto punto pueda convenirle, y quizás hagamos una cosa mas útil para la iglesia, que pidiendo candidatos á todas las cortes de Europa.

Aquello era ciertamente una vislumbre de ese genio de la corte romana, que habia de despedir todavía algunos brillantes destellos al principio de este siglo. Monseñor Consalvi pronunció entonces el nombre del cardenal Chiaramonti, obispo de Imola. No cabia mejor eleccion para el objeto que se proponia. El cardenal Chiaramonti, natural de Secena, de cincuenta y ocho años de edad, pariente de Pio VI, elevado por él á la púrpura romana, gozaba del aprecio general por su talento, su instruccion y sus virtudes. A estas dotes reunia gran firmeza de carácter, y se le habia visto luchar con una constancia victoriosa en épocas

anteriores contra las intrigas de su órden, la de San Benito, y contra las persecuciones del Santo oficio. Su acto mas reciente y célebre era una homilia hecha en calidad de obispo de Imola, cuando su diócesis fué agregada á la República Cisalpina. Habia hablado entonces de la revolucion francesa con una moderacion que no pudo menos de agradar al vencedor de Italia y escandalizar á los fanáticos del antiguo régimen. Respetado sin embargo por todo el mundo, contaba con las simpatias del partido de Braschi, no repugnaba al partido contrario, convenia á todos los cardenales cansados de la larga duracion del cónclave, y parecia acertadamente elegido á los que esperaban mucho de la buena voluntad de la Francia para el porvenir. La inesperada adhesion de un personaje ilustre decidió su nombramiento, que por lo demas no encontró verdadera dificultad, sino en su propia resistencia á tanta honra. Aquella adhesion fué la del cardenal Maury, célebre campeón de la antigua monarquía francesa, que se habia retirado á la corte romana donde vivia, premiado con el capelo por sus contiendas con Barnave y Mirabeau. Era emigrado, pero emigrado dotado de extraordinario talento y superior juicio, que acogia con satisfaccion secreta la idea de adherirse al gobierno de la Francia cuando la gloria rescatase la novedad de este gobierno. Disponia de seis votos y los dió al cardenal Chiaramonti, quien fué elegido papa casi al mismo tiempo de la llegada del general Bonaparte á Milan por el camino de San Bernardo.

Hallábase en Venecia el nuevo pontifice, no habiendo podido obtener de la corte de Viena que

se le coronase en San Marcos, ni de la corte de Nápoles que se le restituyese á Roma. Sin embargo, habiendo salido casi de improviso para trasladarse á Ancona, negociaba en esta ciudad la evacuacion de los Estados de la iglesia, y su propio regreso á la capital del mundo cristiano. En esta situacion precaria mostrándose la Francia benévola con la Santa Sede, podia prestarle un apoyo muy útil, y confirmarse de una manera repentina la singular previsión de monseñor Consalvi. Aquel encuentro del cardenal Chiamonti y del primer consul, el uno elevado al trono pontificio y el otro á la dictadura republicana casi al mismo tiempo, no podia menos de ser uno de los acontecimientos mas sorprendentes y fecundos en resultados de aquel siglo.

Siendo el joven Bonaparte en 1796 un mero general sometido al Directorio, y no pudiendo atreverse á todo, ni teniendo aun la pretension de dar lecciones á la revolucion francesa, habia sostenido al papa por el tratado de Tolentino, y solo le habia retirado las legaciones para trasladarlas á la República Cisalpina. Ascendido hoy á primer consul, dueño de hacer lo que juzgase conveniente, y decidido á poner mano en gran parte de las cosas consumadas por la revolucion francesa, no podia vacilar en su conducta respecto al pontífice recién elegido. Apenas hubo regresado á Milan, vió al cardenal Martiniana, obispo de Verceli amigo de Pio VII, y le declaró que estaba resuelto á llevarse bien con la Santa Sede, á reconciliar la revolucion francesa con la iglesia, y aun á sostener esta contra sus enemigos, si el nuevo papa se mostraba razonable y comprendia bien la

situacion de la Francia y de todo el mundo. Esta frase deslizada al oido del anciano cardenal, no debia ser perdida, y pronto daria frutos abundantes. El obispo de Verceli mandó salir para Roma á su propio sobrino, el conde Alciati, á fin de entablar las negociaciones.

A aquellas proposiciones quiso añadir el general Bonaparte un acto mucho mas atrevido, acto que no hubiera intentado siquiera en París, pero que se complacia en hacer llegar á Francia desde lejos, como una señal de sus intenciones futuras. Los italianos habian preparado un solemne *Te-Deum* en la antigua catedral de Milan. Quiso asistir á él, y el 18 de junio (29 de pradiel), escribió estas palabras á los cónsules: «Hoy á pesar de lo que puedan decir nuestros ateos de París, voy de gran ceremonia al *Te-Deum* que se canta en la metrópoli de Milan.» (*Archivo de la secretaria de Estado.*)

Despues de haber atendido de este modo á los asuntos generales de Italia, dió algunas disposiciones indispensables sobre la distribucion del ejército en el pais conquistado, sobre su mantenimiento y reorganizacion. Acababa de incorporársele Massena, quien depuso su enojo ante la lisonjera acogida que encontró en el primer consul, y recibió el mando del ejército de Italia á que era acreedor por tantos titulos. Componíase este ejército del cuerpo que habia defendido á Génova bajo las órdenes del mismo Massena, del que habia defendido el Var, de las tropas que habian bajado por el monte de San Bernardo, y de las que á las órdenes del general Moncey, habian venido de Alemania, formando todas estas fuerzas la masa

imponente de ochenta mil soldados aguerridos. El primer consul las situó en las fértiles llanuras del Pó á fin de proporcionarles descanso é indemnizarlos de sus privaciones con la abundancia de que iban á gozar.

Con su acostumbrada prevision mandó el primer consul volar los fuertes y ciudadelas que cerraban las comunicaciones entre Francia é Italia, y en su consecuencia se dispuso y llevó á cabo la demolición de los fuertes de Arona, Bard, Seralvalle y de las ciudadelas de Ivrea y de Ceva. Fijó el modo y la cantidad de las contribuciones que debían servir para sustentar al ejército, mandó salir para Francia á la guardia consular, calculando las jornadas de manera que pudiese llegar á Paris para la fiesta del 14 de julio, la cual, según sus intenciones, debía celebrarse con gran pompa, y tomándose en el mismo Milan el cuidado de arreglar los pormenores de esta fiesta.— Es necesario, escribía, esmerarse en hacer brillante la solemnidad del 14 de julio, y cuidar de que no *remede* los regocijos públicos que ha habido hasta el día. Las carreras de carros podían ser muy buenas en Grecia donde peleaban subidos en carros; pero entre nosotros no tendría significacion alguna. (Milan 22 de junio.—*Archivo de la secretaria de Estado*). Prohibió que se erigieran arcos de triunfo diciendo que no quería *mas arcos de triunfo que la satisfaccion pública*.

Si el primer consul, á pesar de lo urgente que era su presencia en Paris, se habia detenido en Milan diez dias, lo hizo para asegurarse bien de la fiel observancia del convenio de Alejandria. Desconfiaba de la buena fé austriaca y hasta cre-

yó observar alguna dilacion en la entrega de ciertas plazas. Reprendió inmediatamente la debilidad de Berthier, y le mandó detener á la segunda y tercera columnas del ejército de Mr. de Melas. La primera ya se habia puesto en marcha. Podian concebirse temores, especialmente acerca de Génova, por si los austriacos intentaban entregarla á los ingleses antes de que los franceses penetrasen dentro de sus muros. Con efecto, el principe de Hohenzollern, espontáneamente ó instigado por los ingleses, se negaba en aquel momento á entregar á las tropas de Massena una plaza, que tanto trabajo la habia costado conquistar. Noticioso Mr. de Melas de aquellas dificultades, insistió con leal empeño en su propósito de obtener de su lugar-teniente la ejecucion del convenio de Alejandria, amenazándole si se resistia, con abandonarle á las consecuencias que pudiese acarrearle aquel acto de deslealtad. Las palabras de Mr. de Melas fueron atendidas, y el 24 de junio fué entregada la plaza de Génova á los franceses, en medio de la alegria de los patriotas ligurianos libertados en tan pocos dias de la presencia de los austriacos y de la dominacion de los oligarcas. De este modo se cumplió la predileccion de Massena.—Os juro que volveré á entrar en Génova antes de quince dias.

Hecho todo esto, salió el primer consul de Milan el 24 de junio con Duroc, su ayudante de campo predilecto, Bessieres, comandante de la guardia consular, Mr. de Bourrienne, su secretario, y Savary, uno de los dos oficiales que en memoria de Desaix habia agregado á su persona. Detúvose algunas horas en Turin para disponer

ciertos trabajos que habian de ejecutarse en la ciudadela, atravesó el monte Cenís y entró en Lyon por debajo de arcos triunfales y en medio de una poblacion maravillada de los prodigios que acababan de hacerse. Los lioneses, tan entusiastas de la gloria como de la politica del primer consul, invadieron la posada de los Celestinos donde se habia apeado, y se empeñaron en verle á todo trance. Tuvó pues necesidad de presentarse á ellos, lo cual verificó entre las unánimes aclamaciones de la multitud. Rogáronle con tantas instancias que colocase la primera piedra en la plaza de Bellecour, cuya reconstruccion iba á principiarse, que hubo de dar su consentimiento. Pasó en Lyon un dia entero, en medio del numeroso gentío que para verle y admirarle habia acudido de todos los pueblos de las cercanías y partió para París despues de haber dirigido á los lioneses palabras que los entusiasmaban, sobre el próximo restablecimiento de la paz, del orden y del comercio. Por todas partes obstruian su tránsito los habitantes de las provincias que corrian presurosos á contemplarle. Aquel hombre tan favorecido á la sazón por la fortuna, gozaba completamente de su gloria, y conversando entre tanto sin cesar durante el camino con sus compañeros de viage, les dirigió estas notables palabras que pintan exactamente su insaciable amor de fama.—Si, les dijo, he conquistado en menos de dos años al Cairo, á Milan y París, y sin embargo si mañana muriese, no ocuparia media página en una historia universal.—Llegó á París en la noche del 2 al 3 de julio.

Su regreso era necesario, porque alejado de la

capital cerca de dos meses, habia su ausencia dado márgen á que se renovasen varias intrigas, especialmente á consecuencia de las falsas noticias, que habian circulado sobre la batalla de Marengo. Habíanle creído por un instante muerto ó vencido, y los ambiciosos habian puesto manos á la obra; pensando unos en Carnot, para la presidencia de la República y otros en Mr. de Lafayette, que habia salido de Olmutz, y entrado en Francia por beneficio del primer consul. Por lo demas ni Mr. de Lafayette, ni Carnot tenían la menor parte en aquellas intrigas, lo cual no impidió que José y Luciano Bonaparte concibieran contra el segundo, aunque con sobrada injusticia, recelos de los cuales hicieron participar á su hermano. De aquí provino la inoportuna resolucion que el primer consul realizó más tarde, de separar á Carnot del ministerio de la guerra. Tambien se habia creído notar que MM. de Talleyrand y Fouché, que se odiaban mutuamente, habian propendido no obstante á reconciliarse, sin duda para ponerse de acuerdo y aprovecharse juntos de los sucesos. Nada se habia llegado á descubrir entonces en Mr. Sieyès, que era el que generalmente se designaba para figurar en primer término en el caso de que el general Bonaparte desapareciese de la escena, pues era el único que guardaba una reserva absoluta. Por lo demas, apenas hubo tiempo para dar principio á tales intrigas, por la extraordinaria celeridad con que se habian sucedido las faustas nuevas, borrando la impresion de las malas. Exajeróse sobre manera lo que habia pasado al referirse al primer consul, quien esperimentó contra algunos personajes

resentimientos, que supo disimular hábilmente, y hasta olvidar del todo, respecto de todos aquellos á quienes habian acusado, esceptuando uno solo, el ilustre Carnot. Por otra parte abandonado el primer consul enteramente á la alegría de sus triunfos, no quiso que el mas ligero disgusto viniera á turbar en aquellos momentos la felicidad pública. Recibió á todo el mundo con agrado y fué recibido con visibles muestras de entusiasmo, especialmente por los que tenian de que acusarse. Al saber su regreso el pueblo de Paris, acudió en tropel bajo las ventanas de las Tullerías llenando durante todo el dia el jardin y todas la avenidas del palacio. El primer consul se vió obligado á presentarse á la muchedumbre repetidas veces. Por la noche la ciudad de Paris fué espontáneamente iluminada, y no podia ser de otro modo, celebrándose, como se celebraba con entusiasmo, una victoria milagrosa, que podia considerarse como el presagio seguro de una paz tan ardientemente apetecida. Tan profunda y grata fué la impresion que aquel dia causó al que era objeto de tales homenajes, que veinte años despues, solo, desterrado, prisionero en medio de la soledad del Océano atlántico, lo contaba, al recordar todas sus pasadas aventuras, entre los mas venturosos de su vida.

A la mañana siguiente se presentaron á él los cuerpos del estado, y dieron el primer ejemplo de esas felicitaciones, cuyo enfadoso espectáculo se ha visto renovar despues tantas veces y bajo todos los reinados. Este espectáculo era entonces nuevo y en estremo motivado. Vióse, pues, aparecer en la Tullerías á los individuos del Senado,

Cuerpo legislativo, Tribunalado, tribunales superiores, prefectura del Sena, á las autoridades civiles y militares, directores del banco de Francia y por último á los miembros del Instituto y demás sociedades científicas. Aquellas grandes corporaciones acudian á cumplimentar al vencedor de Marengo y le hablaban como se hablaba antes y como se ha hablado despues á los reyes. Pero fuerza es decir que aquel lenguaje, aunque uniformemente laudatorio, era dictado por un sincero entusiasmo. En efecto, variado en pocos meses el aspecto de las cosas, reemplazada la turbacion general de los ánimos por una seguridad completa, colocada la Francia, á consecuencia de una victoria inaudita, á la cabeza de las potencias de Europa, calmada la ansiedad de una guerra general con la certidumbre de una paz cercana, y por último anunciándose ya la prosperidad por todas partes, ¿cómo era posible que tantas y tan grandes ventajas, en tan poco tiempo realizadas, no arrebatasen los ánimos de admiracion y alegría? He aquí de que modo el presidente del Senado terminó su alocucion, la cual puede dar una idea de todas las demás:

«Nos complacemos en reconocer que la patria os debe su salvacion, que la República os deberá su afianzamiento, y el pueblo la prosperidad que habreis hecho suceder en un solo dia, á diez años de la mas borrascosa de las revoluciones.»

Mientras tales sucesos pasaban en Italia y Francia, continuaba Moreau su brillante campaña contra Mr. de Kray en las márgenes del Danubio. Le dejamos maniobrando en torno de Ulma á fin de obligar á los austriacos á que abandonasen

aquella fuerte posicion. Habíase situado entre Iller y el Lech apoyando su izquierda y su derecha en estos dos ríos, dando el frente al Danubio y la espalda á la ciudad de Augsburgo, dispuesto á recibir á Mr. de Kray si pensaba atacarle, y obstruyéndole entre tanto el camino de los Alpes que era la esencial condicion del plan general. Si los triunfos de Moreau no habian sido prontos y decisivos, fueron sostenidos y suficientes á permitir que el primer consul llevase á cabo lo que se habia propuesto hacer en Italia. Pero habia llegado el momento en que el general del ejército del Rhin, alentado por el tiempo y por las victorias del ejército de reserva, iba á acometer una maniobra seria para desalojar á Mr. de Kray de la posicion de Ulma. Ahora que sin tener noticia de la batalla de Marengo, sabia el éxito feliz del paso de los Alpes, no temiendo ya tanto descubrir las montañas, gozaba Moreau de completa libertad en sus movimientos. Entre las diversas operaciones posibles para apoderarse de la posicion de Ulma, prefirió la que consistia en pasar el Danubio mas abajo de dicha posicion, y en obligar á Mr. de Kray á levantar el campo, amenazando cortarle su línea de retirada. Aquella operacion era en efecto la mejor de todas, porque la de encaminarse directamente sobre Viena por Munich era demasiado atrevida para el carácter de Moreau, y acaso prematura, atendido el estado general de los negocios. La de pasar el rio por mas arriba y muy cerca de Ulma para apoderarse á viva fuerza del acampamento de los austriacos, era arriesgada como todo ataque de viva fuerza; pero pasar por mas abajo de Ulma y

amenazando á Mr. de Kray con cortarle su línea de retirada, obligarle á recuperarla; era la operacion mas prudente y al mismo tiempo mas segura.

Del 15 al 18 de junio se puso Moreau en movimiento para ejecutar su nuevo proyecto. La organizacion de su ejército como ya hemos dicho, habia recibido algunas alteraciones á consecuencia de la marcha de los generales Saint-Cyr y Sainte-Suzanne. Lecourbe seguia formando la derecha y Moreau el centro, á la cabeza del cuerpo de reserva. El de Saint-Cyr, que habia pasado á las órdenes del general Grenier formaba la izquierda. El de Sainte-Suzanne reducido á las proporciones de una fuerte division, y confiado al intrépido Richepanse, iba á prestar el servicio de un cuerpo de flanqueadores, y al punto recibió orden de observar á Ulma, mientras se operaba por mas abajo.

Habíase dado algunos combates cerca de Ulma, especialmente uno el 5 de junio, en que dos divisiones francesas habian hecho frente á cuarenta mil austriacos. Por parte de Mr. de Kray era aquel un medio de tenernos fijos delante de Ulma, ocupándonos allí sin descanso. El 18 de junio se hallaba Richepanse á la vista de Ulma, Grenier en Guntzburgo, el centro compuesto del cuerpo de reserva en Bürgau, y Lecourbe se estendia hasta Dillingen con la derecha. El enemigo habia cortado todos los puentes desde Ulma hasta Donauwerth; pero á consecuencia de un reconocimiento practicado por Lecourbe, se habia decidido Moreau á elegir los puentes de Blindheim y de Gremheim, para pasar por ellos el Danubio, en

atención á que cortados imperfectamente los puentes por aquellos puntos, era mas fácil su reparación. Confióse á Lecourbe aquella operacion peligrosa, y para facilitársela le reforzaron con cinco batallones del general Boyer y con toda la reserva de caballería á las órdenes del general Hautpoul. El centro, dirigido por el general en gefe, se trasladó desde Burgau á Aisligen para hallarse en disposicion de favorecer el paso. Grenier con la izquierda recibió orden de hacer una tentativa por el punto que ocupaba á fin de atraer hácia él la atención del enemigo. En la mañana del 19 de junio habia formado Lecourbe sus tropas entre las aldeas de Blindheim y Gremheim, cuyos puentes estaban solo medio destruidos, y tuvo cuidado de guarecerse en la espesura de algunos bosques. Carecia de materiales de puentes, no contando mas que con cierta cantidad de tablones; pero á todo lo que le faltaba suplió con la osadía. El general Gudín á las órdenes de Lecourbe dirigia la tentativa del paso. Situarónse algunas piezas de artillería en la orilla del Danubio para ahuyentar al enemigo; al mismo tiempo el agregado Quenot se arrojó denodadamente á nado con el fin de apoderarse de dos grandes barcas que se descubrian á la otra orilla. Este valiente oficial las trajo en medio de una lluvia de balas, sin mas contratiempo que una leve herida en un pie. Se habian escogido los mas diestros nadadores de las divisiones, los cuales dejando sus ropas y sus armas en las dos barcas se arrojaron á las aguas del Danubio bajo el fuego del enemigo. Cuando llegaron á la otra orilla, sin tomarse siquiera tiempo para vestirse, cogieron sus armas

y se lanzaron sobre algunas compañías de austriacos, que guardaban aquella parte del rio y las dispersaron, apoderándose de dos piezas de artillería con sus correspondientes cajas de municiones. Verificado esto, acudieron á los puentes cuyos estribos subsistian todavía, y trabajaron por ambas orillas en colocar escalas y tablones, y en restablecer un medio provisional de comunicacion. Aprovecháronse de aquella coyuntura algunos artilleros franceses para trasladarse al otro lado del Danubio, y fueron á emplear contra el enemigo las dos piezas de artillería que le habian sido tomadas. Muy pronto se posesionaron de las dos orillas y se restauraron los puentes de modo que pudieran dar paso á la mayor parte de las tropas, cuya operacion principiaron á verificar la infantería y caballería. Con razon podia esperarse que subirian con presteza de Danauwerth, numerosos refuerzos austriacos, y que bajarían de todas las posiciones superiores de Gundel-Vingen, Guntzburgo y Ulma. Lecourbe, que se habia dirigido en persona á aquellos puntos, mandó colocar á la infantería de que él podia disponer, con algunos pelotones de caballería en la aldea de Schwenningen, que estaba situada en el camino de Danauwerth. Aquel punto era muy importante, pues por allí debian presentarse los austriacos que subieran por la orilla del Danubio. Con efecto no tardaron en aparecer cuatro mil hombres de infantería, quinientos caballos y seis piezas de artillería, atacando la aldea que en menos de dos horas, fué perdida y reconquistada muchas veces. Sin embargo la superioridad numérica de los austriacos y su encarnizamiento por apoderarse

de una posición decisiva iban á triunfar de nuestras tropas, y á ponerlas en la necesidad de abandonar la aldea, cuando Lecourbe recibió oportunamente un refuerzo de dos escuadrones de carabineros, cuya fuerza agregó á algunos pelotones del 8.º de húsares que tenía á la mano, y los lanzó contra la infantería enemiga, que se extendía por la vasta llanura á orillas del Danubio. Ejecutóse esta carga con tanto vigor como prontitud, de suerte que desbaratados los austriacos dejaron en nuestro poder su artillería, dos mil prisioneros y trescientos caballos. Dos batallones wurtemburgueses que intentaban resistir formándose en cuadro, fueron derrotados como los otros. Después de esta brillante refriega, sostenida por la brigada de Puthod, Lecourbe no tenía ya nada que temer por el lado del bajo Danubio. Empero no era por aquel punto por donde podían venir los mayores peligros. Hallándose situado el grueso del ejército austriaco mas arriba, es decir en Dillingen, Gundelfingen y Ulma, convenia volverse hacia aquella parte para hacer frente al enemigo, que iba á verificar por allí su descenso. Afortunadamente las divisiones de Montrichard y Gudin, y la reserva de Hautpoul habían pasado por los puentes de Gremheim y de Blindheim ya restaurados, y guarnecian la célebre llanura de Hochstett, de triste fama para nosotros desde los tiempos de Luis XIV (13 de agosto de 1704). El enemigo que desde los puntos mas inmediatos habia corrido hacia Dillingen á corta distancia de Hochstett, se hallaba situado cerca del Danubio con la infantería á nuestra izquierda, á lo largo de los pantanos del rio, y la caballería reunida en

gran número á nuestra derecha emboscada en un monte. De esta suerte se presentaba en buen orden aguardando los refuerzos que le llegaban y retirándose lentamente para aproximarse á aquellos refuerzos. La 37.ª media brigada y un escuadron del 9.º de húsares seguían paso á paso el movimiento retrógrado de los austriacos. Desembarazado ya Lecourbe, por el combate de Schweningen, del enemigo que pudiera venir por el bajo Danubio, habia llegado á galope á la cabeza del 2.º regimiento de carabineros, de los coraceros, del 6.º y 9.º de caballería, y en fin del 9.º de húsares, cuyas fuerzas componían casi toda la reserva de caballería del general Hautpoul, que ocupaban el llano separadas del enemigo por una pequeña corriente de agua, el Egga, junto al cual estaba la aldea de Schrezheim. Atravesada Lecourbe la aldea á galope, á la cabeza de los coraceros, los forma á la salida y los lanza sobre la caballería austriaca, que sorprendida por aquella vigorosa y repentina carga se repliega en desorden y deja á descubierto los nueve mil hombres de infantería que debia proteger. Abandonados así aquellos infantes quisieron arrojar á las zanjás que surcan las orillas del Danubio al rededor de Dillingen, pero bien dirigidos los coraceros, cortan la columna y separan de ella á mil ochocientos hombres, que caen prisioneros en nuestro poder.

Ya eran dos combates venturosos los que en aquella jornada se debieron en parte á la caballería, y aun no se habia dado el último. Sitúase Lecourbe junto al Egga, aguardando al resto de sus reservas que llegaban por el puente de

Dillingen, caído en nuestras manos: pero la caballería de Mr. de Kray corría aceleradamente delante de la infantería y se formaba en dos grandes líneas por la llanura detras de Laningen. Aquella era la ocasión de que nuestra caballería se aprovechase del impetuoso arrojó debido á los triunfos de la mañana de aquel día, y midiese sus fuerzas en el llano con los numerosos y brillantes escuadrones del ejército austriaco. Después de disponer Lecourbe, que su infantería ocupe á Laningen, reúne toda la caballería de sus divisiones á la de Hautpoult, y la despliega en la llanura; presentando al enemigo una especie de combate que debía provocarle á causa del número y calidad de sus ginetes. La primera línea austriaca arranca á galope con la uniformidad y aplomo naturales en una caballería muy ejercitada en toda clase de evoluciones. Hace retroceder en efecto al 2.º regimiento de carabineros que con tanta bizarría se había conducido por la mañana, y algunos escuadrones de húsares que con él habían cargado. Entonces avanzan nuestros coraceros y se unen á los carabineros y á los húsares que al verse apoyados hacen cara al enemigo, y todos juntos caen vigorosamente sobre los escuadrones austriacos y á su vez ceden el terreno. A este espectáculo se lanza contra nosotros la segunda línea de caballería enemiga, y como llevase la ventaja del impulso á nuestros ginetes, que se habían desunido en la carga, les obliga á volver aceleradamente, pero el 9.º se hallaba de reserva, y maniobrando con destreza y osadía, acomete por el flanco á la caballería austriaca, la sorprende, la desbarata y asegura á nuestros es-

escuadrones victoriosos la llanura de Hochstett.

No podían ser de mucha consideración las resultasen muertos, heridos ó prisioneros, porque solo son serios los encuentros de la caballería con la infantería: pero como habíamos quedado dueños de la llanura y nuestra caballería acababa de adquirir una superioridad verdadera sobre la de los austriacos, lo cual no había acontecido hasta entonces, desde aquel momento tenían ya nuestras armas un ascendiente irresistible contra las del enemigo. Eran las ocho de la noche, y en los largos días de junio quedaba todavía tiempo á los imperiales para disputarnos la orilla izquierda del Danubio tan gloriosamente conquistada por la mañana. Con efecto, llegaban al socorro de los cuerpos ya vencidos ocho mil hombres de infantería, seguidos por numerosa artillería. Habíase presentado Moreau al frente de sus reservas. Trábase entonces otra batalla mas encarnizada. La infantería francesa acomete á su vez entre balas y metralla á la caballería austriaca. Los soldados de Mr. de Kray que lidian por un objeto tan importante como el de mantenerse en la posición de Ulma, despliegan estremada bizarría. Moreau se halla empeñado muchas veces personalmente en medio de la refriega; pero su infantería, apoyada por la caballería que había vuelto á la carga, queda al fin victoriosa hacia las once de la noche. Al mismo tiempo entraba en Gundelíngen la 37.ª media brigada, y desde entonces estaban ya en nuestro poder todas las posiciones de la llanura. Habíamos pasado el Danubio, hecho cinco mil prisioneros y tomado veinte piezas de artillería, mil doscientos caballos, trescientos car-

ros y los considerables almacenes de Donauwerth. Habia durado la batalla diez y ocho horas consecutivas, batalla que cambiando en gloriosos los tristes recuerdos de Hochstett, era despues de la de Marengo la mas brillante de toda la campaña, honrando del mismo modo á Lecourbe y á Moreau. Este se habia animado lentamente; pero estimulado al fin por los ejemplos dados en Italia, habia ensanchado el circulo de sus miras y planes, y acababa de coger un ramo de laurel de ese mismo arbol, de el que el primer consul habia arrancado tantos y tan hermosos. ¡Dichosa y noble rivalidad si jamás hubiese pasado adelante!

Despues de una operacion tan osada y decisiva por parte de su adversario, no podia Mr. de Kray mantenerse por mas tiempo en Ulma, sin ver interceptadas sus comunicaciones con Viena. Dirigirse contra los franceses presentándoles una batalla era muy aventurado, con soldados en quienes habia infundido tanto desaliento la última jornada. Apresuróse, pues, á levantar el campo aquella misma noche. Mandó pasar delante el parque compuesto de cerca de mil carros, y con el grueso del ejército siguió á la mañana siguiente por el camino de Nordlingen. Marchaba en medio de un temporal horroroso y por caminos que la lluvia habia casi inutilizado del todo. No obstante, fué tal la rapidez de su retirada, que llegó á Neresheim en veinte y cuatro horas. A fin de sostener á sus desfallecidas tropas hizo cundir el rumor de que se acababa de firmar en Italia una suspension de armas que iba á hacerse estensiva á Alemania, debiendo ser la paz su precisa é inmediata consecuencia. Esta noticia difundió la

alegria entre sus soldados, y les dió fuerzas para llegar á Nordlingen.

Moreau supo demasiado tarde la partida del enémigo. Richepanse no pudo apercibirse de la evacuacion de Ulma hasta que se retiraban los últimos destacamentos, y en seguida dió parte á su general en gefe; pero entre tanto los austriacos habian ganado ya la delantera, y el mal tiempo que reinaba hacia dos dias, no permitia alcanzarlos por medio de una marcha forzada. Apesar de todo Moreau llegó á Nordlingen el 23 de junio por la noche, estrechando de cerca la retaguardia de Mr. de Kray, que continuaba retirándose. Viendo que por malos caminos no adelantaria lo bastante para alcanzar al ejército austriaco, y se veria arrastrado á una persecucion infructuosa, adoptó el partido de hacer alto y escoger una posicion calculada con arreglo al estado presente de las cosas. Sin querer Mr. de Kray comunicarle la buena nueva de la victoria de Marengo, que aun no se sabia en el campo de los franceses, dióle no obstante parte de la suspension de armas concluida en Italia, y le propuso que se estipulára otra semejante en Alemania. Sospechando Moreau desde entonces que habian ocurrido grandes sucesos allende los Alpes, no dudando que habian sido venturosos y esperando recibir de un momento á otro un correo que se los comunicara, no quiso estipular nada antes de tener de ellos conocimientos y especialmente de haber conquistado mejores acantonamientos para sus soldados. Adoptó la resolucion de volver á pasar el Danubio, de confiar á Richepanse el cerco de las dos principales plazas situadas junto á

aquel rio, Ulma é Ingolstadt, de trasladarse con el grueso de su ejército mas allá de Lesch, de ocupar á Augsburgo y Munich, de asegurarse de este modo parte de la Baviera para vivir, y de conquistar por último los puentes del Isar, y todos los caminos que conducen á Linn.

Moreau volvió, pues, á pasar el Danubio y el Lech por Donauwerth y Rhain, trasladando sus diversos cuerpos por Pottemess y Pfaffenhofen hasta las orillas del Isar. Ocupó junto aquel rio los puntos del Landshut, Moosburgo y Freisingen y destacó á Decaen sobre Munich, el cual entró allí como en triunfo el 28 de junio. Mientras se ejecutaba este movimiento se encontraron los dos ejércitos por última vez y chocaron de improviso en un combate sin objeto. Aconteció esto en Neuburgo á la orilla derecha del Danubio y á tiempo que unos y otros se dirigian al Isar. Una division francesa empeñada bastante lejos del resto del ejército tuvo que sostener un combate largo y encarnizado, en el que acabó por alcanzar victoria, despues de haber sufrido una de las pérdidas mas sensibles, la del valiente Latour de Auvernia. Este ilustre soldado, honrado por el general Bonaparte con el titulo de primer granadero de Francia, fué muerto de una lanzada en el corazon. El ejército derramó lágrimas sobre su tumba y no abandonó el campo de batalla hasta despues de haberle levantado un monumento.

El dia 3 de julio (14 de mesidor) se hallaba Moreau en medio de la Baviera, bloqueando á Ulma y á Ingolstadt junto al Danubio, y ocupando á orillas del Isar los puntos de Landshut, Moosburgo, Fresingen y Munich. Este era el mo-

mento de pensar al fin en el Tirol, y de arrebatar al príncipe de Reuss las fuertes posiciones de que era dueño á lo largo de las montañas y en las fuentes del Iller, del Lech y del Isar; posiciones desde las cuales podia inquietar continuamente á los franceses, pues aunque no era muy peligroso, su presencia nos obligaba á destacar fuerzas considerables y llamaba constantemente la atencion de nuestra ala derecha. Con este objeto fué reforzado el general Moreau, y adquirió medios de atacar á los Grisonos y al Tirol. Tomáronse sucesivamente y de una manera pronta y brillante las posiciones de Fussen, Reitti, Immenstadt y Feldkirch, hallándose de este modo perfectamente consolidado nuestro establecimiento sobre el Isar.

Habia vuelto á pasar este rio Mr. de Kray y trasladándose detras del Rhin delante del cual ocupaba el campo de Ampfing, las cabezas del puente de Wasserburgo y de Muhlendorf. Se estaba á mediados de julio (fin de mesidor). El gobierno francés habia dejado al general Moreau en libertad de obrar á su albedrío y de soltar las armas cuando lo tuviese por conveniente. Con razon creyó que no convenia que él pelease solo. El descanso de que gozaban los soldados de Italia causaba envidia á los de Alemania. Además el ejército del Rhin, situado entre el Isar, y el Inn, ocupaba una posición mucho mas avanzada que los ejércitos de Italia, dejando así uno de sus flancos en descubierto. Aunque una de las estipulaciones del convenio de Alejandria prohibia tanto á los franceses quanto á los austriacos enviar destacamentos á Alemania, podia suceder que esta estipula-

cion no se observase exactamente y que el ejército del Rhin tuviese pronto á la vista un aumento imprevisto de enemigos. Moreau que habia recibido muchas proposiciones de Mr. de Kray, se decidió al fin á escucharlas, y el 15 de julio (26 de mesidor), se avino á firmar en Parsdorf, lugar situado delante de Munich, una suspension de armas, casi conforme con la de Italia.

Cada uno de los dos ejércitos debía retirarse detrás de una línea de demarcacion, que partiendo de Balzers á los Grisoaes, se prolongaba por el Tirol, corria entre el Isar y el Inn, á igual distancia de los dos rios, venia á caer en Wilshofen junto al Danubio, volvía á subir por la orilla de este rio hasta la embocadura del Alt-Muhl, seguía el Alt-Muhl, el Rednitz y el Main, hasta Maguncia. Las plazas de Philipsburgo, Ulma é Ingolstadt, permanecian bloqueadas; pero cada 15 dias debían recibir una cantidad de víveres proporcionada á la fuerza de nuestras guarniciones. Ambos ejércitos habian de avisarse mutuamente con 12 dias de anticipacion en caso de volver á las hostilidades. De este modo el ejército francés tenia para sustentarse la Franconia, la Suabia y gran parte de la Baviera. Nuestros soldados, situados junto al Mincio á un lado de los Alpes, y junto al Isar al otro lado, iban á resarcirse de sus privaciones y trabajos en las ricas llanuras de Italia y Alemania. Bien lo merecian aquellos valientes soldados por haber llevado á cabo las mas nobles empresas que distinguieron jamás á los ejércitos franceses. Aunque no habia brillado tanto el ejército del Rhin como el de Italia, se habia señalado no obstante por una campaña dirigida

con tanto acierto como bizzarria. El último grande acontecimiento de aquella campaña; el paso del Danubio junto á Hochstett, podia muy bien figurar al lado de los mas brillantes hechos de armas de nuestra historia militar. La opinion que en 1799 no habia sido favorable á Moreau, habia llegado á ser en 1800 casi parcial en favor suyo. Detrás del nombre del general Bonaparte, muy lejos, es verdad, pero á una distancia en que los puestos eran todavia honoríficos, se colocaba sin cesar el nombre del general Moreau, y como la opinion es voluble, este último eclipsaba en aquel año al vencedor de Zurich, por quien habia sido eclipsado en el año precedente.

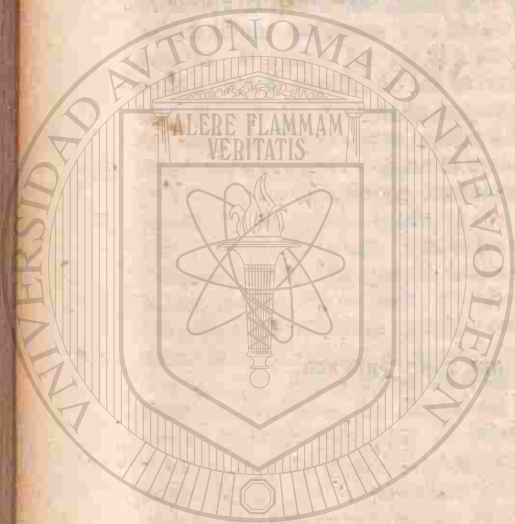
La noticia de las victorias del ejército del Rhin completó la satisfaccion producida por los prodigiosos triunfos del ejército de Italia, y cambió en certidumbre las esperanzas de paz á que se entregaban todos los ánimos. La alegría era general. Los fondos públicos, denominados 5 por 100, que se vendian á 43 francos antes del 18 de brumario, habian subido á 40. Un decreto de los consules anunció á los tenedores de papel que iba á pagárseles en dinero el primer semestre del año IX el cual debía vencer en 22 de setiembre de 1800: ¡venturosa nueva que hacia mucho tiempo no recibian los infelices acreedores del estado! Atribuíanse todos estos beneficios á los ejércitos y á los generales que los habian mandado, pero principalmente al jóven Bonaparte que acababa de gobernar y combatir de una manera igualmente superior. Así no es extraño que se celebrara con magnífica pompa la fiesta del 14 de julio, una de las dos solemnidades republicanas que la consti-

tucion habia conservado. Habíase dispuesto una solemne ceremonia en el cuartel de los inválidos. El músico Mehul habia compuesto hermosos cantos, para cuya ejecucion se habia llamado á los primeros cantantes de Italia, á la cual se comenzaba á tomar entonces sus obras maestras y sus artistas. Despues de oír el primer consul estos cantos bajo la cúpula de los Inválidos, se dirigió, acompañado de un estado mayor muy numeroso, al campo de Marte, para recibir á la guardia consular, que llegaba en aquella mañana cubierta de polvo, hecho girones su vestuario, no habiendo cesado de marchar, desde el día siguiente al de la batalla de Marengo, con el fin de acudir puntualmente á la cita que le habia dado el primer consul para el 14 de julio, y traía al cuartel de los Inválidos las banderas ganadas en la última campaña para agregarlas al depósito comun de nuestros trofeos. Agolpóse la muchedumbre que obstruía los dos lados del campo de Marte, para ver desde mas cerca al heroe de Marengo, y en poco estuvo que no produjera desgracias involuntarias el delirio llevado á su colmo, viéndose el primer consul aprensado por mucho tiempo entre aquel inmenso gentio, que no se separó un momento de su lado hasta que entró en el palacio de las Tullerías. Todo aquel día se consagró á los regocijos públicos.

Poco tiempo despues, el 21 de julio (2 de termidor), se anunció la llegada del conde de Saint-Julien, oficial de confianza del emperador de Alemania, encargado de llevar á Paris la ratificación del convenio de Alejandria y de conferenciar con el primer consul sobre las condiciones de la paz

inmediata. No pudo ya dudarse de la conclusion de aquella paz tan deseada, que debia poner término á la segunda coalicion. Puede decirse que jamás la Francia habia visto lucir tan hermosos y placenteros días.

FIN DEL TOMO PRIMERO.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA

DIRECCIÓN GENERAL DE

INDICE.



LIBRO PRIMERO.

CONSTITUCION DEL AÑO VIII

Entran los cónsules provisionales en el ejercicio de sus funciones. — Division de atribuciones entre Mr. Sieyes y el general Bonaparte. — El general se apropia la administracion de los negocios, y deja á Mr. Sieyes el cuidado de redactar la nueva constitucion. — Estado de la Francia en brumario del año VIII. — Desorden en la administracion y en la hacienda. — Estrema miseria de los ejércitos. — Alborotos en Vendée. — Agitacion del partido revolucionario en varios pueblos del mediodia. — Primeros esfuerzos de los cónsules provisionales para poner orden en los diferentes ramos del gobierno. — Nombramiento de Cambaceres para el ministerio de justicia; de Laplace, para el de lo interior; de Fouché, para el de la policia;

de Talleyrand, para el de negocios extranjeros; de Berthier, para el de la guerra; de Forfait, para el de marina, y de Gaudin para el de hacienda. — Primeras medidas rentísticas. — Supresion del empréstito forzoso progresivo. — Creacion de la agencia de las contribuciones directas, y formacion inmediata de las listas de contribuciones atrasadas de muchos años. — Creacion de las obligaciones de los recaudadores generales. — Principia á restablecerse la confianza, y los banqueros de Paris prestan al gobierno los primeros fondos que necesita. — Envío de un socorro á los ejércitos. — Actos políticos de los consules provisionales. — Revocacion de la ley de rehenes, dase libertad á los clérigos detenidos y á los naufragos de Calés. — Conferencias con los gefes del partido realista. — Suspension de armas en Vendée, concluida con MM. de Bourmont, Autichamp y Chatillon. — Principio de relaciones con los gabinetes extranjeros. — Estado de la Europa. — Inglaterra y Austria resueltas á continuar la guerra. — Pablo I irritado contra sus aliados, está dispuesto á separarse de la coalicion, y adherirse al sistema de neutralidad, adoptado por la Prusia. — Importancia de la Prusia en este momento. — El general Bonaparte envia á Berlin su ayudante de campo Duroc. — Rumores de paz. — Palpables mejoras en el estado material y moral de la Francia, debidas á los primeros actos de los con-

sules provisionales. — Principian á ocuparse en redactar la constitucion. — Proyecto de Mr. Sieyes concebido y meditado hacia mucho tiempo. — Listas de notabilidad, Senado conservador, Cuerpo legislativo, Tribunado, Gran elector. — Desacuerdo entre Mr. Sieyes, y el general Bonaparte, relativamente á la organizacion del poder ejecutivo. — Peligro de un rompimiento entre estos dos personajes. — Intervienen varias personas y logran avernirlos. — El Gran elector queda reemplazado por tres cónsules. — Adopcion de la constitucion del año VIII y se fija el 4 de nivoso del mismo año para ser puesta en vigor. 5

LIBRO SEGUNDO.

ADMINISTRACION INTERIOR.

Constitucion definitiva del gobierno consular. — Composicion del Senado, del Cuerpo legislativo, del Tribunado y del consejo de Estado. — Declaracion del primer consul á las potencias de Europa. — Públicas ofertas de paz á la Inglaterra y el Austria. — Proclama dirigida á la Vendée. — Apertura de la primera sesion. — Oposicion naciente en el Tribunado. — Discurso de los tribunos Duvetyrier y Benjamin Constant. — Una mayoria considerable acoge

los proyectos de los cónsules. — Multitud de leyes orgánicas. — Institucion de las prefecturas y subprefecturas. — Creacion de los tribunales de primera instancia y de apelacion. — Fin de la lista de emigrados. — Restablecimiento del derecho de testar. — Ley de presupuestos. — Banco de Francia. — Continuacion de las negociaciones con Europa. — Niégase la Inglaterra á escuchar proposiciones de paz. — Viva discusion sobre este asunto en el parlamento británico. — El Austria contesta con una negativa mas dulce, pero tan positiva como la de Inglaterra. — Necesidad de volver á las hostilidades. — No pudiendo el primer consul entenderse con las potencias beligerantes, intenta atraerse á la Prusia, y entabla francas esplicaciones con ella. — Dedicase á terminar la guerra de la Vendée antes de abrir la campaña de 1800. — Situacion de los partidos en la Vendée. — Conducta del abate Bernier. — Paz de Montfaucon. — Los señores Autichamp, Chatillon, Bourmont, y Jorge Cadoudal se dirigen á Paris y se avistan con el primer consul. — Fusilamiento de Mr. de Frotté. — Sumision definitiva de la Vendée. — Conclusion pacifica de la legislatura del año VIII. — Reglamento de policia relativo á la imprenta. — Ceremonia fúnebre con motivo de la muerte de Washington. — Establécese el primer consul en el palacio de las Tullerías. 116

LIBRO TERCERO.

ULMA Y GÉNOVA.

Preparativos de guerra. — Fuerzas de la coalicion en 1800. — Ejército del baron de Melas en Liguria, y del mariscal de Kray en Suabia. — Plan de campaña de los austriacos. — Importancia de la Suiza en esta guerra. — Plan del general Bonaparte. — Forma la resolucion de aprovecharse de la Suiza, para caer sobre el flanco de Mr. de Kray, y sobre la retaguardia de Mr. de Melas. — Papel que destina á Moreau y el que se destina á si mismo. — Creacion del ejército de reserva. — Instrucciones á Massena. — Principio de las hostilidades. — El baron de Melas ataca el ejército de Liguria sobre el Apenino, y lo divide en dos mitades, una de las cuales es rechazada hácia el Var y la otra hácia Génova. — Massena, encerrado en Génova se prepara á hacer una resistencia obstinada. — Descripcion de Génova. — Combates heroicos de Massena. — Instancias del primer consul, hechas á Moreau para empeñarle á principiar las operaciones en Alemania, á fin de poder socorrer á Massena lo mas pronto posible. — Paso del Rhin por cuatro puntos. — Moreau logró reunir de tres á

cuatro cuerpos de ejército, y ataca en Engen y Stokach á los austriacos.—Batallas de Engen y de Moesskirch.—Retirada de los austriacos sobre el Danubio.—Encuentro de Saint-Cyr en Biberach.—Mr. de Kray se establece en el campo atrincherado de Ulma.—Moreau maniobra para desalojarle de él.—Movimientos desafortunados de Moreau, que afortunadamente no producen ningun resultado desagradable.—Moreau encierra definitivamente á Mr. Kray en Ulma, y toma una fuerte posicion delante de Augsburgo, á fin de esperar el resultado de los acontecimientos de Italia.—Resumen de las operaciones de Moreau.—Carácter de este general.

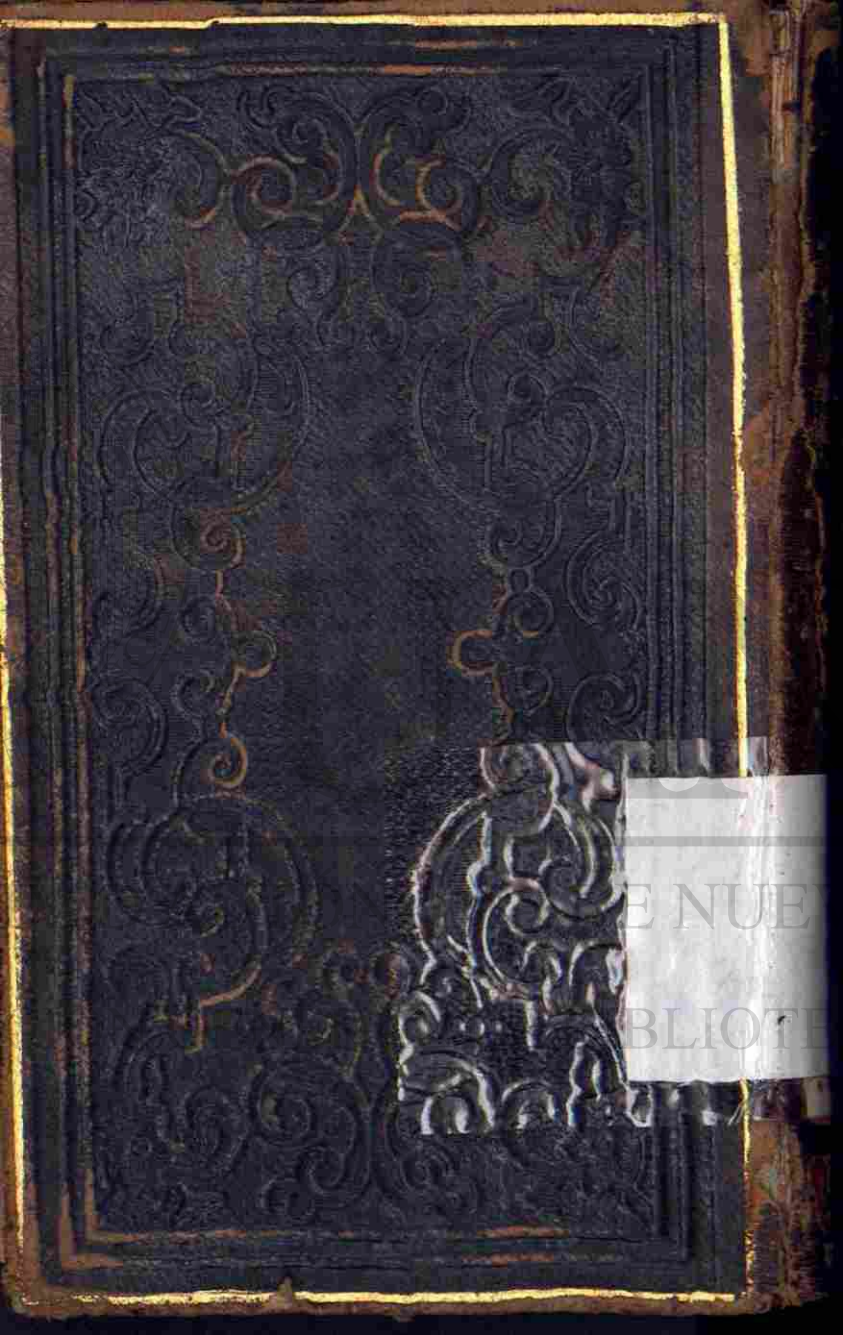
LIBRO CUARTO.

MARENGO.

El primer consul espera con impaciencia noticias de Alemania.—Recibidas estas noticias, que anuncian victorias, se decide á partir para Italia.—Apurada situacion de la guarnicion de Génova.—Constancia de Masséna.—El primer consul se apresura á llegar en su auxilio, ejecutando el proyecto de atravesar los grandes Alpes.—Partida del primer consul, su fingida aparicion en Dijon, y su llegada á Martigny en Vallés.—Elige el monte

de San Bernardo para atravesar la gran cordillera.—Medios proyectados para transportar la artilleria, las municiones, los viveres y todo el material.—Principio del paso.—Dificultades inauditas superadas por el arrojó de las tropas.—Obstáculo imprevisto del fuerte de Bard.—Sorpresa y dolor del ejército á vista de aquel fuerte que habia tenido por inespugnable.—La infanteria y caballeria dan un rodeo para salvar el obstáculo.—Arrastrada la artilleria á brazo, pasa bajo los fuegos del fuerte.—Toma de Ivrea; el ejército se despliega en las llanuras del Piamonte antes que los austriacos se aperciban de su existencia y marcha.—Paso simultáneo del monte de San Gotardo por el destacamento formado con las tropas de Alemania.—Plan del general Bonaparte despues de haber bajado á Lombardia.—Decidese á marchar á Milan para reunir las tropas procedentes de Alemania y envolver en seguida á Mr. de Melas.—Ilusiones de Mr. de Melas destruidas de repente.—Dolor de este anciano general.—Sus órdenes al principio inciertas y despues positivas de evacuar las orillas del Var y las cercanias de Génova.—Apurada situacion de Masséna.—La imposibilidad absoluta de sustentar á los soldados y al pueblo de Génova, le obliga á rendirse.—Capitulacion honrosa.—Tomada Génova, los austriacos se reconcentran en el Piamonte.—Importan-

cia del camino de Alejandria á Plasencia.
 —Ambos ejércitos se dan prisa por ocu-
 par á Plasencia.—Los franceses son los
 primeros que llegan á esta ciudad.—Po-
 sición de la Stradella, escogida por el
 primer consul para envolver á Mr. de
 Melas.—Aguarda en esta posición algu-
 nos dias.—Creendo el primer consul que
 los austriacos se han puesto en cobro,
 corre en su busca y los encuentra de im-
 proviso en las llanuras de Marengo.—
 Batalla de Marengo, perdida primero y
 ganada despues.—Feliz inspiracion de
 Desaix y su muerte.—Sentimiento del
 primer consul.—Desesperacion de los
 austriacos, y convenio de Alejandria, por
 medio del cual entregan al ejército fran-
 cés la Italia con todas sus plazas.—El
 primer consul emplea algunos dias en
 Milan en arreglar los asuntos de Italia.—
 Cónclave en Venecia y promocion de Pio
 VII al pontificado.—Vuelta del primer
 consul á París.—Entusiasmo que escita su
 presencia.—Siguen las operaciones cerca
 del Danubio.—Paso de este rio mas abajo
 de Ulma.—Victoria de Hochstedt.—Mo-
 reau conquista toda la Baviera hasta el
 Inn.—Armisticio en Alemania y en Ita-
 lia.—Principio de las negociaciones de
 paz.—Llegada á París de Mr. de Saint-
 Julien, enviado por el emperador de Ale-
 mania.—Fiesta del 14 de julio en el
 cuartel de los inválidos.



E NUE
BLIOTHE